COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO III

COLECCION SELECTA

DE

Antiguas Novelas Españolas

TOMO III

LA NIÑA DE LOS EMBUSTES

TERESA DE MANZANARES

NOVELA DE

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

Con introducción y notas

de

DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

MADRID, 1906

PUBLÍCALA LA

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO

Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA IBÉRICA, Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID

INTRODUCCIÓN

Vida literaria de

Don Alonso de Castillo Solórzano.

I

Con el presente tomo damos comienzo á la reimpresión de algunas de las menos conocidas novelas del célebre D. Alonso de Castillo Solórzano, uno de los principales representantes de aquel género literario en los fastos de nuestras letras.

Por el número y calidad de tales historias, sobrepuja á la mayoría de los escritores que antes y después de él cultivaron el mismo ramo. De la cantidad iremos dando razón en las siguientes líneas, y de su valor estético y moral son pruebas evidentes el aplauso con que el pueblo español las recibía á medida que brotaban de la pluma

de su autor y el alto aprecio que merecen hoy á los más doctos críticos y á los bibliófilos de buena cepa, que las buscan, estiman y saborean con el deleite con que paladearían el divino licor que en otras edades templaba la sed de los dioses.

Verdadero hijo de las musas, supo Castillo adornar el enredo de sus fábulas con tales primores de lenguaje y estilo y salpicarlo con las agudezas de su ingenio festivo, algo satírico y maleante, que desde el primer instante le calificaron sus coetáneos por uno de los buenos autores de la época, con ser tan fecunda en ellos.

Todavía no era conocida del público más que una parte de sus versos, cuando otro excelente escritor saludaba su aparición literaria exclamando:

> ¡Oh tú, que tienes al Parnaso en peso,
> Atlante de sus círculos dorados!
> En Don Alonso de Castillo admira
> gracia, donaire, ingenio y dulce lira (1).

Tales fueron, efectivamente, en adelante los

---

(1) *Orfeo en lengua castellana*, por el Dr. Juan Pérez de Montalbán. Madrid, 1624. Va dedicado «A la décima musa doña Bernarda Ferreyra de la Cerda, señora portuguesa», con censuras y aprobaciones del mes de Agosto de dicho año.

El elogio de Castillo está en el *Canto IV*. Si, como algunos críticos presumen, este poema es, en realidad, obra de Lope de Vega, la alabanza sube entonces de quilates.

caracteres de su numen. Gracia para contar los sucesos de un modo agradable, sin que llegue á producir fatiga; donaire para entremezclar sales y agudezas por doquier; ingenio para urdir con hábil mano la trama de sus ficticias historias y desenlazarlas con arte primoroso, y, por último, dulzura para narrar, huyendo así del estilo encrespado y obscuro que en su tiempo afectaban algunos, como de la excesiva llaneza y vulgaridad que en debida, aunque funesta, reacción vino á predominar después de los días de nuestro novelista.

Algunos críticos ó atrasados ó poco aptos para discernir las arcanidades, perfiles y lindezas de una lengua que no era la suya, han achacado á Castillo una supuesta inclinación al *culteranismo*, nombre con que en otro tiempo se confundía y censuraba toda afectación de estilo. Pero nada menos cierto que este pecado en el de Castillo Solórzano.

Si algún enemigo acérrimo y constante tuvo aquella moda literaria, introducida por Góngora, fué nuestro D. Alonso. Centenares de pasajes de sus obras pudiéramos aducir en comprobación de ello, pues viniese ó no á cuento, con el menor motivo sacaba á plaza, siempre con donaire y burla, el estilo *culto*.

Entre sus versos hay muchos dedicados á ridiculizar aquella secta. Bastará mencionar, por corresponder á la primera parte de sus poesías,

aquel romance de Anarda, quien, con toda diligencia, buscaba para casarse

> un novio que sea poeta,
> que escriba en la lengua culta.

El tal debería poseer ciertas condiciones que la dama enumera, diciendo, entre otras muchas cosas, que había de ser

> hombre de profundo ingenio
> y de vena tan profunda,
> que sus versos, por lo escuros,
> á muchos dejen á escuras.
> Que no se estima el poeta
> si, cuando toma la pluma,
> mil veces no *esplendorea*
> y millones no *pulula*.

Tuvo la dama el placer de hallar lo que pretendía, recibiendo la contestación, cuyo principio es:

> Bella, de los cielos niña;
> *candor brillante* á quien cede
> *ampos*, á nieve animada,
> la de Guadarrama nieve.
> Bellas de tu rostro luces,
> si homicidas *esplendentes*,
> son las de amor *aleluyas*
> contra la envidia *de requiem*.
> Los de tu madre cien años
> que por obstáculo sientes,
> y las de tu sangre tías,

júbilo me dan alegre.
La de esposo te doy mano:
examina, porque ostentes
éste de sazones mozo,
mi del Parnaso caletre... (1)

Esto se escribía por los años de 1620 á 1622, pues no menos que diez más tarde componía nuestro poeta el graciosísimo romance que puede leerse en la página 150 del presente tomo, en que pone cima y corona á su sátira anticulterana (2).

De lo que Castillo se picaba un poco era de conceptista; pero esto, en vez de lunar, constituyo una filigrana más de su estilo. El concepto, cuando es transparente y no muy continuado, aviva la atención y mantiene el interés del que lee ú oye, solicitado doblemente por el asunto de la obra y la ingeniosa manera con que se refiere.

Quevedo, que tanto abusó de esta facultad que poseyó como nadie, es, en general, tan *sugestivo* (por decirlo según uso) en esta parte; de tal modo encadena la curiosidad y hace funcionar las potencias comprensivas, que, después de él, toda otra lectura inmediata parece sosa y desprovista de atractivo.

---

(1) *Donaires del Parnaso, por D. Alonso de Castillo Solorzano*. Madrid, 1624, 8.°, folis 129 y 130.

(2) La novela titulada *El Culto graduado* es toda ella una sátira contra el gongorismo.

Don Alonso de Castillo no solamente no extremó semejante tendencia, sino que, en varias de sus obras, apenas se advierte. Su estilo tiene la sencilla nobleza y transparencia de la lengua y carácter de los habitantes de la región castellana en que había nacido. Y este recuerdo nos conduce, sin más preámbulo, á reseñar su biografía.

II

Es aun bien pobre y obscura. Hasta el presente ni siquiera se conocía el lugar de su nacimiento. Nicolás Antonio no lo supo; D. Juan Antonio Mayans, erudito ilustrador de la novela española (1), creyó que era andaluz; D. Ramón de Mesonero Romanos, que le estudió como autor dramático (2), guiándose por un pasaje equívoco de la primera parte de sus *Donaires del Parna-*

---

(1) *El Pastor de Fílida*, de Luis Gálvez de Montalbo: Valencia, 1792. 8.° En el prólogo de esta reimpresión, p. 66, dice Mayans: «D. Alonso de Castillo Solórzano, caballero andaluz...»; pero no expresa la razón de esta hipótesis, nacida quizá de ver que con frecuencia lleva Castillo los personajes de sus novelas á Andalucía.

(2) *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega;* tomo segundo (Bib. de AA. españoles), en los preliminares; con ocasión de reimprimir allí dos comedias de Castillo se manifiesta propicio á creer que su patria «pudo ser un pueblo de la provincia de Cuenca». Aunque Mesonero tampoco expresa el motivo de su creencia, parece indudable que le fué sugerida por una poesía de Castillo contenida en la primera parte de los *Donaires del Parnaso* (folio 67 v.) «En despedida de una Academia que se hacía en una pieza muy estrecha, y la jornada era á Cuenca». En ella dice que por la

so (1), supuso que era conquense. Sólo el insigne, el benemérito Barrera, con su notoria perspicacia, avanzó, aunque con su habitual modestia, por carecer de datos precisos, que pudiera haber nacido en Castilla (2).

Nosotros, bien que con auxilio ajeno, podemos establecerlo resueltamente (3). D. Alonso de Cas-

---

gracia de una mula se parte á la ciudad que bañan el Huécar y el Júcar, pesaroso de dejar la corte y la futura Academia.

(1) Y acabando mi negocio,
poca flema y priesa mucha,
recto trámite, me vuelvo
sin buscar más aventuras...
Hasta llegar á mi centro,
que en pedernales se funda,
y entre su fuego se siembran
los rábanos y lechugas...
Adiós, insignes sujetos;
que un octavario me oculta
desta primera Academia
hasta verme en la segunda.

Un poco poco más adelante (folio 77 v.) describe la ciudad de Cuenca, sin desprecio, pero tampoco sin el entusiasmo, que pudiera traducirse por amor filial.

(2) *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español.* Madrid, 1860, p. 75.

(3) La primera indicación de la villa natal de Castillo nos la ha dado el Sr. D. Marcelino Gutiérrez del Caño, laureado autor de una *Tipografía vallisoletana* y de un *Diccionario de escritores de la provincia de Valladolid*, obras que por fortuna no tardarán en ver la luz pública para recreo de los eruditos. Suyo, pues, es el descubrimiento de la patria del insigne novelista.

tilio Solórzano había nacido en Tordesillas, célebre villa y plaza fuerte durante la Edad Media, y más famosa aún en el siglo XVI, por ser la última residencia y lugar de la muerte de la reina doña Juana *la Loca*, madre del emperador Carlos V. Pertenece á la provincia de Valladolid, de cuya capital dista 29 kilómetros en dirección oeste.

La filiación está confesada por el mismo don Alonso en el siguiente soneto, con que loó la *Historia de Santa Teodora de Alejandría*, compuesta en octavas reales por su paisano Cristóbal González del Torneo, é impresa en Madrid en 1619 (1).

«DE ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, NATURAL DE TORDESILLAS

Soneto.

Anciano Duero, tú que á Tordesillas
bañas el fuerte muro y hermoseas,
florido de nayades y napeas
y celebrado de las dos Castillas.

(1) *Vida, y penitencia | de Sta. Teodora | de Alexandria. | Dirigida á la purísima Madre | de Dios. | Por Christoual Gōzalez del Tor | neo, natural de Tordesillas.* | (Estampa de la Virgen). *Con privilegio. | En Madrid, Por Diego Flamenco. | Año de 1619.*

8.°; 8 hoj. prels., 205 foliadas y una más de colofón. Es un poema en unas 600 octavas reales, escritas con facilidad y estro poético.

Un cisne que has criado en tus orillas,
honrado de tus claras semideas,
á pesar de las márgenes Leteas
nos canta de Teodora maravillas.
No teme al vulgo, fiero cocodrilo
que atrae al ignorante á su deseo,
para que esté gozosa Alejandría.
Duero aqueste presente ofrece al Nilo;
Tordesillas á España este Torneo,
sutil ingenio que á sus pechos cría.»

Conócese por este soneto que no era la poesía grave y elevada la que mejor convenía á la musa de Castillo, juguetona y alegre más que otra cosa.

Con la indicación, pues, contenida en el libro de González del Torneo no nos fué muy difícil obtener (1) la partida de nacimiento de nuestro poeta, que dice así:

---

(1) Escribí al Sr. D. Eleuterio Fernández Torres, presbítero y aplaudido autor de una erudita y agradable *Historia de Tordesillas* (Valladolid, 1905), á quien sólo por este motivo conocía, y este excelente escritor, sin pérdida de tiempo, se puso á la busca del documento hasta que dió con él. Al remitírmelo, y con el escrúpulo que siempre asalta al que como el Sr. Fernández Torres está acostumbrado á manejar esta clase de papeles, manifiesta algunas dudas, que él expresa mejor que yo pudiera hacerlo.

«Sólo siento (dice) que tal vez mis esfuerzos no se vean coronados por éxito feliz. He recorrido todos los libros de bautizados de estas iglesias, cuyos párrocos, amigos míos, han tenido la atención de

«Lunes, primero de Octubre deste año de mill y quinientos y ochenta y quatro. El bachiller Juan de la Fuente, preste y cura de la Señora

---

facilitarme, y he encontrado muchos Alonsos de Castillo, pues con nombre y apellido andan juntos en estos libros parroquiales; pero jamás ni con ellos ni con otros aparece el de Solórzano.

Mas como las partidas de aquellos siglos están redactadas con laconismo desesperante, pudiera acontecer que el Alonso de quien se trata no usara el apellido de la madre, y sí los dos del padre; y como en ninguna de estas partidas se consignan los abuelos paternos ni maternos, me es imposible averiguar esta sospecha. Yo no hallo esto difícil, puesto que aquí tenemos el ejemplo de un hijo que no lleva ninguno de los apellidos del padre; y es Pedro Velázquez de Guevara, maestresala de Enrique IV, é hijo de Fernán López de Saldaña, contador mayor de D. Juan II.

De todos modos, por si algo puede aprovechar á usted para sacar *ex ungue leone*, remito adjunta la partida de un Alonso de Castillo, que coincide con los años que usted supone y que llama la atención por incluir detalles que son una verdadera excepción en las concisas partidas de aquellos tiempos.

Si no fuera ésta, no queda más que la sospecha de que se hallase en los libros de la parroquia de Santiago, cuyos tres primeros tomos han desaparecido.»

Nada tenemos que añadir á las discretas razones del Sr. Torres, porque ellas mismas absuelven la duda que pudiera abrigarse sobre el particular, cuando en todo le demás hay perfecta coincidencia. Sólo diremos, en confirmación de nuestro parecer, que la profesión del padre explica la del hijo El de un camarero del duque de Alba, pudo perfectamente ser maestresala del marqués de los Vélez.

María de esta villa de Tordessillas, bapticé á Alonso, hijo del señor Francisco de Castillo, camarero de Excellentissimo señor Duque de Alba y de la señora doña Ana Griján, su legítima mujer. Fué su abogado Santo Antonio; padrino el licenciado Baltasar Suro, preste de Santa María y su acompañada la señora doña Catalina Griján, su tía; siendo testigos el doctor D. Luis Vázquez de Cepeda, caballero de la orden de Santiago y el Sr. Jerónimo Gaitán y otros muchos señores. Y por ser ansí verdad lo firmo de mi nombre.—El bachiller Juan de la Fuente.» Firman también los testigos (1).

En Tordesillas pasarían probablemente los años de la infancia de nuestro D. Alonso, al lado de la familia de su madre, avecindada, como se ha visto, en esta villa. La buena posición de su padre, empleado en casa de tan principal señor como el duque de Alba, le permitiría dar á su hijo instrucción conveniente, que tal vez recibiría en las aulas salmantinas, aunque sus estudios no llegaron á su término.

En sus novelas introduce con harta frecuencia gorrones y estudiantes. Parte de la titulada *Aventuras del bachiller Trapaza* sucede en Salamanca, haciendo papel principal varios estudiantes. Si hubiese llegado á poseer algún grado

(1) Tomo I de bautizados de la parroquia de Santa María de Tordesillas.

académico, con su talento y despejo no le hubiera sido difícil lograr algún empleo distinto del servicio personal á que estuvo condenado toda su vida. Hay que suponer, pues, que algún contratiempo, acaso la muerte prematura de su padre, le obligó á abandonar los estudios por falta de medios para continuarlos. En una de sus novelas refiere un personaje, no sin cierta melancolía, idéntica causa para explicar su posición humilde de ayuda de cámara.

Y á este cambio de fortuna parece que aludía Lope de Vega, al elogiar en 1630 á nuestro don Alonso en su *Laurel de Apolo*, diciendo (*Silva* VIII):

> Las gracias en la cuna
> de su dichosa infancia
> tan risueñas vinieron,
> que á DON ALONSO DE CASTILLO dieron
> más gracia que fortuna,
> y que premio, elegancia;
> que tiene repugnancia
> tal vez con la virtud. Pero si miras
> sus libros, sus papeles, superiores
> á cuantos hoy de aquel estilo admiras;
> llenos de tantas elegantes flores,
> como la copia de su fértil genio
> con prodigioso ingenio
> por el mundo derrama,
> no le quieras más premio que su fama
> ni laureles mayores,
> ni más ricos favores

que de su pluma la dorada copia,
pues la virtud es premio de sí propia.

Barrera explicó también así estos versos, al decir: «Esta alusión nos indica que D. Alonso vió desaparecer en su edad adulta la prosperidad que su nacimiento le prometía.»

Pero nada sabemos de la juventud de Castillo, hasta que en 1619 le hallamos en Madrid elogiando, como hemos visto, el poema de su compatricio González del Torneo.

Estaba ya, sin embargo, recibido entre los poetas cortesanos, no mucho después, cuando en 1621 le eligió nada menos que el insigne Mercenario *Tirso de Molina*, para que, en unión de Lope de Vega, celebrase con sus versos el libro misceláneo que se imprimió entonces con el título de *Cigarrales de Toledo,* obra de aquel grande ingenio. Castillo le compuso una elegante décima.

Aunque no concurrió á la justa poética que para solemnizar la beatificación de San Isidro se celebró en Madrid el año antes, no dejó de hacerlo en 1622, al festejar, aún con más esplendor, la canonización del mismo y otros santos.

Presentó dos composiciones (unas décimas y un soneto) con su verdadero nombre, y otras décimas y un romance bajo el seudónimo del *Bachiller Lesmes Díaz de Calahorra.* Obtuvo el romance el tercer premio y «treinta ducados apar-

te», según dice la lista de las recompensas, que así, como la relación de estos festejos, nos ha conservado Lope de Vega, que actuó de secretario en ellos (1) y elogió los poetas premiados, sin excluir á D. Alonso, de quien dice, dirigiéndose á las Musas:

> Pero diréis que os halláis
> turbadas, viendo que quiero
> hablar luego en *Lesmes Díaz*,
> si bien fué nombre supuesto.
> DON ALONSO DE CASTILLO
> fué de aquellos versos dueño,
> en cuyo ingenio sabroso
> vive un panal de los cielos.

Pero lo extraño del suceso es que á Castillo se le privó luego del premio otorgado por el Jurado, según nos informa él mismo en unos versos jocosos que escribió «A un precio que le quitaron (habiéndosele dado) por mudarse el nombre, en un certamen delante de Sus Majestades». Era el premio, según dice,

> El Santo Patrón de España,
> en una hermosa pintura,
> que aunque al olio estaba hecha,

(1) La *Relación* de estas fiestas y noticia de los certámenes poéticos la ha publicado el mismo Lope en 1625, por la viuda de Alonso Martín, y fué reimpresa en el tomo XII de sus *Obras* no dramáticas ó *sueltas*, hecha en el siglo XVIII por D. Antonio Sancha. (Madrid, 1776-79: 21 vols en 4.°)

se le despintó con dudas;
con un vernegal de plata,
que se le llevó en las uñas
el ave de Ganimedes,
porque dél Júpiter gusta.
Quedó el valiente don Lesmes
(frustradas sus *alleluyas*),
cantándole responsorios
al precio que le sepultan.

Ante sus reclamaciones, acordó la villa eximirle de la parte de sisa que le tocase.

Fiat, dijo el buen don Lesmes,
aunque escarmentar procura
en no hacer versos adonde
cuando le premian le multan (1).

Leyó Castillo estos versos y otros muchos en la Academia de Madrid, que se reunió primero en casa de un clérigo poeta llamado D. Sebastián Francisco de Medrano, de quien se hizo Castillo amigo íntimo, y después en la de don Francisco de Mendoza, secretario del conde de Monterrey. A esta Academia concurrían todos los principales poetas de la corte, con Lope á su cabeza.

Si hubiéramos de entender literalmente otra poesía de Castillo, escrita en estos tiempos para la misma Academia, se hallaría ya viudo. En

(1) *Donaires del Parnaso*, 1.ª parte, folios 35 y siguientes.

otra, perteneciente á igual período, nos traza con gran despejo su propio retrato, diciendo que calla lo primero, su edad, remitiéndose al aspecto.

Porque el tiempo en lo aparente,
por favorecer mis partes,
permite que disimule
lo que pudiera agraviarme.

No lo era, por lo visto, el carecer de cabello, porque añade á renglón seguido:

Soy lampiño de celebro,
no porque seso me falte,
sino que el resto del pelo
se quedó en los aladares.
Soy calvo, al fin, con perdón;
y esta fué causa bastante
(por si pongo cabellera)
de no querer retratarme.

Frente espaciosa con grandes entradas, ojos negros, nariz ni romana ni aguileña.

La boca no la limito,
porque ha querido espaciarse;
de donde han salido muelas,
por ver la salida fácil.
El garbo de los bigotes,
que la circundan su margen,
inclinados á los ojos,
irritan sus lagrimales,
gracias al cuidado eterno

que me tengo con alzarles,
al hierro que los conduce
y á los ambarinos parches.
Algo de zambo me notan,
pero puedo consolarme
viendo á un Esteban de piernas
que es de fisgas protomártir (1).

Como acabamos de ver, el principal defecto físico que en sí mismo reconoce Castillo Solórzano es la carencia de cabellos. Su calvicie debía de ser característica, porque es lo único con que tropezó el famoso poeta, algo culterano, Anastasio Pantaleón de Ribera, para el *Vejamen* satírico que, por el tiempo á que venimos refiriéndonos, escribió y leyó en la Academia de Madrid, y de seguro delante del mismo D. Alonso, así como de los demás *vejados* amistosamente, según costumbre en aquellas reuniones. Lo relativo á Castillo tiene ciertamente mucha agudeza y á veces no poca gracia. Dice así:

«Llevóme de allí don Lucido á otra mansión donde se divisaba un hombre de buen talle y rostro. Relampagueaba sobre todo él una calvaza, ó, por mejor decir, una calabaza, con tantos visos y tornasoles que quitaba la vista de los ojos.

En estos relámpagos y ventiscas de aquel cerebro conocí que debía de tener la calva-true-

(1) *Donaires del Parnaso*, 2.ª parte, folio 3.

no. Pregunté quién era y díjome mi guiador:

—Este es un hombre lunático, ó lunar; quiero decir que vive en el orbe de la luna y llámase don *Ansolo*.

Entonces volví á decir:

—Lunático bien puede ser; mas no lunar, pues no tiene cabello. Pero ¿qué don *Ansolo* es éste? ¿Es, por ventura, *el Casto?*

—No, sino, por desgracia, el *Castillo* (me respondió); que, como otros suelen traer cabelleras postizas, trae él postiza la calva; porque tales páramos de cabello no se pudieron hacer sino á sabiendas. Con todo eso dicen algunos que haciendo concierto con un amigo suyo, de la misma cabeza que él, jurando de no volverse atrás, echaron pelillos á la mar y se quedaron mondos de pie y pierna. Su ejercicio es ser poeta jocoso, de aquella data *verbi gracia;* pero no tiene *verbi gracia,* aunque se precia de más salado que un arenque. Vamos á otra cosa. Digo que su tema es escribir cada día librillos; y, si Dios no lo remedia, escribirá cada hora artesas y barreños. Ha pedido esta semana pasada en el Consejo Real de la Luna que, pues da licencia á don Zafiro para que se vista como quiera, y actualmente anda de azul, le permitan á él andar cabellado, y encarnado á don Pradelio, que se le ven al pobre los huesos.

Preguntó otra vez:

—Este loco, dado que tiene asomos por una de

bien nacido, no me parece, por otra parte, hombre de buen pelo. ¿Es noble ó no?

Apenas oyó la duda cuando, viniéndose para nosotros, y asiéndome de un brazo, soltó de esta manera la maldita:

Yo traigo en la comisura
sangre antigua y verdadera,
porque es Nuño mi mollera,
de extraordinaria *Rasura*.
Quien averiguar procura,
sepa que sangre me dió
ilustre mi padre, y que
jamás en Castilla fué
Lain Calvo como yo» (1).

Tan ajeno estaba Castillo de ofenderse porque le sacasen *á relucir* su calva cabeza, que él mismo hizo donaire de ello, en general, como se ve por muchos pasajes de la presente novela, y especialmente en el entremés de *El Barbador*.

En cuanto á la posición y condición sociales de D. Alonso por este tiempo, se resumían en ser gentilhombre del marqués del Villar don Juan de Zúñiga Requesens y Pimentel, como él mismo se declara en las dos primeras obras que dió á la estampa en 1624 y 1625, con el título de *Donaires del Parnaso*, primera y segunda parte.

(1) *Obras de Anastasio Pantaleón de Ribera* Madrid, Francisco Martínez, 1634, 8.°

Contienen uno y otro tomo de poesías las leídas en la Academia de Madrid, según nos dice el autor, y aseguran una y otra vez sus aprobadores Lope de Vega, Tirso de Molina y D. Sebastián Francisco de Medrano. Son, en general, versos jocosos y satíricos, sobre costumbres, defectos físicos y morales de personas, parodias y fábulas mitológicas tratadas á lo burlesco. Todas rebosan alegría, vis cómica, intención satírica, aunque no muy profunda ni sangrienta. En algunas poesías es ya el encabezado un epigrama, como la enderezada «A un médico que se casó con una mujer vieja estando en su mano el matarla»; la de «Un galán que, desconfiando de alcanzar una dama que pretendía, se empleó en la tercera de sus amores»; «A una creciente del Manzanares *en el mes de Julio*», etc.

Dedicó la primera parte de sus *Donaires* (1)

---

(1) *Donayres | del Parnaso. | Por Don Alonso de Castillo Solorçano | Gētilōbre del Marques del Villar. | Al Excelentissimo Señor Don Antonio San | cho Dauila y Toledo, Marques de Velada y | de San Roman, Señor de la casa de Villa Toro | y Villanueva de Gomez, Comendador de | Mançanares, por la Orden de Calatraua, | y Gentilōmbre del Rey N. S.* (Escudo del Marques). *Con privilegio. En Madrid, por Diego Flamenco. Año de 1624.*

8.°; 8 h. prels. y 132 foliadas. Al fin repite las señas del impresor y año. Tassa (tres mrs. y medio cada pliego = 2 rs. todo el tomo): Madrid 11 Febrero de 1624. -Erratas: (Murcia de la Llana): Madrid 12 de Febrero de íd.—Suma del privilegio: Madrid

á D. Antonio Dávila y Toledo, marqués de Velada, que quizá le costearía la impresión del tomo, pues no aparece otro editor en él, y la segunda á su propio amo el marqués del Villar (1).

---

5 de Diciembre de 1624 (*sic:* debe ser 1623).—Aprobación de Tirso: Monasterio de Nuestra Sra. de la Merced á 3 de Noviembre de 1623.—Aprobación de Lope de Vega: Madrid 18 de Noviembre de 1623.—Décima laudatoria de don Alonso Mergelina Montejo.—Redondillas de don Fulgencio Osorio y Pinelo.—Décima de don Fernando Bermúdez de Carvajal.—Otra de Sebastián Francisco de Medrano.—Otra de don Juan Díaz de Aguilar.—Otra del Maestro Juan de Villalobos.—Dedicatoria, sin fecha, firmada por Castillo.—Prólogo (en verso).—Texto.

(1) *Donayres | del Parnaso, | Segvnda parte. | A Don Juan de Zuñiga, Requesens, Cordo | ua, y Pimentel, mi señor, Marques del Vi | llar, Comendador de Ocaña, por la Orden de Santiago, y Gentilom | bre de la Cámara del Rey | nuestro señor. | Por Don Alonso de Castillo Solorçano, | Gentilombre de su casa. | Año 1625. | Con privilegio, | En Madrid, Por Diego Flamenco. | A costa de Lucas Ramirez mercader de libros | Vendese en la calle de Toledo.*

8.°; 8 h. prels. y 126 foliadas.—Tasa (4 mrs. pliego: tiene 15) Madrid, 19 de Abril de 1625.—Erratas: Madrid, 12 de Abril de íd. (Murcia de la Llana).—Suma del privilegio (al autor por diez años): Madrid, 1.° de Octubre de 1624.—Aprob de Sebastián Francisco de Medrano: Madrid, 25 de Septiembre de 1624.—Aprobación de Lope: Madrid 25 de Septiembre de 1624.—Declaración de las Enigmas.—Escudo de armas.—Dedicatoria, sin fecha, firmada por Castillo.—Al lector (en tercetos).—Texto con algunos grabados.

III

Pero no era ciertamente la poesía lírica el género literario en que más había de sobresalir D. Alonso del Castillo Solórzano; y claro se veía en la preferencia que otorgaba al estudio de las costumbres, de los caracteres, ya singulares ó ya ridículos, y al asomo de acción, descripción y crítica que apuntaba en todos sus versos, cuán necesario le era un campo más vasto y más cómodo que el de la lírica para desenvolver sus facultades de observador y narrador de las más variadas acciones humanas. Este campo era la novela.

Bien se le alcanzaba la grande importancia que ya tenía entre nosotros y la altura á que habían sabido llevarla Cervantes y sus coetáneos; pues como él mismo dice, por boca de uno de sus personajes: «Yo me ofrezco... á entretener ese rato con algún cuento ó novela... que, como he leído tanto, así de lo italiano, en que tantos se han escrito, como en español, *que de poco acá los han sabido imitar y aun exceder,* no faltaré á lo que aquí prometo con mucho gusto.»

Y no faltó, en efecto; pues en cerca de veinte años apenas dejó uno en que no diese al público alguna de sus graciosas historias fingidas.

En 1624 tenía ya terminadas y aprobadas las seis que imprimió á principios del siguiente con el título general de *Tardes entretenidas*. Conocía ya el delicado y difícil paladar del público, y no teme desafiar sus iras, dirigiéndose «A los críticos» en esta forma: «Ya gremio censurador me consta tu modo de vivir, y por las diversas herramientas que en tus oficinas he visto (cuidadosamente afiladas por el ocio) conozco de cuántos oficios se forma tu perniciosa congregación. Sé que no hay en nuestra república paño que no tundas, seda que no acuchilles, cordobán que no piques, holanda que no cortes, cabello que no rasures y, finalmente, uña, aunque sea del mismo Pegaso, que no cercenes.»

No se olvida de recomendar la originalidad de su obra diciendo: «Lo que te puedo asegurar es que ninguna cosa de las que en este libro te presento es traducción italiana, sino todas hijas de mi entendimiento: que me corriera mucho de oir de mí lo que de los que traducen ó trasladan, por hablar con más propiedad» (1).

---

(1) *Tardes* | *entretenidas.* | *Al Excelentissimo señor don Francisco Gomez de Sandoval, Padilla y Acuña Duque de Uceda y Cea... Por Don Alonso de Castillo Solorçano.* | *Año* (Escudo del Mecenas) *1625.* | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin.* | *A costa de Alonso Perez, mercader de Libros.*

8.°; 8 h. prels. y 254 foliadas. Láms. en madera.

Sin embargo, aunque las historias sean suyas, la urdimbre ó engarce de ellas es de todo punto italiana, nacida del *Decamerón*, procedimiento usadísimo entonces, no sólo por Castillo, sino por casi todos nuestros cuentistas.

Supone, pues, que en una quinta, á orillas del «risueño» Manzanares, se reunieron en la primavera dos principales señoras, viudas, con dos hijas jóvenes cada una; dos criadas, dos ancianos escuderos y dos pajecillos. Acompañábalas también un amigo de alegre genio, llamado Octavio, que por la noche se retiraría á Madrid. Este es quien organiza los divertimientos que habían de tener en todo el mes de Mayo, pues cantaba, tañía y hacía versos. Las damas jóvenes habrían de proponer enigmas, referir historias y cantar con Octavio.

Así va el autor ensartando las seis novelas que

Novelas que contiene este libro: *El amor en la venganza; La Fantasma de Valencia; El Proteo de Madrid; El socorro en el peligro; El Culto graduado* y *Engañar con la verdad*. -Erratas (Murcia de la Llana): Madrid, 15 de Marzo, 1625.—Tasa (4 mrs. pliego): Madrid 21 Marzo 1625.—Suma del privilegio (por diez años á D. Alonso): Madrid 24 de Septiembre 1624.—Aprobación de Fr. Plácido de Rojas, benedictino: Madrid, 5 Septiembre 624.—Licencia del Vicario: Madrid, 7 Septiembre 1624.—Aprobación de D. Juan de Jáuregui: Madrid, 18 de Septiembre 1624 —Dedicatoria, sin fecha, suscrita por Castillo—«A los críticos».—Décima de D. Gabriel del Corral. Texto.

forman este libro, y cuyos títulos se leen en la nota. Algo estudiado parece el estilo al principio; pero luego entra el autor en su natural quedo de narrador abundante, sencillo y gracioso.

Don Juan de Jáuregui, aprobador del libro, dice de él «que es muestra de la fertilidad de ingenios de España, pues con tanta abundancia como facilidad, no ofendiendo á las buenas costumbres, antes aprovechando con avisos morales, divierte y deleita en variedad de asuntos y artificio de trazas notables, donde los entretenimientos desta lección reconocerán mucho caudal y gracia».

Las novelas, sobre todo las de asunto español, son dignas del aplauso con que fueron recibidas á su aparición en el mundo. Como se han de reimprimir la mayor parte de los tomos de Castillo Solórzano, si el editor ó el público no se cansan, no nos detendremos individualmente en el estudio y apreciación de aquéllas, aunque sí daremos una bibliografía lo más completa y exacta posible, corrigiendo los muchos errores que hay introducidos en el asunto, cosa de grande importancia, porque afecta á la biografía del novelista.

Pero antes debemos deshacer la superchería con que un editor poco escrupuloso adjudicó á D. Alonso de Castillo obras que no compuso. Titúlase el libro en cuestión, que figura como impreso en este año de 1625, en que nos encon-

tramos, *Varios y honestos, entretenimientos en varios Entremeses y pasos apacibles, que dió á Luz Don Alonso de Castillo Solorzano. A el Duque Don Vasco de Andrada, caualtero de la orden de Santiago, Tezorero, y Teniente de Baile de la ciudad de Alicante. En México 1625. Por orden del autor, Juan Garsés.* En octavo, con dos hojas de principios y 162 páginas. No lleva licencias ni más que una aprobación de Fray Tomás Roca, fechada en Méjico á 19 de Abril de 1624.

Todo en este libro es falso. Ni fué impreso en 1625, sino lo menos de veinte después; ni en Méjico, sino en Amberes, Amsterdan ú otro punto punto de los Países Bajos; ni hubo entonces, ni antes, ningún duque don Vasco de Andrada, ni el teniente de Baile de Alicante tuvo tanta categoría, sino que era un hidalgo de la localidad, como se ve por la presente novela de *Teresa de Manzanares*, dedicada precisamente al que lo era en 1632, D. Juan Alonso Martínez de Vera, lo que indudablemente sugirió el título al falsificador.

El Fray Tomás Roca que aparece en Méjico en 1624 era un trinitario catalán que por los mismos años residía en el convento de Santa Catalina de Barcelona, y aprueba allí otros libros de de Castillo Solórzano, y, por último, el Juan Garsés que figura como apoderado de éste, quizá sea el Juan Gárriz que estampó en Valencia

obras suyas ó el Pedro Garcés, aprobador de otras.

Gallardo incluyó este libro en el *Ensayo* sin hacer salvedad alguna. Pero aunque Barrera, haciéndose cargo de las dudas manifestadas por D. Pascual de Gayangos acerca de un ejemplar que había visto en Londres, le sospecha apócrifo, todavía D. Pedro Salvá, en el *Catálogo* de su biblioteca (I, 382), insiste en darlo como auténtico, ponderando la *rareza* del libro y espaciándose en describir el perfecto estado de conservación de su ejemplar que, en gran parte, aún *estaba sin abrir*.

IV

El buen éxito que obtuvo la primera tentativa romancesca de D. Alonso del Castillo movióle á dar á luz inmediatamente otra serie de novelas, como lo hizo, en 1626, bajo el título de *Jornadas alegres* (1).

El procedimiento para ordenar sus cuentos es el mismo que en la colección anterior. La esposa de un oídor del Consejo Real regresa á Madrid, desde Talavera, en compañía de dos hermanas,

(1) *Jornadas alegres.* | *A D. Francisco de Erasso* | *Conde de Humanes, señor de las Villas de Mohernando* | *y el Canal.* | *Por D. Alonso de Castillo Solórzano* | (Escudo) *Con privilegio.* | *En Madrid, por Juan González, año 1626.* | *A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.*

8.°; 8 h. prels. y 224 foliadas.—Erratas (Murcia de la Llana): Madrid, 26 Abril 1626.—Tasa (4 mrs. pliego): Madrid, 28 Abril de íd.—Suma del privilegio (á D. Alonso, por diez años): Madrid, 25 Junio 1625.—Aprob. del P. Mtro. Fr. Pedro Martínez Herrera *(De las Jornadas* y del *Abril de flores divinas).* Convento del Carmen de Madrid, 12 de Junio 1625.—Lic. del Ordinario (para las dos obras). Madrid, 13 Junio de íd.—Aprob. de D. Diego de Córdoba, capellán mayor del infante D. Carlos (para el *Abril* y las *Jornadas).* Madrid, 17 Junio de íd.—Dedicatoria, sin fecha, firmada por D. Alonso.—Prólogo.—Madrigal de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.—Décima de D. Juan de Larrea y Zurbano.—Otra de Luis de Villatón.—Texto.

dos cuñados, un poeta amigo de la casa y varias doncellas que, según uso de entonces, sabían tañer arpa, vihuela y guitarra, y cantar los tonos más famosos ó más de moda.

Las cinco cortas jornadas del regreso son las que se emplearon en referir las cinco novelas tituladas: *No hay mal que no venga por bien, La obligación cumplida, La cruel aragonesa, La libertad merecida* y *El obstinado arrepentido,* con más la *fábula,* en prosa, *Las bodas de Manzanares.*

A la vez que esta obra presentó D. Alonso de Castillo á la censura otra titulada *Abril de flores divinas*, libro devoto del que no tenemos más noticia que la de haber satisfecho á los aprobadores Fray Pedro Martínez de Herrera, carmelita, y D. Diego de Córdoba, capellán mayor del infante D. Carlos de Austria, hermano de Felipe IV. Este libro sería probablemente de versos á lo divino, como el *Jardín* de Alonso de Bonilla, con el cual parece confundirle Gallardo, pues da equivocado el título del de Castillo.

El *Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid*, que, aunque suena aprobado á mediados de 1625, no salió á luz hasta dos años más tarde (1), quizá tuvo por modelo inmediato *Las*

(1) *Tiempo de | Regozijo, y Carnestolendas de | Madrid. | Al Exmo. S. D. Alvaro Ia | cinto de Portugal, Almirante de las In | dias, Çonde de Gelues, Duque de Vera | gua, Marques de Xamai-*

Carnestolendas de Castilla, de Gaspar Lucas Hidalgo, vecino de Madrid, impresas en 1605; pero, en realidad, uno y otro siguieron el método italiano. Tres caballeros amigos que vivían en la calle Atocha, muy cerca unos de otros, acuerdan festejar los tres días de Carnaval, uno en cada casa, con cena, novela, lectura de versos y máscara ó representación de alguna pieza dramática.

Así intercala Castillo en este tomo tres novelitas, tituladas *El Duque de Milán*, *La quinta de Diana* y *El ayo de su hijo*; el entremés *El casamentero* y varias composiciones líricas.

Es digno de tener en cuenta que al solicitar la aprobación de este libro lo hizo también de otro

---

ca, &c. Por don Alonso de Castillo Solorçano. | *Año* (Escudo del Mecenas) *1627.* | *Con privilegio.* | *En Madrid: Por Luis Sánchez: Año de 1627.* | *A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* (Al fin repite las señas de impresión.)

8.°; 8 h. prels. y 170 foliadas.—Suma del privilegio (á D. Alonso, por diez años): Guadalajara, 7 Enero 1626.—Suma de la tasa (4 mrs. pliego), sin fecha.—Erratas (Murcia de la Ll.): Madrid, 7 Enero 1627.—Aprob. de Jáuregui (para esta obra y la *Vida de Cleopatra*): Madrid, 20 Diciembre 1625.—Otra del Mtro. F. Fr.co Boil (para ambos libros): Convento de la Merced de Madrid, 14 Octubre 1625. Décima del Dr. Francisco de Quintana.—Otra de D. Juan de Larrea. Dedicatoria de Castillo, sin fecha. (Aquí ya le da á D. Alvaro el apellido Colón, que se le olvidó en la portada).—«Al bien intencionado», prólogo de Montalbán.—Texto.—Nota final.

que había de llevar por título *Vida de Cleopatra* y que, según toda probabilidad, será la misma obra, más ó menos ampliada, que dió á luz en Zaragoza en 1639.

Era amigo Castillo del librero Alonso Pérez, más célebre por haber sido padre del Dr. Juan Pérez de Montalbán, famoso poeta. Habíale el librero comprado el privilegio y costeado la impresión de las dos primeras series de novelas, é hizo lo mismo con esta tercera. Así no es de extrañar que el prólogo *Al bien intencionado,* en lugar de ir suscrito por el autor, lleve la firma de Montalbán. Pudo en este prólogo hacer ya sin escándalo el elogio de Castillo; elogio en que, ponderando lo bien recibidos que habían sido sus anteriores escritos, habían insistido también, cual si se pusieran de acuerdo, los aprobadores del presente, D. Juan de Jáuregui y el P. Maestro Fray Francisco Boil, en términos del mayor encomio.

Pero á la vez anuncia Montalbán las cinco obras que en el curso del referido año se proponía publicar su padre, y eran: la *Vida de Don Juan de Austria,* por D. Lorenzo Vander Hamen; el poema de *La Conversión de la Magdalena,* de D. Francisco López de Zárate; versos de D. Gabriel del Corral y D. Gabriel Bocángel y Unzueta, leídos en la Academia madrileña; la *Historia de Hipólito y Aminta,* del Dr. Francisco de Quintana, que, según Moltalbán declara, es el

mismo D. Francisco de las Cuevas, autor de las *Experiencias de amor y fortuna,* impresas con este seudónimo en 1626; y, por último, *El Purgatorio de San Patricio,* obra del mismo Montalbán, que espera ver favorecida del lector bien intencionado, «fuera de que cuando te enojare (dice) con mis desaciertos, volveré á rogar á don Alonso de Castillo escriba otro libro como éste, que á él le honre, á ti te despique y á mí me desempeñe» (1).

---

(1) En el orden cronológico de las publicaciones de D. Alonso de Castillo Solórzano figura la siguiente, que no hemos logrado ver más que mencionada en el *Catálogo de la biblioteca del Marqués de Heredia,* cuya venta se efectuó hace algunos años:

«1628. CASTILLO SOLÓRZANO. *Escarmientos de amor moralizados. Seuilla, Sande, 1628; pet. in 8, velin. Prémiere edition*». (*Catál.*, IV, 248.)

La nota de *primera edición* prueba la ignorancia del redactor de este catálogo; pues no sólo primera, sino obra totalmente desconocida pudo llamarla, si fuese persona versada en bibliografía española. Su misma rareza; el ser ignorada de todos nuestros bibliógrafos, de Nicolás Antonio á Gallardo y Gayangos; el no haberse impreso ningún libro de Castillo en Sevilla, y el ejemplar de lo sucedido en los *Varios entretenimientos,* nos hacen sospechar ó una franca y verdadera superchería bibliográfica ó una atribución infundada de obra perteneciente á otro autor. Sin embargo, la asistencia en Sevilla de D. Alonso de Castillo resulta acreditada por multitud de graves indicios, y no sería imposible que imprimiese allí esa ú otra obra semejante. Habiendo consultado el caso últimamen-

te con el Sr. Menéndez y Pelayo me ha manifestado que él posee un ejemplar de dicho libro; pero por desgracia falto de portada y demás preliminares. La obra es una novela seguida; y, á lo que el Sr. Menéndez y Pelayo recuerda, su estilo no parece impropio de Castillo Solórzano.

V

En esta época se verificó un cambio importante en la vida de Castillo Solórzano. Dejó el servicio del marqués del Villar, y quizá por consejo suyo entró en el de su pariente el marqués de los Vélez, que á la sazón desempeñaba el virreinato de Valencia.

Don Luis Fajardo de Requesens, cuarto marqués de los Vélez y de Molina, adelantado y capitán general del reino de Murcia, como todos sus antepasados, desde el siglo XIV y Comendador de Villarrubia en la Orden de Santiago, había sucedido á su padre D. Pedro, insigne general de Felipe II, en 12 de Febrero de 1579. Figura casado con doña María Pimentel, hija de D. Alonso, octavo conde de Benavente, de quien tuvo dos hijas, doña Mencia de Zúñiga, que se unió en la misma casa de Benavente con D. Juan Alonso Pimentel, décimo conde; doña Catalina Fajardo, mujer de don Fadrique Enríquez de Guzmán, octavo conde de Alba de Liste, y un hijo, D. Pedro, que le heredó.

En 1628 fué nombrado virrey de Valencia, en sucesión de D. Enrique Dávila y Guzmán, marqués de Povar, y en su compañía se fué nuestro

D. Alonso con el cargo, íntimo y de cierta consideración, de maestresala de su casa.

En alguna de sus obras muestra Castillo no ser el empleo de maestresala muy socorrido, pues dice que los tales siempre andaban escasos de dineros; pero en otras indica la grande importancia que, dentro de la casa, tenía el tal criado; pues no solamente asistía á las comidas del señor, haciéndole la salva y otros delicados menesteres, sino que era como el jefe de todo el servicio lacayuno y aun se extendía en autoridad sobre los pajes (benjamines de los palacios), á quienes podía mandar azotar, como lo hacían con demasiada facilidad.

Apenas llegado á Valencia dió á la estampa D. Alonso una nueva novela, con el titulo de *Lísardo enamorado*, que, aunque aprobada en el mes de Mayo de 1628, no salió á luz hasta principios del siguiente año. Dedicóla al principal personaje de Valencia, el futuro príncipe de Esquilache, D. Francisco de Borja y Aragón, entonces marqués de Lombay (1). En el prólogo

(1) *Lisardo enamorado. Al Excelentissimo señor D. Francisco de Borja, Marques de Lombay, &c. Por D. Alonso de Castillo Solórzano.* (Escudo). *En Valencia: con licencia, por Juan Crisóstomo Garriz, junto al molino de la Rovella, 1629. A costa de Filipe Pincinali, en la Plaza de Villarasa.*

8.º; 12 h. prels. y 358 pp. Al fin repite las señas de la impresión.—Aprob. del Presentado Fr. Lamberto de la Novella, dominico: Valencia, 27 Mayo

«Al lector», después de mencionar otros trabajos, escribe: «No espera menos favor, *aunque en ajeno reino*, donde tan agudos ingenios *saben honrar á los forasteros*». Y acaba ofreciendo un nuevo libro de novelas que, en efecto, dió á luz en el mismo año de 1629.

Titulólo *Huerta de Valencia*, prosas y versos leídos en las Academias literarias de esta ciudad, y aparece dedicado al heredero del marqués de los Vélez, su amo (1). Hízolo preceder de un

---

1628.—Dedicatoria de D. Alonso: sin fecha.—Al lector.—Versos laudatorios de D. Gaspar Vivas y Velasco, canónigo de la Seo; D. Luis Castellá de Villanova; D. Vicente Gascón de Siurana; D. Jusepe Gil Pérez de Bañatos; Montserrat de Cruilles, caballero de Montesa; Mosén Abdón Clavel; Mosén Cosme Damián Tofiño; Jacinto Navarro; D. Francisco de Tamayo y Porras; Marco Antonio Orti, secretario de la ciudad de Valencia, y D. Jacinto Hernández de Talavera y Arias. Se conoce que Castillo quería congratularse con los valencianos buscando tantos valedores.

(1) *Huerta de Valencia, Prosas y versos en las Academias della. Al Excelentissimo Sr. D. Pedro Faxardo, mi señor, Marqués de Molina, primogenito del Excelentissimo Sr. D. Luys Faxardo, Requesens y Zúñiga, mi señor, Marqués de los Vélez, y Martorel, Adelantado mayor del Reino de Murcia; Virey, y Capitán general del reino de Valencia. Por Don Alonso de Castillo Solórzano, Maestresala de su casa.* (Dos Escudos de Valencia). *Con licencia. En Valencia, por Miguel Sorolla, menor, y quinto deste nombre. Año 1629. Y á su costa.* (Al fin). *En Valencia, por Miguel Sorolla, junto á la Universidad, 1629.*

8.°; 8 h. prels, 286 pp. y 88 más sin numerar para

gran número de elogios poéticos de escritores valencianos, quienes, jugando del vocablo le dicen que, gracias á él, ya tiene Valencia *dos huertas*, una natural y otra poética; ó bien le consideran

> que, aunque *moderno hortelano*,
> sois en cúltura el primero,

---

la comedia del *Agravio satisfecho*, que constituye el *Divertimiento quinto.* Aprobación muy lisonjera del maestro Fray Vicente Gómez, dominico: Valencia, 20 Enero 1629.—Licencia del Dr. Garcés, Vicario: 27 de íd.—Otra licencia de Guillén Ramón de Mora, abogado fiscal de Su Majestad: Valencia, 30 de íd. Sigue un escudo de armas de los Fajardos; luego la dedicatoria y carta prólogo *A los críticos,* en que recuerda el buen pasaje concedido á su anterior producción, el *Lisardo.*

Van á continuación los versos laudatorios, que son: Soneto de D. Sancho de Molina Cabeza de Vaca; décima de D. Alonso del Hierro; otra de Alonso J. de Salas Barbadillo; otra de D. Lorenzo de Soto y Vargas (que parece ser uno de los interlocutores de la obra); otro de Felisarda Leonarda; otra del Licenciado Luis de Villalón; otra de D. Fulgencio Osorio y Pinedo, y otra de D. Francisco de Tamayo y Porres. Siguen la Introducción y el texto, compuesto de cinco divertimientos, formando los cuatro primeros las novelas, seguidas cada una de cinco composiciones. El quinto es, como queda dicho, la comedia, á la que preceden seis poesías, la última obra de D. Luis Castellá de Villanova, caballero de Valencia.

Las cuatro novelas de la *Huerta* fueron incluídas en la *Colección* de ellas que se publicó en Madrid en los años 1787 y siguientes, en ocho volúmenes, con los números 40 á 44, tomo VII.

aludiendo al poco tiempo que aún llevaba en la ciudad.

En este libro, en que insertó las cuatro novelas tituladas; *El amor por la piedad; El soberbio castigado; El defensor contra sí,* y *La duquesade Mantua*, con más la comedia *El agravio satisfecho,* quiso variar algo el procedimiento para enlazarlas, por más que en el fondo sea siempre el mismo.

Supone, pues, que cinco caballeros, todos más ó menos relacionados con el ejercicio de las letras, pues el uno era algo poeta; y médico, jurista, dedicado á la filosofía y artes literarias y teólogo los demás, iban en un coche de Valencia al Grao, en el rigor del invierno y vacaciones de Navidad, á visitar sus haciendas y alquerías que todos tenían por aquellos lugares. Propone el primero que alternativamente tengan en cada heredad «una Academia formada, no como las celebradas de Italia, sino un remedo suyo, en cuanto á traer cada uno de los cinco (pues hacemos versos) los que se les repartieren al asunto que se les diere». Referirán novelas con moralidad y animarán sus fiestas con el regocijo de la música y alguna representación de teatro.

Tiene, como se ve, algún parecido esta obra con la titulada *El Prado de Valencia*, de D. Gaspar Mercader (Valencia, 1601), pero sólo en cuanto á contener poesías diversas; porque *El Prado*

no incluye novela suelta alguna, siéndolo toda ella de asunto pastoril y alegórico.

Había por este tiempo adquirido nuestro don Alonso la amistad de los literatos valencianos; y así vemos que elogió con una décima el raro tomito de poesías *Tropezón de la risa*, compuesto por Jacinto Alonso de Maluenda, é impreso (por Silvestre Esparza) en Valencia en este mismo año de 1629.

No olvidaba, con todo, sus antiguas relaciones madrileñas; pues habiendo de ir á Italia con el cargo de tesorero del duque de Feria, su capellán D. Sebastián Francisco de Medrano, hízole Castillo el presente de todas las obras literarias que Medrano había escrito y leído en la Academia de Madrid el tiempo en que fué presidente de ella, y que D. Alonso, con solicitud de verdadero amigo, había coleccionado. Llevólas consigo Medrano, y las publicó en Milán á fines de 1631 con el título de *Favores de las musas hechos á don Sebastián Francisco de Medrano* (1). La cir-

(1) *Favores de las musas* | *Hechos á Don Sebastian* | *Francisco de Medrano.* | *En varios Rimas, y Comedias, que compuso en la mas* | *celebre Academia de Madrid donde fue* | *Presidente meritissimo.* | *Recopilados por Don Alonso de Castillo* | *Solorzano, intimo amigo del autor.* | *Al Eminentiss. y Excell. señor* | *El Señor Theodoro Trivultio, Diacono Cardenal de la S. Iglesia Romana... Con privilegio. En Milán, por Juan Baptista Malatesta. Impressor* | *Regio, y Ducal, acosta de Carlo Fe-*

constancia de aparecer como colector de estos versos (cuyo segundo tomo se perdió en el mar, por haber naufragado el buque en que venía á España la edición entera), nuestro novelista hizo sospechar á algunos que hubiese él mismo pasado á Italia por esta época. Es suposición completamente infundada. Nada hay en el tomo que indique que sea verdaderamente Castillo el editor de las obras de Medrano, sino éste mismo, que quiso cubrir con el nombre de su amigo lo que tal vez le pareció ser falta de modestia en un sacerdote: imprimir aquellas fruslerías poéticas.

La presencia en España de Castillo Solórzano, en la época referida, consta por muchos datos seguros.

En 24 de Diciembre de 1631 falleció en Valencia el anciano marqués de los Vélez, y á la vez

rranti, librero. | *Año 1631. Con licencia de los superiores.*

8.º; 7 h. prels. y 319 pp. Aprob. de la Inquisición de Milán: 16 de Septiembre de 1631. Otra: Milán: 20 íd. «El Doctor D. Sebastián Francisco de Medrano á D. Alonso de Castillo Solórzano». Dícele, entre otras cosas, que «desde Barcelona» le había suplicado que desistiese de la idea de dar á luz sus obras. En esta curiosa epístola es en donde habla de su Academia y da los nombres de los que á ella concurrían. Sigue una epístola *al que leyere*, sin firma; luego la dedicatoria al cardenal Trivulzio. En ninguna parte aparece que Castillo esté presente á la impresión, ni se vuelve á hablar de él. Lleva, además de los versos líricos, el tomo, dos comedias, una tragedia y un diálogo.

que en los estados familiares, sucedióle también en el virreinato de aquella provincia su hijo don Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens, quinto marqués de los Vélez. Tomó posesión de su nuevo empleo, y juró el 2 de Mayo de 1632, habiendo tenido la honra de recibir y festejar á Felipe IV, que en el mismo año fué á la capital levantina á celebrar Cortes.

VI

Es probable que, aun algo antes del fallecimiento del viejo Marqués, dejase Castillo, temporalmente, el servicio de la casa de los Fajardo. Su residencia en Barcelona parece acreditada por el hecho de imprimir allí varias obras en los años 1631, 1632 y 1633. Sin embargo, también puede explicarse el hecho, por haberle ofrecido mayores ventajas, la publicación de ellas en la capital de Cataluña, bajo las hábiles manos de Sebastián de Cormellas y Juan Sapera, editores acreditados, que aparecen costeando su estampa.

Es la primera una rarísima colección de doce novelas, impresa con el título de *Noches de placer*, que enderezó á otros tantos caballeros valencianos de los más distinguidos, figurando entre ellos D. Gaspar Mercader, conde de Buñol; el Dr. D. Gaspar Vivas y Velasco, D. Vicente y D. Carlos de Borja, Juan Bautista Martí y don Luis Castellá (1).

(1) *Noches de | plazer. | En qve contiene | doze Nouelas, dirigidas á diuersos | Titulos, y Caualleros de | Valencia. | Por Don Alonso | de Castillo Solorçano. | Año* (Escudo del impresor) *1631. | Con li-*

Y también en 1631, repitiéndola en 1633, salió á la luz la curiosísima titulada *Las Harpías en Madrid*, que ofreció al conde de la Granja don Francisco Maza de Rocamora, señor de Mogente y de Novelda (1). En esta obra manifestó una tendencia diversa de la que llevaban sus anteriores ficciones, empezando á cultivar con más

---

cencia. | *En Barcelona, Por Sebastian de Cormellas* | *al Call. Y a su costa.*

8.°; 218 h. - Indice. Aprob.: Barcelona, 2 Febrero 1631.—Lic.: Barc., 4 íd.—Prólogo.—Introducción.— Texto.—No hemos logrado ver este libro: la descripción va copiada del *Ensayo* de Gallardo (II, n.° 1.689).

(1) *Las Harpias* | *en Madrid,* | *y co* | *che de las Estafas.* | *Por Don Alonso de Castillo Solorçano.* | *A Don Francisco Maza,* | *de Rocamora, Conde de la Granxa, Señor* | *de las villas de Moxente, Agos* | *to, y Nouelda, &c.* | *Año* (Escudo del impresor) *1631.* | *Con licencia.* | *En Barcelona, Por Sebastian de Corme* | *llas, al Call. Y a su costa.*

8.°; 3 h. prels. y 116 foliadas.—Dedicatoria, sin fecha, del autor.—Aprobación de D. Rafael Cervera: Barcelona, 8 Abril 1631.—Otra de Fr. Tomás Roca: íd. íd.—Al lector.—Texto.

A los dos años publicó Cormellas nueva edición con este título:

Las | *Harpias* | *en Madrid,* | *y* | *coche de Las* | *Estafas.—Por Don Alonso de* | *Castillo Solorçano.* | *A D. Francis Comaza,* | *de Rocamora, Conde de la Grãxa,* | *Señor de las villas de Mogente,* | *Agosto, y Novela, &c.* | *Año 1633.* | *Con licencia.* | *En Barcelona, Por Sebastian de Cormellas,* | *al Call. Y a su costa.*

8.°; 3 h. prels. y 112 foliadas.—Dedicatoria.—Aprob.: Barc., 8 Agosto (*sic*) 1632 y 8 Abril de íd.—Al lector.—Texto.

extensión y con mucha fortuna el género picaresco, de que ya había dado gallardos indicios en alguno de sus anteriores cuentos, como el titulado *El Proteo de Madrid*, que forma una de las *Tardes entretenidas*.

Con mayor perfección aún desarrolló un enredo del mismo género en *La Niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, que reimprimimos á continuación de este prólogo, y de la que no es ahora ocasión de hablar, sino más adelante; y tornando luego al género á que pertenece el *Lisardo enamorado*, estampó en 1633, también en Barcelona, la extensa novela de *Los amantes andaluces* (1), que con alguna exageración calificó el P. Tomás Roca, diciendo: «Es libro de mucho ingenio y admirable invención; con estilo terso y casto y narraciones muy verosímiles, como son los demás libros que este autor ha sacado á luz. Además desto abunda en documentos morales, que pueden ser de grande provecho á los lectores píos y católicos.»

---

(1) *Los | Amantes andaluces. | Historia entretenida, | prosas y versos. | Por Don Alonso de Castillo Solorçano. | Año*(Escudo del impresor) *1633. | Con licencia. | En Barcelona: En casa de Sebastian de Cormellas, al Call.*

8.°; 2 h. prels. y 224 foliadas. Aprobación y Licencia de Fr. Tomás Roca: Barcelona, 4 de Noviembre de 1632.—Aprob. y Licencia. La 1.ª del maestro Fr. Francisco Viader: Barc., 22 Noviembre íd. La licencia del Regente D. Miguel Sala.

Con no menor fervor le celebra y ensalza el P. Francisco Viader, al decir: «La invención es grave; el asunto honesto; el idioma terso; los conceptos sentenciosos; el verso limado y los documentos deducibles importantes para en muchas ocasiones huir el cuerpo en que puede naufragar el alma.»

Vuelto á Valencia, ó en mejores términos, con los editores de esta ciudad, publicó en ella, en 1634, una colección de novelas y comedias con el dictado comprensivo de *Fiestas del jardín* (1). Son los títulos de las primeras: *La vuelta del ruiseñor; La injusta ley derogada; Los hermanos parecidos* (sacada de un hecho real) y *La crianza bien lograda*. Las comedias se nombran: *Los encantos de Bretaña; La fantasma de Valencia*

(1) *Fiestas | del Jardin, | que contienen | tres comedias y quatro novelas. | A Don Vicente Valterra | Conde de Villanueva, Baron de Torrestorres, y | Castelmontant, señor de Canet, y de la isla | de la Formentera, del Habito | de Calatrava. | Por Don Alonso de | Castillo Solorzano. | Año* (Escudo) *1534. | Con licencia. | En Valencia, por Silvestre Esparsa, en la calle de las Barcas. | A costa de Felipe Pincinali. Vendese en su casa a la plaza de Villarrasa.*

8.º—Lo que contiene este libro.—Aprobación del Presentado Fr. Felipe Salazar: Valencia, 2 Mayo 1634.—Licencia (del Vicario): Valencia, 4 de ídem.—Dedicatoria: de D. Alonso, sin fecha.—Prólogo.—Décima de D. Alejo del Hierro.—Otra de Jacinto Alonso de Maluenda.—Otra de D. Francisco de Aguirre Vaca.—Texto.

(de cuyo título hizo también una novela) y *El marqués del Cigarral*, comedia de figurón que estrenó Avendaño, así como los dos anteriores, Morales y el Valenciano, famosos *autores* ó jefes de compañías cómicas.

Para unir tan opuestos elementos ideó Castillo un episodio novelesco más con que comienza el libro, por cierto despertando gran curiosidad en el lector, pues supone que hallándose multitud de personas, de Valencia, presenciando la entrada en el puerto del Grao de una faluca que venía de Italia, apenas saltó del barco un gallardo macebo fué llamado de dos mujeres arrebozadas, una de las cuales le disparó, casi á boca de jarro, un pistoletazo. El desarrollo de esta aventura y sus consecuencias constituyen el nudo de obra y causa de las *Fiestas* con que se celebra su feliz resultado.

Es también muy curiosa la aprobación que mereció el libro al Presentado Fr. Felipe de Salazar, catedrático de Teología en la Universidad valenciana, que dice: «Hay demás en los libros de D. Alonso de Castillo mucha moralidad que, á sombra del entretenimiento, puede ser provechosa. Desto tengo experiencia; porque á muchos es imposible, si no es por este medio, llegar á las advertencias necesarias que son freno de los vicios, y han logrado importantes efectos: en qué juzgo á este autor por singular; pues la agudeza de su ingenio es de tal calidad que pica sin mor-

der, para advertir no más: con que son sus donaires para todos graciosos y de ningún agravio. Las comedias son suyas; no sólo por haberlas compuesto, sino por no haberlas vendido; punto en que se debe reparar; porque imprimir las que han comprado los que representan, sin su gusto, no sé que pueda hacerse sin escrúpulo, pues es manifiesta injusticia y en perjuicio del poseedor legítimo». El mismo Castillo dice en el prólogo que sus comedias habían granjeado el aplauso público en el teatro; con que parece que, á diferencia de los demás poetas, no quiso desprenderse de la propiedad de ellas.

La última obra que estampó en la ciudad del Turia en 1635 fué una de carácter religioso, titulada *Sagrario de Valencia* (1), que contiene las vidas de los santos, hijos de ella ó del antiguo reino: *San Vicente, mártir; San Vicente Ferrer,*

(1) *Sagrario | de Valencia en | quien se incluyen las vidas | de los Ilustres santos hijos suyos, y | del reino. | A la muy noble, leal, y coronada ciudad de Valencia. | Por Don Alonso de Castillo Solorzano.* | (Escudo). *Con licencia. | En Valencia, por Silvestre Esparsa, a la calle de las Barcas. | Año 1635. | A costa de Juan Sanzonio, mercader de libros.*

8.°; 4 h. prels. y 159 foliadas.—Dedicatoria, del autor, sin fecha.—Aprobación del P. Maestro Fr. Juan Bautista Palacio, trinitario: Valencia, 27 Febrero 1635.—Licencia del Vicario: Valencia, 5 Marzo 1635.—Sumario y epítome de las vidas que contiene el presente libro del Sagrario de Valencia.—Texto.

el *B. Tomás de Villanueva* (hoy también canonizado), el *B. P. Luis Bertrán* (hoy santo), el *B. P. Pascual Baylón* (santo) y el *P. Francisco de Borja* (santo).

Fundaba Castillo ciertas esperanzas de recompensa en esta obra al dedicarla á la ciudad de Valencia, personificada en sus *generosos, racional, síndico* y *jurados*; pero no le salieron bien sus cálculos, á juzgar por lo que dijo más adelante en el capítulo XVI de las *Aventuras del Bachiller Trapaza*, cuando, al verse convertido impensadamente en Mecenas de aquel pobre *Licenciado Díaz de Talamanca,* que le quería dedicar un libro, y no sabiendo cómo gobernarse nuestro Bachiller para agradecer el obsequio, vino á sacarle del trance su amigo D. Alvaro, dándole consejo, y evocando á la postre el siguiente recuerdo: «Esto os aconsejo que hagáis con el autor de esa obra, el cual ha andado prudente en haberos escogido antes á vos que á alguna comunidad, en quien se logran menos la estimación y el agradecimiento. *Y hablo de esto por experiencia, pues sé de un escritor* que después de haber acabado un libro, con no poco desvelo y cuidado suyo, revolviendo papeles y escudriñando autores, *le dirigió á una ciudad de las insignes de España*, y cuando pensó que su trabajo tendría estimación y agradecimiento, le fué admitido; mas lo que resultó fué poco conocimiento de la obra y menos logro de su estudio;

dictamen que tuvieron aquellos á quienes tocaba conservar la autoridad de su república, por parecerles que el ahorrar aquel donativo era el total desempeño suyo». Aunque añade que recogió el autor el libro para dedicarlo á otra persona, vemos que esto no lo hizo.

VII

Terminado el tiempo de su virreinato en Valencia, pasó el marqués de los Vélez á ejercer igual cargo en Aragón, donde se hallaba ya antes de mediar el año de 1635.

Acompañóle nuestro D. Alonso de Castillo, y en la capital aragonesa comenzó á publica otra serie de libros, parte de ellos compuestos ya con bastante anterioridad.

Pertenece á su residencia en la ciudad del Turia, donde tal vez no tuvo tiempo para imprimirlo, el poema titulado el *Patrón de Alcira, San Bernardo, mártir*, cuya vida en prosa había dado en el *Sagrario de Valencia*, y que ahora imprimió en Zaragoza, entrado el año de 1636 (1).

(1) *Patron de | Alcira | el glorioso | Martir San Bernardo, de la Orden del Cistel. | Al Ilustrissimo y Reuerendissimo Señor | Don Baltasar Nauarro de Arroyta, Obispo | de Tarazona, del Consejo del Rey | Nuestro Señor, &c. | Por Don Alonso de Castillo Solorzano.* | (Escudo del Obispo). *Con licencia, en Zaragoza; por Pedro Verges, 1636.*

8.°; 112 h.—Aprob. y lic. del Ordinario: Zarag., 8 Octubre 1635.—Aprob. de Dr. Diego Amigo: Zaragoza, 18 ídem.—Licencia del Capitán general, al autor: Zarag., 26 Octubre 1635.—Dedicatoria del

Y también venía ya en la maleta, y acaso desde su salida de Madrid, la lindísima novela *Aventuras del Bachiller Trapaza*, una de las mejores de Castillo Solórzano, y que salió á la luz por primera vez en Zaragoza en 1637, y no en 1634, como se ha supuesto (1). Demuéstranlo las apro-

autor.—Soneto de Pedro Barberán.—Décima de D. Pedro Fernández Saavedra.—Otra de D. Sancho de Molina, Cabeza de Vaca—Otra de un amigo.—Texto en nueve cantos.

(1) *Aventvras | del Bachiller Trapaza, | qvinta essencia de Embusteros, y Maestro de | Embelecadores. | Al Illustrissimo Señor Don Ivan | Sanz de Latras, Conde de Atarés, Señor de las | Baronias y Castillos de Latras y Xavierregay | y de los Lugares de Auzaneyo, Siejo, Arto, Belarra, y Escalete y | Caballero de la Orden de | Santiago. | Por Don Alonso de Castillo | Solorzano.*—(Escudo). *Con licencia. | En Çaragoça: Por Pedro Verges. Año 1637. | A costa de Pedro Alfay, mercader de libros.*

8.°; 44 h. prels., 157 foliadas y una de tabla.—Aprobación del Canónigo Doctor Pedro de Aguilón y Briz: Santuario del Pilar, 22 Julio 1635.—Licencias del Vicario.—Aprob. de D. Diego Amigo por comisión del Virrey D. Pedro Fajardo, Marqués de los Vélez: Zaragoza, 18 Octubre 1635.—Licencia del Virrey. Zaragoza, 26 Octubre 1635.

En el siglo XVIII se reimprimió esta novela con el siguiente título: *Aventuras del Bachiller Trapaza, escritas por Don Alonso de Castillo Solorzano. Segunda impresion. Pli.* (Escudo del editor) *20. Año de 2733* (sic). *Con licencia: En Madrid. A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de camara de su Magestad. Se hallara en su imprenta, y libreria calle de Santo Thomas, junto al Contraste.*

8.°; 7 h. prels., con un catálogo de libros de en-

baciones y licencia para la impresión, fechadas á 22 de Julio y 26 de Octubre de 1635.

También por entonces tuvo ocasión de hacer conocimiento con la famosa doña María de Zayas y Sotomayor, que en 1637 dió á la estampa en Zaragoza la primera edición de sus *Novelas amorosas y exemplares*, que tienen mucho de lo primero y poco de lo segundo, tantas veces reimpresas en adelante. Compuso Castillo, en elogio de la escritora madrileña y de sus obras, unas décimas y un soneto que figuran sólo en las más antiguas impresiones de las *Novelas* (1).

---

tretenimiento formado por el editor, 314 pp. y 3 h. más para el índice.

Padilla suprimió los preliminares de 1637 y puso una licencia del Consejo, para él, sin fecha; fe de erratas, de 8 de Junio de 1733, tassa y prólogo del autor.

Según Salvá (*Cat.*, I, 381), se volvió á imprimir en 1844 por Yenes, con adiciones del Licenciado Lanceta, y en 1905 se hizo en Madrid, por un anónimo, una nueva edición con algunas notas. Salvá supone, sin ningún fundamento, una edición de 1635: el hecho de llamar Padilla á la suya «segunda impresión», indica que sólo hubo antes de él la de 1637.

En el cuerpo de esta novela ingirió Castillo otras dos episódicas y breves, sin título. Con el de *El pretendiente oculto y casamiento efectuado* se reimprimió la segunda de ellas en la *Colección de novelas* del siglo XVIII, núm. 39 (tomo VII).

(1) *Novelas amorosas y exemplares, compvestas por Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Con licencia. En Zaragoça, en el Hospital Real y General de N. Señora de Gracia,*

Residía Castillo Solórzano en Zaragoza á fines de 1637, según aparece del original autógrafo de su comedia *El mayorazgo figura,* existente en nuestra Biblioteca Nacional (1), y que lleva la suscripción siguiente: «Acabóse en Zaragoza, en postrero de Octubre de 1637. Don Alonso de Castillo Solórzano». Como esta comedia parece haberse representado en Madrid al año siguiente, enmendóse entonces el 7 final de la fecha anterior, para que la obra pareciese más reciente.

---

año 1637. A costa de Pedro Esquer, Mercader de libros.

8.°; 12 h. prels. y 380 pp.—Aprob. del M. Valdivielso: 2 Junio 1636.—Licencia del Vicario: Madrid, 4 Junio 1626 (*sic*).—Aprob. y lic.: Zarag., 6 Mayo 1635.—Versos laudatorios.—Introducción.

En la reimpresión del año siguiente, también de Zaragoza, se corrigió la errata de la licencia del Vicario de Madrid, que es de 1636.

La segunda parte de las novelas de doña María de Zayas no se dió á luz hasta 1649.

(1) Ms. 18.322. Al final lleva la orden y censura siguientes: «Veala Juan Nauarro despinosa. *(Rúbrica)*—e bisto esta comedia y puede representarse, en Madrid A 16 de Diciẽbre de 1638. — Juan Nauarro despinosa. — Madrid y Diciẽbre 28 de 638. Dase licencia para que se pueda representar esta comedia». (*Rúbrica.*)

VIII

Los grandes preparativos guerreros que hacía Francia para invadir nuestro territorio movieron al Gobierno de Madrid á enviar al marqués de los Vélez, en la primavera de 1638, á Navarra, con título y empleo de virrey, pero principalmente con el encargo de vigilar y defender la frontera por aquella parte, por la que se temía hiciesen su entrada los enemigos. Intentáronla, en efecto; pero la energía y desvelos del Marqués les alejaron, resolviéndose el nublado en aquel formidable ataque marítimo y terrestre sobre Fuenterrabía.

Salvaron, por entonces, á la patria las hábiles medidas del Marqués, que ejercía, con el almirante de Castilla, oficio de capitán general, y la brillante ejecución de los marqueses de Mortara y Torrecuso, héroes principales, con los valientes sitiados, de aquella facción gloriosa.

Después del socorro de Fuenterrabía siguió el marqués de los Vélez en el virreinato de Navarra, adonde probablemente le seguiría don Alonso, si bien no tardó el Marqués en lograr su restitución á Zaragoza.

Aquí continuó Castillo imprimiendo algunos libros, unos escritos mucho antes y otros fruto de su permanencia en la capital aragonesa. A la primera clase corresponde la *Historia de Marco Antonio y Cleopatra, última reina de Egipto*, que, como hemos visto, tenía ya escrita y aprobada en 1625, para la que solicitó nueva aprobación y privilegio en Zaragoza en 1635, pero que no salió á luz hasta 1639 (1), libro de agradable lectura y que, así como el que va á seguir, demuestra que no carecía nuestro novelista de las particulares dotes de historiador elocuente.

---

(1) *Historia | de Marco Antonio, | y Cleopatra, | vltima Reyna de Egipto. | A Don Ivan de Moncayo y Gurrea, ca | uallero de la Orden de Santiago, Gentil-hombre de la Bo | ca de su Magestad, y Sucesor en el Estado del | Marquesado de Sant Felices, en el | Reyno de Aragon. | Por Don Alonso de Castillo Solorzano. | Año* (Escudo del Mecenas) *1639. | Con privilegio, en Çaragoça; por Pedro Verges.*

8.°; 5 h. prels. y 150 pp.—Dedicat. del autor, sin fecha.—Aprob. del P. Mtro. Fr. Jerónimo Fuger, regente de estudios del Colegio de San Vicente de Zaragoza: 13 Mayo 1639.—Lic. del Vicario: 14 íd.—Aprob. del Dr. D. Diego Amigo, por comisión del Virrey D. Pedro Fajardo, Marqués de los Vélez: Zaragoza, 18 de Octubre de 1635.—Suma del privilegio: Zaragoza, 26 Octubre 1635.—Soneto de Don Sancho de Molina y Soto.—Prólogo—Texto.

Segunda edición: *Historia de Marco Antonio y Cleopatra, vltima Reyna de Egypto. Por Don Alonso de Castillo Solorzano. Segunda impresion. Ma-*

El *Epítome de la vida y hechos del rey Don Pedro III de Aragón* (1) habrá servido para vulgarizar el conocimiento de las acciones de aquel ínclito monarca. Escrito solo con este fin, todas sus noticias están tomadas de obras ya conocidas;

---

drid, Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1736. 8.°; 8 h. prels. y 271 pp.

(1) *Epitome | de la vida, y hechos del | inclito Rey Don Pedro de | Aragon, Tercero deste nombre, cognominado | el Grande. Hijo del Esclarecido Rey don | Iayme, el Conquistador. | Al Excelentissimo señor | Don Antonio Ximenez de Vrrea, y Manrique, Conde | de Aranda...., compuesto por Don Alonso de Castillo Solorzano.* | (Escudo del Conde). *Con licencia y privilegio. | En Zaragoça, por Diego Dormer, Año 1639.*

8.°; 4 h. prels. y 224 pp. Aprob. de Fr. Martín Ximénez de Embum, Maestro y Catedrático: En el Carmen de Zaragoza, á 8 de Agosto de 1636.—Aprob. de D. Diego Amigo, del Consejo de su Majestad y Presidente de su Consejo Criminal en el Reyno de Aragón: Zaragoza 8 de Septiembre de 1636.—Privilegio del Virrey D. Pedro Fajardo de Zúñiga, Marqués de los Vélez: Zaragoza, 27 de Octubre de 1636.—Dedicatoria del autor, sin fecha.—Prólogo.—Texto.

La aprobación del Doctor Amigo, como escrita por persona tan calificada, es un documento biográfico de Castillo. Dice de este libro: «He hallado en él mucho que admirar, pues en tan sucinto libro pinta su autor tan grandiosa historia, que toda ella, si no fuera con su cuidado y buena dirección, fuera imposible cosa el reducirla á tan breve discurso: esto se le debe alabar, que no es lo más fácil, si en él no se juntaran tan conocidas partes que lo hacen eterno en la fama que tiene adquirida, y cada día, con sus escritos, aumenta.»

pero la narración afectuosa y fluida da una forma poética y casi novelesca á la historia, que si por un lado le quita seriedad y precisión científica, la reviste, en cambio, de amenidad y atractivo. Ya quisiéramos hoy que los libros de vulgarización histórica que se escriben fueran como éste. Estaba compuesto y aprobado en 1636, y no sabemos por qué causa se dilató su impresión hasta 1639.

Mayor retraso experimentó todavía otra obra de nuestro autor, que aprobada y autorizada desde 1639, no salió al público hasta diez años después, cuando su autor había pasado ya de esta vida. Titúlase *Sala de recreación*, y abarca cinco novelas, como son: *La dicha merecida; El disfrazado; Más puede amor que la sangre; Escarmientos de atrevidos* y *Las pruebas de la mujer*, á que añade, al final, la comedia de *La torre de Florisbella* (1).

(1) *Sala de recreación* | *A Don Francisco Antonio Gonzalez* | *Ximenez de Vrrea* | *Señor de Berbidel* (*antes Tizenique*). | *Por Don Alonso de Castillo Solorzano.* | *Con licencia.* | *En Zaragoza. Por los herederos de Pedro Lanaja* | *y Lamarca, Impresor del Reyno de Aragon y de la Universidad.* | *Año 1649.* | *A costa de Jusepe Alfay, mercader de libros.*

8.°; 4 h. prels. y 252 pp.—Aprob. del P. Fr. Guillermo Salinas, agustino: Zaragoza, 18 Septiembre 1639.—Aprob. del P. Mtro. Fr. Andrés Hortigas, de la Merced: Zaragoza, 21 de Septiembre de 1639.—Dedicatoria suscrita por el librero Alfay, sin fecha.—Al lector.—Lo que contiene este libro.

Gallardo (*Ensayo*, II, núm. 1.698) da á esta edi-

No son de las peores de nuestro autor estas novelas; y así lo entendieron también sus aprobadores Fr. Guillermo Salinas, agustino, y el Maestro de la Merced Fr. Alonso Ortigas. «Ade-

---

ción la fecha de 1640; pero es error indudable. He visto y comparado tres ejemplares que hay en la Biblioteca Nacional, y todos son iguales entre sí é iguales al descrito por Gallardo (á juzgar por el título, impresor, editor, tamaño, número de páginas, aprobaciones, dedicatoria y demás partes del libro). La confusión entre el 9 y el 0 es fácil en tipos de imprenta. Pudiera muy bien haber una impresión de 1640 y aun de 1639; pero en tal caso tendría preliminares distintos, y sobre todo la dedicatoria sería obra del autor, según su invariable costumbre. Por eso Gallardo (que quizá fechó bien su papeleta y el error sea de los editores) presume que sea esta reimpresión, especialmente por lo que dice Alfay en la dedicatoria, escrita después de muerto Castillo.

Dice el editor:

«El ingenioso y justamente celebrado D. Alonso de Castillo y Solórzano, autor de estas novelas, procuró siempre elegir los más nobles señores y títulos de España, para amparo de sus obras... Cada cosa en su género; cuando tocan en lo famoso y se dan á nueva luz deben ser atendidas y colocadas en los aplausos de señores desapasionados que saben dar calidad y honor. Hoy quedará nuevamente ilustrado en esta impresión que ofrezco con afectos finos de voluntad y deseos de servir á v. m. como á tan señor de mis acciones y dueño de mis deseos, para que como el fénix renazca en lo eterno la fama del autor y yo cobre pie en los favores de v. m. en premio de mis solícitos pasos...»

El bárbaro estilo de Alfay no permite apreciar bien el sentido; pero no será extraño que, en efec-

más de haber mostrado (decía el primero) en otros libros que tiene sacados á luz y dados á la estampa este autor, en éste parece que se ha mirado más; porque, con ser el título *Sala de recreación*, siempre que halla ocasión en las novelas que escribe procura recrear el alma moralizando y dando luz á los mozos y aun á los ancianos». «Trae consigo muchos avisos (escribe el segundo) y documentos para todos, y da en ella D. Alonso de Castillo Solórzano, su autor, muestras de su grande ingenio y mucha prudencia, disponiendo con ella en el recreo la utilidad, y en el divertimiento el provecho. Con la recreación entretiene, y con la doctrina enseña. Con la invención gustosa atrae el genio, y con los avisos verdaderos y sentencias bien ponderadas mueve la voluntad á amar lo bueno, huyendo de todo mal y engaño.»

Por excepción aparece impresa en Barcelona, en el año siguiente, otra colección de igual clase, á que dió Castillo el nombre de *Alivios de Casandra* (1), por girar el asunto del libro en ver

---

to, aparezca algún día edición anterior de esta obra. Las cinco novelas contenidas en la *Sala de recreación* han sido incluídas, con los números 16, 17, 18, 33 y 38, en la *Colección de novelas escogidas* impresa en Madrid en los años 1787 y 1788, tomos III, V y VI.

(1) *Los Alivios | de | Casandra. ' Al Excelentissimo | señor Don Iayme de Yxar, Sarmiento, de Silua, | Cerda y Villandrando, Conde de Salinas,*

de remediar la melancolía de una joven de aquel nombre, hija del marqués Ludovico, «gran príncipe en Milán». Para *aliviar* á la doliente le cuentan sus doncellas las siguientes cinco novelas: *La confusión de una noche; A un engaño otro mayor; Los efectos que hace amor; Amor con amor se paga; En el delito el remedio* y la comedia (que representan) *El mayorazgo figura*, que, como sabemos, había escrito poco antes.

Las aprobaciones de este libro son de mediados de Mayo de 1640; lo que nos demuestra que su composición tipográfica debió de correr durante aquellos tristes días de la rebelión catalana, que comenzó por el asesinato de su virrey en el día de *Corpus*.

Primo | genito del Excelentissimo señor Duque de Ixar. | Conde de Salinas, Conde de Ribadeo, Conde de | Belchite, Adelantado de la mar, General de las tres provincias, Alaua, Guipuz | coa, y Vizcaya, &c. | Por Don Alonso de Castillo Solorçano | Año (Grabado) *1640. | Con licencia. | En Barcelona: En la Emprenta de Iayme Ro | meu, delante Santiago. | Vendense en misma Emprenta y en casa de | Iuan Çapera, librero.*

8.º; 3 h. prels. y 191 foliadas.—Aprob. y licencia: Barcelona, 10 y 19 de Mayo de 1640 (Las licencias son del Vicario y del Regente de la audiencia: la aprob. del P. Vicente Navarro, jesuíta, falta, aunque la menciona la licencia del Vicario).—Dedicatoria del autor, sin fecha.—Prólogo.—Lo que contiene este libro.—Ticknor dice que esta obra se tradujo al francés é imprimió en París en 1683 y 1685.

IX

Para atajar este peligroso incendio en sus comienzos, nombró el Poder central generalísimo y virrey de Cataluña al marqués de los Vélez, bien reputado por su feliz gestión en Navarra y en el auxilio de Fuenterrabía.

Organizó en Zaragoza sus fuerzas, y el 22 de Octubre salió á campaña con 30.000 infantes, 3.000 caballos y 45 piezas de artillería. Sujetó á Tarragona y otros lugares, y el 25 de Enero de 1641 se hallaba delante de Barcelona. Su confianza excesiva, la falta de medios adecuados para el ataque y la precipitación de sus generales, le hicieron fracasar delante de Montjuich, que no pudo asaltar, y tuvo que retirarse vencido y humillado.

Pidió inmediatamente su relevo, y se marchó á Valencia. Al cabo de algunos meses volvió á Madrid, y al expirar el año de 1641 fué nombrado embajador en Roma, de donde, por motivos de delicadeza, á causa de la sublevación de Portugal, hubo que trasladar á Alemania al marqués de Castel-Rodrigo (que era portugués) y más después de haber el Papa admitido embajadores de este reino aún no consolidado.

No tenemos certeza de si Castillo Solórzano acompañó á Italia al Marqués, de quien suena como secretario por estos días; porque si bien parece natural, hay que tener en cuenta que habiendo publicado en 1642, en Madrid, su novela *La Garduña de Sevilla,* cuyo privilegio es de 6 de Mayo, pudiera creerse que todavía asistiese Castillo en la corte. También pudo suceder que después de solicitado el privilegio abandonase las gestiones para obtenerlo al comprador de él, que era el librero Domingo Sanz. El libro estaba ya impreso el 7 de Julio, fecha de la fe de erratas (1).

(1) *La | Gardvña de | Sevilla, y anzvelo | de las bolsas. | Al Ilvstrissimo Señor | don Martin de Torrellas, y Bardaxi, Here | dia, Luna, y Mendoça, Andrada, y | Rocaberti, Conde | de Castel Florido, Señor de las Baronias de | Antillon, y de Noballas, villa de la Almol | da. Naual, y Alacon. &c. | Por Don Alonso de Castillo, Solorçano. | Año 1642. | En Madrid. En la Imprenta del Reyno. | A costa de Domingo Sanz de Herran, Mer | cader de libros.*

8.°; 8 h. prels. y 192 foliadas.—Suma del privilegio: Madrid, 26 de Mayo de 1642.—Tasa: Madrid, 23 de Julio de 1642. (Se llama á Castillo *Secretario del Marqués de los Vélez*).—Fe de erratas (Murcia de la Llana): Madrid, 7 de Julio de 1642.—Aprobación del P. Mtro. Fr. Diego Niseno: San Basilio de Madrid, 29 de Marzo de 1642.—Aprob. del Dr. Francisco de Quintana, rector del Hospital de la Latina: Madrid, 13 de Mayo de 1642.—Dedicatoria: del autor, sin fecha.—Prólogo.—Texto.

Ninguno de estos tan curiosos preliminares entró en la edición de esta novela hecha en la Biblio-

Ninguna dificultad habría si *La Garduña de Sevilla* hubiese sido impresa mucho antes, como creyeron Nicolás Antonio, que cita una edición de Logroño de 1634, y Barrera otra de Valencia

---

teca de Autores españoles. En ella incluye el autor otras tres muy cortas con los títulos de *Quien todo lo quiere todo lo pierde; El Conde de las Legumbres* y *A lo que obliga el honor.*

Se reimprimió en Barcelona en 1644 por Sebastián de Cormellas, *en la emprenta administrada por Mercader,* en 8.°, 192 h. foliadas. Lleva una aprob. en catalán de Fr. Berthomeu Rafols: Barcelona, 24 de Julio de 1644 y lic. del Vicario á 5 de Agosto.

Quizás se imprimió otra vez en el siglo XVII, pues Padilla llama á la suya «Quarta impresion»; á no ser que tenga en cuenta la supuesta de Logroño que cita D. Nicolás Antonio.

La edición de Padilla lleva el título *La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas, hija del bachiller Trapaza. Por Don Alonso de Castillo Solórzano. Añadido un Catálogo de libros entretenidos y ocho Enigmas curiosas. Quarta impresion. Madrid Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1733;* 8.°, 11 h. prels. y 192 foliadas.

Las demás impresiones que conocemos son:

Madrid, Imprenta de la Viuda de Jordan é hijo, 1844; 8.°

Nueva edicion adornada con bellos grabados ejecutados por el artista D. Calixto Ortega y dibujados por D. Antonio Bravo. Madrid, Mellado, 1846, 4.°

Madrid, 1879, 8.°

Barcelona (s. a.) *Bib. clásica española,* 4.°

Hay una traducción francesa con el título: *Histoire et avantures de Dona Rufine, fameuse Courtisane de Sevilla. Trad. de l'Espagnol, par Donville.* París, 1731; 8.°, 2 vols., con grabados.

en el mismo año. Pero una y otra afirmación son erróneas. *La Garduña* es segunda parte del *Bachiller Trapaza,* pues aunque al final de esta novela dice el autor: «Los sucesos de su vida se remiten á la segunda parte, que se intitulará *La Hija de Trapaza y polilla de la Corte,* que saldrá presto», también es cierto que luego cambió el titulo, y acaso el corte de la obra prometida, pues al comienzo de *La Garduña* escribe: «Dejamos en las *Aventuras del Bachiller Trapaza* á este personaje en galeras». Reanuda luego la historia del héroe, á quien saca de galeras su antigua querida Estefanía, madre ya de Rufina, hija de ambos y futura *Garduña de Sevilla* y otros lugares.

Y como, según hemos demostrado, las *Aventuras del Bachiller* no se publicaron hasta 1637, claro es que su continuación tiene que ser posterior.

Por otra parte, tenemos algunas noticias de la época precisa en que Castillo iba escribiendo la más famosa de sus novelas. El capítulo VI lo redactaba en el mismo año de 1637, como se comprueba por estas palabras que hay al fin de él: «En estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia; *habiendo sacado á la estampa un libro de diez novelas,* que son diez asombros para

los que escriben este género; pues la meditada prosa, el artificio de ellas y los versos que interpola es todo tan admirable, que acobarda las más valientes plumas de nuestra España. Acompáñala en Madrid dona Ana Caro de Mallén, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores alabanzas; pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita á quien los oye y lee: esto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta *que estas Carnestolendas* se hizo en el Buen Retiro, palacio nuevo de su Magestad y décima maravilla del orbe.»

La primera impresión de las diez novelas de doña María de Zayas se hizo en Zaragoza en 1637, como llevamos dicho; y el libro de la sevillana doña Ana Caro Mallén pertenece al mismo año (1) y como impreso después de las fiestas, y

(1) *Contexto de las Reales Fiestas que se hicieron en el Palacio del Buen-Retiro á la coronacion del rey de Romanos y entrada en Madrid de la Señora Princesa de Cariñan, en tres discursos, por Doña Ana Caro Mallen. Con licencia, en Madrid, en la imprenta del Reino, año 1637.*

4.°; 3 h. prels. y 29 foliadas. Está en romance. María de Borbón era esposa del príncipe Tomás de Saboya, y la había enviado á España mitad como en rehenes y resguardo de su sospechosa conducta en Italia y mitad como espía. Años adelante el príncipe se quitó la careta y su mujer salió sigilosamente de Madrid Las fiestas se hicieron el domingo 15 de Febrero. La entrada de la Princesa se había festejado además en el mes de Enero, que fué cuando vino.

habiendo llegado á Zaragoza, donde se hallaba Castillo, no será aventurado suponer que éste escribía hacia fines del verano de dicho 1637 la parte de su obra, en que cita ambas damas, y no la habrá dado fin hasta principios del siguiente año, pues aún le faltaba lo más de ella.

Siendo, por tanto, la primera edición de *La Garduña* de 1642, y hallándose ya en Roma el marqués de los Vélez por el mes de Agosto, es de suponer que si no le acompañó Castillo, como secretario suyo (1), no tardaría en reunirse con él.

Y desde entonces perdemos nosotros toda noticia de nuestro personaje. Hemos buscado su partida de defunción, con algún interés, en las parroquias de esta corte, y casi tenemos la seguridad de que aquí no ha fallecido.

Si, como creemos, acompañó al Marqués, su vida se habrá extinguido en Roma, Nápoles ó Palermo, lugares en que residió el Marqués hasta su fallecimiento, también en tierra extranjera.

---

(1) Le menciona también con el mismo dictado de *Secretario* el manuscrito del siglo XVII del auto sacramental *El fuego dado del cielo*, de que hablaremos arriba.

X

A poco de llegar á Roma de embajador ante la Sede de Urbano VIII, nada afecto á los españoles, vió dificultadas sus gestiones por la presencia del obispo portugués de Lamego, que á título de embajador de Portugal, recién levantado en armas contra España, y con la tácita aquiescencia del Papa, molestaba sin descanso al diplomático español. Y como éste no le reconocía igual carácter al portugués, y el Pontífice no trataba de impedirlo, los choques entre uno y otro llegaron á términos de que, en varias ocasiones, los empleados de ambos se combatieron cuerpo á cuerpo. Los portugueses, auxiliados de algunos catalanes, trataron de asesinar al embajador de España, acometiéndole cierto día que iba en su coche. Defendiéronle sus criados con valor, aunque en refriega mataron los portugueses un *camarero* del Marqués y le hirieron otros servidores.

Como el Papa no dió en el acto la satisfacción debida, nuestro embajador salió con toda su casa de Roma, y se retiró á Nápoles á esperar órdenes del Gobierno de Madrid.

La muerte del Pontífice, ocurrida poco después

á fines de Julio de 1644, zanjó por sí mismo tan enojoso asunto.

Entretanto el cambio en el gobierno de los Estados de Italia motivó que, á fines de 1643, se nombrase al Marqués virrey de Sicilia, adonde se fué á residir y adonde le acompañaron en breve su esposa y familia, embarcando en Cartagena.

Gobernando aquella isla residía en Palermo D. Pedro Fajardo, cuando por Agosto de 1647, respondiendo al general desquiciamiento de nuestra patria, y como un eco de la insurrección napolitana de Masaniello, estalló en Palermo un motín furioso, con su dictador popular, que aquí lo fué un tirador de oro, llamado José Alessi. El virrey acogióse á los navíos del puerto, y en tanto la revolución, al ver que no era secundada por las demás ciudades, sobre todo de Messina, rival siempre de Palermo, fué decayendo, y los mismos alborotadores asesinaron á su jefe y reclamaron el reintegro de las autoridades españolas.

Pero el disgusto causado por aquel desorden ocasionó al virrey una grave enfermedad, de la que falleció en Palermo el 3 de Noviembre del mismo año de 1647.

Hombre de mérito, pero de muy poca fortuna, no tuvo el Marqués, como general, más que un período favorable, que fué el de la primera invasión francesa, en 1638, por Navarra, que rechazó,

y el hábil socorro de Fuenterrabía. Su retirada en Montjuich, de que sólo es responsable en cuanto á que no supo hacerse obedecer por sus generales, como el duque de San Jorge, que pagó con la vida su imprudente arrojo, arruinó completamente su crédito militar.

Su corta vida diplomática fué contrastada por el indigno suceso de Roma, y hasta su habilidad y los buenos resultados obtenidos como gobernante en los virreinatos de Valencia, Aragón y Navarra se obscurecieron ante el inesperado motín de Palermo.

Habíase el Marqués casado dos veces: la primera con doña Ana Girón, hija del tercer duque de Alcalá, con quien tuvo sólo un hijo, que murió joven.

Casóse de nuevo con doña Mariana Engracia de Toledo y Portugal, hija del sexto conde de Oropesa, y que sobrevivió á su marido hasta 1.º de Enero de 1686, que falleció en Madrid.

Dióle esta señora cuatro hijos, que fueron:

Don Pedro Fajardo, quien, renunciando el porvenir que le brindaba el ser primogénito de su casa, tomó el hábito de carmelita descalzo. Vivía aún en 1696.

Don Fernando Fajardo, sexto marqués de los Vélez; hombre famoso en su tiempo. Desempeñó los más altos puestos; entre otros los de virrey de Cerdeña y de Nápoles, muriendo, sin hijos, el 2 de Noviembre de 1693.

No le sucedió su tercer hermano D. José Fajardo, porque había muerto soltero, en 1560, en las galeras de España, peleando heroicamente contra los turcos.

Y vino á heredar todos aquellos estados y gran casa doña Mariana Fajardo, último de los hijos de nuestro D. Pedro y séptima marquesa de los Vélez, que casó con D. Fernando de Aragón y Luna, octavo duque de Montalto. Tampoco tuvieron sucesión masculina; y su hija doña Constanza de Moncada casó en segundas nupcias (pues de las primeras no había tenido hijos) con D. José Fadrique de Toledo, duque de Fernandina y séptimo marqués de Villafranca, en cuya gran casa vino á entrar la antigua y gloriosa familia de los Fajardos.

Y nuestro D. Alonso de Castillo, ¿habrá precedido en el sepulcro á su constante favorecedor y patrono? ¿Le habrá sobrevivido? Nada sabemos, sino que en 1648 era ya positivamente difunto.

XI

Llegaron á manos de un librero de Zaragoza, llamado Matías de Lizán, unas novelas cortas, al parecer de Castillo Solórzano (alguna de ellas por lo menos), y las dió á la estampa en dicha ciudad el año de 1649, con el título común de *La Quinta de Laura,* por suponerse que en una situada á orillas del Po, y perteneciente á la dama de aquel nombre, se reunen otras señoras y algunos caballeros para cantar, leer algunos versos y oir la narración de las seis novelas siguientes: *La ingratitud castigada*, *La inclinación española*, *El desdén vuelto favor* (novela escrita sin la letra *i*), *No hay mal que no venga por bien*, *Lances de amor y fortuna* y *El duende de Zaragoza*.

No tenemos toda la certeza deseable sobre la autenticidad de este libro y aun de alguna de las novelas. Desde luego creemos que no se publicó, como el autor lo dejó dispuesto (si es que lo dejó, en efecto), para la imprenta. Los intermedios ó enlaces de las novelas son demasiado cortos, aunque los versos no se diferencian de los de Castillo. Una de las novelas, la titulada *No hay mal que no venga por bien*, había sido ya im-

cluída en la colección auténtica de las *Jornadas alegres,* impresa en 1626. Otra, *El duende de Zaragoza,* imprimió por aquellos días (1649) ó poco después, también en Zaragoza, Diego Dormer, atribuyéndosela al alférez D. Baltasar Mateo Velázquez, de quien no es ciertamente; pero la circunstancia de disponer de ella dos editores coetáneos prueba que era una obra vagabunda, aunque fuese, como es muy probable, de Castillo Solórzano.

A falta de prólogo original, el editor Lizán copió en *La quinta de Laura* el mismo que José Alfay estampó en la *Sala de recreación,* en su edición de Zaragoza y 1649. También lleva dedicatoria, no de Castillo, sino del editor Matías de Lizán, quien, al ofrecerle las novelas á don Francisco Jacinto de Villalpando, marqués de Osera, y también novelista, pues compuso la titulada *Escarmientos de Jacinto,* no se acuerda del autor de *La quinta de Laura,* lo cual prueba la ninguna intervención de él en esta reproducción de sus obras.

Todas estas circunstancias, bien se comprende, dificultan la admisión como auténtico del tomo, aunque aisladamente pertenezcan á Castillo todas las novelas que contiene.

Que su autor había ya fallecido cuando este libro se dió al público, queda más atrás demostrado, al hablar de la *Sala de recreación,* impresa en el mismo año y pueblo.

Confírmanlo aquí, en primer lugar, las palabras con que se expresa el aprobador de *La quinta de Laura*, el cronista D. Juan Francisco Andrés de Uztarroz, diciendo: «Leíla com mucho gusto mío, no sólo por la comisión... sino también por la amistad que debí á su autor los años que vivió en esta ciudad». Y ¿cómo, si no faltase ya el autor de la obra, se había de atrever otro aprobador, el Dr. Juan Francisco Ginovés, á estampar estas frases impropias en documentos de tal clase?: «Señor Vicario general: V. m. me mandó reconociese estos días geniales ó novelas de D. Alonso de Castillo Solórzano, que se intitulan *La quinta de Laura*. Hélos atendido con la obediencia que debo á su mandamiento; y, *aunque no pueden ser de utilidad alguna,* por ser tan sutil el asunto; pero, *cuando no sean sino para divertir el ocio de los desocupados,* pueden *cohonestar* el fin del autor». Esta *aprobación* lleva la fecha de 10 de Mayo de 1648 (1).

Una de las novelas de la colección está, como hemos dicho, escrita sin que en ella figure la le-

(1) *La | Qvinta | de | Lavra, | qve contiene seis Nouelas, adornadas de dife | rentes Versos. | Por Don Alonso Castillo | Solorzano. | Con licencia. | En Çaragoça: En el Real Hospital de nue | stra Señora de Gracia, Año 1649. | A costa de Matias de Lizan, Mercader de Libros.*

8.°; 7 h. prels. y 219 pp. Dedicatoria de Lizán, fechada en Zaragoza á 18 de Diciembre de 1648.—

tra *i,* una de las vocales. Leída sin esta prevención no se advertiría la falta; tan rico y flexible es nuestro idioma. Pero el esfuerzo es algo pueril; era moda, sin embargo, ó cosa no inusitada, porque por el mismo tiempo escribió D. Jacinto de Zurita y Haro otra novela, titulada *Méritos disponen premios,* sin la letra *a.* Sin el uso de la misma vocal está escrita, y se imprimió suelta por aquellos días otra novela de Francisco de Navarrete y Ribera, *Los tres hermanos,* y, por fin, Alonso de Alcalá y Herrera no paró hasta componer cinco, cada una sin su correspondiente vocal (1).

Aprobación del Dr. Juan Francisco Ginovés: Zaragoza, 10 Mayo 1648.—Censura del Dr. Juan Francisco Andrés, Cronista del reino de Aragón: Zaragoza, 21 Mayo 1648.—Prólogo.—Lo que contiene este libro.—Texto.

Quizá se reimprimió en el siglo XVII otra vez, porque en la siguiente edición se dice ser la tercera.

La Quinta de Laura. Que contiene seis novelas entretenidas. Por D. Alonso Castillo Solorzano. Pliegos (Escudo) *18. Tercera impresion. Año 1732. Con licencia. En Madrid*: *A costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, librero de Camara de su Magestad. Se hallará en su imprenta y libreria, calle de Santo Tomas, junto al Contraste.*

8.°; 8 h. prels. y 272 pp. Lic. del Consejo á Padilla.—Erratas y Tasa, ambas sin fecha.—Prólogo al lector (el de 1649).—Tabla de las novelas —Texto.

(1) *Varios effetos de amor en cinco novelas exemplares. Y nuevo artificio de escribir prosas y versos, sin una de las cinco letras vocales, exclu*

A uno de los dos primeros (creemos que á Navarrete) aludió Pellicer en sus avisos históricos, donde dice: «Pero supla la brevedad de mi relación el capricho de ese papel impreso en que porfió un hombre á escribir la novela sin que en cuantos períodos la forman se halle la letra que sea *a*. Rara aplicación de genio; extraña para intentada; inútil después de conseguida. Esto se ofrece hasta hoy 22 de Junio de 1639.» (*Avisos* en el *Semanario erudito*, de Valladares, tomo XXXIV, p. 38.)

---

yento vocal diferente en cada novela. Autor Alonso de Alcala y Herrera, residente y natural de la inclyta ciudad de Lisboa. Dirigidas a diuersas personas. A custa de Frācisco da Costa, mercader de liuros. En Lisboa. Con licencia. Por Manuel de Sylva, an. 1641. 8.º; 156 hojas.

Con el título de *Varios prodigios de amor*, con otras varias novelitas, y atribuyéndolas á Isidro de Robles, se imprimieron otras muchas veces á fines del siglo XVII y primeros años del siguiente. También pasaron á la *Colección de novelas* que se imprimió en Madrid en los años de 1787 y 1788, en ocho volúmenes en 8.º

XII

Entre las obras que D. Alonso de Castillo compuso y no dió á luz, además del *Abril de flores divinas*, de que ya hemos hablado, hay las siguientes:

Los vengadores de las estafas. Citada al fin de *Las Harpías en Madrid* (1631), de la que sería segunda parte.

La Congregación de la miseria. Formaría segunda parte de *La Niña de los embustes*, según dice al fin de esta novela (1632).

Divertimientos alegres en torres de Zaragoza. La menciona al final de las *Aventuras del Bachiller Trapaza* (1637).

El catálogo dramático de Castillo Solórzano no es muy abundante, á pesar de su no escasa aptitud para el cultivo del drama; pobreza que hay que atribuir á su larga residencia fuera de Madrid; lugares en que la diversión teatral no era continua, cual sucedía en la corte. Faltándole, pues, el estímulo de la inmediata representación, sólo de cuando en cuando se ocupó en escribir alguna que otra comedia, principalmente en Valencia, donde más á menudo entraban las compañías cómicas.

Compuso, pues, las comedias:

El agravio satisfecho, impresa en 1629 en la colección de novelas, titulada *Huerta de Valencia.*

Los encantos de Bretaña.

La fantasma de Valencia.

El Marqués del Cigarral. Todas tres publicadas en las *Fiestas del Jardín* (Valencia, 1634). La última se repitió en la *Parte 42*, de la gran colección dramática de *Varios autores* (que se empezó á imprimir en Madrid en 1652), y pasó á la *Biblioteca de Autores Españoles.*

El Mayorazgo figura, escrita en Zaragoza en 1637, según dice el original autógrafo de la Biblioteca Nacional, á que ya hemos hecho refeferencia. Entró en la colección *Alivios de Casandra*, impresa en 1640, y figura también en *Autores Españoles.*

La torre de Florisbella. Se halla en la *Sala de recreación*, que suena aprobada en 1639, y quizá se imprimió al año siguiente y también en 1649.

La victoria de Norlinguen. Hállase en la *Parte 28* de la colección dramática de *Varios,* ya citada.

El fuego dado del cielo. «Auto sacramental. Por D. Alonso de Castillo Solórzano, *Secretario del Marqués de los Vélez*». Así reza el ejemplar manuscrito (núm. 15.245) que existe en la Biblioteca Nacional, escrito en letra de la época, y acaso original. Está bien versificado, é intervie-

nen en él los personajes siguientes, por los que se viene en conocimiento del asunto: *Ciro, rey de Persia; Darío, su tío; Astiages, agüelo de Ciro; Artabano; Alcino; Elíseo; Florinda; Rosa; Daniel, Profeta; Nehemías; Eliazar; Helí; Zabulón*; *Un capitán* y *Soldados*.

Compuso también Castillo algunos entremeses muy graciosos, como puede juzgarse por los dos que van en el presente tomo, que son:

El barbador, y

La prueba de los doctores.

Los demás llevan los títulos de

El casamentero. En el *Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid* (1627).

El Comisario de Figueras. En *Las Harpías en Madrid* (1631).

La castañera. En las *Aventuras del Bachiller Trapaza* (1637).

Es muy probable que Castillo haya escrito más piezas dramáticas, porque en 1632, en que sólo hallamos publicado *El agravio satisfecho* y algunos entremeses, le cita como poeta cómico el Dr. Juan Pérez de Montalbán en su *Para todos*, en la *Memoria de los que escriben comedias en Castilla solamente*, diciendo: «Don Alonso del Castillo, ingenio conocido por los muchos y sazonados libros que tiene impresos, las escribe con notable facilidad y donaire.» (*Para todos*, página 278 de la edición de Sevilla, Francisco de Lira, 1645).

XIII

La novela que reimprimimos á continuación es una de las más raras y mejores de Castilo Solórzano (1).

Pertenece claramente al género picaresco, algo mitigado por natural tendencia benévola del autor, y porque era difícil, personalizando el tipo en una mujer, hacerla partícipe en escenas de cierta índole, propias sólo del sexo opuesto.

La época de crudeza picaresca en las obras escritas había ya pasado, á causa de la oposición

(1) El original lleva la siguiente portada:

La Niña de | *los embustes.* | *Teresa de Man* | *çanares, Natural de Madrid.* | *Por Don Alonso de* | *Castillo Solorzano.* | *A Juan Alonso Martinez de* | *Vera, cavallero de* | *la Orden de Santiago, Tesorero,* | *y Teniente de* | *Bayle de la ciudad de Alicante.* | *Año* (una figura de mujer) *1632.* | *En Barcelona.* | *Por Geronimo Margarit.* | *A costa de Juan Sapera, Librero.*

8.°, 4 h. prels., 118 foliadas y 3 más con la Tabla al fin. (No especificamos los demás preliminares, porque van reproducidos íntegramente). Al final del texto lleva un grabado con una gallina y sus pollos, una comadreja que se le aproxima y una mosca volando. Siguen luego las tres hojas de índice y al final de todo otro grabadito representando un gato con un ratón en la boca.

que les habían hecho los moralistas, y porque, desgraciadamente, las continuas guerras del reinado de Felipe IV, antes y después de los levantamientos peninsulares, habían traído una picaresca en acción que constituía una verdadera plaga en nuestro país, y daba mucho que pensar y hacer á nuestros políticos y gobernantes, que en vano ahorcaban, azotaban y enviaban á galeras centenares de individuos que se habían propuesto vivir sobre el prójimo, valiéndose de toda suerte de engaños, trampas y aun violencias.

No eran, pues, los tiempos de Felipe II, en que unos ejércitos disciplinados y un poder fuerte y bien organizado, impedían los desafueros y picardías que sólo por excepción y en corto tiempo perpetraban los cursantes de la *bribia*.

Por eso no causaba escándalo que los Lazarillos y Guzmanes burlasen muchas veces la persecución de la justicia, saliesen bien de sus enredos y aun que, al parecer, los autores de los libros de sus aventuras simpatizasen con tales personajes, porque en la práctica sucedía todo lo contrario. Muy distinto era lo que pasaba en 1630 y años sucesivos; y así vemos que, por ejemplo, en las *Aventuras del Bachiller Trapaza*, novela picaresca bien calificada y bien urdida, nunca se le logran al protagonista sus astucias; antes al contrario, pierde siempre el fruto de sus estafas en el momento en que parece empezar á gozarlo, y por fin concluye por ir á remar en las

galeras. No obstante el éxito merecido de esta novela, Castillo no asegundó, pues todo y más de lo que él podría imaginar en punto á engaños y embelecos amorosos, en los encaminados á hacer papel y en los referentes á estafas y hurtos de dinero, podía leer todos los días en los avisos y relaciones que se recibían de la corte y de algunas grandes capitales, como Sevilla y Lisboa.

Limitóse, pues, á presentar el tipo en forma menos temible para el ejemplo y más agradable y dulce para la lectura, personificando el pícaro en una mujer. Tal viene á ser el objeto de las tres novelas tituladas *Las Harpías en Madrid*, *La Niña de los embustes* y *La Garduña de Sevilla*.

Mucho antes que Castillo Solórzano, había en 1605 dado á luz el licenciado Francisco López de Ubeda, ó sea el dominico Fray Andrés Pérez, su famosa novela de *La pícara Justina*, en que refiere las aventuras de una mujer que, al fin, acaba por casarse con Guzmán de Alfarache. Con esto, dicho está cuán semejantes son su carácter y condición á los de su imaginario consorte.

El libro del fraile leonés peca de excesivamente largo; en ser las aventuras que refiere demasiado comunes y lugareñas; en estar recargado de episodios ajenos al asunto principal, y, sobre todo, en estar escrito en un estilo en parte afectadísimo y en parte chocarrero; lleno de alusiones difíciles de reconocer; cuajado de compara-

ciones inútiles, vulgares é impropias, todo lo cual produce cansancio al lector que busca en él un libro de arte y amena lectura.

Pero en cambio, ¡cuántos tesoros de idioma y de costumbres! Vocabulario, giros, refranes, dichos agudos y proverbiales; usos y hábitos ridículos; modo común de vivir de toda clase de gentes: clérigos, venteros, médicos y cirujanos, arrieros, caminantes, mercaderes, barberos, estudiantes, ermitaños, sacristanes, varias castas de oficios mujeriles y otros muchos.

De este libro, tan extravagante como divertido, pudo haber tomado nuestro Castillo el tipo de su *Niña de los embustes* (1), llevando por norma cierta advertencia que el maleante dominico puso en el prólogo al lector, diciendo:

«No es mi intención ni hallarás que he pre-

(1) Sin embargo, el modelo más inmediato y directo, aunque sólo parcial, de Castillo Solórzano fué el cuento ó novela corta incluída por Salas Barbadillo al fin de su *Corrección de vicios* (impresa en 1615) con el propio título de la *La Niña de los embustes,* y cuyo nombre es también Teresa.

Hasta parece que el mismo Salas le invitaba á continuar y ampliar el asunto, estampando al final de su novelita estas palabras: «Tiempo tendremos y pluma más bien cortada con que referirlas (las aventuras de la dama) á los amigos de buen gusto que saben celebrarlas.»

El carácter de la protagonista no está más que esbozado, y sólo dos burlas ó embustes hace á sus amantes. La primera tiene su gran semejanza con la de Toledo (que puede leerse en este tomo),

tendido contar amores al tono del libro de *Celestina*; antes, si bien lo miras, he huído de eso totalmente, porque siempre que de eso trato voy á la ligera, no contando lo que pertenece á la materia de deshonestidad, sino lo que pertenece á los hurtos ardidosos de Justina; porque en esto he querido persuadir y amonestar que ya en estos tiempos las mujeres perdidas no usan sus gustos para satisfacer á su sensualidad, que esto fuera menos mal, sino que hacen de esto trato, ordenándolo á una insaciable codicia de dinero.»

Este es el carácter de las protagonistas de *La Niña de los embustes* y, sobre todo, de *La Garduña de Sevilla*. De esta última puede decirse que su asunto lo forman los cuatro hurtos que realiza Rufina: el del avaro de Sevilla, el del alquimista de Córdoba, el del falso ermitaño de Málaga y el del *autor* de comedias de Madrid. Lo demás de la obra lo constituyen las tres novelas episódicas, ajenas al fondo del libro.

Teresa de Manzanares tiene alguna mayor variedad, y tal vez más verdad ó carácter histórico. El autor mismo dice, hablando de su he-

presentando un fingido cuerpo muerto al galán en el momento de entrar en su casa. La segunda es muy distinta; pues se reduce á introducir á un su amartelado con una esclava negra y hacer que la justicia los sorprenda juntos. Todo está contado con suma brevedad, aunque con bastantes digresiones morales, á que era muy afecto el novelista madrileño.

roína, «haber sacado á luz su vida formada de los sucesos de muchas que han servido de hacer aquí un compuesto». Y por lo menos en algunos incidentes del asunto principal tuvo á la vista documentos y enseñanzas de la realidad, como se evidencia en algunas notas que van al final. En todo lo demás no se aleja nunca de lo verosímil, ni en los personajes secundarios ó episódicos abusa de la libertad satírica que suelen tomarse los autores de novelas festivas: algunos, como el primer marido de Teresa, parecen arrancados de la vida y sociedad comunes de aquel tiempo.

El interés se sostiene en las primeras dos terceras partes de la obra. Después que la protagonista deja el teatro decae un poco, no obstante algunos felices rasgos de la aventura llevada á cabo en Toledo, solamente apuntada en Salas Barbadillo.

El estilo y lenguaje son los más propios para esta clase de obras; en esto sólo plácemes y elogios merece el autor. Maneja con gusto y acierto la ironía y el tono epigramático; la narración es abundante y seguida, sin incisos ni tropiezos; sólo adicionada con alguna frase aguda ó algún sabroso comentario. El tono de sinceridad y buena fe con que la pícara Teresa refiere sus travesuras, llega á hacer su figura agradable y simpática al lector, especialmente en sus primeros lances. Esta es una cualidad peculiar de Casti-

llo, que vemos emplea también acertadamente en *El Bachiller Trapaza* y en *Las Harpías en Madrid,* y no tanto en la *Garduña de Sevilla.*

En esta novela intercaló Castillo, como se verá, dos de sus graciosos entremeses; otros tres figuran en *El Bachiller Trapaza*, en las *Carnestolendas* y en *Las Harpías en Madrid*, y no son menos regocijados. Respecto de sus comedias, D. Ramón de Mesonero Romanos, que incluyó las dos más famosas y conocidas en la Biblioteca de Autores españoles, *El Mayorazgo figura* y *El Marqués del Cigarral,* dice de ellas que encierran: «Caracteres y cuadros perfectamente dramáticos, desenvueltos á mi ver con una maestría y corrección que nada tienen que envidiar en el género apellidado *figurón* á las posteriores de Rojas, Moreto, Leiva, Zamora y Cañizares, y son muy superiores á las farsas de Molière, quien, sin duda, le tuvo muy presente, como podríamos probar, en alguna de ellas. Scarron tradujo la de *El Marqués del Cigarral* bajo el título de *Don Japhet d'Armenie.*»

ÍNDICE

DE LA VIDA LITERARIA DE CASTILLO SOLÓRZANO

LA NIÑA DE
LOS EMBUSTES.
TERESA DE MAN-
ÇANARES,

NATURAL DE MADRID

Por DON ALONSO DE
CASTILLO SOLÓRZANO.

A JUAN ALONSO MARTÍNEZ DE VERA,
Cavallero de
la Orden de Santiago, Tesorero,
y Teniente de
Bayle de la Ciudad de Alicante,

(Una figura de mujer)

Año 1632.
En Barcelona.

Por JERÓNIMO MARGARIT,
A costa de Juan Sapera
Librero.

APROBACION

Puédese dar licencia para que se imprima y salga á luz este librito, cuyo título es: *La Niña de los embustes: Teresa de Manzanares,* por don Alonso de Castillo Solórzano. Porque ni contiene cosa que impida su publicación, y según el argumento que trata tiene muchas buenas y de curiosidad y entretenimiento; de donde se pueden sacar documentos morales y escarmientos en cabeza ajena, que son dicha para quien de semejantes se sabe aprovechar. Este es mi parecer. En Santa Catherina de Barcelona, á 19 de Abril de 1632.

FRAY TOMÁS ROCA.

Attenta aprobatione, imprimatur, haec die 24 Aprilis 1632.
CLAREFUALLS, VIC. GENERALIS, &. OFFICIALIS.

APROBACION

Por comisión del Muy Ilustre Señor Don Miguel Sala, del Consejo del Rey Nuestro Señor, y Regente de la Real Cancillería en este Principado de Cataluña y Condados del Rosellón y Cerdaña, he leído este libro que se intitula: *La Niña de los embustes: Teresa de Manzanares,* compuesto por don Alonso de Castillo Solórzano, y no reconozco en él cosa que disuene á nuestra cristiana educación, ni puede debilitar las buenas costumbres; antes con sus consejos servir para alentarlas, y con sus avisos (á quien le leyere) quedar lecionado á portarse bien en lo que le pueda suceder. Y así puede salir á luz para que todos le reciban: este es mi parecer. En el Monasterio de la Santísima Trinidad de Barcelona, á 21 de Agosto de 1632.

EL MAESTRO, FR. FRANCISCO VIADER.
Ministro de la Trinidad.

Huiusmodi Relatione attenta Mandetur typis.
DON MICHAEL SALA REGENS.

A JUAN ALFONSO MARTÍNEZ DE VERA,
Caballero de la Orden de Santiago, Tesorero y Teniente de Baile de la ciudad de Alicante.

Desde que ocupé la pluma en la primera línea deste pequeño volumen, puse la mira en hacer elección de v. m., para que á su sombra pasasen muchos yerros que tendría, más seguros de la censura de tantos detractores que se hallaran sin tal patrocinio, que delincuentes contra los preceptos del Arte (como hijos de ingenio tan lego), sólo tendrán de alabanza el haberse acogido á tan buen sagrado.

Atrevimiento ha sido poner á v. m. en tal empeño, y no le disculpan sino mis buenos deseos, que han querido en esto dar muestra de mi voluntad, haciendo á v. m. dueño de mis pensamientos. Si no fueren como merece el protector, de generosos pechos es el perdonar estas osadías por el acierto de ponerse en tal seguro. V. m. admita este servicio por primicia de muchos que le pienso hacer en mayores asuntos, cuya persona guarde Nuestro Señor, como deseo.

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.

PRÓLOGO AL LECTOR

Teresa de Manzanares, hija nacida en las verdes riberas de aquel cortesano río, se presenta con sus embustes á los ojos de todos; su travesura dará escarmientos para huir de los que siguen su profesión. Y esto sea disculpa de haber sacado á luz su vida formada de los sucesos de muchas que han servido de hacer aquí un compuesto.

Si malicioso y mordaz te atrevieres á censurar este breve discurso, lo sucinto dél te dará poca materia para dilatados vituperios; considérale con la intención que le escribí, que fué para advertir descuidados y escarmentar divertidos, no para ser blanco de Zoilos, que ponen su atención más en calumniar leves yerros que en enmendar pesadas culpas de su mala inclinación. Ingenio arguye una buena censura, fundada en fuertes razones, si no la adulterase el querer hacer alarde de superior juicio á la vista de tantos que pueden decir que quien en esto se ejercita tome la pluma para hacer otro tanto y verá si comete yerros; los muchos que aquí hallarás supla tu discreción, corrigiendo en secreto y honrando en público.

VALE.

La Niña de los embustes.

Escribo la vida, inclinaciones, costumbres y máquinas de una traviesa moza, de una garduña racional; taller de embustes, almacén de embelecos y depósito de cautelas.

Con sutil ingenio fué buscona de marca mayor, sanguijuela de las bolsas y polilla de las haciendas. Con lo vario de su condición fué malilla de todos estados, objeto de diversos empleos y, finalmente, desasosiego de la juventud é inquietud de la ancianidad. Parte de estas cosas heredó por sangre y mamó en la leche, y parte ejecutó con travieso natural y depravada inclinación, pudiendo bien decirse por ella aquellos dos versos de un romance antiguo:

> dellas me dejó mi padre,
> dellas me ganara yo.

Teresa de Manzanares es el asunto de este pequeño volumen: nombre que se le

puso en la pila con el agua del bautismo, y el apellido con la del río de Madrid, en cuya ribera se engendró este bullente azogue con alma ó esta alma infundida en azogado cuerpo.

Sus pueriles travesuras la dieron nombre de *La Niña de los embustes* (título que honra este libro), prosiguiendo con ellos por todo el discurso de su vida, como ella misma hace relación al lector, á quien se la cuenta desde el origen de sus padres. En ella podrá advertir los daños que se pueden prevenir para guardarse de engaños, para abstenerse de vicios, huyendo de vida tan libre y condición tan oscura.

CAPITULO PRIMERO

Da cuenta Teresa de quién fué su madre; cómo salió de su patria, engañada, hasta llegar á Madrid.

Habrá de saber el señor lector, de cualquier estado que sea, que, como los hijos, en tiempos de tanta malicia como éste, tienen la mayor certidumbre el serlo de la madre (hablo de la gente de bajo estado), yo comienzo mi historia con referirle el origen de la nuestra que, si bien me acuerdo, tuvo su patria en Galicia, en la villa de Cacabelos. Su padre se llamó Payo de Morrazos y su madre Dominga Morriño. Mi abuelo no era bien tinto en gallego, sino de los asomados al reino, quiero decir, de los ratiños, que ni son de Dios ni del diablo; que como en los vizcos está dudoso el saber á que parte miran, así él, ni bien era cristiano ni dejaba de serlo; tan bárbaros hombres se hallan tal vez en aquella tierra. A los de aquel pa-

raje les dan nombre de *maragatos*, y ellos cumplen bien con la mitad del nombre cuando se ofrece ocasión.

Vino á Cacabelos con una partida de vacas (á una feria que allí se hace cada año), y halló repastando otra, cuya guarda era Dominga Morriño, mi señora abuela. La igualdad del oficio pastoril, la soledad del campo (mientras se llegaba el día de la venta), ocasionaron á los dos de modo que en él no faltó osadía para emprender, ni en ella ganas para admitir.

Era doncella en cabello, por falta de albanega, Dominga, y, en pocos coloquios, tuvo buen despacho mi abuelo en su pretensión; con que se vino á formar de aquella calabriada mi señora madre, obligando la suya á mi abuelo que se quedase á vivir en Cacabelos, que fué fácil de acabar con él, por haberle herido el virote de Cupido y hecho despojo de aquel montaraz serafín.

Encubrió cuanto pudo Dominga su preñado; mas conocido el bulto por sus padres, con un poco de celo del honor (que no les faltaba) inquirieron quién era el dueño del chichón que Dominga no pudo encubrir, con lo cual se hizo la boda de los dos muy

en conformidad de la parentela, por ver en Payo de Morrazos presencia para emplearla en todo agreste ejercicio.

Llegóse el noveno mes y salió á luz el valor de Galicia, y la gala de Cacabelos, que fué mi madre, á quien pusieron por nombre *Catuja*, que allá es lo que acá en Castilla Catalina.

Crióse la muchacha en todo lo que acostumbran allá á los hijos de la gente común; paladeáronla con ajos y vino, y salió una de su linaje; fué la primer moza que dió el sér á los pliegues de las sayas, pues lo que en otros parecía grosería, en ella era perfección.

Usó poco el calzarse, aunque tal vez se traen botas en aquella tierra; fué la causa desto el verse de pequeños pies, ajeno de las mozas de aquel país, que todas los tienen grandes.

A los quince años de su edad llegaba (que un culto dijera tres lustros) cuando de achaque de un magosto, que es un hartazgo de castañas asadas (así se llama en Galicia), murieron sus padres en una noche. Quedó la mozuela niña huérfana y sin hacienda, con que fué fuerza ampararse de una hermana

de su madre, que era mesonera en el mismo lugar. Esta la llevó á su casa, donde la servía como una esclava, acudiendo, así al servicio de los huéspedes como al monte, por leña para guisar de comer.

Era Catuja de Morrazos, naturalmente, aseada y limpia y con razonable cara, que para aquella tierra es un prodigio, pues parece que la naturaleza repartió en ella con pródigas manos la fealdad.

Verdad sea que el rústico traje la aumenta más, y lo poco que se precian las mujeres de asearse y componerse.

No era así Catalina; que, sin hacer agravio á ninguna, era la gala de Cacabelos. Alentábanla á estimarse las alabanzas de los huéspedes que cada día tenía en su casa (que es lugar pasajero), los cuales, como venían acostumbrados á ver demonios con cofias de estopa, parecíales la Catalina ángel en su parangón. Muchos aficionados de paso tuvo que la dijeron su pena; mas ella (si bien se holgaba de oirlos) rigurosamente los despedía, que por los documentos de la tía deseaba conservar su honra, esperando por su buena cara el mejor labrador de Cacabelos.

No se le lograron los intentos como pensó, porque llegando el día de la feria que allí se hace, pasaba de la ciudad de Compostela á Madrid un canónigo de aquella santa iglesia; y habiendo de asistir en la corte, quiso comprar una mula para rúa, y detúvose á esto en Cacabelos.

Traía en su servicio un criado, natural de Segovia, de los refinos hijos que aquella ciudad cría. Era gran socarrón, alegre, decidor, con su poquito de músico; gran persona de ponerse á caballo sobre una jácara y durarle una jornada sin descansar. Sin esto era un diluvio de pullas, un torrente de chanzonetas y una sima de donaires. Queríale bien su amo, así por haber hallado en él fidelidad, como por verle siempre de buen humor.

Duraba seis días la feria, y no vino en los primeros cabalgadura á propósito de lo que el canónigo pretendía; y así, oyendo decir que hasta el último día todos los de feria venían mulas, no quiso irse sin comprarla.

En este tiempo, Tadeo (que así se llamaba el criado), comenzó á hacer fiestas á Catalina, ya celebrando su buena cara, ya dándola músicas, con un discantillo que con-

sigo traía para divertirse en aquel viaje.

Como la moza hubiese visto pocos humores de la data del Tadeo, gustaba mucho de sus donaires y solemnizaba sus chanzonetas, oyendo con mucho gusto las jácaras que cantaba, con los cuales, y la labia del mozo, adornadas con promesas que la hizo de llevarla á la corte, se rindió aquel fuerte, que no hay amante encogido ni dudoso en prometer, y así Catalina se vió con esperanzas de ser cortesana y en posesiones de dueña.

Efectuóse la compra de una buena mula, muy al propósito para el intento del canónigo, con que esotro día determinó de proseguir su jornada. Llevaba una acémila delante con prevención de cama, por saber con experiencia cuán malas las hay en el reino de Galicia, y aun hasta llegar á Castilla la Vieja.

En ésta acomodó Tadeo á Catalina, llevando intento de llegar con ella á Madrid, y allí vestirla y que corriese por su cuenta; y así avisada la moza que el día siguiente, dos horas antes de amanecer, había de partir, ella no quiso irse, como dicen, las manos en el seno, sin darle un araño á la bol-

sa de la tía, que la tenía buena con la ganancia del mesón.

Fiábase la vieja mucho de la sobrina y dormía con ella. Levantóse aquella noche quietamente y, tomando la llave de una arca, fué á darle golpe á la moneda, y por dar en el talego mayor, fué su suerte tal, que encontró con el pequeño, que tendría hasta cuatrocientos reales en plata: éstos acomodó en el lío de dos camisas suyas, y así salió á verse con su Tadeo, el cual la aguardaba, porque ya estaba el acemilero apercibido.

No se había levantado la tía, aunque estaba despierta, por ver que su sobrina lo estaba, y presumiendo que ella y un mozo del mesón darían recaudo. Con esto pudo la Catalina irse á hurtas del mozo, saliendo á ponerse á caballo fuera del mesón, con que dejó su patria, llevándose los cuatrocientos reales escondidos entre las camisas sin haber dado cuenta del hurto á su galán, que no le fué de poca importancia.

Llegóse la hora de partir el canónigo, y haciendo Tadeo cuenta con la huéspeda, partieron de su casa, no echando la vieja menos á la sobrina, porque á aquella

hora siempre solía ir por agua á la fuente.

Prosiguieron sus jornadas hasta llegar al pie del puerto, que llaman del Ravanal, gozando Tadeo todas las noches de su hermosa ninfa gallega; mas allí, considerando que le sería embarazo la moza en tan largo camino, y que si su amo sabía su empleo no lo había de recibir bien, trató de dejarla en Fuencebadón, un lugar donde posaron aquella noche; y esto hizo usando un engaño con ella, y fué que la dijo que por haber acrecentado carga en la acémila, no podía ir en ella, mas que tenía concertado con un arriero que la llevase por su cuenta hasta Benavente, adonde por ciertos negocios que el canónigo tenía que tratar, habían de estar dos días, y que de allí buscaría en que fuese hasta Madrid. Púsola en posada diferente y habló con el huésped la parte en lo que la había de decir á la mañana.

Era Catalina muy bozal en caminos, como quien no había salido de su lugar en su vida, sino sólo por leña al monte, y así creyó cuanto la dijo Tadeo. Ese día, al amanecer, salió el canónigo (más temprano que otros), por pasar el áspero puerto, con lo cual quedó la pobre moza aguardando el prometido

arriero (que nunca vió) hasta bien entrado el día; y preguntando al huésped que cuándo había de venir, él la desengañó, diciendo que aquel gentil hombre que allí la había traído le dió doce reales para que la diese y dijese que él no la podía llevar consigo por temor de su amo.

Aquí comenzaron los trabajos de la gallega Olimpia, viéndose dejada del segoviano Vireno. No dijo aquello de «¡pluegue á Dios que te anegues nave enemiga!», ni «¡mal huracán te sorba!», que no sabía nada de marinaje, y su engañador caminaba en una mula. Mas, convertida en llanto y con dilatados sollozos, que parecía sorber caldo, dijo mucho de aquello de «*Douch'o demo el home*», que es la mayor maldición que el idioma gallego tiene. Recibió los doce reales, porque los duelos con pan son menos. Veinte le había dado Tadeo al huésped; mas él, con poco temor de Dios y daño de la opinión del galán, se aplicó para sí los ocho.

Vióse la olvidada Catalina confusa sobremanera en lo que haría de su persona. Volver á su tierra no le parecía cosa conveniente, así por su reputación como por el dinero que había tomado á su tía; quedarse

en aquel lugar tampoco le estaba bien, por ser corto y malo. En estas dudas estaba, cuando infundiéndosele un valor olimpiaco, más de correo de á pie que de mujer encogida, se determinó proseguir poco á poco su viaje hasta Madrid, y que si llegase con bien á aquella corte, tratar de vengarse de el desdén de Tadeo.

Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos, por no los romper (propia prevención de las damas de su país), se puso en camino informada del viaje que había de llevar; en la tal información supo cuán cerca estaba de la *Cruz de ferro,* tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hízola oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado dél.

Prosiguió con sus jornadas, hallando en ellas tal vez quien (teniéndola compasión) la daba bagaje para aliviar su cansancio, y no se sospeche que esto era por interés de su persona; que desde que vió el mal pago de Tadeo, nunca admitió martelo ni oyó requiebro, temiéndose de otro engaño: que de los escarmentados se hacen los arteros.

Por sus jornadas, ya cortas, ya largas, llegó á aquella insigne villa, madre de tantas naciones, gomia de tantas sabandijas; y como á una de ellas, la amparó y recibió en sus muros.

Admiróle la máquina de edificios, la mucha gente que pisaba sus calles, y en la de la Cava de San Francisco vino á parar, guiada de un arriero que la había traído en un macho de los suyos desde el lugar de las Rozas hasta la posada.

En ella se apeó, y viéndola la huéspeda, la dijo si venía á la corte para servir. Catalina la respondió, con semblante triste, que á eso la habían condenado sus trabajos, si hallase casa á propósito.

—En la mía (replicó la huéspeda) os tuviera yo de muy buena gana; mas ha dos días que recibí una criada en lugar de otra que casé, y así tengo el servicio que he menester. Pero en casa de una hija mía os acomodaré; que también tiene casa de posadas, y yo sé que no os descontentaréis de estar allí, que hay ocasiones de medrar las que la sirven, y más vos que traéis lo más facilitado, con la buena cara que tenéis.

Agradecióle Catalina la merced que la

hacía, y la huéspeda la llevó á su aposento, donde la regaló y dió de comer. Esa misma tarde la llevó á casa de su hija, de la cual fué gustosamente recibida, así por traerla su madre, como por ver en Catalina partes para ser bien servida della.

Tenía esta mesonera otra mozuela de razonable cara, y había menester dos para ser sus huéspedes mejor servidos. Esta, como viese que en Catalina la venía alivio para su trabajo, la recibió con muestras de muy grande amor, trabándose desde aquel día una firme amistad entre las dos.

CAPÍTULO II

En que da razón cómo lo pasó la gallega en el mesón y cuán celebrada fué en el río hasta su casamiento.

Ya tenemos á mi señora madre (buen siglo haya) acomodada en un mesón de los de más nombre que había en la calle de la Cava de San Francisco, cobrando desde su llegada el nombre del «Mesón de las dos hermosas», por ella y la otra moza que halló en él.

Esta, como amiga que se dió de mi madre, aquella noche la hizo breve relación de lo que había que hacer en casa, de los intereses que se tenían con los huéspedes, á los cuales debía servir con solicitud y á cuáles con no tanta; cómo se había de portar en materia de amores; cuán sin afición había de vivir con ninguno, llevando su fin á solo su provecho y viéndole primero antes de hacer su empleo. Pero que lo más importante para su estimación era el estar bien vestida,

para lo cual pidiese á su ama que le adelantase tres ó cuatro meses de salario.

Tomó Catalina la lección de Aldonza (que así se llamaba la compañera) muy en la memoria, y á lo último la dijo que no pensaba obligar á su ama á que le diese lo que no había servido; que un pariente suyo tenía que la daría lo necesario para vestirse, y que así esotro día le buscaría y la vería brevemente en otro pelo. Holgóse Aldonza, que con tanta brevedad pudiese lucirse, mas después le vino á pesar, porque no le estuvo bien tener tan buen lado.

Era por tiempo de entre las dos Pascuas, y cerca de la de Pentecostés, para lo cual propuso Catalina salir en limpio, que hubiese que ver en ella, y así, fingiendo ir á verse con el pariente, trujo dinero con que rogó á su ama le comprase lo necesario para vestirse. Era buena mujer la huéspeda, y viendo que el lucimiento de su criada le era mejoría de su casa y crédito de su mesón, se holgó, que sin pedirla nada adelantado, tuviese con que vestirse, y así se ofreció á salir á comprar con ella lo necesario.

Valióle el no revelar el hurto Catalina á su galán el verse vestida, pues eso fué la

piedra fundamental para su medra. Llegó con su ama á la calle de Toledo, donde hay bodegones de vestidos, hallando allí siempre guisados los que pide el gusto para adorno de las sirvientes de mantellina. Allí compraron en acomodado precio un manteo azul, con su poca de guarnición pajiza; una basquiña y jubón de estameña parda, guarnecido el jubón; mantellina de bayeta de Segovia, que oyendo dónde era, casi no quiso comprarla Catalina, acordándose de su galán. Pasaron á una tienda de lencería, donde sacó dos camisas, valonas y cofias, y no se le olvidaron del calzado, que quiso de golpe ponerse el que traen las fregonas de más presunción en la corte, bien mirado en tiempo de lodos, pues su limpieza acredita la curiosidad y gala de la que los pisa sin detrimento suyo.

Con todo este ajuar volvieron á casa, no faltando para cumplimiento del arnés sino algo desto que se trae en la cara y dos sortijas de plata, cosa conveniente en el fregatriz estado; aunque ya le vemos subido de punto con alguno de oro, donativos de los que, hartos de perdices, gustan tal vez de comer vaca.

Llegaron, pues, á casa, y mostraron á Aldonza las galas recién compradas, en que no se empleó aún todo el dinero del hurto, guardándolo Catalina en una arca que otro día compró. Ya la compañera estaba un poco envidiosa del lucimiento que esperaba tener Catalina: disimuló su recién nacida pena, y propuso no manifestarla por no parecer que se tenía en tan poco, que temía ventajas de otra. De allí á dos días, sin acompañarse Catalina de su ama, corrió las almonedas de la plaza de la Cebada, donde halló una basquiña y jubón, traído de una mezcla honesta, que compró en acomodado precio para que la excusase de traer de ordinario los vestidos que poco antes había comprado, no olvidándose del aderezo del rostro, que ya la habían dicho la que le estaría mejor para curársele de los aires y el sol del camino, ni de las sortijas de plata.

Llegó el día de la Ascensión, que tenía diputado Catalina para salir vestida de nuevo; hizo por la mañana las haciendas de casa, y para asistirles á los huéspedes á la comida púsose de gala, dando admiración á su ama, más envidia á Aldonza y gesto á los huéspedes, porque con la buena cara

que tenía y los vestidos tan ajustados á su cuerpo, parecía que toda su vida había andado en aquel hábito; tal despejo mostraba en él.

Era apacible la gallega, graciosa en su lenguaje y de no mal natural; de suerte que con esto, dentro de pocos días, ya no cabía la casa de huéspedes. Eran muchos los aficionados de la moza, y ella se portaba con ellos de modo que, por el poco recato y estima, nunca ganó opinión de fácil ni desenvuelta. Granjeaba voluntades y hallaba medra, cosa que fué echando de ver la compañera por los galanes que Catalina le tiranizaba.

Acudía cada una la semana que le tocaba á lavar al río, y por haber cantidad de ropa siempre, se ocupaban tres días en su limpieza.

Para echar de sí Aldonza á la compañera y que no asistiese á la posada, dió en fingirse mala de un brazo, con que era fuerza ir Catalina cada semana á ocuparse tres días de ella en el río.

Si por acá tenía aficionados, no menos los tuvo extramuros de la villa.

No había lacayo de estimación lucido en

librea que no se confesase su amartelado. Ella, con el buen despejo en hablar, voz en cantar y donaire en el baile de la capona, era imán de las raciones lacayas y motivo de los regocijos de las riberas del cristalino Manzanares, después que en ellas se acreditó y llevó la palma de hermosa entre el gremio fregatriz. Nunca tomó paño en sus manos para lavarle, que no faltaba quien, á costa de sus salarios, le pagase la lavadura porque en tanto le diese audiencia.

Anduvo algunos días neutral sin inclinarse á ninguno de sus pretensores, y así los traía perdidos tras de sí. Entre más de ocho que andaban en la danza, había uno que si no se portaba con librea de lucidos colores, sirviendo á grande ó á título, andaba bien tratado, vestido de veintidoseno negro, calzas, ropilla y capa terciada: éste era natural de Gascuña, en Francia, á quien en nuestra España llamamos «gabachos». Había sido ocupado en el oficio de bohonero, trayendo caja y vendiendo por la corte: proveíale su casa un francés rico, que tenía tienda de por junto, con el cual había ganado tanto crédito que le fió más de lo que fuera bien. Fingió el tal bohonero que le

habían robado, con que quebró para con el francés que le proveía: púsole en la cárcel, donde le tuvo algunos días; mas como no hubiese remedio de poder cobrar dél, creyóle el hurto, y así, de compasión de verle padecer preso, le perdonó más de tres mil reales que le había fiado, y salió de la trena. Con éstos se halló en su poder el gabacho habidos con tan poca conciencia por conocer la bondad del que le fió. Entró á medias en el trato con un tabernero, y él, por disimular, entró á servir de lacayo á un letrado de los que abogaban en los Consejos.

Tenía á su cuenta un caballo anciano, en el que el jurista andaba, de buena presencia y adornado con la honorífica gualdrapa. Era lucido el dueño y de los más acreditados en las letras de la corte; con éste salía á las siete de la mañana por el verano, y en dejándole en Palacio, había de volver por él á las diez; por la tarde acudía desde las tres á Provincia, salía á las cinco, y gastaba todo el día entre sus negociantes, sin salir de casa.

Con este oficio tenía el de despensero, en que ocupaba una hora por la mañana, antes de ir al Consejo, en la cual, mientras él

compraba, le limpiaba un francesillo el caballo y gualdrapa, gustando de esta añadidura á su costa el letrado por verse bien servido de su lacayo despensero, el cual no era lerdo en sisarle cuanto podía y había, bien en que por ser mucha su familia.

Este, pues (cuyo nombre era Pierres de Estricot), era el mayor aficionado de la gallarda Catalina y el más puntual en servirla, sin haber día que no gastase con ella algo, así de colación, merienda ó dádiva de cintas, valona ó calzado, con que la hembra le estaba más aficionada que á los demás.

Admirábase Aldonza de ver en la opinión en que estaba su compañera, y que si su traza había aprovechado para ausentarla de día, por la noche le deshacía sus máquinas, como la tela de Penélope.

Un día que en el río había dado suspensión en el baile á sus amantes y envidia á las ninfas de la limpieza, anochecióle allí por haber tardado en enjugársele la ropa; asistióla á su compañía el aficionado Pierres, prevenido de esportillero para llevar los paños y de un jumento de aguador para que ella no se cansase en subir la cues-

ta de la Puerta de la Vega. Mientras descansaba del trabajo de haber doblado la ropa, le pudo decir el derretido gabacho, en el mal aliñado lenguaje que hablaba, que era medio en gascón y medio en castellano, estas razones:

—Seora Catalina: ya voasté habrá echado de ver en mi asistencia cuántas ventajas hago á lis competidores que tengo, y asimismo en la liberalidad con que la sirvo en lo que se ofrece, por lo cual debe tener más atención an mi persona que de los demás, pues casi todos llevarán la mira á solo su apetito y dejalla luego, y yo la tengo en merecer ser su marido. Aunque sirvo de lacayo, como ve, puedo dejar de serlo sin que me falte el sustento, pues gracias á Dios tengo más de cuatro mil reales, con que tengo á medias cierto trato con que se aumenta mi caudal cada día; si se determina á que nos juntemos en consorcio, será de mí estimada como merece su persona y regalada como la propia reina. Este caudal que traigo en compañía le tendré yo solo, tomando modo de vivir, con que me prometo antes aumento que disminución. Su gusto, aquí que estamos á

solas, me holgaré de saber: voasté me li diga.

Era el gabacho de buena presencia, y estábale inclinada Catalina, la cual se holgó no poco de verle con caudal; aunque recelosa del engaño del segoviano (á quien no había podido hallar en Madrid), quiso que la evidencia la desengañase; y así le dijo que estimaba su voluntad, y que en cuanto á disponer de sí no se determinaba hasta que con más certeza viese que lo que decía era verdad; que ella había de tocar el dinero primero y verlo en depósito de su amo, y que entonces se haría el casamiento; porque tenía tanto escarmiento de los engaños de los hombres, por uno que la hizo quien la desterró de su patria y dió á conocer las ajenas, dándole palabra de ser su marido, que estaba desde entonces con propósito de no creer más de lo que viese con sus ojos. Aquí le dió á entender como no iría virgen á su tálamo.

Pierres, que era hombre de buen estómago y que aquel defecto ya le daba por sabido, aceptó el partido de Catalina, y así, en esa conformidad, volvieron á Madrid, quedando de concierto que dentro de cuatro

días el gabacho llevaría su dinero en poder del amo de su moza, y que hecho depositario dél, se estaría en su poder hasta tener las bendiciones de la iglesia. Con esto llegaron á la posada, donde aguardaban á Catalina con algún cuidado por verla tardar más que otras veces. Queríala su ama tanto, que no la dijo nada por su tardanza.

Acabado de dar recaudo á los huéspedes, Catalina dijo á sus amos que quería hablarles á solas; y así se retiraron con ella á su aposento, donde les dió cuenta del empleo que se la ofrecía y la seguridad que su francés le daba. No les dió gusto esto, porque en Catalina tenían muy buen servicio y bien acreditada su casa de huéspedes, y por la fama de su buena cara, voz y donaires, jamás se vaciaba; procuraron estorbarla el casamiento poniéndola por delante los engaños que había en la corte y que aquel dinero podría (no obstante que le depositaba) no ser suyo, sino de algún amigo que se le daría para efectuar el consorcio. Esto y otras cosas le dijeron á Catalina, mas no por eso la disuadieron de su propósito, conociendo ella (que no era necia) la causa por que la apartaban de casarse, que era

por servirse de ella y serles importante en casa. Vista del mesonero y su mujer su resolución, vinieron en que se efectuase su gusto con el concierto que habían hecho.

No anduvo descuidado el gabacho, estimulado del amor de la moza; que antes del término puesto ya tenía cuatro mil reales depositados en poder del amo de Catalina y tomado recibo dellos para su seguridad. Con esto se hicieron las amonestaciones, y mientras pasó el término dellas, la hija de mi madre (que soy yo) se forjó en las riberas del señor Manzanares, porque persuadida de Pierres (ya con seguridad que quien entregaba su caudal no la faltaría como el segoviano), no supo hacerle resistencia, brindada de la soledad del campo. En aquella ribera se formó Teresa de Manzanares, dándome el apellido el mismo río. Finalmente (por no alargarme), los dos se casaron, siendo aquel día muy célebre entre los lacayos y fregonas de Madrid. Los novios salieron muy lucidos, sin tocar en el dinero depositado; porque Catalina le tenía granjeado de huéspedes con su buena labia y liberal proceder en un año que sirvió en el mesón, y Pierres hubo del letrado, su amo,

el vestido para casarse, que presumiendo no le dejaría de servir, le quiso obligar con lucirle el día de su boda.

Duró el baile della hasta que la noche dividió á la gente. Pierres se quedó en el mesón con su mujer, y esotro día trataron de mudar de albergue.

Habían los dos novios comunicado en qué sería bueno ocuparse, y quedó resuelto que tomasen una casa para hacerle de posadas, comprando de aquel dinero los ajuares necesarios.

Esto pusieron por ejecución esotro día; compraron de aquellas almonedas ropa para seis camas en buen precio, sillas y demás adornos forzosos, y con ellos dieron en la calle de Majadericos, adonde tomaron casa capaz para aquella ropa, por probar la mano y ver cómo les iba; queriendo Pierres volver á ser bohonero, por ver que el francés que le fiaba se había ido á Francia.

Con esta conformidad, ve aquí v. m. (señor lector) casada á mi madre, señora de su casa, y mi padre dueño de una lucida casa de bohonería.

CAPITULO III

En que refiere Teresa su nacimiento y ocupaciones pueriles hasta la muerte de sus padres.

A los nueve meses de casados ya Teresa de Manzanares había visto este mundo, saliendo á él con buen alumbramiento de mi madre. Fué grandísimo el gusto que tuvo el francés con mi nacimiento y igual á él, el cuidado con que me crió hasta edad de siete años; salí con razonables alhajas de la madre naturaleza en cara y en voz; mi viveza y prontitud de donaires prometieron á mis padres que había de ser única en el orbe y conocida por tal.

Ya hacía mis mandados trayendo vino para los huéspedes y otras cosas de una tienda vecina á nuestra casa, imprimiéndoseme lo de la risa como carácter, que no se me borró en toda la vida. Era un depósito de chanzonetas, un diluvio de chistes, con

que gustaban de mí los huéspedes, y me las pagaban á dineros, con que mis padres me traían lucida.

Hubo una junta de gabachos en que mi padre se halló, y rematóse el festín en una cena, que fué bien proveída de carnes y mejor de vinos; los brindis se menudearon de modo, que ninguno volvió en sus pies á su casa. Trujeron á mi padre á la suya atravesado en un frisón de un coche del embajador de Francia, que en casa de su despensero se había hecho la gera.

Nunca tan confirmada zorra le había visto mi madre, aunque muchas veces se había asomado á serlo. Recibióle con tristeza prenuncio de lo que de allí resultó, que fué darle á la media noche una apoplegía, con que no bastó remedio humano, ni le tuvo la medicina para volverle en su acuerdo para que siquiera se confesara, y así murió esotro día á las cinco de la tarde. Estos daños vienen de la gula y embriaguez, y nunca se puede prometer menos quien la usare.

Quedó mi madre viuda y en su casa, con algún caudalejo, con que prosiguió en tener casa de posadas, viendo que le iba bien en aquel modo de vivir; siempre tenía una

criada y á mí, que la servía de mandadillos menudos; pero viendo en mí buena habilidad para todo, quiso que aprendiese á labrar en casa de dos hermanas viudas que vivían en aquellos barrios. Allí acudí á labrar, aventajando en esto á todas cuantas condiscípulas tenía, en menos de un año, cosa que admiraba á las maestras.

Era yo tan inquieta con las demás muchachas, que siempre las estaba haciendo burlas, haciéndolas creer cuanto quería, que eran notables disparates, todos con orden, á salir con mis burlas, con lo cual granjeé el nombre de *La Niña de los embustes*, que dilaté después porque no se borrase mi fama.

Hallándose mi madre viuda, moza y vacío el lugar que dejó mi padre, quiso que le ocupase un huésped que había días que estaba en casa, temiendo no poder pasar los rigores de un recio invierno que aquel año hubo, y así se enlazó en ambos una firme amistad, que la obligó á hacer expulsión de mí, acomodándome á dormir en la cama de la criada, cosa que yo sentí en extremo, y aunque niña, bien se me traslució la causa porque se hacía aquella novedad conmigo,

con lo cual tuve tanta ojeriza al huésped, que no le podía ver delante de mis ojos, de suerte que su presencia me helaba en lo más sazonado de mi humor, y así todas las veces que podía quedarme á dormir en casa de mis maestras no iba á casa, acomodándome en la cama de una hija que tenía la una dellas, doncella, de edad de dieciocho años, moza de buena cara.

Era la profesión del huésped (familiar de mi madre) *arbitrista*, hombre de grandes máquinas, fabricadas entre sueños y puestas en ejecución despierto, por una que acertó á salirle bien (hurtada de un amigo suyo, que murió siendo compañeros de posada, en que medró con el ingenio del otro tener trescientos escudos); prosiguió con el ejercicio arbitrario, y vino á dar con el juicio por esas paredes, cansando á ministros y gastando memoriales en balde, pues todos se reían dél.

Mejor le iba con el arbitrio de haber granjeado la voluntad de mi madre, pues con ella hallaba comida y posada de balde y andaba vestido como un rey. Traíale desvelado un arbitrio, que era no menos que el desempeño de toda España, cosa que él

tenía por muy fácil con la traza que daba, con que se prometía una gran suma de dinero, y á mi madre hacerla rica para toda su vida.

Tenía una labia en explicar su arbitrio entre la gente ignorante, que creían todos que saldría con él, y entre los boquimuelles era una mi madre, cosa que le costó la hacienda y la vida, porque habiendo este hombre presentado sus memoriales en el Consejo y comunicado con los ministros dél su arbitrio, viendo ser sin pies ni cabeza, no sólo no le admitieron; mas, por eximirlo de sus cansancios y necias máquinas, le mandaron que dentro de ocho días saliese desterrado de la corte.

Sintiólo terriblemonte el licenciado Cebadilla (que así se llamaba), y viendo ser forzosa su partida y haber de dejar á mi madre que le sustentaba, quiso pagarle lo que la debía con una buena obra, y fué que la noche antes de irse (que ocultó á mi madre) la descerrajó un cofre y dél la sacó más de cuatrocientos escudos en plata que tenía granjeados con su trabajo. Madrugó aquel día mucho, y dejándola muy descuidada del hurto, tomó mulas y partióse á su

tierra, que era Mallorca. Queriendo ese día mi madre abrir el cofre, vió quitada la cerraja dél y vacío de la moneda que había ganado con no poco trabajo; hizo sus diligencias en buscar el ladrón, mas fueron en balde, porque él se supo guardar bien con la pena del hurto.

Cayó mi madre enferma, y agravósele la enfermedad de modo, que en ocho días acabó con su vida, dejándome huérfana, de edad de diez años, y pobre, que era lo peor, porque en pagar los gastos del entierro y el alquiler de la casa (que lo debía de un año) se consumió casi todo el menaje de ella.

Hallé amparo en aquellas dos hermanas, mis maestras de labor, y recibiéronme en su casa, pasando á ella lo poco que había quedado de la de mis padres, que era la ropa de dos camas, sillas y uno ó dos cofres vacíos.

Aquella noche, primera que dormí en su casa, hiciéronme las dos ancianas un largo sermón en orden á decirme, como quedaba huérfana de mis padres y pobre, y de las tales sólo la virtud les era su dote y remedio; que procurase siempre inclinarme á ella, pues era lo que me había de valer, que

ellas, en cuanto pudiesen, no me faltarían, queriendo su compañía. Aunque de tan poca edad ya yo tenía bachillería para agradecerles esta merced y prometerles hacer lo que cristianamente me aconsejasen; con que me quedé en su servicio, querida dellas como si fuera hija suya.

CAPITULO IV

En que prosigue lo que pasó en servicio de sus maestras.

Tres años continué en servir á mis amas, en los cuales supe todo lo que había que aprender en materia de labor, y juntamente con ello á leer y escribir con mucha perfección, porque desde pequeña fuí inclinada á esto, y la inclinación lo facilita todo.

Tenía Teodora, la hija de una de mis dos amas (como he dicho), muy buena cara, y traíanla bien vestida, aunque honestamente, pues como fuese lucida y por ello bien vista, acudieron galanes á servirla. Tres eran los que andaban paseando su calle con deseos de tener lugar de verla: un médico, un gentilhombre de un señor de título y un estudiante.

Los deseos de ellos ya se vían al fin á que tiraban; no se conocía sino sólo en el médico que aspiraba á consorcio.

Todos eran mozos y no de la condición que las viejas querían para Teodora; porque quisieran ellas más juicio y más provechosa ocupación, porque el médico más asistía á la calle á buscar remedio á su dolencia que á dársele á los enfermos, para ganar dineros y adquirir fama. El gentilhombre, sirviendo, claro manifestaba no tener proprios ningunos, pues necesitaba del socorro de su amo; era gran músico y de las mejores voces que había en la corte. El estudiante no había acabado sus cursos de leyes en Alcalá, faltándole los tres años de pasante para esperar provecho dél. Era aficionado á las Musas más que á los textos (plaga de quien huye el dinero, como la gente de lugar apestado).

Esta trinca de galanes festejaba á la señora Teodora, á la cual no la pesaba del cortejo, porque no hay mujer que la pese de ser querida. Era yo el archivo de sus secretos y la llave de su corazón, y así confería conmigo lo requestada que era de estos tres galanes, por recaudos y papeles, aunque no se mostraba inclinada á ninguno, ni jamás respondió á papel que la diesen.

Quien más entrada tenía en casa era el

médico, y esto por haber venido en compañía de otro que curó á la madre de Teodora en una peligrosa enfermedad que tuvo, de donde se originó el conocimiento y de allí el amor. Deseaba el segundo mostrar su habilidad en cantar más cerca que de la calle, y buscaba todos los medios posibles para tener entrada, pero no había orden. El tercero (que era el poeta) estaba desahuciado de tener lugar en casa de Teodora, por ser mozuelo y no tener ocasión con que poder visitar á su madre y tía.

Era yo acariciada de todos tres, deseando trabar conversación y tener conocimiento conmigo. Unos días anduve muy severa con ellos, en las ocasiones que salía fuera de casa por lo necesario para ella; mas como era inclinada á la travesura, me pareció traer embelesados á estos tres amantes. Vime primero con el médico, haciéndome encontradiza con él; apenas me hubo visto, cuando, deteniéndome, me dijo:

—¿Es posible, señora Teresa (que ya todos me sabían el nombre), que v. m. sea tan esquiva con quien la desea servir, que no merezca un rato de audiencia en tantos días como ha que la pretendo? Sin duda se le ha

pegado á v. m. la esquividad de su ama, pues con ella trata así á quien la quiere bien; humánese v. m. y atienda un rato.

Yo me paré y le dije:

—Crea v. m., señor doctor, que los que servimos en casas tan recatadas como la de mis señoras, debemos andar con mucho tiento en esto de que nos vean hablar con nadie, y menos con v. m., que está declarado por pretendiente de la señora Teodora; que á no haber esto de por medio, sabe el cielo que ninguno de cuantos pasean aquella calle deseo que mi señora favorezca como á v. m.; y esto me debe, en las ocasiones que se han ofrecido, de hablar de sus pretensores, que á todos ellos le antepongo, por lo que le estoy inclinada.

—¿Es posible (replicó el médico) que tanto bien tengo en v. m. sin haberlo sabido? Puesto me ha con eso en obligación de regalarla y sevirla, como lo verá por la experiencia. Ahora la suplico me diga cómo estoy en la gracia de la señora Teodora.

—Si he de decir la verdad, como v. m. me dé palabra de que no diga que lo sabe de mí, á v. m. muestra inclinación solamente (dije yo); porque se huelga mucho

cuando la hablan en sus cosas y alaban su persona.

—¿Qué haré yo (acudió el doctor, loco de contento de lo que oía) para que se digne de responder á un papel mío, que algunos la han dado y á ninguno ha gustado de dar respuesta?

—Eso sé yo bien (dije yo), y que entre los que ha recibido de otros galanes sólo los de v. m. ha guardado, y los demás ha hecho pedazos; porque dice que tan discreta enamorada prosa no ha leído en su vida.

Todo esto era echar leña en el fuego de mi médico, el cual, oyéndome esto, me echó los brazos al cuello diciendo:

—¡Ay, mi Teresa; no sé cómo exagere el contento que con oir eso he recibido; hoy ha sido su presencia de ángel para mí, pues como tal me ha consolado! No se volverá á casa sin ser servida de mí sino como deseo, como lo pide la ocasión de haberme cogido en la calle; véngase conmigo.

Seguíle y llevóme á una tienda, en la cual me compró cintas, arracadas y valonas; y pasando á otra, un muy curioso calzado de medias, ligas, chinelas y zapatillos; diciéndome que perdonase, que en otra ocasión

vería cuánto más se alargaba conmigo. Agradecile el favor y díjome que cuándo quería dar un papel á mi ama. Yo le respodí que esotro día le tuviese escrito, que yo haría fácilmente el oficio de intercesora suya y que le aconsejaba que procurase regalar á su dama; que siempre había oído decir que los regalos eran eslabones de que se hacía y forjaba la cadena del amor.

Estimó mi consejo y prometió hacerlo; con que me despedí dél, pareciéndome que para primera visita no había surtido mal, pues salía della con ferias, prometiéndome, así del médico como de los otros galanes, más medra á costa de sus bolsas sin que Teodora lo supiese. Volví á casa, ocultando el donativo de la vista de mis amas, depositándole en mi arca.

No se descuidó el doctor el siguiente día en aguardarme al mismo puesto donde el pasado me había hablado; ya traía su papel escrito, saludóme, y dándomele, me llevó consigo á una casa, donde tenía una caja, y en ella cuatro pares de medias de seda y oro de diferentes colores, y otros tantos pares de ligas conformes á las medias, con guarniciones de puntas de plata y oro; mu-

cha cantidad de tocas, cintas, guantes y flores para la cabeza; bien valía el presente buen dinero. Confieso que viéndole me arrepentí de haberle obligado á tal exceso, no sabiendo el modo que tener para guardarlo de los ojos de Teodora; de su parte le agradecí la generosidad, y de la mía le ofrecí darle el papel y procurar respuesta.

Con esto volví á casa en ocasión tan buena, que todas mis amas estaban en misa, y sola una niña, discípula de labor, me aguardaba. Abrióme, y sin manifestarla lo que traía, di con ello en el secreto de mi arca. Sucedió esa tarde asistir los tres galanes en la calle, como lo acostumbraban, y Teodora á hacerles ventana, á quien yo acompañaba; quise darla un tiento para saber cuál era más bien recibido en sus ojos, y diciéndome que ninguno, la repliqué:

—Pues yo sé cierto que el médico os desea con buen fin.

—¿Cómo lo sabes? (me dijo ella).

—Sus acciones lo manifiestan; (acudí yo) y el haberse él declarado con personas que á mí me lo han dicho, y yo tengo por perfecto amor aquel que se manifiesta no sólo con acciones, sino con obras.

—¿Pues cuáles son las del médico? (dijo Teodora) que hasta hoy no he visto que se haya alargado á eso?

—Y si lo hiciera (dije yo) ¿qué se le siguiera?

—Tales pudieran ser (dijo Teodora) y tanto me pudiera obligar, que teniendo firme experiencia de su voluntad hallara entrada en la mía, porque estoy informada que espera heredar á un tío suyo.

Hallé el cabe de paleta y no quise dejar de tirarle, y así la dije lo que con él me había pasado, y cuán verdadero amante era. Saqué el papel y dísele, pidiéndola perdón de haberme atrevido á tomarle sin su licencia; y díjela que la subiría el presente sin decirle lo que era por menudo, con intención de que dél participase un par de medias y otro de ligas.

Era Teodora un poco vana y no tenía mucho de lo de Salomón, y así hízola buen estómago lo del presente, y con este gusto mostró no desplacerse de haber admitido el presente, ni de darla el papel, el cual leyó allí en ocasión que pudo el médico verlo desde la calle, de que me holgué mucho. Significaba en él, con bien pensadas razo-

nes, su voluntad, el fin á que la dirigía, los desvelos que por ella pasaba, y sin tratar del presente le suplicaba respondiese al papel, firmándose en él «perpetuo esclavo de v. m.»

Otros había tenido Teodora más enamorados que aquél de que pudiera haberse pagado más mas; fué gran cosa la cortapisa del donativo, que es gran batería la que hacen en cualquier mujer las dádivas, que al fin (como dice el antiguo brocardico) quebrantan peñas.

No lo era mucho Teodora; y así, como una manteca blanda y como una corderilla mansa, después que encareció la buena nota del papel, quiso verse ya con el presente en las manos. Mandóme subirle á su presencia; yo lo hice, reservando empero para mí las medias y ligas que más me contentaron, que fueron unas de nácar y plata. Compúselo bien y subí la caja; esto se pudo hacer sin que lo viesen las viejas, que estaban en visita con dos beatas de su misma edad.

Abrí la caja delante de Teodora, y abriéronsele á ella más los ojos viendo los vivos colores de medias, ligas, cintas y rosas con todo lo demás ya referido. Ya estaba con

lo visto tan de parte del médico, que si en su mano estuviera, aquella noche se la diera de esposa; tanto las envanece á las que son amigas de galas que se las ofrezcan.

Respondió esa noche al billete del doctor con ayuda de vecinos; porque aunque muchachas, tuvo el papel más de mi nota que de la suya. Lo que contenía era estimar su voluntad, dándole esperanza, que con perseverancia en ella obligaría mucho á su madre y tía para llegar á verse del todo favorecido y de camino agradecía el presente con grandes exageraciones en que quisiera Teodora gastar un pliego de papel si yo no lo resumiera en breves razones.

Quería corresponderle en la firma poniendo como él «esclava de v. m.»; mas yo la reprendí su arrojamiento diciéndola que en muchos días no había de merecer ese favor. Mas ella lo hacía sólo por si esto sacaba más presentes á la traza de aquél, que le había ganado mucho la voluntad. Di esotro día el papel al Avicena de poquito, con el cual hacía cosas de hombre fuera de juicio; tal le tenía el contento.

Prometióme montes de oro, no acabando de darme las gracias del buen tercio que le

había hecho con su dama: despedíme dél prometiéndole no me descuidar en su servicio, con que revalidó la promesa.

No me contenté con traer al médico solo en la danza de amor, pues es más de estima cuanto más gente se ve danzar; y así me procuré ver con el galán sirviente en palacio, por no decir escudero.

Los mismos lances me pasaron que con el médico; los cuales excuso por huir de prolijidad y haber mucho que decir en el discurso de mi historia.

Díle á entender cómo el médico regalaba á mi ama, por ver si esto le animaba á otro tanto para excederle; y quiso mi buena suerte que había llegado el plazo de la paga de su salario, con que se animó á enviar á Teodora un corte de tafetán doble negro para un vestido con su guarnición y adherentes, y á mí me dió la misma tela para un jubón. Sentí ser el presente en especie que no pudiese circuncidarle, como había hecho con esotro.

Llevé todo aquello á casa con otro papel, y viéndome con Teodora, la dije:

—Señora, no hay sino buen ánimo y no mostrar afición á nadie; hoy he hecho la

mejor hazaña que mujer del mundo acabó, pues he sacado de poder de un hombre de palacio un vestido para v. m.; valor ha sido grande quitarle á un hombre en un día lo que guardaba para matar el hambre en muchos. Ahora veo cuán poderosa fuerza es la del ciego Dios que hace anteponer su deseo al sustento de una sabandija palaciega.

Mostréla el tafetán y recaudos necesarios, con que Teodora se acabó de rematar de juicio, considerándose ser ella sola la deidad de Madrid, pues por su belleza la contribuían los galanes, en tiempo que cerraban el puño á toda demanda. Leyó el papel, no menos enamorado que sucinto, que como el galán tenía más vivo el ingenio á puras dietas, excedió en la prosa al Galeno, que sólo tiraba á las substancias sin andarse por los arrequives de la filatería. Prometía por cortapisa de su papel darle á Teodora una música aquella noche, que ella aguardaba muy alborozada, porque era aficionadísima á oir cantar, y tenía muy buena voz y mayores deseos de aprender á tocar una guitarra, y yo no menos que ella con la ocasión de tener también razonable voz.

Esa tarde no quise dejar de andar todas las estaciones, y así me vi con el estudiante. Era grande socarrón; recibióme afablemente, diciéndome:

—Señora Teresa, gala de la mantellina y donaire de la pedante serafinidad: no pondero con hipérboles ni exageraciones cuánto júbilo ha sentido mi alma con ver esa angélica presencia de v. m.; válgame ella en la de mi señora Teodora, para que conozca de este su amante la más fénix voluntad que ha visto el orbe. Todas mis potencias ocupo en amar á su ama y mi dueño; la memoria siempre la tiene presente, considerando sus partes tan dignas de ser amadas; el entendimiento busca exquisitos modos para darla, entre mil atributos que maquina, el que merece su beldad; la voluntad está prontísima á adorarla; no he dejado hermana de todas las nueve que ministran el ambrosía, al délfico planeta, protector suyo, que no invoque para hacerla encomios á sus perfectas facciones; dos resmas de papel tengo escritas de octavas en su alabanza, que pienso imprimir, dándoles el título de la *Teodorea,* derivada de su dulce nombre, que fué quien me subtilizó la vena,

avivó el ingenio y me dió conceptos. Sírvase v. m., de hacer presentación á su señora destos servicios, para que pronto, en su tribunal, alcancen el premio que merecen.

No pensé que acabara el licenciado en aquella hora, hallándome confusa con tanto almacén de palabras; que es peor escuchar un verboso, que sufrir un dilatado tormento en un potro. Con todo (si va á decir verdad), lo decía con tanta gracia, que á mí me dejó parada de lo crespo de su prosa; y si hubiera de estar en mi mano el premiar á los tres amantes, éste se aventajara á los demás, que tenía gallardo entendimiento; á mí me enamoró.

Diráme v. m., señor letor, que no fuera yo mujer, pues escogía lo peor; á que respondo que como disculpa á un amante el casarse bajamente por la hermosura de una mujer, así me puede disculpar á mí por el buen entendimiento del licenciado Sarabia, que así se llamaba. Con todo le quise dar algún tiento en el ánimo por ver el qué tenía, y así le dije cómo sus competidores andaban muy finos en obligar á mi ama con presentes. Un poco se atajó con esto, conociendo yo en su semblante que le había pe-

sado que á esto hubiesen llegado; mas encogiéndose de hombros dijo:

—El verdadero amor, señora Teresa (si hemos de seguir la opinión de muchos que trataron dél), ha de ser sin interés alguno; desnudo le pintaron los antiguos por eso, que amor vestido ya deja de serlo y es interés. Si la señora Teodora mira bien esto con los ojos de su prudencia, yo sé que seré preferido á mis dos competidores sin dádivas de por medio. No digo que no las diera con más generoso ánimo que esos caballeros; pero un hijo de familias, estudiante por un lado y poeta por otro, mire v. m. qué caudal podrá tener para ofrecer á las aras de la señora Teodora lo que merece su deidad. Resuélvome en que no siendo la dádiva igual á la persona que se da, que antes es desprecio que estimación suya. Grande cantidad de finezas haré yo por su servicio, menos las que tengo reservadas por mi imposibilidad; gran suma de encomios oirá de mi boca, destilados de este ingenio, á costa de muchos desvelos, que dilatados por la corte no la harán menos celebrada que lo fué la hermosa Laura del Petrarca. Esto la ofrezca v. m. de mi parte y una perse-

verancia firme en quererla, y de lo demás no se trate si v. m. gusta.

El despejo con que dijo esto ocasionó un cuidado en mí, que desde aquel día quise bien á aquel hombre; teniendo ya celos de que con tanto afecto se mostrase aficionado de Teodora, pareciéndome que, según la voluntad se iba empeñando en quererle, todo lo que la suya se enderezaba á servirla era tiranizármela á mí. Hízoseme tarde, y así me despedí dél, sin darle con demostración alguna á entender la nueva pena que en mi pecho llevaba.

Esta noche á las doce, cuando todos estaban en quieto silencio, se puso en la calle don Tristán (que así se llamaba el galán músico); acompañábanle otros dos amigos, todos con instrumentos bien templados, y después de haber, con un sonoro pasacalle, pedido el silencio á los que les podían oir, cantaron este romance:

Teosinda, ninfa que al Tajo
favoreció sus cristales,
con más prenda de hermosura,
ya es gloria de Manzanares.

Ufanos están sus bosques,
si pisa su verde margen,

y el seguro de que el Sol
pueda atreverse á agostarle.

La amenidad de las flores
vivos aromas esparce,
por imitar de su boca
los que exhala más suaves.

Acrecienta su hermosura
cada vez que al campo sale,
en la juventud deseos
como envidia en las beldades.

Trineo que de este Sol
es flor de Clicie constante,
alabando su belleza
esparció la voz al aire.

Quién habrá que iguale
á este Sol que á los campos nace,
que si rinde las almas, alegra las selvas
y calma los aires.

El es sólo quien gana las voluntades,
extraño hechizo de amor
puso el cielo en tal beldad,
pues no hay libre voluntad
exempta de su rigor:
á poder tan superior,
resistencias poco valen,
que si rinden las almas, *etc.*

Cantóse á cuatro voces este romance con grande destreza, dando mucho gusto á Teodora, y más de ver que la letra se había hecho á propósito con su disfrazado nombre, dando más ciertas señas con decir ha-

ber salido de Toledo, donde había nacido para venir á Madrid.

Quiso don Tristán dar muestras de su habilidad solo; y así, templando su instrumento, cantó esta letra:

Si en cuidados, en penas y celos,
se conocen las muestras de amor,
yo cuidando, penando y celando,
manifiesta se ve mi pasión.

Amor que es pasión que inflama,
por más que su ardor se emboce,
por el humo se conoce
adónde asiste su llama:
cobren mis finezas fama
y quilates su valor,
que cuidando, penando y celando,
manifiesta se ve mi pasión.

La pena con el desdén
mal se encubre, que es mortal,
y manifiéstase el mal
adonde espera su bien;
no hay amante en quien no estén
esperanzas en verdor,
si cuidando, penando y celando,
manifiesta se ve su pasión.

Apenas acabó el enamorado galán de cantar esta letra, con dulce voz y diestros pasos de garganta, á satisfacción de Teodora, que la tenía enternecida, cuando de tropel

fué embestido de cuatro hombres que, armados de broqueles y espadas, le comenzaron á acuchillar. Arrojó el instrumento de las manos (malogrando el cuidado que en él puso su artífice), y sacando la espada se comenzó á defender con valor; los compañeros que con él habían venido á ayudarle á dar la música eran pagados, porque de aquello vivían, y no se extendía su esfuerzo de la garganta á las manos; y así, con su dinero en las faltriqueras, que habían recibido de antemano (por temerse de perros muertos como las damas de placer), tomaron la calle abajo con mucha priesa, dejando á don Tristán en poder de sus enemigos, que le maltrataban de suerte, que con seis heridas quedó tendido en tierra pidiendo confesión.

Conocióse ser el autor deste desmán el médico; que diestro en la hoja, del tiempo que la ejercitó en Salamanca, sabía ser homicida de á dos manos, con las purgas y el acero. Dejaron él y los cómplices la calle, y á nuestro don Tristán muy al cabo, pidiendo á voces que le trajesen confesor.

A ellas salió un clérigo vecino, y compadecido dél le entró en su casa, ayudado de

un criado suyo, adonde le confesó, enviándole en el ínterin á llamar á un cirujano que le curase.

Alborotóse la vecindad, despertaron mis amas y halláronnos á la ventana; quitáronnos della con no pocos golpes, afeándonos la liviandad de haber salido á oir la música. Acudió gente á la casa del clérigo, y no faltó su poco de alguacil, que acertó á pasar por allí, con su añadidura de escribano y zarandaja de corchete.

Comenzó á hacer luego información de la pendencia, examinando testigos, mientras al pobre de don Tristán (habiéndose confesado) le curaban.

Hallóle muy mal herido el cirujano, y apartóse dél con muy pocas esperanzas de su vida. Así lo declaró al alguacil, el cual fué examinando vecinos de la calle, y no faltó alguno que dijo haber conocido al médico, y con esto también dijo la afición que los dos tenían á Teodora y que nunca salían de la calle, si bien á ella la salvó alabando su virtud y recogimiento.

No estaba el herido en estado para tomarle su declaración; porque una herida que le dieron en la cabeza le tenía fuera de

su sentido. Dejó el alguacil allí, por guarda suya, al corchete, y fuese á la casa del médico, donde no sólo no le halló, mas ni la cama en que dormía, que todo la había traspuesto, visto lo que dejaba hecho.

Luego se comenzó á divulgar haber sido la pendencia por Teodora, con que vino á oídos de su madre y tía, que lo sintieron sumamente, pagándolo la pobre moza y yo; porque nos maltrataron mucho y estuvimos condenadas á rasura, castigo de las garzonias de palacio.

Con lo que se libraron de otras fué con mudar de barrio, yéndose á vivir á la Red de San Luis, en una casa á la malicia que tomaron sólo por no tener vecinos que las registrasen.

Dentro de tres días murió don Tristán, que nos causó grande lástima, y Teodora el lloró algunas lágrimas, viendo que por su causa había perdido la vida. El médico se ausentó de Madrid; porque si le cogieran peligrara, que era don Tristán bien nacido y su amo le quería bien, y tomó muy á su cargo el buscar el homicida, mas él se puso en salvo por huir de verse en poder de la justicia.

De los tres competidores sólo el lincenciado Sarabia quedó en la tela, armado de versos y no de las armas reales en acuñada moneda. Ya deseaba yo encontrarme con él, que le había cobrado grande afición; pero las viejas me celaban de modo que no me dejaban salir de casa, y así aguardaba á que se les pasase el enojo y recelo que de nosotras tenían, disimulando Teodora las galas, que sabía tan poco, que ya quería manifestarlas si no fuera por mí.

CAPITULO V

De cómo Teresa halló con su industria ejercicio con que salió de sirviente; da cuenta de su medra y lo que sobre esto le sucedió.

No era mi habilidad tan poca que en materia de labor de costura, y cualquier curiosidad, no la aprendiese luego que la viese hacer. Valióme esto para salir de criada de aquellas ancianas viejas, y subir á que me estimasen por compañera suya: cómo vino á ser esto, diré al señor letor.

Llegóse la Cuaresma, hasta la cual no fué posible dejarme salir mis amas fuera de casa, temerosas aún del pasado suceso; mas asegurándose ya del susto, volví á salir á comprar lo necesario, bien cuidadosa de ver al licenciado Sarabia, á quien no había perdido de mi memoria. No poca diligencia hizo él (según después supe) por saber dónde había sido nuestra mudanza; mas como Madrid es tan grande, y nosotras vivíamos

recogidas, sin darme lugar á salir fuera si no era á misa, no pudo dar con nuestra posada.

Sucedió, pues, que un día que mis amas me enviaron á visitar á una amiga suya que estaba enferma, y vivía en la calle de Cantarranas, la hallé ya levantada de su indisposición, y en su compañía una mujer de buena cara, que, á lo que después supe, era de la comedia y una de las mejores representantas que por entonces había.

Estaban en aquella sazón diez autores de comedias en Madrid, haciendo sus compañías de nuevo, que siempre por las Cuaresmas hacen su capítulo general los representes, como por Pentecostés las religiones. Volviendo, pues, á esta mujer, estaba ocupada con la amiga de mi ama (á quien iba á visitar) en una extraordinaria labor; á mí me lo pareció, por no la haber visto, y era forjar de pelo postizo un copete con sus rizos y guedejas, tan bien rizadas que engañaran á cualquiera, juzgándolo puesto en la cabeza ser del propio pelo.

Esta invención (nueva en la corte é inventada en aquella forma por aquella mujer) era para ahorrar prolijidad en tocarse;

pues estando todo hecho, en el espacio de un cuarto de hora está una mujer compuesta.

Atenta estuve mirando del modo que se forjaba y cómo se componía y rizaba el cabello. Después, aguardando más de una hora hasta verle puesto en perfección, atrevíme á la tardanza á costa de tener un poco de rencilla con mis amas; pero no me estuvo mal porque me valió después mucho. Tomé la respuesta de la amiga de mis amas y volví á casa con ánimo de poner en ejecución otra invención como aquélla, pareciéndome que sería necesaria para muchas mujeres que quieren abreviar con su compostura, y para suplir canas y falta de cabello. Riñeron las viejas mi tardanza; mas yo diciéndoles la causa porque había sido, se sosegaron.

Llegóse un día de fiesta, en el cual, quise (ayudándome Teodora) fabricar la invención del copete. Tenía ella mucho pelo que la habían quitado en una enfermedad que tuvo, con el cual se comenzó la obra, y de la primera vez salió con tanta perfección hecha de mis manos, como si toda mi vida hubiera usado aquel ministerio, cosa que,

puesto el copete en la cabeza de Teodora, dejó admiradas á las ancianas, mi presta habilidad, viendo cuánto la adornaba el rostro, y cuán estimada había de ser aquella invención si se comenzaba á usar della en la corte.

Salió Teodora con ella, otra fiesta á misa á la Victoria, donde se vió con algunas amigas suyas, de las bizarras de Madrid. Repararon en la novedad del pelo, y le alabaron mucho lo bien tocada que estaba. Ella, que era muy rollar, pudiendo pasar plaza de ser cabello suyo, les dijo como era postizo de raiz; quisieron informarse las amigas, cómo estaba asentado, y por no destocarla allí, remitieron el verlo despacio en su casa aquella tarde, adonde la querían pasar visitándola.

No se descuidaron, que las novedades para las mujeres, es la cosa que más apetecen. Mostróles Teodora (estando yo presente) el pelo postizo en forma de copete, y cada una propuso hacerse otro. Díjoles cómo yo era la maestra de aquella invención, y todas me comenzaron á hacer mimos y lisonjas, y á prometer cada una servirme. Yo les pedí cabello del color de los

suyos, para poner en ejecución mi obra y en algo más cantidad que era menester, porque me sobrase para mí. Esotro día me enviaron el cabello y algunos regalos por el trabajo que ponía en su servicio y adorno. Yo les hice tres copetes curiosísimos con que se lucieron y me trujeron nuevas parroquianas á casa. Tanto se fué dilatando la fama de mi habilidad, que ya no nos dábamos manos para nuestro ejercicio.

Nunca Teodora se dió maña á saber hacer aquella labor; entendía en aderezarme el pelo y prevenírmelo para que yo lo pusiese en su perfección. Con esto lo pasábamos bien, comenzándose con estima la invención, pues no sacaban ninguno de aquellos copetes, que yo puse nombre de *moños*, menos que con desembolsar cuatro escudos, y si era señora la que le pedía, lo que menos daba eran cien reales.

Vieron las viejas presto el aumento por su casa, y conociendo ser yo la causa dél, me vistieron y trataban como á la misma Teodora; ya yo presumía de dama, con mi moño, que no era el peor de los que salían de mis manos, porque la buena muestra atrae la gente.

No se vaciaba la casa de mujeres de todos estados, unas, peladas de enfermedades; otras, calvas de naturaleza; otras, con canas de muchos años; todas venían con buenos deseos de enmendar sus defetos, y porque se les supliesen, no reparaban en cualquier dinero que les pedía.

Las viejas lo pasaban con sus niñas mostrándoles labor, y Teodora y yo, con mis moños. Parecióles que, conociendo yo ser la maestra de aquella invención y ellas las que se echaban el provecho en la bolsa, no podrían conservarme en su compañía, y trataron de curarse en salud y prevenir remedio con ofrecerme que en su casa me querían, de allí adelante, tener, no como criada, sino como compañera, y que la ganancia se partiese. Acepté esto, porque me estaba bien no perder su lado, que era buena gente y la ganancia mucha. Fuése aumentando más cada día de suerte, que toda la corte acudía á nuestra casa, y las mayores señoras de ella se preciaban de tenerme por su amiga.

Acudía á sus casas y, con un buen despejo y no pocas lisonjas que oian de mí, salía de sus presencias no solamente bien pa-

gado mi trabajo, mas con algunas dádivas de consideración; como era el vestido desechado (que para nosotras es como nuevo) ó la sortija. Lo que eran las dádivas particulares, no entraban en partija con las viejas, que eran derechos míos; con ellas me vestí y puse lucidísima.

Ya el licenciado Sarabia había hallado nuestra posada, y continuaba el galanteo de Teodora. Ofrecióse verme con él un día en San Luis, adonde de ordinario ibamos á misa, y allí le dije que no se cansase en pretender enamorar á Teodora, que no sería admitido jamás en su gracia, porque la apremiaba su madre á que viviese recogida. El, viendo mi desengaño y que ya yo estaba en hábito para poder ser galanteada, y con más razón que Teodora, porque tenía mejor cara, me dijo:

—Señora Teresa, yo nací para servir en la casa de esas ancianas señoras; esto tengo propuesto, y supuesto que no ha lugar el servir á la señora Teodora, á v. m. le toca admitirme por suyo, asegurándola que con no menos afición, la entrego mi libertad.

Sonreíme un poco y díjele:

—Señor Sarabia, brevemente muda v. m. de aires, no soy tan boquimuelle que crea eso de la libertad, piénselo bien y cuando esté fijo en la determinación, avíseme.

Con ésto me despedí dél, no poco contenta de que mudase de intento, proponiendo, si hallaba en él perseverancia en amarme, favorecerle en lo lícito, porque á otra cosa, no me estendiere por cuantos tesoros tiene el orbe, que esto era como una devolución de monjas, y por darle motivo que me hiciera versos, que gustaba mucho de ellos.

Dilatóse mi buena habilidad á cubrir cabezas de hombres, que parecían calaveras con vida; comenzando la prueba desto en la calva de un señor de título, hombre mozo que tenía este defecto. Era marido de una señora condesa, grande aficionada mía, la cual le persuadió á que se pusiese en mis manos. En tan buena hora se determinó que yo le hice una cabellera tan ajustada y con tanta propiedad á su pelo, que los que no le habían visto calvo, juzgaban ser cosa natural.

Pasó la palabra y había más hombres en casa á que les encubriesen sus faltas, que

á los confesores. Vióse nuestra casa en pocos días de otro pelo; yo estimada, Teodora con aumentos para su dote, y en vísperas de casarse, porque ya tenía edad para ello. No se determinaban á esto su madre y tía por temerse que yo luego las había de dejar.

No se olvidó Sarabia de lo quo le había dicho, y para darme la respuesta andaba rondándome la puerta; no halló entrada en algunos días, mas por tenerla á su gusto, trujo por discípula de labor á una hermanita suya de edad de diez años, para que estuviese entre las retiradas, que había divión en las discípulas; las de gente ordinaria asistían en el portal de casa á la enseñanza, de la tía de Teodora, y su madre era maestra de las hijas de gente principal, retirada en una sala más adentro, que caían sus ventanas á un pequeño jardín, y otra que estaba antes désta servía para el recibimiento de nuestras parroquianas de pelo, donde las dábamos despacho.

Aquí, pues, trujo Sarabia á su hermana, encomendando á la madre de Teodora su enseñanza, y por continuar en nuestra casa, él mismo la acompañaba por la tarde y ma-

ñana, y volvía á su posada. Con esto se vino á hacer familiar en casa, y tan afecto á las dos ancianas que hacían mucha estimación dél.

Regalónos á Teodora y á mí, aunque de poquito, y era yo muy celebrada en sus versos. También era músico, con razonable voz, con que vino á ser nuestro maestro de tonos, que antes les había tenido Teodora en un viejo que ganaba la vida á enseñar tonos á mujeres; mas con esto usaba el oficio de tercero, ganando más en este trato que con las letras. Este trujo ciertos recaudos á Teodora, que ella no admitió antes, dió traza como no volviese más á su casa. Adviértese de paso á los padres que tienen hijas, que miran los maestros que les dan, y lo consideren primero, porque no metan algún «paladión» en su casa que sea causa de abrasar su fama.

Volviendo al hilo de nuestra historia, en breve tiempo salimos Teodora y yo diestras en cantar, de suerte que nos celebraban. Valióse de la traza de Sarabia un hidalgo de Madrid, galán en su opinión, si bien corcobado en las de todos, porque no tenía menos que dos corcobas, sobre que salía la ca-

beza harto oprimida con los dos bultos. Este, pues, fué también mi amartelado, con mayores demostraciones de obras que el licenciado. Llevaba otra hermana á la labor y así también alcanzaba un bocado de conversación, siéndole de tósigo el verle allí Sarabia por el estorbo que le hacía.

Era el corcobado hombre de humor, de graciosos dichos y muy entretenido; y no sabía Sarabia qué modo tener para desterrarle de nuestra casa. Sucedió, pues, que un día, hallándose este sujeto con otros amigos en casa de un capellán del rey, nuestro vecino, que tenía una mona, comenzaron á darle matraca de cuál de los dos tenía mejor cara, porque era el hombrecillo algo aximiado de rostro; pasó la fiesta viendo encogida á la mona con el frío que hacía, con decirle que le remedaba en lo corcobado. El, esforzándose por no parecer que estaba corrido, comenzó á haberlas con la mona, preguntándola cuál era más corcobado, con que atajó la mofa que dél se hacía convirtiéndola en risa de oir el razonamiento que tenía con el sagaz animalejo.

Esto supo el licenciado Sarabia, lo cual fué asunto para tomar la pluma en la mano

y escribir estas décimas, que yo le dí al corcobado un día que nos visitó; que si bien me acuerdo eran éstas

DÉCIMAS

Un semicoloquio entona
mi musa, alegre y jovial,
entre un ximio racional
y una apersonada mona.
Válganme de esta Helicona
las doncellas zahareñas,
con opiniones de dueñas,
que pintó en dos campeones
un diluvio de razones
y una tempestad de señas.

Estábase un corcobado
(glosa de dos redondillas)
viendo á una mona en cuclillas,
quizá por falta de estrado.
Atento el hombre anudado
á su agobiado modelo,
dijo: «Ya con menos duelo
puedo confiar de mí,
pues hoy, mona, ha visto en ti
mi corcoba su consuelo.»

La cortina de los dientes
corrió la mona con risa

batiéndolos muy aprisa,
que fué decirle, «tú mientes,
gibado, si esto no sientes
muy poco en el duelo estás;
más tú me responderás
que agravio aquí no recibe
el que tan cargado vive
pues no puede estarlo más.»

«Corcobado soy de bien
(la dijo) y menos que tú.»
Mas la que nació en Tolú
se volvió á reir también:
«No me ofende tu desdén,
monilla ruín, y si intentas
agraviarme, cuanto inventas
barre de mi honor la escoba,
que de corcoba á carcoba
corren pullas, más no afrentas.»

La mona, sin mas disfraces,
pecho y espaldas rascó,
con que al hombre le llamó,
corcobado de á dos haces.
Haga con la mona paces,
nuestro camello galán,
y si en lo vivo le dan
busque consuelos á pares,
el que de dobles pesares,
es eterno ganapán.

Leyó estas décimas para sí el gibado galán, mudándosele con cada verso de varios

colores el semblante, en que mostró estar corrido: dobló el papel y dijo:

—Mucho me holgara de saber quién es el poeta destos versos para hacerle otros en pago del cuidado que tiene conmigo.

—No lo sabemos (dije yo); que aquí nos dieron ese papel con sobrescrito para mí y recomendación que á v. m. se diese.

—Ya v. m. cumplió con su legacía (dijo él); mas no me prometiera que había de recibir pesares de quien me debe amor. Si ha sido desengañarme por este camino, de que v. m. no gusta que entre aquí, sin sátira fuera obedecida; pero ya con ella lo habrá de ser, despejando la casa para acudir á otra donde, aunque encorbado, me hacen más merced.

Levantóse con esto de la silla, y sin aguardar á mis satisfacciones se fué hecho más mona que la del capellán vecino. Quedamos Teodora y yo muertas de risa, de ver su corrimiento; y ayudó á solemnizarla el licencenciado Sarabia, que acudió luego á ver qué efecto habían hecho las décimas.

Hicimos la relación de todo, con que dió por bien empleado el tiempo que se ocupó

en escribirlas; pues habían despedido de aquella casa aquella sabandija.

Con esto continuó en servirme; pero duróle poco el vivir con esperanzas de alcanzar favores de mí, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VI

En que hace Teresa relación de cómo se casó, con quién y las costumbres del novio, hasta su muerte.

Entre padres é hijos es cierto que aun suele faltar la paz; y así no se maravillará, señor letor, que faltase entre mí y las dos viejas, que cudiciosas de adquirir moneda á costa de mi sudor y habilidad, y con poca ayuda de Teodora, me reprendían y reñían si tal vez me salía á divertir con alguna amiga ó á ver una compañera nueva, diciéndome que mejor me estaría, así al provecho, como á la reputación, el no salir de casa.

Ya yo era de diez y seis años, edad en que la que no es entonces mujer de juicio, no le tendrá en la de cincuenta, y corríme de que me quisiesen apremiar á estar siempre trabajando en mi labor, llevándose della tanto provecho como yo, y siendo la

mayor parte del trabajo mío; y así, mostrándoles dientes, dije que yo nos las servía como hasta allí, que no era mucho desorden salir á divertirme, tal vez de la continua asistencia de la labor; que si les parecía esto exceso, procuraría no darlas enfado, buscando vivienda donde pudiese usar de mi lidertad, sin estar sujeta á sus reprensiones.

Sintieron mi sacudimiento, y temiendo perderme, y conmigo su ganancia, no hallaban satisfacciones que dar á lo dicho, procurando desenojarme, dando por disculpa que ellas lo hacían con celo de madres, y por ver que el salir me estaba mal á mi reputación si quería hallar buen empleo. Yo las dije que bien sabía de quién me acompañaba, y que estuviesen ciertas que las que tenían por amigas no serían causa de que yo perdiese un átomo de mi opinión. Con esto se dejó la plática, quedando yo no poco estomagada de su impertinente celo, fundado en su codicia.

Tenía un hidalgo honrado y rico dos niñas (que la mayor sería de diez años) á que aprendiesen la labor en casa de las ancianas, y él acudía á casa muchas veces á

visitarlas; el cual, aficionándose á mí, quiso saber quién eran mis padres, y hallándose un día á solas conmigo, me lo preguntó; yo ya sabía algo de su intento por una vecina suya con quien él había comunicado: el haberle yo parecido bien, y por si tiraba á lo bueno, le dije:

—Señor Lupercio de Saldaña (que así era su nombre), yo no tengo de negar á vuesa merced quién sea mi padre; era un caballero de Burgos que se llamaba don Lope de Manzanedo, y mi madre, Catalina de Morrazos. Húbola doncella, y nací deste desmán; casóla con un francés, y siempre pasé plaza de hija déste; porque mi padre murió luego, teniendo intento de llevarme á su patria, que era viudo, y allá meterme monja en un convento. Esto (como digo) atajó la muerte, aunque dejó mandado á don Jerónimo, su hijo y mi hermano, que lo pusiese en ejecución; mas él, menos generoso que su buen padre, por ahorrarse mi dote y aplicársele, no ha hecho caso de mí. Con esto, le digo que soy hija natural deste caballero, y muy su servidora de vuesa merced.

Holgóse el hidalgo de saber mi descendencia y que fuese tan calificada, con lo cual

trató de admitirme por su esposa, que era viudo. De esto fué la medianera una su vecina que me persuadió á ello. Reparaba yo mucho en la edad, porque tenía más de setenta años, aunque se mandaba bien y estaba ágil; mas la amiga me dijo cuán rico estaba, cuán apacible era, y lo que me regalaría; que cuando reparase en la edad no me había de dar cuidado eso, que de tal suerte le podía aficionar que me mandase un pedazo de su hacienda con que después mejorase de empleo en hombre de mi edad.

Yo estaba con tanto deseo de salir de la sujeción de las viejas, que me determiné á casar aunque fuese con tantos años, y así el casamiento se trató secretamente, sin que ellas supiesen nada dél, hasta que la misma noche que el novio me llevó á casa de una hermana suya, viuda, adonde nos desposamos, no lo supieron.

Quedaron muertas cuando vieron mi resolución, y quejáronse de mi recato, pues no habían de ser estorbo de lo que fuera mi gusto, en particular, tan aventajado casamiento. Quien mostró notable sentimiento de perder mi compañía fué Teodora, que me tenía mucho amor. Compúseme de tocado,

porque de vestidos, en casa de la hermana del novio, me tenían prevenido uno muy costoso para salir á desposarme.

Con todo, llevé yo el mejor que tenía, que no era inferior al que después me puse por haber sido dádiva de una mujer de un Grande de España en albricias de haberle acertado á hacer dos moños.

Llevé á las viejas y á Teodora conmigo en el coche, y llegando á la casa donde había de ser el desposorio fuí recibida en ella de la hermana de Lupercio con mucha afabilidad. Tenía casi tantos años como él; holgóse mucho con ver mi persona, y llamó de buena dicha á su hermano, el cual vino con sus amigos y deudos, y luego nos dimos las manos. A la mañana habíamos de recibir las últimas bendiciones de la iglesia, por lo cual el novio, después de cenar conmigo, me dejó en compañía de su hermana y se volvió á su casa, aguardando á esotra noche todas sus finezas.

Vino el día, y con otro vestido diferente del pasado me fuí á velar, y de la iglesia á la casa de mi velado, que halle excelentísimamente adornada, así de colgaduras como de estrado, camas y plata, que era el hombre

rico por haber sido antes marido de dos mujeres que le trujeron grandes dotes, y de la última eran aquellas dos niñas, las cuales me agasajaron con muestras de tanta alegría como si fuera su verdadera madre. No menos la mostré con ellas por considerar que así granjeaba más la voluntad del viejo.

Aquel día estuvieron las viejas en la boda, y su hija, y hubo gran fiestas. Harto sintieron verme puesta en estado por lo que perdían; yo las dije que se asentarían las cosas, y que de secreto tendría yo mi granjería en la labor de los moños, la cual les enviaría allá, y con esto daría opinión á Teodora. Consoláronse con la traza, y siendo hora de irse á sus casas, ellas y los demás huéspedes se fueron á recoger y nosotros hicimos lo mismo.

No había estado en Madrid el licenciodo Sarabia en el tiempo que se trató el casamiento, y cuando vino fué el día del desposorio. Mucho sintió verme en estado, aunque no vivía sin esperanza de que, casada con hombre tan viejo, me acordaría dél.

Viviera engañado si el casamiento me saliera como yo pensaba. El siguiente día, que era de estafeta, entre las cartas que le

trujeron á mi esposo recibió una del licenciado Sarabia, cuya letra conocí, que él tuvo inteligencia con el cartero y modo cómo se la diese. Enviábale en ella un satírico romance que, por comunicarle conmigo y hacer chacota dél mi viejo, le tomé de memoria, y decía así; advirtiendo primero que mi esposo, por mentir los muchos años que tenía, se escabechaba las canas de la cabeza y barba, grande defecto en los de su edad siendo tan conocida de todos, con la cual acción manifiestan menguas en el juicio como si aquello les hubiese de alargar la vida. Va de romance:

Vejezuelo, vejezuelo,
el que las canas te tiñes,
que casaste de cien años
con una niña de quince.

De los cientos de tu edad
ya tus ojuelos nos dicen,
mostrando tantos capotes,
ser juego de pocos piques.

Conocidas son en ella
las pérdidas sin desquite,
pues gustó jugar un juego
donde los treses no sirven.

Y aunque á la primera juegues
la ganancias no codicies,

porque quien no tiene resto
no puede querer envite.

Un viejo en leyes de amor
ignora glosas civiles,
pues aunque sus textos sabe,
jamás en Derecho escribe.

Del ingenio en que destilan
viene á ser el viejo un símil,
que en faltando el fuego están
de balde los alambiques.

Falta el vigor á la edad,
y con sombras del eclipse
queda cual reloj de sol,
en hora menguada el índex.

Si en la esgrima del amor
con tu esposa no compites,
sólo armarse de paciencia
es remedio en quien no esgrime.

Tu blandura y tus halagos
más á tu esposa la afligen,
que eres cual gozque en su casa,
que festeja y no resiste.

Proteste agravios de amor,
y no á sufrirlos se obligue,
que pensión sin gozar renta
es muy necio quien la admite.

Sus amigas, lastimadas,
los pésames la aperciben
del sufrimiento de mártir
por la entereza de virgen.

Llevó, como he dicho, mi viejo en chacota el gracejo del romance, pareciéndole que á las bodas siempre la ociosa juventud de la corte hacía aquellas sátiras. Esto decía muy satisfecho, como si hubiera hecho obras que desmintieran al bien escrito romance, que yo leí una y muchas veces, pareciéndome cada día más donairoso, y no lo quisiera tan verdadero.

Veme aquí el señor lector mujer de casa y familia, y con un retumbante *don* añadido á la Teresa y un apellido de *Manzanedo* al *Manzanares*. No fuí yo la primera que delinquió en esto; que muchas lo han hecho, y es virtud antes que delito, pues cada uno está obligado á aspirar á valer más. Mi esposo pasaba por la transformación que era con quien había de cumplir; un don más en la corte no la pone en costa quien á tantos (puesto de improviso) ampara cada día.

Doña Teresa de Manzanedo pasó los dos meses primeros de la boda gustosamente (hablo de lo que se puede platicar, que de lo oculto no trato). Era regalada, servida, festejada y estaba el viejo muy enamorado de mí; salíamos algunas veces los dos en coche, que algunos amigos de mi esposo le

prestaban; y como yo fuese conocida de muchos á quien cubrí sus cabezas sin ser ellos grandes ni yo rey, unos me hacían la cortesía, y otros me llegaban á hablar, dándome la enhorabuena de mi empleo, y yo les hablaba con afabilidad, que toda mi vida la tuve con todos.

Con esto continuado, vinieron á engendrar en mi viejo unos recelos que después se hicieron celos necios, pues yo no le daba causa para tenerlos de mí. Confirmáronsele más con verme dos veces hablar desde el balcón de mi cuarto con dos caballeros destos enmendados con mi artificio. Reprendiómelo, y de allí adelante puso candados á las ventanas y vidrieras; con que no era señora de salir á ver la calle. Acórtome las salidas á visitar á mis amigas, y estorbó que ellas no viniesen á verme; con que comencé á comer la corteza del pan de la boda, que era muy dura: deshacíame en llanto; teníamos cada día mil disgustos, y hallábale cada hora más insufrible.

A tanto llegó su extremo, que me prohibió las galas y las guardó debajo de llave, sin dejarme vestir más que un hábito de San Francisco. Con esto estaba desesperada, y

mis ojos nunca se enjugaban. Si había de ir á misa, él me acompañaba, y había de ir por la calle cubierto el rostro; en la iglesia no se apartaba de mi lado mientras duraba la Misa; y acabada, aún no me daba lugar á encomendarme á Dios, que al instante nos habíamos de volver á casa.

Con esta vida me vine á consumir de suerte, que no era mi cara la que antes. Sola una visita no me vedó, que fué la de mis viejas y su hija Teodora, y esto era porque tenía sus hijas á la labor en su casa. Con ellas descansaba el rato que nos dejaba á solas, que eran raras veces, porque aun en las visitas quería estar presente. Mil veces estuve dispuesta á pedir divorcio en la mala vida que me daba; mas esta negra honra me lo estorbó.

¡Qué mal hacen los padres que tienen hijas mozas y de buenas caras en darles maridos desiguales en la edad como éste, pues raras veces se ven con gusto, que la igualdad de edad es el que le fomenta y adonde reina siempre la paz y el amor! De lo contrario, hemos visto muchas desdichas y flaquezas que no se cometieran si los empleos se diesen al gusto de quien los ha de hacer;

sino que este negro interés tan válido en el mundo es causa destos desaciertos. Valga éste por aviso á los padres que tienen hijas para remediar.

Supo el licenciado Sarabia mi desconsuelo y triste vida, y escribióme un papel muy tierno condoliéndose de mi trabajo y ofreciendo su persona si era menester para su remedio. Este me trujo una criada de mis viejas á quien no se le negaba la entrada en casa, ni se examinaba á lo que venía como otras. Respondíle á él agradeciéndole su sentimiento y descansando con él en referirle mis desdichas.

Continuóse esta correspondencia de suerte, que cada día tenía papeles suyos y él míos, porque al venir la criada con las niñas podía dármelos y llevar respuestas dellos. Tan desesperada me vi con el celoso humor de mi mal viejo y con el desabrimiento que conmigo tenía, que me resolví en favorecer al licenciado Sarabia y á procurar lugar para que entrara en casa. Sea este recuerdo para los viejos celosos y para los mozos también; que oprimir á sus esposas y encerrarlas, sólo sirve de que busquen modo para su deshonra; taparle el curso á

la fuente, es hacerla correr después con más violencia.

Yo estaba contenta ya con mi estado; pasábalo gustosamente, porque el regalo y las galas suplía la desigualdad de edad, ó los defectos de la ancianidad por decir mejor.

Volvióse Marzo; víme opresa, sujeta y afligida con celosas impertinencias, y resolvíme en que lo que mi esposo temía sin causa lo experimentase con ella.

Continuada la correspondencia con el licenciado, yo le di la traza para poder verme, que me costó no pocos desvelos; previniéndole primero que me hiciese una llave maestra para lo que se ofreciese. No se descuidó, como interesado en la fiesta, y enviándome la llave, le di aviso de cuándo pudiese venir con la traza dada.

Recogíase mi esposo temprano á casa las raras veces que salía; y esas era dejándome en mi cuarto cerrada y llevándose la llave. Pues el día del concierto, ya de noche, que aún no habían cerrado las puertas de casa, se entró por ellas el licenciado dando voces, que le favoreciesen, que le querían matar.

Venían en su seguimiento cuatro amigos

suyos bien puestos de armas con las espadas en blanco. Estaba el viejo en unos aposentos bajos donde él asistía á aquella hora á rezar sus devociones. Pues como viese aquel hombre en su casa, huyendo de los otros salió á favorecerle con la espada en blanco, dando voces á los que le seguían que le dejasen. Ellos (que ya estaban industriados en lo que habían de hacer) se salieron á la calle; el viejo cerró la puerta y llevó á Sarabia á su aposento, el cual, fingiendo turbación, no acertaba á darle las gracias del socorro. Preguntóle cómo había sido acometido y por qué ocasión; á lo que respondió que la ocasión no la sabía, sino que viniendo descuidado por la calle, á una esquina le habían salido de través aquellos cuatro hombres y dicho: «Este es; ¡muera!»; y al instante le comenzaron á acuchillar, por lo cual le fué forzoso acostarse al refugio de su casa que le había librado de aquel peligro, que él era un hombre pacífico, y sin tratar de otra cosa que de sus estudios, por lo cual tenía por cierto que le habían tenido por otro de su hábito. Esto dijo siempre sobresaltado, que lo supo fingir muy bien el socarrón de Sarabia. Díjole

el viejo que no tuviese pena, que en su casa estaba, donde se holgaba que hubiese hallado amparo.

Llegaron á este tiempo dos criados de casa que habían salido á unos recaudos, por cuya causa se habían dejado las puertas abiertas. Llamaron á la puerta, con que fingió Sarabia alborotarse; salió el anciano á una ventana de reja á saber quién llamaba, y conociendo á sus criados, él mismo los bajó á abrir, á quien contó lo que había sucedido. Subieron adonde estaba Sarabia, y preguntóles muy temeroso si habían encontrado á alguien en la calle al entrar en casa.

Ellos dijeron haber visto debajo de las rejas de una que estaba enfrente dos hombres parados y que habían hecho ruido con broqueles.

—Cierta es mi desdicha (dijo Sarabia): ellos me aguardan para quitarme la vida. ¡Oh pobre de mí, que me hallase sin armas cuando me acometieron, que todavía sé manejarlas razonablemente! No sé que me haga que no querría dar á v. m. ningún enfado esta noche, donde tanta merced se me ha hecho (dijo volviéndose al viejo).

El le dijo que se sosegase; que allí cena-

ría y que después reconocerían la calle, y si no viesen en ella á nadie, se iría con sus criados á su posada.

Agradeció Sarabia el favor y merced que le ofrecía, y así se pasearon hasta las nueve de la noche, haciendo el viejo que los bajasen á aquel cuarto de cenar. Después de haber cenado mandó el viejo á sus criados que mirasen si había alguien por la calle, saliendo á ella á reconocerlo. Mostraron rehusarlo, con lo cual, indignado el viejo y llamándolos gallinas, les quiso acompañar: el estudiante se lo estorbaba; con que él, picado de la valentía (que la había tenido cuando joven), porfió en que con su espada había de salir con ellos á asegurar la campaña. Hízolo así, dejando cerrado al licenciado en aquel cuarto, diciendo que lo hacía por más seguridad suya. Pues como se viese el vejete y sus criados en la calle, descubrieron un hombre embozado en la pared de enfrente, á quien llegaron á reconocer con mucho ánimo. El, que los vió venir, comenzó á irse la calle abajo con pasos acelerados, y el viejo y sus criados á seguirle hasta que le dejaron en otra calle. Cuando volvieron á casa muy ufanos de haber hecho aquella heroica

facción, ya estaban los otros tres amigos del Sarabia á la puerta del viejo arrimados con las espadas desnudas y las rodelas embrazadas, los cuales, no sólo les impidieron la entrada, mas con muy valientes cuchilladas los fueron retirando por aquella y por otra calle, alejándoles cuanto pudieron.

Vióse el viejo afligidísimo y daba al diablo al estudiante y aun á quien le había encaminado á su casa. No supo qué hacerse; porque temía el volver á encontrarse con aquella arriscada gente: entretúvose con los criados un par de horas en un cementerio de una iglesia, y oyendo dar las doce y que las campanas de los conventos tocaban á maitines, le pareció que ya se habrían ido á acostar, presumiendo que le habrían tenido por el estudiante y que por esto le acometieron.

Volviendo, pues, á casa hallaron la misma gente á la puerta della, y con el ruido de las rodelas mostraban apercibirse para darles otra ruciada de cuchilladas: no aguardaron á verse en la refriega los criados que. dejando al viejo solo, se valieron de sus pies y no parecieron en aquella ni en otras cuatro calles ni hasta ahora han parecido. El,

que se vió desamparado de su gente, tomó por mejor arbitrio irse en casa de un amigo, que estaba lejos de allí, á dormir aquella noche, echando mil maldiciones al estudiante que era causa de la inquietud en que se veía, yendo consolado de llevarse las dos llaves consigo con que nos dejaba cerrados á mí y á Sarabia en separadas estancias.

Dejémosle en casa del amigo, que le recogió y consoló en su aflicción sin prometerle ayuda, porque tenía más años que él, y volvamos á casa. Luego que el viejo salió della y ocuparon la puerta aquellos amigos de Sarabia, yo, con la llave maestra, abrí mi cuarto, dejando dormida mi gente, y entré donde estaba, sin haberle valido al viejo todo su recato; que sirven poco desvelos y prevenciones contra la resuelta determinación de una mujer.

Víme con Sarabia; lloré mi trabajo; y él, consolándome en mi aflicción, procuró no perder la ocasión con la que nos dió el haber echado de la calle al viejo y tener tales guardas á la puerta, que nos aseguraban que no le dejarían entrar. No pensé hacer tal flaqueza; mas los celos sin ocasión pedidos y los recatos sin causa ejecutados,

juntamente con la opresión en que me vi, me hizo determinarme á lo que sin nada desto no hiciera. Sirva esto de advertencia á los que imprudentes tratan así á sus mujeres; que lo excusen, porque el afecto de la venganza es vivo siempre en ellas, y así la ponen en la ejecución contra quien las oprime sin causa.

Allí se pasó la noche; mas viendo que la aurora comenzaba á desterrar sus sombras, los guardas avisaron que se iban, y yo, despidiéndome de mi Sarabia (aunque contra su gusto y el mío, me volví á mi cuarto, cerrando las dos puertas, sin haberme sentido ni las niñas ni los criados bajar ni subir. La puerta de casa se quedó apretada como el viejo la dejó; el cual, luego que vió la luz del día, vino de casa del amigo huésped á la suya: abrió el cuarto bajo, y con un airado semblante dijo á Sarabia:

—Váyase con Dios, señor licenciado, que no quisiera haberle conocido, pues tan caro me ha costado su visita.

—A mí me pesa (dijo él) que, por favorecerme, hayáis recibido tal trabajo: desde esta reja he visto la superchería de aquellos hombres viles, deshaciéndome de estar ce-

rrado aquí y no poder salir á perder la vida á vuestro lado. No exagero el cuidado con que he pasado esta prolija noche, que en toda ella no se han cerrado mis ojos (decía verdad en esto, pero no era de pena); perdonadme el enojo que habéis recibido por mí, que siempre estaré reconocido á servir á v. m.

—No quiero ese reconocimiento (dijo el viejo), sino que v. m. haga cuenta que no me ha visto en su vida.

Dicho esto, cerró el aposento y subióse á mi cuarto, de donde le salí á recibir desatinada y descompuesta, como que esto procedía de haber pasado mala noche por su mal suceso; echéle los brazos al cuello, diciendo:

—Señor mío, ¿es posible que por un hombre no conocido os hayáis metido en tanto empeño que os hubiese de costar la vida?

—¿Cómo lo sabéis vos? (dijo él).

—Desde la puerta de esa escalera vi el origen de la salida vuestra, y detrás de esas ventanas he estado oyendo lo que pasó en la calle, y de ahí no me he quitado en toda esta noche, afligida con mil congojas y bañada en lágrimas. Decidme, mi señor, ¿os hirieron? Y ¿qué se han hecho vuestros criados?

—No me los nombréis, señora, por Dios (dijo él), que si aquí hallara esos pícaros los hiciera tajadas. Yo vengo indispuesto de la mala noche que he tenido: venid á desnudarme y llámenme al médico.

—Esto sería peor (dije yo). ¡Ay desdichada mujer! Esto me faltaba.

Después de mis penas comencé á afligirme, y sabe el cielo que no me pesaba de que viniese tal; tan cansada me tenía su compañía. Finalmente, el viejo se echó de burlas en la cama, y dentro de veinte días de la mala noche le dió tal enfermedad, que acabó con su vida. Hizo su testamento, y por ser su hacienda de las mujeres que había tenido, no pudo mandarme más que mil ducados y todos mis vestidos y joyas. Pidióme muchas veces perdón de los disgustos que me había dado, y decía que quisiera tener más vida, no tanto por vivir, cuanto por enmendar los yerros que en orden á pedirme celos había hecho.

Confieso que el amor de marido tiene grandes raíces aun con los que obligan tan poco como éste; y que sentí entrañablemente su muerte, muy pesarosa de haber sido su origen por vengarme de sus terribilida-

des. Lloréle mucho é hice que le sepultasen con mucha pompa; puse tocas largas, monjil grosero y manto de anascote. Fuí visitada de amigas y aun regalada, que las que lo son de veras en la corte saben en tales ocasiones asistir con cuidado. Quiso verme Sarabia una noche; mas yo le envié á decir que no se acordara más de mí ni de aquella casa si no quería que le estuviese mal; con que me dejó.

CAPITULO VII

Donde, prosiguiendo con su historia, dice haber entrado á servir á una señora de dueña; da cuenta de la vida que en su casa tenía y otras cosas hasta salir de allí.

Hacíanme las tocas, manto y monjil una honorífica y venerable viuda; y aunque en este hábito, no me descuidaba de la cara por conservar la tez y curarla de lo que el llanto la había maltratado.

Bastó el recaudo que envié á Sarabia para no frecuentar más mi calle, dejando mi martelo, del cual no quisiera acordarme; ya se hizo aquélla ligera; una no es ninguna, y así quedé con propósito de ser espejo de mujeres.

Supo una señora de título, de las que cubrían sus canas con mi industria, mi desgracia, y pareciéndola que para su servicio era yo cosa muy á propósito, pasó en su co-

che por mi calle, y mandó saber si estaba sola. Dijéronla que sí, y subió á mi cuarto, queriendo que el exceso de visitarme le conociese por obligación; abrazóme con mucho amor, significándome que aquel día había sabido mi desgracia, la cual había sentido mucho; y que luego determinó salir á verme y á llevarme á su casa, donde quiere tenerme en su compañía y hacerme mucha merced, como lo vería. Tantas cosas me dijo y tanto me persuadió con caricias, que no pude resistirme ni dejar de hacer su gusto, y así para otro día la prometí ir á servirla; dióme de nuevo abrazos, y fuese muy contenta. Yo puse mis cosas en razón; entregué mis vestidos para que se vendiesen; recogí mi dinero, y con dos cofres de ropa blanca y cosas necesarias y un escritorillo de Alemania, previne aquel día la partida.

No se descuidó la señora (era condesa) en enviarme su coche aquella tarde, en el cual fuí acompañada de una de las dos viejas, que aprobó la elección que hacía, diciéndome que yo vería las mercedes con que me favorecería la condesa. Hallámosla muy gustosa; abrazó á las dos, y dijo á la vieja:

—He traído á mi casa á doña Teresa por lo mucho que la quiero, para tenerla en ella como á hija, no como á criada.

Extrañó el lenguaje á dos dueñas que la acompañaban, arqueando las cejas y mirándose la una á la otra; conocí de sus semblantes no se haber holgado con la razón de su ama, y desde luego me di por envidiada. Entré luego donde estaban dos hijas que tenía, á quien llegué á besar las manos. Recibiéronme muy afables y con cortesía; hallé con ellas asentadas á la labor cosa de seis criadas, todas de buenas caras, que me recibieron con gusto. Yo les dije cuán ufana venía á aquella casa, por saber las personas principales que en ella servían, y que así me ofrecía á su servicio, y correspondieron á mi oferta con otras muy corteses. Finalmente, yo quedé en palacio; señaláronme aposento donde tuviese mi cama y cofres, que fué en compañía de una dama.

Aquella noche fuí muy regalada en la cena de la mesa de mi ama, dándome un plato della sin haber tocado á él, el cual repartí entre las compañeras para comenzar á obligarlas por estar bien en su gracia, que

es lo más importante para conservarse en palacio.

Era custodia y guarda de aquella reclusa doncellería y continente congregación una dueña, que lo debía de haber sido de la condesa doña Sancha, mujer del conde Fernán González; tantos años debía de tener. Por no mentir, ella había criado á la madre de mi ama, á élla y actualmente era aya de sus hijas. Esta era la que gobernaba aquella virgen manada, su predicadora, y con quien ellas estaban muy mal; porque la mucha edad la tenía en asomos de caduca y declarada por impertinente.

Como tan antigua en la casa, observaban las criadas sus estatutos inviolablemente; en orden al ahorro de sus raciones era grandísima ayunadora por esforzar esto, y seguían todas su estilo, excediendo de las obligaciones del precepto; y dilatándose por el calendario adelante; á San Dionisio, ayunaban por el dolor de la cabeza; á Santa Lucía, por la vista; á Santa Polonia, por las muelas; á San Blas, por la garganta; á San Gregorio, por el dolor de estómago; á San Erasmo, por el de vientre; á San Adrián, por las piernas; á San Antonio Abad, por

el fuego; á San Vicente Martín, por las fiebres; á San Antonio de Padua, por las cosas perdidas; á San Nicolás, obispo, por remediador de doncellas; y, finalmente, á San Crispín, por la duración de su calzado. Sacaban del ayuno tres provechos, que eran: adelantarse en la virtud para mayores grados de gloria, preservación de apoplejías y aumento de su dinero, que sabían guardar con siete ñudos y treinta llaves, en particular la vieja (cuyo nombre era doña Berenguela). Esta fué la primera mujer á quien vi aderezar la rotura de una zapatilla con un remiendo de cadeneta, gastando más en hilo y tiempo que pudiera con un zapatero.

Era el conde grande amigo de soldados, por haberlo sido en su mocedad y tener por ello cargo de Su Majestad, que actualmente ejercía; y así gustaba de comer siempre con cuatro á seis capitanes, por tratar en la mesa de las cosas de la guerra, á que era tan inclinado. La condesa y sus hijas comían aparte, á quien servíamos las criadas. Aquí andaba solícita nuestra doña Berenguela en quitar platos, anticipándose (aun con su vejez) á las mozas; no era celo de servir, sino razón de estado para no tocar en la ración,

pues cuanto sacaba de comida, no teniendo seguridad de sus arcas, lo depositaba todo en las dos mangas de su monjil, que debía traer forradas en baqueta, pues tan fielmente guardaban una líquida lebrada sin verterse, como una pierna de capón asado. Mas era tan mirada y advertida, que la una manga era diputada para las cosas de pescado, y la otra para las de carne; que era tan buena cristiana, que no quería mezclar uno y otro, por no pecar el día del ayuno con mezclas de carne y pescado.

A título de alacena habían tomado en las mangas posesión los ratones, y no es encarecimiento, que esto se verificó estando un día rezando el Oficio Divino de Nuestra Señora (ejercicio que usaba siempre), en el cual, ocupada con mucha devoción, la vimos acompañada de dos gatos, que la cercaban cada uno de su lado muy atentos á las mangas; todas pensábamos que la querían dar asalto á lo que encerraba en ellas, y tuvimos curiosidad á esperar á ver en qué pararía tal atención y particular asistencia. Aferraron cada uno con su manga, hallándose conturbada de los dos gatos la vieja, de lo cual casi se desmayara con el susto

que la dieron; bien se pensó que la acometían por los relieves de la mesa, mas presto vió el desengaño, hallando á cada gato con su ratón en la boca, con que se le quitó el temerario juicio que había hecho de que se acusara á su confesor; tan escrupulosa era. Anduvo el suceso dilatado por la casa, de suerte que llegó á los oídos de nuestros dueños, que lo rieron y celebraron grandemente. Bien pudiera correrse y afrentarse la tal doña Berenguela y servirle de enmienda de su golosa costumbre; mas iba enderezada al ahorro sobre que no se ahorrara con su mismo padre, pues con esto estaba intacta su ración, sino su monjil de no traer muchas manchas, que ella por lo corto de vista no veía.

Portéme siempre caballerosamente en casa; porque como tenía dinero, trataba de regalarme, sin tener mi confianza puesta en la ración, no obstante que era siempre regalada y favorecida de la condesa y de sus hijas, dándome un plato todos los días, con el cual, y lo de la ración, podía convidar cada día una dama á comer conmigo, variando con unas y con otras, con que las tenía á todas muy á mi devoción, sino eran á

la doña Berenguela y á otra dueña, las cuales nunca me quisieron dar la investidura de doña Teresa, sino sólo me llamaban *la privada* ó *la moñera*, como trataba de componer el pelo de la condesa y sus hijas.

A mí se me daba muy poco de que me mordiesen y murmurasen por los rincones, como estaba segura en la privanza de las señoras, de las cuales tenía casi cada día dádivas, sin acordarse de las demás criadas, que también lo sentían; pero hallo en todos casi esta misma condición, que no son como la disciplina que salpica á todas partes, sino como la puñalada que todo va á una.

Dos años me conservé en palacio, restándome en el ínterin mi dinero de la manda de mi esposo que le tenía dado á los Fúcares. No hay privanza segura, particularmente cuando hay émulos; yo caí de ella y perdí la casa de la condesa desta suerte.

Entre las criadas que había estaba una hija de un maestresala de casa, viudo y hombre de edad. Estudió en ser bien mirada de un paje que poco hacía que había subido de serlo á gentilhombre. Tenía el maestresala hacienda; siendo en esto fénix de los maestresalas, porque parece que con tal

cargo se le pega la desdicha de los poetas y astrólogos, que es no llegárseles moneda á treinta pasos. Pues como el galán viese que siendo hija única con hacienda y de buena cara le estaría bien para esposa, dió en servirla con cuidado; escribiéronse algunos papeles, en que se concertaron cómo se había de hacer la boda.

Esta dama era la que tenía en mi aposento su cama, y una de mis mayores amigas; mas puedo jurar con verdad que era tal su recato, que nunca me dijo su afición, quizá por temerse que, como era privada, no lo dijese á mi ama. Sucedió estar enfermas doña Berenguela y la otra dueña, por lo cual en un día de jubileo me encomendaron á mí la guarda de aquellas damas, que salían en coches á ganarle. Fuimos al Monasterio de San Francisco, donde se hacían las diligencias y adonde tenían concertado los amantes de verse; con la mucha gente pude perder á la enamorada dama; y ella, viéndose con su galán, se salió con él de la iglesia y se entraron en un coche, que los llevó á casa del vicario, en cuya presencia se desposaron, llevándola de allí el galán á casa de una tía suya.

Después de haber todas rezado, echando de menos á la ya desposada señora, fué buscada de mí con grande cuidado, dándome grande pesadumbre que no pareciese; el portero que nos acompañaba no dejó capilla en toda la iglesia que no buscase dos veces; mas su cansancio era en balde; en esto nos detuvimos largas horas. Visto, pues, que no parecía, con harto temor de lo que podía oir de mi ama, un día que me encomendaba la guarda de su familia, nos volvimos á casa, yendo yo bañada en lágrimas. Ya en ella se sabía el casamiento de la dama, porque por excusar que no la buscasen desasosegados, escribió un papel á su padre, dándole cuenta de su determinación, y él le puso en manos de la condesa, á la cual hallé hecha un león contra mí. Sufrí cuanto quiso decirme, y en cuanto á la culpa que me imponía, satisfice con que las demás criadas dijesen si había estado en nuestra mano el remediarlo.

Retiréme con esto á mi aposento, adonde me comencé á afligir de suerte, que no había consuelo para mí.

Faltábame lo peor, que era la venida del conde, el cual, luego que llegó á casa y supo

de su maestresala lo que pasaba, habiendo él culpado mi poco cuidado, y aun mostrado sospechas de que con mi consentimiento había sido, mandó que se me hiciese la cuenta de lo que se me debía y me despidiesen, sin bastar ruegos de la condesa para desdecir su determinación; antes, por verla tan de mi parte, aceleró al contador para que hiciese aquello con brevedad.

No se descuidó, de suerte que á la noche ya se me había dado cuanto se me debía, y con ello, el aviso de que estaba despedida de casa.

No dejé de sentir verme echar della con tanta violencia no teniendo culpa; llevélo en paciencia y di con mi vida grandes alegrías á las dos dueñas y aun á las criadas, que por más que me lisonjeaban no estaba aquella amistad muy firme estando de por medio mi privanza. Decía la doña Berenguela desde la cama donde estaba enferma:

—Vaya la moñera con Dios á hacer moños y déjenos aquí, que con pagárselos en su casa podía mi señora excusar el traerla á la suya, hacerla igual con tantas principales criadas como tiene.

Algo de esto vi aquella noche; mas como

me había de ir esotro día por la mañana, quíselo llevar con cordura y no me dar por entendida. Pasé mala noche; vino el día, y ya me tenían prevenido coche para irme; quise despedirme de la condesa; mas fuéme dicho que su señoría sentía tanto mi partida, por ser contra su voluntad, que no tenía corazón para que entrase á despedirme della. Envióme una pieza de plata y á decir que la avisase dónde tomaba casa. Con esto me bajé á poner en el coche, despedida de las criadas y aun de las dueñas, diciendo á la Berenguela al salir:

—Ya v. m., señora, ha visto en casa el día que esperaba tan á medida de sus deseos; procure la privanza de mi señora y de aumentárselo para los ratones.

Con esto la volví las espaldas, y fuíme de allí á casa de mis viejas; las cuales se alegraron mucho con mi vista, y más con saber venía á vivir con ellas, por parecerles que con mi compañía tenían la flota del Perú en las ganancias de los moños y cabelleras.

CAPITULO VIII

De la salida de Madrid á Córdoba; el robo que la hicieron unos bandoleros en Sierra Morena, y cómo se libró de sus manos, con otras cosas.

En casa de las dos viejas volví á usar mi ejercicio de los moños y á tornar á acreditarme en la corte, no perdiendo por esto el doña Teresa de Manzanedo, que con este nombre me honraban todos, procurando tenerme contenta para suplir sus faltas con mi industria.

Entre las damas que acudían á mi posada á que las hiciese moños iban dos damas, naturales de Córdoba, y recién venidas á Madrid, las cuales alababan tanto mi habilidad y cuán estimada fuera en su patria por no haber llegado á ella aquella invención. Con esto me hicieron determinar á dejar la corte, asegurándome grande ganancia allí. Di cuenta desto á las viejas, y pro-

curaron disuadirme de mi propósito; mas yo estaba tan resuelta en él, que no aprovechó su persuasión para quedarme. Dispuse de mis ajuares, encargándolos al ordinario de Sevilla para que me los llevase á Córdoba; el dinero que venía en los Fúcares lo acomodé en letras para Córdoba, y tomando cien escudos para el camino, acompañada de un criado (que había sido de mi esposo, de aquellos que le desampararon la noche de la burla), salimos en dos mulos de Madrid un sábado en la tarde, en la compañía de dos sacerdotes y un estudiante, que iban el mismo viaje.

Seguimos nuestras jornadas sin sucedernos cosa que sea de contar hasta el fin de Sierra Morena, que llegando á una aspereza de camino, por donde era forzoso caminar de uno en uno, nos salieron ocho hombres con escopetas, y trabándonos de los frenos de las mulas, nos mandaron apear dellas.

Todos se afligieron, y yo mucho más por no me haber visto en aquellos lances, y ya estaba arrepentida de haber dejado la corte. Maldije mi corta suerte y mi resuelta determinación que á tal lance me había

traído, pudiendo estar quieta y con no poco descanso.

Apeados que fuimos de las mulas, quitaron dellas los cojinetes y portamanteos, sin osar nadie replicar á la voluntad de aquellos ladrones; después que los tuvieron juntos nos llevaron á pie á un hondo valle, adonde á los hombres les mandaron desnudar sus vestidos. Rehusaron aquello; mas las amenazas de aquella facinerosa cuadrilla y el temor de perder las vidas los hizo obedientes, dejando sus vestidos hasta quedarse en jubones y calzoncillos de lienzo. Así los dejaron atados cada uno á un roble, y cargando con la ropa y cojines, dieron con ellos y conmigo en otra estancia más oculta, que era en una espesura de árboles, adonde tenían formada una barraca de ramos; allí me encerraron sin tocarme en el vestido, y dejándome sola con el desconsuelo que puede pensar el lector, se salieron á fuera á hacer división de los bienes de todos. Hicieron sus partijas fielmente, y acordaron que mis vestidos también entrasen en ellas, y mi cuerpo en poder del que le cupiese por suerte. Con este decreto entraron á desnudarme, sin moverles mi llanto á que

dejasen tal propósito; quedéme en solo un corpiño y en faldellín de cotonía; del pecho me quitaron una cruz de oro y las letras que llevaba de mil escudos para Córdoba, diciendo el mayoral dellos:

—¿Háse visto en lo que han dado estos caminantes; en traer su dinero en papeles, no considerando que nos lo quitan á nosotros de nuestros aumentos?

Rompieron las letras con los dientes de rabia, y enviando á los cinco compañeros á buscar de cenar, se quedaron los tres en la barraca. Allí, brindados de esta malograda hermosura (que nunca yo tuviera), trataron de echar entre ellos suertes de quién había de ser mi dueño, estando yo (que oía esto) deshaciéndome en llanto y rogando á Dios me quitase la vida antes que me viese deshonrada del que me poseyese. Cayóle la suerte á uno de los más robustos de los tres, el cual les dijo que le dejasen á solas conmigo. Halláronse envidiosos de que hubiese cabídole la suerte; y no queriendo pasar por el concierto, poniendo mano á las espadas, dijeron que la mujer había de ser común á todos ó morir sobre ello.

Era alentado el que ya se llamaba mi due-

ño, y sacando su hoja se salió á acuchillar con los dos fuera de la barraca. Comenzóse la pelea con grande furia; mas yo viéndolos encarnizados en ella y aun heridos, me salí de la barraca por un agujero que tenía, y embreñándome, así desnuda como estaba, por aquella sierra, caminé sin llevar senda cierta gran parte de la noche con no poco temor de que me siguiesen aquellos hombres. Oía de cuando en cuando unas dolorosas voces que se duplicaban con los ecos de aquellas soledades, y éstas me atemorizaban grandemente.

Bajando, pues, de una parte á otra, acerté á ver en una cumbre una pequeña luz, adonde comencé á guiar mis pasos, pensando que estaría cerca; engañéme en la distancia, porque primero caminé más de media legua que llegase al pie de la cumbre. Descansé allí un rato, y prosiguiendo mi camino, subí la cuesta con no pocos trabajos; mas al fin me vi en su cumbre y cerca de una ermita, de donde salía aquella luz por una ventana della. Llamé á la puerta con grandes golpes, y al cabo de grande rato oí responder de lo hondo de la ermita una cansada voz, que me decía:

—¿Quién llama?

Yo respondí con fatigado aliento:

—Una desdichada mujer es, que ha llegado á este refugio por grande milagro del cielo; por Dios os suplico, quien quiera que seáis, que si tenéis clemencia de mi trabajo me déis entrada en esta ermita, que aun aquí no estoy segura de que me venga siguiendo una facinorosa gente que ha querido quitarme el honor después de haberme robado.

A este tiempo había la hermana del mayor planeta salido á comunicar su luz á los mortales, con la cual pudo el ermitaño (que era el que había respondido) verme por las junturas de la puerta de la ermita, según después me dijo. Compadecióse de mi desdicha, y encendiendo luz en la lámpara que ardía siempre, me abrió; así como entré me arrojé á sus pies, bañándoselos en lágrimas y dando tantos sollozos, que no me dejaban darle las gracias de haberme recogido en su morada; levantóme el santo varón y llevóme á sentar en un poyo de la iglesia.

Era un hombre de buena estatura y de edad de cincuenta años, entre cano, y con la barba y cabello muy largo; vestía un saco

de sayal, y sobre él traía un manto con su capilla; al cuello traía un grueso rosario y dél pendiente una cruz mediana que traía ceñida con un cordón de cerdas. Sin este rosario traía pendiente de la pretina otras diez cuentas gruesas, y en su remate una muerte de boj. Después que estuvimos los dos sentados me rogó le dijese la causa de mi venida; yo le hice relación della, exagerándole la crueldad de aquella bárbara gente, y que por milagro del cielo había escapado de ser deshonrada dellos.

—Bien lo podéis decir, hija mía (dijo el venerable ermitaño); mas tal Señor tenemos que no sólo tiene cuidado de los que le sirven con almas racionales, mas aun del humilde gusano de la tierra. Esa cuestión la movería el demonio, y Dios ordenó que, en tanto, tuviésedes ánimo para huir de su violencia y conservar vuestro honor; gracias al cielo que estáis aquí segura; descansaréis lo que resta de la noche, y á la mañana (placiendo á Nuestro Señor) daremos orden en lo que habremos de hacer, para que prosigáis vuestro camino hasta Córdoba, que es adonde me decís que váis.

Con esto entró en su retiro, que era un

corto aposento, de donde sacó un transpontín de hojas de enea y espadañas, en que él se reclinaba sobre una tabla; éste le tendió allí en la iglesia, y dándome una manta con que me cubriese, se despidió de mí diciendo que olvidase cuidados y que pusiese la confianza en Dios, que me remediaría, y procurase reposar. Con esto se fué, dejándome allí sola á la luz de la lámpara de la iglesia; mullí mi transpontín, y cubriéndome con la manta pasé lo que faltaba hasta venir la aurora sin dormir sueño, acordándome del aprieto en que me había visto, en el cual perdí cien ducados de oro, mis vestidos, algua ropa blanca y dos ó tres joyuelas y sortijas, que también me quitaron. El faltarme las letras no me daba pena, pues con pedir otras estaba remediado.

Llegó la aurora á dar consuelo á los mortales, alegría á los campos y alborozo á las aves. Las que trinaban por aquellos verdes campos despertaron al anciano varón, el cual se levantó; abrió su ermita y fueme á dar los buenos días, diciéndome que cómo había pasado la noche. Yo le respondí que bien, pues no me podía ir mal en tan santa casa y en su compañía. Sentí mucho verme

desnuda; echólo de ver el viejo, y sacando otro manto suyo me lo dió para que me abrigase con él, prometiéndome que remediaría presto mi desnudez.

Yo se lo agradecí con lágrimas; hicimos los dos oración, y dándome algunas frutas y pan con que me desayunase, nos pasamos así hasta medio día, en que tenía prevenida su comida, que fué de unas hierbas cocidas y unos pescados, por ser aquel día de vigilia. Después que hubimos comido y dado las gracias á Dios, nos salimos á sentar á dos asientos que estaban á la puerta de la ermita, por gozar desde allí del campo. El que dió principio á la plática fué el ermitaño, para que guardo diferente capítulo.

CAPITULO IX

En que da cuenta de la plática que tuvieron entre ella y el ermitaño, y cómo él la hizo relación de la causa de haber dejado el mundo.

Sentados, como tengo dicho, á la puerta de la ermita, aquel santo varón habló desta suerte:

—Cuán poca sea la seguridad desta vida nos lo avisan, no sólo los sucesos que llenan historias sacras y profanas, pero los que cada día vemos que pasan, los que vivimos, somos peregrinos que caminamos sin sosiego hasta llegar á la Jerusalén triunfante; en la militante no hay prometernos quietud tranquila, placer consumado ni gusto perfecto; todo tiene su punta de acíbar. El poderoso y rico, en medio de su opulencia, seguro con su potestad, ó por robarle le quitan la vida ó una breve enfermedad le hace dejar las riquezas en cuya custodia puso

todo desvelo. El que se ve en el cargo y la dignidad, no le goza sin la pensión de los que le envidian el puesto que tiene y le están censurando el menor átomo de sus acciones, hasta que le ven desposeído de lo que antes tuvo. La juventud más lozana suele perder su lustre sujeta á cualquier accidente; la hermosura más perfecta, en breves días se halla trocada y á las puertas de la senectud; finalmente, quien viviere en este mundo y siguiere sus gustos, pretendiere sus honras, buscare sus acrecentamientos, anda errado, sabiendo cuán breve término las ha de gozar. Ayer, hija mía, veníades caminando á Córdoba contenta y con deseo de llegar á ella, y donde menos pensábades hallastes quien os estorbó el viaje, robó la hacienda y puso á pique de perder vuestra honra; no os fiéis de las cosas del siglo; procurad en él vivir ajustada á los mandamientos de Dios, siendo muy temerosa de Su Majestad, que es principio de la sabiduría; acordáos de la brevedad de la vida y la durable que nos espera si somos lo que debemos.

Estos sanos consejos os puedo dar, hija mía, como escarmentado de las cosas del

mundo y retirado dél. Yo me vi joven, gallardo, enamorado y divertido en sus cosas; un desengaño de lo que somos y de la instabilidad de sus gustos me hizo cuerdo en apartarme deste daño aquí, donde habrá que vivo cosa de diez y ocho años poco más; pido por estos lugares convecinos lo que he menester para pasar la vida en esta soledad, donde es mi consuelo la oración, mi divertimiento mirar estos campos y por ellos engrandecer á su Criador. La causa de retirarme aquí quiero deciros, porque os entretengáis y os sea de recuerdo para que no os envanezca el veros moza y en verde juventud; tenedme atención, que esta es mi historia.

Nací en la antigua ciudad de Málaga, hijo de ilustres padres y rico de bienes de fortuna, pues para mí y un hermano segundo tenían bien ochenta mil ducados que dejarnos después de sus días; éramos los dos los más lucidos caballeros de aquella ciudad, los primeros que se hallaban en sus regocijos y fiestas públicas con lucimiento y, finalmente, los que teníamos más amigos. Libres vivíamos, en cuanto á no rendir parias á ese Dios de amor, pero ajustados siempre á no salir de la obediencia de nuestro padre,

que nos procuró criar con temor y respeto inclinándonos á la virtud, y así salimos obedientes discípulos de tal escuela.

No cursábamos los lascivos entretenimientos de los caballeros mozos que desenfrenadamente corren por ellos, llevados de sus insaciables apetitos, polilla de sus haciendas y saludes; nuestro ejercicio era hacer mal á caballos, con la ocasión que nos da la Andalucía con los que en sus riberas del Betis sustenta con sus pastos y alienta con sus cristales; tal vez gustábamos de la caza de todas maneras, estando tan diestros en la cetrería como en tirar una escopeta en el monte; otras veces acudíamos por no nos mostrar extraños á una casa que tenía dos mesas de trucos, juego á que yo fuí aficiono, y allí nos divertíamos.

Sucedió que sobre la compra de un caballo que trujeron allí de Córdoba nos barajamos un caballero y yo no más que de palabra y ninguna pesada; entráronse amigos de por medio, hicieron las paces; pero yo me quedé por dueño del caballo, dejando de esto sentido al competidor en la compra. Dentro de un mes ofrecióse hallarme en la casa de los trucos, al tiempo que este caba-

llero jugaba un partido. En él hubo una duda que fué necesario tomar votos de los que estábamos mirándoles; yo di el mío, que vino á ser en favor del que jugaba con el caballero, y aunque pudiera darle en secreto, como los demás, por parecerme haber sido cosa muy patente á todos y fuera de duda, no me recaté de hacerlo así. Fué condenado por los más votos; perdía y estaba picado, y quiso despicarse conmigo dejando el taco y diciendo:

—Bastaba que el señor Feliciano (que éste es mi nombre) me condenase sin ser en alta voz para que todos siguieran su voto, que á algunos hubiera de parecer contrario; yo soy desgraciado con él, y así estoy con presupuesto de no sufrir más demasías en orden á oponérseme á todas mis acciones.

Salióse con esto de allí y no dió lugar á que la satisfaciese que lo iba á hacer, deseoso de que no presumiese de mí que por torcida voluntad yo le hubiese condenado, sino por no tener justicia en lo que pedía. Pasóse aquel día, y esotro por la mañana me dió un criado suyo un papel, en el cual me desafiaba y señalaba parte donde me esperaba á las dos de la tarde con sola su

capa y espada. Mucho quisiera excusar por tan leve causa el ponerme en desafíos; mas porque mi contrario no me tuviese por cobarde, sin dar parte á nadie en casa de esto le respondí que aceptaba el desafío y acudiría al puesto á la hora que señalaba.

Era donde nos habíamos de ver un campo cerca de un monasterio de religiosos descalzos y de unas huertas. Fuí á él, hallando allí á don Rodrigo (que así se llamaba mi contrario); saludóme cortésmente y yo á él; apartámonos del camino, y en un sitio solo y sin impedimento de gente, me dijo:

—Aquí, Feliciano, podéis oponeros contra mí con la espada en blanco, como lo hacéis en otras ocasiones con la contradicción que en vos hallo á todas mis acciones.

—Engañado estáis y presumís mal de mí no conociendo mi sana voluntad (dije yo); mas bien se ve que la vuestra no es la que debe de corresponder á mis deseos, pues fuera de la razón os fiáis tanto de vuestras manos que pensáis aventajarme. Yo quisiera satisfaceros á dos cosas en que me habéis imaginado contrario vuestro; sé que está de mi parte la verdad, y así no pienso cansarme, sino ponerme en puesto

donde me castiguéis si tuviéredes poder.

Saqué la espada y él hizo lo mismo; acometímonos con destreza, que él lo era y á mí no se me habían olvidado las liciones de mi maestro en armas; duró el acuchillarnos más de una larga media hora, sin hallarse ninguno de los dos herido. Bien quisiera descansar don Rodrigo, y así lo dijo; mas yo le respondí que quien tan alentado venía para castigarme que lo ejecutase. Encendióse con estò en cólera, y sin guardar reglas de destreza se arrojó contra mí con una punta; yo se la rebatí con la daga, y hallándole á mi lado izquierdo le tiré una cuchillada con que le hice una peligrosa herida en la cabeza, de que le comenzó á salir mucha sangre que le caía sobre los ojos. Vióse con esto congojado, y procurando retirarme con otra punta, no le saliendo como pensaba, dió un grito que vino á ser seña para que saliesen detrás de un vallado dos amigos suyos, si bien con mascarillas, los cuales me acometieron. Acusé su villanía y comencé á defenderme. Venían bien armados, con que pudieron entrarse conmigo y darme á su salvo dos heridas, una en el pecho y otra en el brazo de la espada, con que no

la pude gobernar. Noquiso don Rodrigo que yo saliese de la pendencia sin saber á lo que sabía su riguroso acero; y así, viéndome sin manos, me dió dos heridas en la cabeza á su salvo con que me dejó en tierra pidiendo á voces confesión. Dejáronme con esto en aquel campo, y, á más correr, se fueron por desusados caminos á la ciudad. Yo quedé en aquel sitio, dando voces que me socorriesen, y fué suerte mía que viniese de una huerta una señora viuda en compañía de una hija suya y acertase á pasar por cerca de mí; oyó las voces y mandó á un criado que supiese lo que era; llegó donde estaba y vióme como os he dicho ya, casi falto de aliento, revolviéndome en mi sangre y pidiendo confesión. Llegó á decírselo á su señora, y ella, haciendo acercar el coche, me hizo meter en él y llevó á aquel convento que os he dicho, de donde hizo salir un religioso que me oyó de confesión.

No era lejos la ciudad, pues no estaba medio cuarto de legua; con todo le pareció largo trecho para llevarme, y así rogó á los religiosos que me pusiesen en una cama. Más compadecidos de mi desgracia lo hicie-

ron, y en el ínterin que me desnudaban y ponían en ella mandó aquella señora que en el caballo de la silla que tiraba el coche fuese el cochero á la ciudad y que llamase á un médico y un cirujano que me viniesen á curar. Hízolo el hombre tan bien, que con mucha brevedad estuvieron allí; viéronme las heridas y no les contentaron mucho, y menos mi disposición, que estaba muy sin aliento de la mucha sangre que había perdido. Dejáronme hecha la primera cura, al tiempo que mi padre, hermano y amigos acababan de entrar á verme, que el mismo cochero los había hecho relación de cómo me dejaron.

Preguntáronme quién me había puesto en aquel estado. Yo dije que no era tiempo de declararme en aquel particular, sino de encomendar mi alma á Dios; tal me hallaba entonces. Quedóse allí mi hermano, y mi padre salió á dar las gracias á la señora viuda de haberme traído al convento y hecho llamar al médico y cirujano.

Ella le significó cuánto pesar tenía de mi desgracia; convidóle con el coche, y él se fué acompañándola hasta la ciudad.

La ausencia de don Rodrigo le declaró

por delincuente en mis heridas; mas por entonces no se supo quién habían sido los cómplices en el delito.

Dentro de diez días hallaron mejoría en mí, de suerte que de allí á otros diez dijeron el médico y cirujano que podían llevarme en una silla á la ciudad. Hízose así, adonde en casa de mis padres vine á estar en breves días fuera de peligro, si bien muy flaco.

Visitábame un escudero de aquella señora viuda cada día, y en uno que me halló á solas me dió un recaudo de parte de su señora doña Leonor, que era la hija de su ama. Contenía el recaudo darme la enhorabuena de la mejoría y significarme cuánto había sentido mi desgracia, la cual le había costado muchos desvelos y cuidados. Estimé la merced que me hacía y ofrecíme á que, dándome Dios entera salud, sería uno de los más asistentes servidores suyos que tuviese, reconocido siempre de aquel favor. Con esto partió el escudero; no paró en este recaudo, que dentro de unos ocho días, que me comenzaba á levantar, vino y me trujo un regalo de dulces de parte de esta dama y una banda bordada con

cifras de su nombre y el mío para que descansase el brazo, que aún no estaba del todo sano; mandábame traerla en su nombre, que tendría gusto particular en esto y que de lo que se me ofreciese la avisase.

Yo tomé recaudo de escribir, y con los mayores encarecimientos que pude exageré el gran favor que me hacía sin haber méritos de mi parte para ser digno dél.

Este papel ocasionó respuesta, y de aquí enlazamos una correspondencia fomentada con un muy firme amor, que duró cosa de seis meses. En este tiempo hablaba con mi dama por la reja de un jardín casi todas las noches, favoreciéndome con grandes veras doña Leonor.

Tenía esta señora un anciano tío, hermano de su madre, que se hallaba sin hijos y con mucha hacienda, la cual había de dejar á su sobrina como se casase á su gusto; que la que tenía de parte de sus padres era poca, si bien su calidad era grande. Saliéronle algunos casamientos á mi dama y ninguno le satisfacía al viejo, no le contentando los novios por defectos que les ponía.

Había tenido ciertos encuentros con mi padre y nunca se tiró bien con él, mostrán-

dosele contrario en cuanto se ofrecía; y ahora en esta ocasión muy parcial con el padre de don Rodrigo, que no volvió más á Málaga; antes se embarcó para Italia con deseo de ver aquella tierra, y aun quedarse en ella y servir al rey por esta causa.

No traté de dar á mi padre cuenta de mi afición por saber que por este caballero no había de recibirle bien. Con esto estábamos los dos amantes aguardando á que la muerte, en su mucha edad, nos dejase contentos y con hacienda; pero no sucedió así, que en sobrando un hombre en un linaje, vive más que dos Matusalenes.

Ofreciósele á mi padre un negocio en la corte, y por hallarse cansado para asistir á él libró ese cuidado en mi diligencia, enviándome allá. No encarezco cuánto sentí ausentarme de mi dama; pero siendo fuerza hube de obedecer á mi padre, y ella y yo llevar con paciencia este pesar. Al despedirme de sus ojos los vi llenos de lágrimas, acompañándola con el mismo sentimiento. Pedíla que me escribiese todos los ordinarios, y que fuese firme en guardarme la fe y no admitir á otro que á mí por esposo suyo, aunque su tío la compeliese á ello; así

me lo prometió, pero no lo cumplió, como se verá adelante.

La causa de no admitir ningún casamiento el tío de doña Leonor para su sobrina no era porque hubiese defectos en los pretensores, que con muchos le estaba muy bien emparentar y aun tenerlo á mucha dicha. Era que este caballero había estado en Indias mucho tiempo, donde dejó un hijo bastardo, que sería ya hombre de cuarenta años, á quien había escrito que se partiese á España para hacerle esposo de su sobrina, y de secreto había hecho traer la dispensación y la tenía en su poder. Quiso mi corta suerte que el novio esperado viniese en aquella primera flota, desembarcando en Sevilla con salud, y acudiendo luego á Málaga fué recibido de su padre con mucho gusto, y manifestando á todos ser su hijo trató luego las bodas, dando de esto parte á su hermana y ella á Leonor. Lo que sintió verme ausente no se puede ponderar; porque sin duda alguna se saliera de su casa y se fuera conmigo, adonde yo la llevara. Vióse la pobre, lejos de ejecutar esto, cerca del plazo del consorcio y apretada de su madre y tío, y al fin, aunque contra su gus-

to, se desposó con el capitán don Sancho de Mendoza, que así se llamaba el novio; escribióme una carta con mil lástimas, significándome no haber podido hacer más resistencia que la que se hizo, y que se había casado con un hombre muy fuera de su gusto, con quien viviría muriendo todo lo que la vida le durase, que á no perder el alma, se la quitara antes que darle la mano á hombre tan aborrecido de sus ojos.

Lo que sentí esta nueva dejo sólo á la discreción vuestra (hija mía), que amando con tantas veras de creer es cuán al alma me llegaría el sentimiento. Del que tuve caí enfermo, que estuve muy á pique de perder la vida, y obligué á ir á mi hermana á Madrid á asistirme en cuanto durase la enfermedad.

El negocio de mi padre se redujo á un pleito muy reñido con un hombre poderoso y rico, con que duró más de tres años. No me pesó de esto, por no volver á Málaga, pues había de sentir mucho ver á mi dama casada. Supe que el primer año de su empleo tuvo una hija que era el consuelo de sus aflicciones. Murió su tío y suegro, y quedó el capitán hecho absoluto señor de toda

su hacienda, que serían más de tres mil ducados de renta.

Era hombre muy miserable, de la data de muchos que vieron de Indias; pero éste no tenía la causa por qué serlo, porque las haciendas de los indianos ganadas con trabajo obligan á ser bien guardadas, y esto les hace ser miserables; ésta se le había venido al capitán sin poner ningún cuidado de su casa, con la cual debiera ser generoso.

Verle de esta condición desesparaba á su mujer; yo me estaba en Madrid, tan ajeno de entrenerme los ratos que me dejaba el pleito y otras pretensiones como si estuviera en un desierto. Cayó mi padre enfermo, y fué el último mal que acabó su vida; fuí avisado de su peligro; púseme en camino, mas cuando llegué á mi patria ya había dado cuenta á Dios y su cuerpo ocupaba un nicho de su capilla.

Mucho se consoló mi viuda madre con verme, que era yo su Benjamín, aunque el hijo mayor, en el amor se entiende; yo estuve retirado en casa cosa de un mes, y cuando después de este tiempo salía de ella era ó á un monasterio de religiosos ó al

campo; de suerte que nunca me pudo ver doña Leonor, aunque lo deseó mucho. Obligóla esto á perder el recato de casada y á escribirme un papel acusando mi extrañeza de vida y dándome hora para que por la reja del jardín, donde solíamos hablarnos, la viese.

Volviéronseme á enternecer las heridas y traté de obedecerla escribiéndola (después de darle cuenta de las causas de mi melancolía) que sería muy puntual al lugar donde me mandaba. Llegóse la hora, fuí y víme con ella; hubo gran cosa de llanto y quejas de su esposo, si bien no le perdió el decoro con mi vista, sino en solo salir allí. Díjome cuánto se holgaba de verme; que no me escondiese de sus ojos y que creyese que ya su amor se había convertido en otro, que era de tenérmele como á hermano. Yo estimé el favor que me hacía y prometíla servir en lo que me mandaba, pues era cosa que tan bien me estaba. Parecióle hora para despedirme, por no ser echada de menos por su esposo, que había dejado en la cama, y así nos dividimos. De allí en adelante continué el acudir adonde ella se hallaba por darla gusto, aunque para mí era

martirio, que cada vez que la vía ajena de mi poder perdía la paciencia.

De esta suerte pasé dos años sin querer tratar de casarme, ni aún que me lo mentasen. Sucedió en este tiempo la mayor desgracia que se ha visto hasta hoy, por cuya causa estoy aquí. Fué, pues, que habiéndose ido doña Leonor y sus criados á holgar orilla del mar en un coche y llevando consigo á su hija, que sería de cinco años, el coche se rompió, y siendo ya casi cerca de anochecer; hubo de volver el cochero por otro coche en que llevarlas. En el ínterin que él y un criado partieron á ésto, anochecido, hallándose solas cerca del mar, en ocasión que ocho moros, que en hábito de cristianos habían entrado en Málaga, volvían á embarcarse para partirse luego; vieron la presa al ojo y una barca prevenida; abrazáronse con las mujeres; quien entre todas se resistió más fué doña Leonor, dando grandes voces y echándose en tierra. Quisieron entre dos moros llevarla; mas ella que era varonil mujer, pudo sacar á uno un puñal de la cinta y herirle con él. Visto esto por el herido, en venganza de su herida desenvainó la espada y usó de la mayor crueldad

que ha hecho bárbaro, que fué cortar de un golpe la cabeza á la dama, acabando la mayor hermosura que tuvo la Europa. Hecho esto, con la demás gente se embarcaron, llevándose también la niña.

Corrió la voz de esto luego por Málaga; porque llevó la nueva un pescador, que se escondió de miedo de los moros, porque no le prendiesen; acudió luego toda la ciudad á la marina, donde vieron aquel trágico espectáculo, que causó compasión y llanto á todos. Las cosas que hacía su esposo eran más de hombre loco que de cuerdo; tal le tenía el sentimiento de la pérdida de su esposa y captiverio de su hija; lleváronle á casa, y con él el cuerpo de la malograda señora.

No me excedió el capitán en sentimiento, que fué tan grande el mío, que me llegó con una enfermedad á los últimos términos de mi vida. Convalecí della, y habiendo en mi convalecencia pensado lo que debía hacer, una noche me salí de casa en un cuartago de campo, y en él me alejé de mi patria cuanto pude, dejando escrito un papel á mi madre, en que la daba cuenta cómo determinaba dejar el mundo y servir á Dios; que

se consolase con la presencia de mi hermano, á quien hiciese señor de toda su hacienda, que mi parte se la renunciaba.

Con esto me vine á Sevilla, donde en el Monasterio de las Cuevas, que es del Orden de la Cartuja, tomé el hábito; pero no fué tan buena mi suerte que pudiese profesar, por otra grave enfermedad que me dió. No se supo jamás que yo allí fuese religioso; tan enfermo me vieron los monjes, que me pusieron en conciencia que dejase la aspereza del hábito; hícelo así, y curáronme allí hasta que estuve en mis primeras fuerzas. Salí de aquella santa casa con no poco pesar de verme indigno de ser su religioso, y tomando un saco como éste que traigo pidiendo limosna, llegué hasta Adamuz, donde estuve dos años en una ermita, que está dentro de aquella villa. Parecióme mejor entrarme á vida de más aspereza; y así, eligiendo este sitio, he fabricado este edificio de limosnas, adonde ha diez y ocho años que estoy. Aquí he sabido que murió mi madre, y que mi hermano está muy bien casado y con hijos; el capitán, marido de doña Leonor, no se ha casado, ni hasta hoy ha tenido nuevas de su hija; verdad sea que

él es tan civil, que por no gastar en diligencias lo ha dejado así, cosa que todos le culpan. Mas dícese que de aquel sobresalto no está con entero juicio; téngole por cuerdo en haberle perdido en tal ocasión; que no podía menos en tal desgracia.

Esta es mi historia; ved si he tenido causa para haber conocido la poca seguridad del mundo.

Yo aprobé su elección, admirada de la trágica historia de la dama. En esto pasamos aquella tarde, diciéndome el ermitaño que quería otro día llevarme á Adamuz para tratar de vestirme y de enviar á Córdoba, que estaba de allí media jornada. Con esto nos retiramos á la ermita, donde pasamos en ella aquella noche como la pasada.

CAPITULO X

Cómo Teresa fué vestida por el ermitaño y llegó á Córdoba, y cómo allí se acomodó á usar de su antigua labor, con otras cosas.

Luego que la aurora comunicó su luz á los mortales, el ermitaño me despertó, que con el desvelo de la noche pasada me había dormido. Púseme en pie, y dejando cerrada la ermita tomamos el camino de Adamuz, que distaba este lugar de la ermita tres cuartos de legua. Fuímonos poco á poco á nuestro placer, ocupando el tiempo que tardamos, en contarme el ermitaño devotos ejemplos. En unos me exageraba la gran misericordia de Dios, y en otros su tremendo castigo; con tan gustosa conversación llegamos al pueblo, donde á la entrada de él estaba la casa de un labrador que aposentaba al ermitaño cuando allí iba. Fuimos recibidos dél con mucho agrado, que la

sincera santidad del anciano varón merecía tal agasajo; él le dió cuenta de mi desgracia, de la cual ya él tenía noticia por haber acudido allí los dos sacerdotes, que venían en mi compañía, desnudos como los dejaron atados aquellos ladrones. De ellos supieron mi desgracia, habiendo dado en el lugar no poca compasión, por la cual salió la justicia con mas de treinta hombres de cuadrilla en busca de aquella facinorosa gente. Mas como no tenía lugar seguro, cuando ellos llegaron á la sierra y á la parte que los sacerdotes dijeron ya se habían ido de allí.

El ermitaño, en compañía de su huésped, salió por el lugar á buscar con que socorrerme, y como el venerable viejo era allí también recibido entre la gente devota y compasiva, halló con que me vestir de cosas desechas; della al fin tuve con que cubrir mi desnudez, y asimismo cabalgadura en que llegar á Córdoba. Comí allí, y luego me puse en camino, agradeciendo al ermitaño la caridad que conmigo había usado, y rogándole que me encomendase á Dios; él se ofreció á hacerlo, pidiéndome que siempre me inclinase á la virtud; que procediendo así, nunca me faltaría Nuestro Señor.

Con esto me partí, y esa noche llegamos á Córdoba, yéndome á apear al parador de los carros, donde acudía á dejar sus cargas el ordinario que me había traído mi ropa. Halléle allí cuidadoso de partir esotro día á Madrid, no sabiendo á quién había de entregar aquella hacienda. Holgóse con mi llegada y sintió mi desgracia, de la cual le hice relación, aunque ya se la había hecho Hernando, mi criado, con no pocas lágrimas, dos noches hacía. Holguéme mucho que hubiese llegado á Córdoba por tener quien me sirvièse, que era mozo fiel y de verdad.

Hízome el carretero entrega de mi ropa, aunque fué menester para vestirme descerrajar los cofres y hacerles otras llaves, por haber perdido en la refriega las que traía.

Aquella noche la pasé más quietamente que las pasadas, pareciéndome estar ya en puerto de salvación y libre de trabajos. A la mañana escribí con el carretero á Madrid, así á mis viejas como á los Fúcares, para que me enviasen nuevas letras, diciendo la desgracia que me había sucedido; sin esto escribí también á los mismos por la estafeta que se partía aquella noche. Descansé

en aquella posada dos días, en los cuales me vino á buscar mi criado; pero contar las cosas de regocijo que conmigo hacía, fuera alargarme mucho.

Buscamos casa cerca de la plaza, y hallámosla á propósito para mi ejercicio. Comencé á manifestar mi habilidad yéndome á las iglesias á verme con las más bizarras damás que allí veía, con quien me introducía y les decía lo que habían menester para andar bien tocadas, ofreciéndome á servirlas; con que en menos de un mes ya tenía grandes conocidas, que fueron las que bastaron para hacer mi mercaduría muy vendible, y fuéralo más sino fuere por estos mantos de anascote y sombrerete (que se usan allí), cosa que estorbaba mi buen despacho. Con todo me iba bien de ganancia, y se me gastaba la mercaduría con la buena ayuda que hallé en una criada que recibí, que parece que había nacido para aquello; no vi tan curiosas manos en mi vida.

CAPITULO XI

En que se hace relación de un embuste que hizo, con lo que sobre ella sucedió hasta dejar á Córdoba.

El primero de los galanes calvos que vino baja la cabeza á mi obediencia, fué un caballero estudiante, cuyo nombre era don Jerónimo de Godoy, familia muy noble en aquella ciudad. Era de edad de veinticuatro años, muy galán, grande músico y excelente poeta. A éste le hice una cabellera, con que le dejé otro del que antes era; que cierto esto de ser uno calvo cuando es tan mozo como éste, es un gran defecto, y puédensele disculpar las diligencias que hiciere por ocultarse. Dejéle hecho un Narciso, y quedó tan agradecido á mi cuidado, que, además de pagármele muy bien, era de los que más continuamente acudían á mi casa, pues pocos días se pasaban sin que me viese. Cantábamos algunos tonos juntos, no dejando yo mi labor, con que pasábamos las

tardes; también él hacía por su particular interés, porque como á mi casa acudían las damas á hacer sus moños, participaba tal vez de su conversación, aunque no de sus defectos, que esos (con su licencia) yo los sabía en otro aposento más adentro.

Un día, entre éstos que me visitó, vino muy melancólico á mi casa, yo, que se lo eché de ver, quise saber la causa, y no hallé modo cómo pedírselo. Díjele que cantásemos.

—No estoy para esos solaces, señora doña Teresa (me respondió), que reina hoy Saturno en mí, aunque bien pudiera Marte, según me hallo colérico.

—¿Y contra quién, mi rey? (dije yo).

—Contra una dama que, aunque no había de ser la pendencia con ella, quisiérala tener con su galán por darla pesadumbre.

—¿No podría yo saber quién es (repliqué), con confianza de que guardaré secreto?

—No es de las que v. m. conoce (dijo él), porque trae hábito, que con él no necesita de pelo.

—Viuda es, según eso (dije yo); aunque no sea de mis sufragáneas conozco ya muchas en la ciudad.

—Pues así es (dijo él); sin nombrarla, porque importa, diré la ocasión que ha dado á mi enojo.

—Vaya de historia (dije yo).

El, prosiguiendo, dijo:

—Habrá cosa de seis meses que en una festividad que había en la iglesia mayor me hallé con otros caballeros de mi edad; esto fué cerca de unas damas embozadas que, con solemne risa, nos miraban y tenían entre sí gran chacota. Quise atreverme á saber dellas la causa de su contento, si era á costa de alguno de los que allí estábamos, y así me acerqué á ellas y dije:

—Muchos deseosos tienen vs. ms. de saber por qué se ríen tanto, temiéndose (y yo el primero) que es á costa nuestra su risa, por defectos que deben de ver en nosotros; todos hemos comprometido (toque á quien tocare) que vs. ms. nos digan quién es el que padece entre los filos de sus tijeras.

Una de aquellas damas dijo:

—Si tanto lo desea saber el señor embajador, sepa que él es el asunto de nuestra risa.

—Daré mucho que hacer en esa materia (dije yo), por tener tantos defectos; pero yo

perdono el que me han censurado como me lo declaren.

—Encubierto anda (volvió á decirme la dama).

—Pues aun lo encubierto no se escapa de vs. ms. (dije yo); sin duda son zahoríes que penetran con la vista las cosas secretas.

—Han sido públicas hasta ahora (volvió á replicarme).

—Ya está v. m. entendida (dije yo); habrán vs. ms. murmurado de mi cabellera; no lo podrán hacer de lo mal hecha que está, como les daba antes ocasión la fiera calva que ha cubierto, que por ser asombro de tales serafines traté de encabellecerla con la ocasión de tener la maestra en Córdoba, á quien vs. ms. conocerán también como yo, aunque no por este defecto.

Cayóles en gracia que yo hiciese gala del sambenito con tan buen despejo, y así me admitió la que solamente había hablado á conversación. Yo la tuve un rato con ella sin descubrirse, y confieso que me dejó picado con su donaire, que le tiene grande en hablar. No fué posible que se descubriese, ni yo pude penetrar nada por el manto, por ser de tres suelas. Fuéronse de allí, y yo,

disimuladamente, las seguí, teniendo particular cuidado con la que me dejaba tierno. Víla entrar en su casa, donde luego la conocí. Desde aquel día he andado inquietísimo porque me dé audiencia; héla dado música, escrito papeles solicitado el servirla, dándoselo á entender por terceras; pero no ha sido posible que me quiera admitir, ni que responda á un papel mío siquiera despidiéndome en él. Es mujer moza y hermosa; la calidad es mediana; yo, viendo esta esquividad, presumí que no era posible, sino que á alguno, más dichoso que yo, favoreciese; he andado con grande cuidado y desvelo por saber esto, y al fin he salido con saberlo, teniendo su empleo con muestras de grande amor en una persona, que me habéis de perdonar el callarla por no agraviar su flaqueza.

Yo le porfié en que no había de dejar el cuento destroncado, sino que había de acabarle, y tan importunado se vió de mí, que me dijo:

—Ya que tanto porfía v. m., habrá de saber que esta dama debe temer mucho dar cuidado á las comadres, y así gusta de entretenerse con quien le asegure de esto que,

hablando con más claridad, es con un cantor de la iglesia mayor, capón, con perdón de v. m. Tiene el mozo buena voz, y por allí ha entrado la afición, hasta llegar á lo que me ha asegurado de cierta criada que la ha servido y se salió de su casa porque la reprendió esto.

Comencéme á santiguar oyendo el mal gusto de la dama, admirándome de cuán estragada elección tenemos las mujeres.

—Si á v. m. se le ha dado parte del cuento (dijo don Jerónimo), porque cese el hacerse cruces quiero leerla un romance que á propósito de esto la escribo, el cual he hecho esta mañana.

Yo le dije que me holgaría mucho de oirle, que siendo de su ingenio y con el picante de los celos, desde luego me prometía que sería bueno. Sacó el papel y leyó estos versos:

¡Qué mal gusto tienes, Laura,
en favorecer á Olimpo,
punto menos de ciclán
y punto más de lampiño!

Contentamientos menguados
hallarán tus incentivos;
quien despierta y no ve almuerzo
de balde está el apetito.

Expira el trato de amor
donde hay gasto sin recibo;
del *debe* el libro te muestra,
que del *ha de haber* no hay libro.

Con privilegio de Venus
no entra un capón en juicio,
que está de los sellos falto
y arrugado el pergamino.

Y en amorosas audiencias
no halla despacho cumplido
viendo que sus escrituras
traen cancelados los signos.

En el fuego del amor
es garitero contigo,
Laura, que saca y no pierde,
ley tirana del garito.

Estravagante es tu gusto
y singular tu capricho,
haber puesto tu afición
en quien tiene el sexo ambiguo.

Ya no dudo del empleo,
aunque lo dudé al principio,
ni que la vergüenza pierdas
con hombre que es tan raído.

A hacer de limpieza pruebas
hallara muchos testigos,
pues de barba y lo demás
á todos excede en limpio.

Si al uno añaden dos ceros
para ser ciento en guarismo,

uno solo apenas vale
el que sin ellos has visto.

«Más al ruido que las nueces»
sólo por éste se dijo,
cuando tú estimaras, Laura,
más las nueces que el ruido.

Deja el mal gusto que tienes
con galán que es perseguido
de órganos de faltriquera
que se tocan con un silvo.

Excelente me pareció el satírico romance de don Jerónimo, y así lo celebré mucho y le rogué que no dejase de ponerle en manos de la dama, para que viendo que se sabía su mal gusto procurase dejarle.

—No sé qué me diera (dijo don Jerónimo) por verme vengado de este capón con una graciosa burla.

—¿Qué me daréis (dije yo) si se la hago de modo que esa dama le aborrezca, pena de ser ella una mentecata si no lo hiciere?

—Una cadena tiene mi señora doña Teresa (dijo él) si sale con lo que me promete.

—Pues acepto la oferta (dije yo), y vuélvaseme por acá mañana; verá cómo la trazo, que es menester comunicarla con mi almohada.

—Bien me parece (dijo él); yo me voy á

hacer que este romance llegue á las manos de esta señora capona, y en tanto, afile vuesa merced su ingenio, que de él me prometo todo feliz suceso.

Fuese don Jerónimo y yo quedé pensando qué burla le haría, dándome un poco de desvelo aquella noche; mas entre varias máquinas que formó la idea, se ofreció una á propósito que no vía la hora de comunicarla con don Jerónimo.

Volvió esotro día por la tarde á verme, diciéndome cómo sabía de cierto que el papel le tenía en las manos la viuda. Entonces me dijo que fué hija de un mercader que había sido allí muy rico y mujer de otro que la dejó también su hacienda.

Preguntéle cómo había pasado la noche. Díjome que desvelado, porque además de buscar la traza para dar el papel, le había quitado el sueño un romance que había hecho á un poeta amancebado con una vieja.

—Era destos que llaman cultos (me dijo) y hombre preciadísimo de escribir oscuro por imitar al Fénix de la cultura, don Luis de Góngora, compatriota suyo, ingenio que tanto celebró España y actualmente celebraba por sus versos, que los hizo elegantí-

simos, así en lo grave como en lo jocoso. Sobre el estar escribiendo unos versos y no quererse ir á acostar, hemos sabido que entre él y su anciana concubina hubo una gresca; á esto me han mandado escribir este romance, que ha de pasar por la aprobación de v. m. primero que llegue á las manos de quien me le ha pedido.

—Yo la daré con pasión (dije yo), y así no será buen voto el mío; mas quien le tiene tan cierto de todos, seguro irá al juicio de los críticos.

El romance dice así:

A un poeta culterano
secuaz de la seta hereje,
antipático de Apolo
y de las hermanas nueve.

A un sujeto en embrión
que aún las facciones no adquiere
á un genio crepusculante
si anochece ó no anochece.

A un transpositor de frasis
de oscuridad tan rebelde
que no hay lince del Parnaso
que su sentido penetre.

Rindióle el vendado amor
(culto por la vista) un viernes,

y de una ninfa cecial
es metrificado arenque.

Era, pues, la tal muchacha
(en edad de cinco veintes)
avestruz de muchos días,
tarasca de muchos meses.

Glotona de Navidades,
tantas devorar emprende,
que excede en antigüedad
á treinta Matusalenes.

La viviente anatomía
con caracteres de pliegues
era la musa gozada
del párvulo jovenete.

Venganza de Apolo ha sido,
que de esta manera pene
quien afecta oscuridades
entre tan claras vejeces.

Que quiso el tirano amor
que en este manjar se cebe,
aunque banquete de tabas
más era para lebreles.

Cansado de ropa vieja
que al baratillo se vende,
con la nueva se acomoda
que le abrigue y que le alegre.

A unos ojos que en su casco
infinito azogue tienen,
para más enamorarles
hizo estos elogios breves.

«Gémina de Anarda luz,
finita no, sí perenne,
que ministrando esplendores
imperiosa rindes mente.»

Con el hurto entre las manos
le cogió Sara Meléndez,
abismo de tantos siglos,
y con el culto arremete.

El delincuente pulgar
agarró para morderle
desde una boca Thebaida
un anacoreta diente.

Tal fuerza para su daño
hizo con el hueso fénix,
que en lugar de renovarse
fuera de su centro muere.

Sustituyó bien logrado
la venganza que pretende,
en faraonas encías
que magullando atormenten.

Tuvieron los mordiscones
correspondencia en cachetes;
que, con recíproco agravio,
menos el duelo se siente.

Rebeldías del disgusto
satisfacciones las vencen;
Sara perdona su agravio
y el culto lo mismo ofrece,

Mostró enconado el pulgar,

y ella, que su daño siente,
para mitigar su encono
chupósele muchas veces.

Muchísimo le encarecí lo bien escrita que estaba la sátira, y cierto que le merecía su donaire, que le tenía grande en escribir jocoso. Díjome cuán gustoso estaba con mi aprobación, que la estimaba más que todas las de sus amigos. Dejamos esta plática y metímonos en la de la burla que había maquinado hacer al capón. Comuniquéla con don Jerónimo y á él le pareció bien; yo le dije que á no estar de partida para Sevilla no me atreviera á emprender tal cosa, porque sabía cuán pesada le había de salir; pero que ese había de ser el dejo con que me despidiera de Córdoba.

Pesóle de oir esto á don Jerónimo, y díjome que él alzaba la mano del concierto si eso había de costar la burla. Yo le dije que me burlaba; lo que había de hacer era procurar que el capón me viese en mi casa con fin de oirle cantar; ofrecióse á eso don Jerónimo, y encargó á un amigo suyo que me le trujese.

Hízolo esotro día, exagerándole mi buena voz. Entró el presumido castrado á ver-

me, muy galán. Éralo cierto y no poco curioso; traía olorosos guantes de ámbar ruciente, hábito de gorguerán y bien aderezado cuello. Ofrecióseme por muy mío; estimé la merced que me hacía, y después que hubo un poco razonado, en que yo sazoné la conversación con gustosos cuentos, le puse una guitarra en las manos. Anduvo no poco galán, que tenía de músico esto de ser muy rogado; cantó un par de sones con mucha destreza, y cierto que la voz era admirable.

Alabéselo todo con grandes encarecimientos, con que quedó desvanecido, y más como me oyese decir que no había en la corte quien le excediese, y que creyese esto de mí, que había oído todas las buenas voces della. Pidióme que cantase algo y no me hice de rogar; procuré cantar con cuidado, y como me ayudaba la buena voz, que no era inferior á la suya, díle ocasión para corresponderme (habiéndome oído) en los encarecimientos; con esto le canté otros dos tonos de letras nuevas que él no había oído; pidiómelos y yo le dije que le serviría con ellos y con los demás que supiese, que le advertía que era de los mejores maestros de

la corte; la música y la poesía de los mejores poetas que cursaban la Academia de Madrid. Supliquéle me viese en particular esotro día á solas, porque tenía un negocio que comunicar con él que le podría importar.

Algo se sospechó el presumido hombre sisado, que era cosa de afición, y así me prometió venir y obedecerme; con esto se despidieron él y el amigo de don Jerónimo, que le llevó. Vino don Jerónimo esa noche verme y á saber cómo me había ido con la visita; díjele lo que habíamos pasado en ella y cuán amigos quedábamos; que era esto el fundamento para la burla. Supo cómo le aguardaba esotro día, y fuese con esto animándome á que emprendiese la burla, que allí le tenía para defenderme de lo que me viniese.

No se descuidaba nuestro licenciado Capadocia, que á las dos de la tarde ya estaba en mi casa con diferente vestido que el del día pasado y muy en ello. Después que hubo un poco de conversación, haciendo yo mi labor de moños, que él celebró mucho, tomé desta ocasión para decirle, hallándome á solas:

—Señor licenciado: ayer supliqué á v. m. me la hiciese de verme hoy para comunicarle un negocio que, si propuesto, no gusta v. m. de la ejecución, haga cuenta que no le he dicho nada. Yo, habiendo considerado en la persona de v. m. tanta gala, tanta bizarría, tan buen entendimiento, tan dulce y extremada voz, acompañada con tanta destreza, me daba un pesar de que todo esto se hallase en sujeto en quien haya la falta que todos vemos, habiendo tanta sobra de gracias.

Comenzó á ponerse colorado y á morder de un guante, y yo le dije, conociendo que le comenzaba á pesar de la plática:

—Vuesa merced no ha de sentirse de lo que le voy diciendo, que es fuerza tener la plática este principio para el fin á que la enderezo; y así proseguí. Pues como digo, teniendo este sentimiento de que v. m. no sea tan muy cabal, he querido comunicarle una habilidad que tengo, que es, ya que lo más no se puede remediar, por lo menos encubrir lo que se ve, y que los que no conocen á v. m. no le tengan por falto de nada, y así hágole saber que yo hago una destilación por quintas esencias, tal, que con ella,

lavando v. m. su rostro nueve noches cuando se fuera á acostar, quedará al cabo de estos días con barba. Este es remedio tan probado, que se hizo la experiencia en un criado mío que me sirve y le verá v. m. con mostachos.

Llamé luego á Hernando y vióle, quedándose admirado de lo que oía y no poco contento en lo interior. Yo proseguí diciendo:

—Esta habilidad, señor mío, fuera muy bien premiada si como v. m. hubiera un millón de hombres en el mundo; mas todos los que padecen este defecto ó son pobres ó religiosos que se les da poco por encubrirle ya que han sido conocidos; sólo con un hijo de una señora he hecho esta experiencia, por quien se hubo de hacer la prueba en este mozo (que de agradecido desto me sirve habrá cuatro años), el cual me gratificó bien el dejarle con apariencia de hombre. No digo esto por encarecer la cura, que mi intención es de servir á v. m. y dejarle á su cortesía después el hacerme favor.

Era el señor capón mollar de entendimiento, y cayó al punto en el garlito; creyéndo lo que le decía yo, y alegre sobremanera, me dijo:

—Vuesa merced, señora mía, no debe de ser criatura mortal; ángel, sí, que ha venido á esta ciudad para mi consuelo; mil gracias doy á Dios por habérmela dado á conocer. Yo, señora, tengo la presencia que vuesa merced sabe bastante, no sólo á agradar con ella á los hombres que trato familiarmente, mas á las mujeres, y certifícola que aun con mis tachas soy solicitado, más por mi talle y gala que por mi voz. Quiso mi corta dicha dármela buena cuando niño, y un tío mío, tutor de una poca de hacienda que me dejó mi padre, sin haber en mí rotura alguna me hizo violentamente castrar, que cada vez que me acuerdo de esta inhumanidad pierdo el juicio. Hízolo con celo de que tuviese aumentos á costa de mis menguas. Téngolos, porque aunque me dan ochocientos ducados de renta y porque me hallo bien en esta ciudad, no estoy en Sevilla ó en Toledo, que ya me han rogado con mayores partidos.

—Debe v. m. de tener aquí amores (dije yo).

—Prometo á v. m. (dijo), si lo hemos de decir todo, que no falta quien me favorezca, que todo se gasta en este mundo, y tal hay que con mis faltas me adora.

Conociendo la hilaza que descubría el licenciado, yo me di por victoriosa de la conquista que emprendía. Llegó á exagerarme tan por menudo sus perfecciones, que me dijo que calzaba solos siete puntos de zapato, cosa desusada en los que padecían su defecto, pues universalmente tenían todos grandes pies.

—Vamos á lo esencial (dije yo). V. m. ya ha visto este mozo; si quisiere enterarse más de que le trato verdad, yo le mandaré que se deje reconocer de v. m., que no quiero que me tenga por embustera.

—¡Jesús, señora mía! ¿Había v. m. de tratar de cosa que después, no saliendo con ella, quedáse en mala opinión? Yo la tengo creída; y así me pondré en sus manos, quedando muy satisfecho de que me deje tan bien barbado como á este galán.

—No quiero yo (le dije) que v. m. tenga zalea de barba, que eso en mi mano está; sola la suficiente á un hombre de su porte, y en las partes que se requiere la he de poner, dándole muy poblados bigotes y clavo.

—Pues ¿qué se ofrece para que comencemos esto? (dijo él). Yo deseo verme en otro semblante.

—Que tenga v. m. paciencia (dije yo), y un poco de ánimo para darme dineros conque compre las raíces, gomas, piedras preciosas y perlas de que se ha de sacar esta agua, que de todo esto consta.

—¿Cuánto será menester?

—Hasta mil reales (dije yo) costará todo, que es cosa de estima como v. m. ve.

—No me da cuidado aunque sean más; yo enviaré dos mil, para que v. m., á su gusto, compre cosa buena y que aproveche.

Con esto se despidió, diciéndome que otro día enviaría á un criado suyo con el dinero. Encarguéle mucho que no comunicase el secreto con nadie, aunque fuese con el dueño de su alma.

—Vuesa merced pierda cuidado (dijo él); que antes quiero que de repente me vea más galán y con la perfección que me falta.

Con esto se despidió de mí, y me dejó admirada que tan fácilmente hubiese creído un disparate como aquél.

Vino luego don Jerónimo y díjele lo que pasaba, con que mostró el mayor contento del mundo, diciéndome que saldría con mi burla sin duda alguna, porque el sujeto era

á propósito, faltándole entendimiento y sobrándole presunción.

El día siguiente no se descuidó el buen capón, que con dos criados me envió los dos mil reales y un presente de dulces por principio de paga.

Costóme la burla haber de desengastar unas piedras de unas sortijas que tenía, y en particular en una joya de diamantes que me dió mi esposo cuando me casé.

Sin esto, por hacer más número, rogué á don Jerónimo me trujese otras si tenía algún lapidario conocido, que aunque no fuesen finas, el sujeto del capón era fácil de engañar, y quería que viese la prevención que hacía para su cura.

Hízolo así don Jerónimo; y en tanto que me las traía, yo me previne de cantidad de alambiques y de fornacha, poniendo en astillero la distilación, para que la hiciese el licenciado. Hice traer también hierbas de la botica; y todo esto escribí en una larga receta para satisfacer al paciente.

Vino á verme aquella tarde, y hallóme cercada de alambiques de hierbas, de raíces y de cajuelas de piedras y perlas, con que quedó muy contento viendo que no me des-

cuidaba. Prometíame montes de oro si le dejaba barbado; yo se lo aseguraba con tanta certeza, como si ya lo estuviera, con que estaba loco de contento.

Era mi ruiseñor aquellas tardes, y no había día que no me viese. Ya había puesto una alquitara con dos alambiques en un aposento encimá de donde hacía labor, y dellos se destilaba una agua de la primera hierba olorosa que se me vino á la mano. Esta le daba á entender que había de ser destilada otras dos veces.

No hacía si no preguntarme cuándo se acabaría la distilación, y yo le decía que presto; yéndole entreteniendo porque continuase con los regalos que todos los días enviaba.

Pareciéndome que ya era bien concluir con este engaño y dar venganza á don Jerónimo, saqué una agua fuerte por la alquitara que, puesta en cualquier parte, abrasaba y dejaba señales. De ésta llené una pequeña redomilla, que di al capón, diciéndole que con aquella agua se había de lavar muy bien y cubrirse lo lavado con un paño; y que aunque escociese lo sufriese con paciencia, que aquello era obrar la naturaleza

para abrir las vías por donde había de barbar. Díjele que se había de lavar los dos lados, el bozo y barba.

El capón tomó su agua, y por principio de paga me dió una sortija con cinco diamantes, diciéndome que aquello no lo tuviese por paga, que con más me había de servir. El se fué, y yo quedé disponiendo mi mudanza á otra parte, porque sabía cómo había de quedar el enamorado capón. Hallóme don Jerónimo previniendo mis cosas, y pareciéndole que él era causa de mi mudanza, quiso que la hiciese á una casa de un tío suyo, canónigo de Sevilla, donde él asistía por su ausencia.

Era fuera de la ciudad y con muy gran jardín; allí llevé mi ropa con ánimo de no salir donde me viese nadie, hasta partir de Córdoba.

Volvamos al capón, que llegada la hora del acostarse se lavó muy bien, guardando el orden que su médica le había dado; y poniéndose el paño se entró en la cama: comenzó el agua á hacer su efecto, dando terribles dolores, que él sufrió por ver cuánto le importaba barbar. Fué bastante el lava torio para no dormir en toda aquella noche

levantóse á la mañana, y acercándose á un espejo se quitó el paño, viendo la más lastimosa labor, procedida del agua, que sus ojos habían visto. Todo el rostro tenía llagado; y no así como quiera (según supimos de los que le vieron), sino con heridas para curarse muchos días.

Envió luego á un criado á darme aviso de cómo estaba, y como viese mi casa cerrada y que los vecinos le informaron de mi mudanza, volvió á decírselo á su afligido señor, el cual se dió por engañado, congojándose de tal manera, que le sobrevino una calentura, con que tuvieron en que entender los médicos y un diestro cirujano. Corrió la voz por Córdoba de la burla de la Castellana, que así me llamaban todos, y hablaban de diversas maneras en ella.

Unos se holgaban del castigo del capón, enfadados de verle tan presumido, y otros decían que había sido inhumanidad tratarle de aquella manera. Más de un mes estuvo el desdichado en la cama, quedando de la refriega no sólo con señales en el rostro, pero con muchas rugas, de suerte que estaba feísimo, con lo cual la viuda dió en aborrecerle, y se dejó la amistad.

CAPITULO XII

En que se refiere la sobreburla que se le hizo al licenciado, y cómo dejó Teresa á Córdoba y se fué á Málaga.

Mientras pasó la borrasca del capón no salí de casa de don Jerónimo, llevándome él las nuevas de todo lo que pasaba, y así mismo de la figura con que quedó, que era motivo para mofar todos de él; no salía sino á la iglesia, á su coro y luego se volvía á la posada.

No quiso don Jerónimo, con haber logrado su venganza, dejar de pasar con la burla adelante; y así, con la ocasión de estar allí un autor de comedias, escribió un entremés, en que acomodó la burla. Dióselo al autor, y él le repartió entre los compañeros y ensayó hasta saberle muy bien.

Llegóse el día en que representaba, y éste me llevó don Jerónimo embozada á la comedia. Púseme un manto de tres suelas

y mi sombrerillo; y así, sin que nadie me conociese, pude estar en el teatro y ver representar el entremés, que por dármele después don Jerónimo y saberle de memoria, quiero que el lector se entretenga un rato. Era éste:

EL BARBADOR

FIGURAS

Piruétano.	Capón.
Pescaño.	Lampiño 2.º
Lampiño 1.º	Músicos.
Calvo.	

(*Salen* Piruétano *y* Pescaño.)

Piruét. ¿Te admiras?

Pesc. Sí, que siento de que trates
emprender tan notables disparates.

Piruét. Tú no sabes, Pescaño, á cuánto obliga
esta necesidad, fiera enemiga.
¿Pusiste ya los rótulos?

Pesc. Sí, amigo;
ya los dejo en esquinas bien fijados,
y á todos sus lectores admirados.
En ellos dice que Ozmín Piruétano
de Cochinchina, de nación griego,
ha llegado del Asia á aquesta corte,
trayendo del Gran Turco pasaporte;

el cual, con cierta confección, se atreve
á que, en espacio breve,
barbas hará nacer al más lampiño
y al que fuere castrado desde niño.
Item al que tuviere la mollera
más lisa que su loza en Talavera.
Esto, ¿podrás cumplirlo?

PIRUÉT. En ningún modo;
mas con la industria yo saldré de todo.

PESC. El cielo me asegure los temores
de verdugo, borrico y chilladores.

PIRUÉT. ¡Qué necio estás, Pescaño! Emprende [osado
que al atrevido favorece el hado.
Dime, un amolador, ¿no se sustenta
echando aquí á perder toda herramienta?
Y con ver todos que hace aqueste daño,
no le falta que hacer en todo el año.
Yo vi un hombre en Madrid que se ofre- [cía,
con dos unturas, á dejar preñada,
dentro de un mes, la vieja más pasada.
Acudió á su posada mucho gente,
y el picarón, más cauto que inocente,
antes de ver del mes el día postrero
acogióse, y llevóles el dinero.
Como esas cosas en la corte vemos
que se sufren y pasan; hoy tendremos,
Pescaño amigo, aquí moneda fresca,
y verás con el modo que se pesca.
¿Tienes todo recaudo prevenido?

PESC. Todo lo tengo aquí.

PIRUÉT. Dame el vestido.

PESC. Póntele presto y toma este tocado.

PIRUÉT. Advierte que has de ser hoy mi criado.
¿Los músicos?
PESC. Ya quedan ahí fuera.
PIRUÉT. ¿Dónde, Pescaño?
PESC. Al pie de la escalera.
PIRUÉT. ¿Está buena la barba?
PESC. Está extremada.
¿Y yo?
PIRUÉT. Tienes rarísima fachada.
Mi intérprete has de ser; yo hablaré á [bulto.
PESC. ¿En qué lenguaje?
PIRUÉT. Bien pudiera en culto,
mas quiérole más claro.
PESC. ¿De qué suerte?
PIRUÉT. Yo me daré á entender, atento advierte.

(*Vístense como está dicho; entra el* LAMPIÑO 1.°)

LAMP. 1.° ¿Está en casa el señor Ozmín Piruétano
de Cochinchina?
PESC. Aquí le véis presente.
LAMP. 1.° El alto cielo su salud aumente.
PIRUÉT. ¿Gorgotón?
PESC. Mi señor...
PIRUÉT. *Mesques meschá-* [*tete.*
PESC. Que se cubra vosted dice.
LAMP. 1.° ¿Lo entiende?
PESC. Sí, aunque no hable español, mas ya lo [aprende.
LAMP. 1.° Seis años ha, señor, que soy casado
por mi desdicha, y como no he barbado
en todo aqueste tiempo, le prometo
que no me tiene mi mujer respeto;

ella lo manda todo, ella gobierna,
y yo lo sufro con paciencia eterna.
Barbas pide, señor, mi desventura.

PESC. ¿Hasta dónde?

LAMP. 1.º Hasta el pecho ó la cintura,
que si en esto consiste el respetarme,
de una vez, no de dos, he de barbarme.

PIRUÉT. *Brinche parchaz.*

LAMP. 1.º ¿Qué dice?

PESC. Que un ducado
le dé primero y se verá barbado.

LAMP. 1.º Aquí tiene un doblón.

PIRUÉT. A la capacha.

LAMP. 1.º ¡Que sea el ser lampiño tan gran tacha!

PIRUÉT. *Achombo, achombo, achombo.*

PESC. Llegue, encaje
el parche de barbar.

LAMP. 1.º Eso deseo;
nunca hizo doblón tan buen empleo.

(*Poníanle una barbilla colorada, arrimóse á un lado y salió el* CALVO.)

CALVO. Dios le prospere y guarde dos mil años
al gran reparador de ajenos daños.

PIRUÉT. *Mosborotón, mosborotón.*

CALVO. No entiendo.

PESC. Dice que es descortés: ¿entiende?

CALVO. Es cierto;
mas por ser calvo no me he descubierto;
ya mi defecto á vuesarced he dicho;
deseo que me cubra de pelusa,
que para vivir quieto no se excusa;

porque mi calva, viéndomela todos,
es el blanco á que tiran sus apodos.

PIRUÉT. *Pitón bolce, pitón.*

PESC. Con dos doblones
aliviará el buen calvo sus pasiones.

CALVO. Velos aquí y aun más si me pidiera,
á trueque de excusar la cabellera.

PIRUÉT. *Casquitilinguacoz.*

PESC. Baje el casquete,
que le quieren poner un capacete.

CALVO. Esto sí que es echar por el atajo,
para no ser de niños espantajo.

(*Pónenle un birrete colorado, arrímase y sale el* CAPÓN, *que le hacía una mujer.*)

CAPÓN. ¿Quién es aquí el señor Ozmín Pirué-
[tano?

PESC. El que ocupa esa silla.

CAPÓN. Dios le guarde.

PIRUÉT. Este para barbar ya llega tarde.

CAPÓN. Señor, yo fuera un hombre consumado
si, con ser yo capón, fuera barbado.
Yo soy el alegría de las damas,
quien las divierte allá en sus soledades,
y, en fin, el ruiseñor de sus beldades.
Tengo buen talle, buena voz y cara,
escápome de ser un mentecato,
y calzo siete puntos de zapato.
Barbas pretendo, sólo barbas quiero.

PIRUÉT. Este, con ser capón, es majadero.
Trexicoscón, trexicoscón.

CAPÓN. ¿Qué dice?

PESC. Que con trescientos reales luego en plata,

le pondrá el barbacacho de escarlata.
CAPÓN. En este bolso ofrezco cuatrocientos,
y si me barba bien daré quinientos.
PIRUÉT. *Achombo.*
PESC. Llegue.
CAPÓN. Excuse la zalea.
PESC. Una barba tendrá como desea.

(*Pónenle la barbilla colorada, arrímase con los otros, y sale el* LAMPIÑO 2.º)

LAMP. 2.º ¿Yace el barbador insigne
en esta mansión?
PESC. ¿Qué quiere?
LAMP. 2.º Barbimostachar, señor.
PESC. Ahí le tiene presente.
LAMP. 2.º ¡Oh!, barbipleno diluvio;
cerdosísima torrente
de materia zaleosa,
archibarbado de requiem;
refugio, asilo y amparo
de tanto lampiño estéril,
que se tuerce en profecía
lo que no palpa ni tuerce.
PIRUÉT. *Costricón, costricón.*
PESC. Dice
que se explique brevemente
sin preámbulos prolijos
lo pue en su causa pretende.
LAMP. 2.º Que me place. Ha siete lustros,
ó cinco si no son siete,
pueda hacer que me engendró

mi padre Onofre Gutiérrez.
Preñada de mí mi madre,
dióle un mal de madre un viernes,
de comerse un melón de agua
que quiso todo comerle.
Dos médicos, no muy doctos,
la recetan que la echen,
para aplacársele el mal,
un ayuda de agua fuerte.
Recibióla, y yo que estaba
descuidado y en su vientre,
recibí el escopetazo
del jiringal pistolete.
Como era el séptimo mes
de su preñado, le vienen
al instante lós dolores,
y nací en el mismo viernes
con la barba desollada.
Sané de ella en tiempo breve,
y al darme el bautismo santo
porque helarme no pudiese
el agua, mandó el padrino
mezclarla con más caliente;
echóse hirviendo en la pila,
chapuzóme el doctor Lesmes
abrasándose las manos
y yo de nuevo peléme.
Esta es la causa, señor,
de que mi barba remede
á un guijarro de Torote.
Si barbas como prometen
tus rótulos, dame barbas.

PIRUÉT. *Quatri corchaz.*
LAMP. 2.° Entendedle:
¿cuatri qué?
PESC. Dice que cuatro
cientos reales merece
por dejarle bien barbado.
LAMP. 2.° Soy poeta y no se entiende
con ellos que den moneda,
pues siempre de ella carecen.
Si cura pobres de balde
como los potreros, este
rostro me pueble de barbas.
PIRUÉT. *Zaramacotón.*
PESC. Que llegue.
(*Pónenle la barbilla colorada.*)
De balde, encaje el poeta;
barbará, *Deo volente,*
más que un armenio bribón.
Baile y música comiencen.
LAMP. 2.° ¿Baile?
PESC. Es cosa inexcusable,
porque el ejercicio espele
porosidades cerdosas.
LAMP. 1.° Nadie excusarse pretende.
CALVO. Ya mujeres han venido
para bailar.
LAMP. 1.° Si hay mujeres,
en el baile me hago rajas;
toquen y canten voarcedes.
(*Salgan mujeres y músicos, comienza el baile.*)
A aumentar barbados

vino á aquesta corte
un maestro insigne
de lejas regiones;
á todo lampiño
da barba y bigote,
que no se le escapan
aunque sean capones.
Toda lisa barba
hace que se forre
de cabello espeso,
si el casquete coge.
Aquí ponen barbas,
llegad mirones;
que en trayendo moneda,
todo se pone.

(*Estando bailando vánse* PIRUÉTANO *y* PESCANO.)

LAMP. 2.° ¿Dónde se fué el barbador?
LAMP. 1.° Allá dentro.
LAMP. 2.° ¿Si se fuese
y nos dejase burlados?
CALVO. Burlados no, que el casquete
me levanta ya el cabello.
CAPÓN. Veamos cómo encabelleces.
(Quítale el casquete y halla un papel.)
La calva está como de antes
y un papel sobre ella tienes.
CALVO. Veamos.
CAPÓN. Este es el papel.
Dice así, en razones breves:
«Quien de lijero se cree,
téngase la burla que le viniere.»

CALVO. ¡Por Dios, que ha sido gran burla!
CAPÓN. ¡Que cuatrocientos me cueste!
LAMP. 1.° A mí un doblón.
CALVO. A mí cuatro.
MÚSICO. Con nosotros se consuelen,
que también nos ha estafado
en no pagarnos.
LAMP. 2.° Pues este
es daño general;
bailando y cantando pueden
entrarse con la letrilla
del barbador insolente:
«Aquí ponen barbas,
llegad, mirones;
que en trayendo moneda,
todo se pone.»

Acabóse el entremés con este baile, dando grandísima risa á todos, con que se renovó la burla del desollado capón, con lo cual le obligó á irse de Córdoba, acomodándose en Jaén con menos partido, por huir de que no le corriesen por las calles.

CAPITULO XIII

Donde hace relación del mayor de sus embustes en Málaga y lo que dél sucedió.

Como estaba en resolución de irme de Córdoba en aquel mes que estuve retirada en la casa de don Jerónimo, maquiné uno de los mayores embustes que ha trazado mujer, deseando que tuviese buen efecto, para quedar dichosa por toda mi vida.

En la historia que me contó el ermitaño de Sierra Morena, sucedida en Málaga, me acordé que me dijo que al tiempo de ejercer aquella inhumanidad con la muerte de la malograda doña Leonor la habían captivado los moros á su hija de cuatro ó cinco años, que se llamaba Feliciana, y que desde entonces hasta ahora no se sabía nueva alguna della, ni la tenía el capitán, su padre. Pues antojóseme hacerme yo aquella niña robada, que, según el tiempo, tendría veinticuatro años, y de esa edad era yo. Esfor-

zóme esto el saber que Hernando, mi criado, había sido captivo cuatro años en Argel y estaba práctico en las cosas de aquella tierra, de donde había venido seis años había.

Era mozo de agudo entendimiento y presto para cualquier cosa; díle cuenta de mi intento, aprobóle y ofreció ayudarme en todo, instruyéndome en el tiempo de nuestro retiro en lo que había de decir de Argel, haciéndome nueva relación de sus cosas notables, de la condición y trato de los moros, de cómo se portaban con sus captivos, y de todo quedé muy enterada.

Con esto fuí previniendo de secreto cuanto era necesario; vendí todo el menaje de mi casa; hícelo dinero; convertido en doblones y joyas acomodé las monedas en una almilla mía y las joyas en una faja, y, con toda la prevención que fué menester, dispuse mi partida para Málaga; tomamos mulas, y despidiéndome de mi protector don Jerónimo, me dió la prometida cadena por la burla del capón. Sintió que me ausentara, porque se juzgaba él causa de mi partida; pidióme que le avisase de donde estuviese, que él no sabía dónde era mi partida.

Salimos de Córdoba un lunes de mañana y, sin sucedernos nada, llegamos media jornada antes de la ciudad de Málaga; era una aldea donde comimos aquel día. Allí determiné quedarme; pagué al mozo de mulas y él pasó á Málaga y de allí á Granada; aquella tarde salió Hernando á buscar si en aquel lugar hubiese un rocín de venta para nuestro propósito; hallóle como deseaba, y concertado con el dueño se le pagó.

En éste salí el día siguiente á Málaga antes que amaneciese. Á media legua de este lugar había un bosquecillo, adonde nos entramos; era al tiempo que comenzaba el alba á mostrar su luz; allí fué donde nos vestimos al modo que Hernando había ordenado.

Yo me vestí una almalafa de varios colores que había comprado en Córdoba, y encima della un alquicel blanco; calcéme al modo de Argel, que también el calzado vino hecho al propósito, muy al propio de aquella tierra; compuse de ajorcas de oro mis manos y con un hilo de perlas la garganta; el cabello llevé suelto y cosidos los dos lados con listones de nácar; buenas arracadas de perlas en las orejas y, después de la

compostura, me cubrí el rostro con un volante de plata, largo.

Hernando se vistió una jaquetilla azul, calzones de angeo, albornoz listado de negro y blanco, bonete colorado, medias blancas y alpargatas finas. Con esto y ser él moreno parecía propio captivo de los rescatados de Argel ó Tetuán; al fin él hacía el papel como quien se había visto en otra representación como aquélla, aunque más de veras.

Después que los dos nos vimos vestidos tuvimos grande risa con la novedad del hábito, diciéndome Hernando que me estaba de mora muy bien. Ya llevábamos hecha una certificatoria que el mismo Hernando había escrito, en que daba razón dónde habíamos tomado puerto, que fingíamos habernos escapado del poder de moros; adelante se verá cómo la ordenó, que era el mozo sagacísimo y gallardo escribano.

En todo lo que duró el camino de allí á Málaga me fué instruyendo en cuanto había de decir de Argel y en algunos vocablos de la aljamía, que yo no sabía aunque me había enseñado della mucho desde que emprendí esta quimera.

Llegamos á aquella antigua ciudad, se-

pultura que fué de Florinda, perdición de España, y preguntando por las casas del capitán don Sancho de Mendoza, nos guiaron allá.

Era ya cerca de las oraciones, y, con ser á esta hora, la novedad de nuestro traje juntó tantos muchachos y gente vulgar que nos seguía, que apenas podíamos andar por las calles. Llegamos á la casa de don Sancho, y, apeándome, Hernando dijo á un criado que dijese al capitán cómo estaba allí una mujer que le quería hablar á solas. El le respondió que su señor estaba recién convaleciente de una enfermedad de que aún no se había levantado, que no sabía si se le podría hablar. Oyó esto un capellán de casa y díjome:

--Suba v. m., señora, que el capitán mi señor nunca estorba á nadie la entrada en su casa; v. m. le hablará.

Quedóse Hernando con el rocín y en guarda de una maleta, y yo con más ánimo que el caso pedía subí acompañada del capellán, que me llevó hasta una pieza antes donde tenía la cama el capitán; allí me dijo que aguardase y él se entró á avisarle de mi venida.

Estaba entreteniéndose á los cientos, con otro caballero anciano; díjole cómo estaba allí y en qué hábito, cosa que le alborozó mucho, y mandó que entrase luego. Entré procurando que el despejo mío deshiciese cualquiera sospecha, y halléme en la presencia de un venerable anciano, á quien ya como á padre que esperaba lo había de ser mío; hice una gran cortesía, quitado el rebozo; él me correspondió con otra y me mandó allegar una silla. Díjele que le quería hablar á solas, y respondióme:

—Cualquier cosa que v. m. me pueda querer, no importa que esté presente el señor don Fernando, mi primo.

—Para lo que yo deseo hablar con vuestra merced no importa (dije yo), y más siendo pariente, que tendrá parte de gusto en mi venida.

Dejáronnos solos á los tres; y yo, de una cajita de hoja de lata, saqué unos papeles, y de ellos escogí uno que puse en manos del capitán, suplicándole que leyese en alto; él se le dió á aquel caballero, y oyó él estas razones:

«Certifico yo, Galcerán Antonio, notario de esta ciudad de Valencia, que á la playa

de ella, en el lugar que llaman el Grao, arribó una barca con treinta seis personas, que en ella dijeron haberse escapado tres días había de la ciudad de Argel, donde estaban captivos en poder de infieles, entre los cuales venía doña Feliciana de Mendoza y Guzmán, que dijo ser nacida en la ciudad de Málaga, hija del capitán don Sancho de Mendoza y de doña Leonor de Guzmán, adonde fué captiva de edad de cinco años con dos criadas de su madre; á petición de la cual, he dado esta certificatoria signada de mi signo y firmada de mi nombre, y asimismo comprobada por tres notarios de la misma ciudad, en que certifican mi legalidad.» Seguíase á esto la comprobación de los tres notarios.

Apenas el caballero leyó la certificación, cuando yo llegué, y puesta de rodillas, pedí al capitán la mano, como hija suya, mostrando algunas lágrimas, que me ocurrieron que fueron de grande importancia. El capitán, bañado en ellas, me recibió entre sus brazos, dándome muchos besos en la frente y diciéndome entre sollozos:

—¡Ay, hija querida de mi alma, único consuelo mío y alegría de mi vejez! ¿Es po-

sible que haya permitido el cielo, tras de tan largo tiempo, haberte traído á que me cierres los ojos y muera yo consolado?

No hacía sino abrazarme y yo besarle una mano, derramando también lágrimas. El caballero que estaba allí, no menos tierno que su primo, le dijo:

—Dejad, señor don Sancho, que todos participemos de ese contento, que sin pensar nos ha venido en la señora mi sobrina y vuestra hija.

Abrazóme, echándome mil bendiciones y diciendo:

—¡Válgame Dios, lo que te pareces á tu desgraciada madre; hágate el cielo más dichosa que á ella!

A las voces que oyeron los criados entraron todos de tropel, y su dueño les dijo:

—Hijos míos, besad la mano á mi hija, que por milagro de los cielos ha venido á que la vean mis ojos antes de que me los cerrase la muerte.

Todos, locos de contento, llegaron á quererme besar las manos; yo los abrazaba con mucho gusto.

Pasó luego la palabra por la ciudad, y en aquella noche no quedó caballero en ella ni

señora que no fuesen á dar la norabuena al anciano don Sancho, holgándose mucho de la buena suerte que había tenido en ver á su hija en su casa cuando menos se pensaba.

Muchas lisonjas oí de aquellas damas, en particular de las parientes; hiciéronmelas conocer á todas, teniendo yo mucho cuidado con saber de cada una quién fuese.

Dieron lugar para la cena; quedáronse á ella dos ó tres señoras de las parientas más cercanas y sus maridos, y pusieron las mesas en el mismo aposento donde mi nuevo padre tenía la cama. En tanto que se prevenía, yo llamé á un criado y díjele si había visto al que me acompañaba. Preguntóme el capitán qué le decía, y le dije que le pedía por el hombre que había venido conmigo desde que desembarqué en Valencia, que era persona á quien, después de Dios, debí mi libertad y á quien había de galardonar su fidelidad y amor.

—Es muy justo, hija mía (dijo él); haced que le regalen.

—Ya está hecho, señor (dijo el criado), y la cabalgadura puesta á recaudo.

—Pues suba acá ese hombre.

Hicieron subir á Hernando, el cual despejadamente habló en las cosas que de Argel se le preguntaron como quien las sabía razonablemente. Díjole el capitán cómo sabía de mí lo que había hecho en mi libertad, y que estuviese cierto que no dejaría sin premio lo que había hecho en orden á ella. El respondió que para él el mayor premio era haberme servido y desear continuar todo lo que tuviese de vida.

Con esto dió lugar á que nos sentásemos á cenar; sirvióse una espléndida cena de muchas ensaladas, platos y dulces. Alzáronse las mesas, y quiso el capitán que, en presencia de aquellos caballeros y damas, dijese el modo cómo me había venido de Argel. Yo ya había prevenido este lance y traía pensada mi mentira, pues sabía que en ella se fundaba mi máquina; diéronme atención y comencé mi historia de esta suerte:

Habiéndome captivado de esta tierra, como todos saben, juntamente con dos criadas, fuí llevada de la barca á un bergantín, adonde me pasaron. Esto digo por habérselo oído (siendo mayor) referir á una de las dos criadas, que se llamaba María (también tomé el nombre de memoria de la relación

del ermitaño, preguntándoselos todos después). Con esto llegamos á Argel, adonde me compró á mí y á esta criada Muley Cidan, un moro rico y administrador de la aduana y rentas que el gran señor tiene sobre ella; en su casa estuve hasta edad de veinte años, haciendo más de seis que era solicitada de Alí Cidan, hijo de mi patrón, para que dejase mi ley y que sería su esposa. Mas yo, bien instruída de la criada con quien fuí captiva, resistía á sus importunaciones, desengañándole que antes perdería mil veces la vida que dejar mi religión.

Era grandísima la clausura nuestra, en particular cuando había redentores de las Ordenes de la Merced ó la Trinidad, que ellos llaman *Papaces*, que entonces no nos dejaban ver la luz del sol, y así ha sido esta la causa para que no se supiese dónde estaba hasta ahora. En este tiempo murió Muley Cidan, y quedó su hijo Alí con la mayor parte de su hacienda y esclavos, que eran muchos; en particular, procuró que yo no saliese de su casa. Al principio tratóme bien, con intento de que yo renegase; mas como conociese mi perseverancia, echó la culpa de esto á María, la criada que estaba en mi

compañía, á la cual comenzó á tratar tan ásperamente, que esto la ocasionó una grave enfermedad, de la cual murió, con mucho arrepentimiento de sus pecados.

Sentí en extremo su muerte, porque me amaba tiernamente y la tenía en lugar de madre. Dentro de pocos días supe la muerte de su compañera, que estaba en poder de otro moro rico.

Pensó Alí Cidan que faltándome del lado mi consejera yo vendría á condescender con su voluntad; mas hallóse engañado, porque vió mucho más valor en mí que hasta allí. Valiérase de la violencia si no fuera por su madre que le iba á la mano, diciéndole que esperase en el tiempo, que él me haría mudar de opinión viendo estar dudoso mi rescate.

En este tiempo andaban ciertos captivos de un vecino de Alí Cidan (moro de cuenta) por huirse en una barca; dieron parte de su intento á este criado que viene conmigo, conociéndole práctico en la tierra y que sabía bien la lengua; él los animó á la empresa y ofreció su ayuda, acompañándose de otros captivos compañeros suyos. Juntábanse las noches en un baño de Alí Cidan

todos (que así se llaman las prisiones de los moros), adonde con más fundamento trataron su fuga.

Era Hernando muy conocido mío, y no quiso dejar de darme parte de lo que intentaban, persuadiéndome á que me fuese con ellos. Vi dificultosa la salida por el grande encerramiento en que estaba; mas con todo, dije que dilatasen la partida por ocho días, que en tanto abriría el cielo camino para que yo saliese de aquella opresión. Así le sirvió con sobrevenirle á Alí Cidan una grave enfermedad, con que era menos nuestro encerramiento, por faltar en esto su cuidado.

Advertíselo á Hernando, con lo cual dió más prisa á la partida; previnieron una barca buena y señalaron la noche de la fuga, pues con este aviso todos estuvimos con cuidado, y á la media noche rompieron los captivos la puerta del baño y fueron por mí.

Con el desvelo que todos los de casa habían tenido las noches pasadas asistiendo al enfermo, estaban vencidos del sueño; y así pude, no sólo salir de casa, pero tomar algunas joyas y ropa della para pasarlo mejor. Salí donde me aguardaban los captivos;

alegráronse con verme, y todos juntos nos fuimos quietamente hasta el muro, de donde nos descolgamos con cuerdas por estar las puertas cerradas.

Fué suerte no ser sentidos de las guardas de la ciudad, lo cual nos alentó para llegar presto á la marina. Sacaron aquellos captivos de entre unos árboles los remos para la barca que habían allí escondido, y con ellos entramos en ella; y encomendándonos á Dios, comenzamos nuestro viaje con viento próspero, que ayudaba á nuestra fuga. Mas la fortuna, que nunca permanece en un ser, torció el aire y comenzó á alterar el mar, de modo que comenzamos á padecer una áspera tormenta, en que nos vimos en grande aprieto, porque el viento era contrario, y temimos que nos volviera al peligro, dando con nosotros en la playa de Argel. Duró el temporal dos horas, al cabo de las cuales se sosegó el mar y pudimos volver al viaje, sirviéndose Dios de que arribásemos al Grao de Valencia, donde tomamos tierra, besándola no pocas veces y dándole gracias de las mercedes que nos había hecho.

Los captivos vendieron la barca; yo me vine á Valencia, donde tomé esta certifica-

ción después de habernos presentado al virrey, que me honró mucho, sabiendo quién era; de allí hemos venido por Murcia hasta la patria, acabándose mis desdichas con haber llegado á la casa de mis padres, donde nací.

Este discurso hice con tan buen despejo y significación de palabras, ya enterneciéndome, ya alegrándome en las ocasiones que lo pedía, que todos creyeron mi embeleco.

De nuevo me abrazó mi padre y aquellos señores deudos, y siendo hora de recogerse, se despidieron.

Lleváronme dos criadas ancianas de mi padre á un bien aderezado cuarto, adonde reposé aquella noche, aunque parte de ella di al desvelo, considerando cómo me había de portar hija de tal padre y tan estimado en la ciudad.

CAPITULO XIV

Que prosigue con el engaño de ser hija del capitán, la estimación en que la tenían y cómo se vino á saber el embuste hasta salir de Málaga.

El siguiente día mandó el capitán (que de aquí adelante llamaré con nombre de padre) sacarme vestidos costosísimos de casa de los mercaderes y que se hiciesen con brevedad. Presto me vi en otro hábito, y tan bizarra, que me daban todos el primer lugar de hermosa en la ciudad, con no poca envidia de las damas.

Tenía mi presencia hechizado á mi padre, que se andaba tras de mí embelesado. Luego no faltaron pretensores para ser yernos suyos, frecuentando la calle con paseos á pie y á caballo; algunos dellos me propusieron mis deudos, mas yo decía que harto moza era para casarme; que quería gozar un par de años de la compañía de mi padre; que

después habría lugar para tratar de tomar estado con su licencia. Con esto le obligaba á quererme más; no había fiesta donde no me llevase, recreación que no viese, gala que no me sacase; y finalmente, era el dueño de su voluntad y hacienda.

Mi criado Hernando estaba ya en otro hábito; porque informando yo cómo era un hidalgo honrado de la montaña, quiso mi padre que sirviese en casa de gentilhombre, dándole dos vestidos negros, aderezo de espada y buena ropa blanca.

En este estado me puso mi industria, feliz si durara, pues no podía yo desear más que verme conocida por única heredera de un caballero de seis mil ducados de renta, querida dél, estimada de todos y pretendida de muchos para esposa.

Mas la fortuna, que no da los contentos consumados, y éste, por el camino que había sido, tenía dudosa duración, permitió que al puerto de Málaga llegase un bergantín de Lisboa, del cual saltaron á tierra cuatro mujeres y tres hombres. Preguntaron por la casa del capitán don Sancho de Mendoza, y fueron guiados á ella. Venía una de las mujeres con un lucido vestido de camino, á

quien el principal de los tres hombres llevaba de la mano, no menos lucido que ella.

Era un joven de veintiséis años, de gentil talle y gallarda disposición; los demás venían detrás como criados suyos. De esta forma entraron en casa de mi padre á hora que acabábamos de comer; dijeron que le querían hablar; retiréme una pieza más adentro, y de allí estuve con cuidado acechando lo que querían: tomaron asientos, y el caballero habló de esta suerte:

—Ha sido, señor don Sancho, este día para mí el más feliz que podía esperar, por haber llegado á vuestra presencia en compañía de esta señora, á quien después conoceréis, para lo cual es bien que primero leáis este papel que importa.

Púsole á mi padre en las manos; sacó sus anteojos, y leyéndole en alto pude oir que decía así:

«Certifico yo, Vasco de Gama, escribano real de Su Majestad en esta ciudad de Lisboa, cómo el Padre maestro Fray Antonio Mascareñas, de la Orden de la Santísima Trinidad, redentor que fué electo desta provincia para el rescate de los captivos cristianos que están en poder de moros en el

reino de Marruecos, rescató, entre ducientas y trece personas que trujo de aquellas partes, á doña Feliciana de Mendoza y Guzmán, natural que dijo ser de la ciudad de Málaga, hija del capitán don Sancho de Mendoza y de doña Leonor de Guzmán, su mujer, la cual fué captiva en su patria de edad de cinco años, y por haber sido conocida por mujer noble costó su rescate ocho mil escudos, de los cuales pagó los seis don Duarte Coutiño, caballero de esta ciudad, que se halló captivo asimismo con ella debajo del dominio de un dueño, con el cual se casó luego que desembarcaron en esta ciudad de Lisboa *in facie Ecclesiæ,* de que yo asimismo doy fe, por haber estado presente á sus bodas; y así doy esta certificación signada y firmada de mi signo y nombre.—*Vasco de Gama.*»

Con este papel le mostró otro impreso y autorizado del provincial y redentor de la Santísima Trinidad, en que venían los nombres de los captivos que habían rescatado en aquella redención, entre los cuales estaban los de esta dama y caballero: todo le leyó el capitán, el cual, después de haberle leído, muy admirado, le dijo al caballero:

—Espantaráse v. m. que con estos papeles no haga la demostración debida de levantarme á abrazar á esta señora como hija que piensa ser mía y á v. m. como á esposo suyo. Pues sepa que no es sin causa, porque habrá dos meses que llegó á esta casa otra señora con la misma certificación que vuestras mercedes y con señas tan bastantes de su captiverio y fuga, que hoy la tengo reconocida por mi hija, y así está en mi compañía querida y estimada de mí; hállome dudoso á cuál de estas dos me crea por parecerme haber traído bastantísimos papeles para certificarme la verdad.

Atajóle, el discurso que iba á proseguir, la dama, diciéndole:

—Vuesa merced, señor, no dé crédito á papeles; pero si acaso se acuerda de esta reliquia que cuando nací me puso quitándola de su cuello, ella podrá hacer más fe que todo lo que ha visto.

Mostróle una pequeña cruz de oro de extraordinaria labor, que tenía en su hueco un pedazo del sacrosanto madero de nuestra Redención; la cual reconoció el capitán como quien la había traído de las Indias, y allí se la había dado su madre.

Con esta tan cierta seña abrazó á la dama y caballero, y llamando á sus criados les mandó que á mí me encerrasen en un aposento, dejando una criada conmigo que me hiciese guardia. Asimismo mandó hacer otro tanto de Hernando, lo cual se ejecutó al punto. Yo, al principio, visto aquello, comencé á mostrar valor quejándome que diese mi padre crédito á dos viandantes para tratarme de aquella suerte, que á Dios me quejaba de aquel agravio. No me valieron para dejar de ponerme á buen recaudo, con que me vi afligidísima y tan arrepentida de haber emprendido aquel embuste, que diera un brazo por verme libre dél.

El capitán no quiso que esto se supiese en la ciudad, y así mandó á los criados que ninguno hablase palabra hasta saber de mí cómo había intentado tal embeleco. Agasajó á la hija y yerno mucho, regalándolos con grande cuidado, y aquella noche se fué á ver conmigo: hallóme bañada en lágrimas, y algo enternecido me dijo el buen viejo estas razones:

—Los aumentos de mayor estado han disculpado muchas tiranías que se han ejecutado en el mundo, de que las historias están

llenas, no perdonando los hijos á los padres ni los hermanos á sus hermanos: en éstos reinaba el de mayor poder, como en otros la sobra de sagacidad.

He dicho esto, porque no me admira que un hombre de mediano porte, por sus trazas llegue á verse en mayor altura, que virtud es cuando no la emprenden con ruines medios. La desgracia del captiverio de mi hija y no haber sabido en tanto tiempo nueva de dónde estuviese, habrá dado á algunos intento de hacer lo que vos habíades conseguido (señora doncella); siendo reconocida de mí, por dar crédito á vuestros papeles y fe á vuestra bien estudiada relación: hubiérades sido muy dichosa, si otra con más verdaderas señas no deshiciera vuestra máquina, que confieso traíades bien fundada. Otro quisiera que se castigara vuestro embeleco para dar miedo á que no se atreviesen á usar tales estratagemas; mas mi clemencia y ver en vos buenas partes me hace que me contente con que me digáis vuestra patria, quién sois y cómo habéis hecho este enredo, ó quién os indujo á él.

Aquí hizo pausa á su razonamiento, con que aguardó mi respuesta; yo, viendo estar

descubierto mi embuste, le dije, puestos los ojos en tierra:

—No debe ser culpable en ningún mortal el deseo de anhelar á ser más, el procurar hacerse de más calificada sangre que la que tiene; supuesto lo cual, en mí no se me debe culpar lo que he hecho, puesto que fué con esta intención de valer más; y así, por la trágica muerte de mi señora doña Leonor de Guzmán, vuestra esposa, supe la desgracia de haber captivado á vuestra hija, con su nombre y el de sus criadas: á quien se la oí fué á un santo varón que, retirado del siglo, está en la soledad sirviendo á Dios con grandes penitencias y aprobación de quien le conoce su riguroso modo de vida. Es de esta ciudad, y caballero; su conocimiento fué en Sierra Morena, huyendo de la violencia de unos facinorosos salteadores que, tras de haberme despojado querían hacer de cuanto llevaba, hasta dejarme desnuda, el último despojo en mi honestidad; libróme el cielo y mi valor, que le tuve en tan apretado lance. Allí, como digo, conocí á este varón del cielo que originó mi traza para hacerme vuestra hija, y cierto que iba enderezada más á hacer-

me de buena sangre con ser hija vuestra, que á las comodidades de hacienda; porque, aunque vago por el mundo, puedo asegurar que he guardado siempre los preceptos de la buena enseñanza y educación que tuve (quedando huérfana de mis padres) en casa de unas virtuosas mujeres vecinas suyas.

Soy de Madrid; hija de un hidalgo de la montaña; hasta ahora me he sustentado de el trabajo de mis manos: por estar sin el cuidado de buscar hoy lo que tengo de comer mañana, quise de una vez verme en la alteza de ser vuestra hija; mas el cielo, que permite, pero no para siempre, ha declarado la verdad; á vuestros pies me postro para que hagáis en mí el castigo que tal delito merece, que bien sé que soy digna dél.

Aquí comencé á derramar abundancia de lágrimas, con que de nuevo enternecí al anciano caballero; él me consoló y dió su palabra que por haberme tenido aquel poco de tiempo por su hija de su casa no recibiría daño, antes todo favor y buen pasaje adonde determinase irme. Yo le agradecí la merced que me hacía, y quise besarle una

de sus manos; no me lo consintió, antes me abrazó. Preguntóme mi nombre, díjele el verdadero, con que me dejó.

Al tiempo de salirse de donde estaba le supliqué por Hernando, que de su generosidad recibiese la mesma merced y favor que yo. Prometióme hacerlo.

Con esto se volvió adonde estaban su hija y yerno, y les dió cuenta de lo que le había pasado conmigo: eran los dos de generosa sangre y piadosas entrañas, y aprobaron lo que había propuesto de hacer.

El día siguiente entregué las llaves de mis cofres donde tenía mis vestidos, habiendo sacado primero la almilla en que traía estofada mi moneda y la faja de mis joyas sin que nadie la viese.

Esta entrega les volvió á enternecer, y, usando el capitán de su generosidad, me dió dos ricos vestidos de los que se me habían hecho, su hija una sortija y el yerno una vueltecilla de cadena.

No me prometí yo cuando se descubrió mi embuste tanto bien que tomara salir de su casa con sólo el vestido que llevaba encima: hízolo el cielo mejor, que suele (para que conozcamos la bondad de su Criador)

hacernos favor cuando merecemos pena y castigo.

A Hernando también le dejaron los dos vestidos que le habían dado, con harta pesadumbre de los criados de casa, que quisieran que se los quitaran por esperarlos heredar algunos. También le entregaron el rocín, en el cual, con harto sentimiento, me partí de Málaga aquella tarde, agradeciendo al buen capitán la merced que me hacía, que si publicara mi enredo, toda la ciudad me apedreara, y saliera della por lo menos afrentada; quiso tener oculto el caso hasta verme fuera de la ciudad.

Tomamos el camino de Granada, adonde pensaba que me iría bien en mi oficio, y sin sucedernos nada llegamos á aquella antigua ciudad, madre de tanta nobleza africana y ahora patria de tantos católicos caballeros.

Bien tuvimos que contar por el camino de lo pasado, dando cada instante gracias al cielo de la piedad que usó con nosotros en Málaga. Tomamos una buena posada, donde estuve ocho días mientras hallaba casa á propósito. En uno de éstos quise divertirme y ver una comedia, que tenía noticia estar allí una muy lucida compañía.

Tomé lugar en el corral, adonde en el primer paso de la comedia se me ofreció á la vista el licenciado Sarabia, que hacía el primer papel en ella. Salió muy bizarro, y como tenía buen talle dábale realces el vestido.

Holguéme infinito de verle, y mucho más con su representación, que era entonces la persona que más fama tenía en la comedia. El hizo extremadamente su papel, dejando al auditorio gustosísimo, y saliendo toda su gente diciendo mil alabanzas de lo bien que lo había hecho.

Confieso que me renovó las antiguas heridas, viendo otro hombre en él; porque lucía, sin comparación, mucho sin el hábito de estudiante, y que esto me hizo desear manifestarme y que supiese que estaba allí. No lo dilaté para otro día, porque sabiendo su posada le hice llamar. Salió así como había representado donde yo estaba, y llegándose á mí, me dijo, con el sombrero en la mano:

—¿Es v. m. (señora mía) quien ha preguntado por mí?

Yo, disimulando la habla, le dije que sí, y que se sirviese de seguirme, que tenía un negocio que tratar con él en mi posada.

Bien se pensó él que ya yo venía rendida, y así dijo que guiase, que él me iría acompañando con mucho gusto.

Fuimos hablando por el camino en la comedia y en lo bien que él había representado en ella. Estimó las alabanzas que oía de mi boca, con que llegamos á mi posada. Entré en ella sin descubrirme hasta que entré en mi aposento, adonde, quitado el manto, él se quedó admirado cuando me conoció. No pudo abstenerse de no abrazarme; correspondíle, y tomando asientos nos dimos cuenta el uno al otro de nuestras vidas. El me dijo de la suya que luego que yo falté de Madrid había muerto su padre muy pobre, con lo cual él dejó los hábitos de estudiante, y en una buena compañía de representantes se acomodó, que salía de la corte á la Andalucía, donde hizo segundos papeles con tanta aprobación del auditorio, que acabó el año haciendo los primeros; y que así lo había continuado hasta allí, ganando treinta reales de ración y representación cada día, siendo rogado de todos los autores y persuadido de los señores de la corte, que son los que patrocinan la comedia y hacen las compañías.

Preguntéle si se había casado; díjome que no, porque se hallaba mejor soltero, aunque otros tenían por razón de estado casarse con mujeres celebradas en la comedia, teniendo galas y que gastar por ellas; pero que él estaba entonces fuera de verse en esa.

Díle yo cuenta de mi vida sin tocar en lo de Málaga, que dejaba tan reciente porque no me tuviese por embustera. Aquella noche quise que cenase conmigo, y después de la cena se fué á su posada, pidiéndole que me viese cada día. Prometió hacerlo así, pues tan bien le estaba el visitar á persona á quien tanto había querido y deseado servir.

CAPITULO XV

En que da cuenta de su casamiento con Sarabia, y cómo se entró á comedianta, con lo más que le pasó hasta salir de Granada.

Con la continuación de visitarme Sarabia tan galán y verle yo representar, se me abrieron las antiguas heridas del pasado amor, y paró todo en matrimonio, persuadiéndome él á que nos casásemos, que con mi buena voz ganaría muy buen partido en la compañía, que junto con el suyo sería suficiente para pasarlo bien los dos. Tanto me dijo, que me determiné á seguir aquella profesión, á que yo siempre fuí muy inclinada desde niña; de suerte que todas las veces que vía comedia envidiaba notablemente á aquellas mujeres della, y las galas que traían.

Tenía el autor necesidad de una voz como la mía para tener una consumada música en la compañía; y así, habiéndole dado

cuenta de su empleo Sarabia, lo aprobó y ofreció ayudarle en cuanto se le ofreciese, prometiéndole dineros adelantados si los hubiese menester. Fuémelo á decir Sarabia; mas yo le dije que no embarazase al autor en aquello, que yo me hallaba con trescientos escudos y dos ricos vestidos (que eran los de Málaga) para poder pasar sin entrar en deudas con el autor.

Holgóse Sarabia de oir esto, y tratóse luego de hacer las amonestaciones; las cuales, hechas en un sábado que holgaba la compañía, nos desposamos y velamos, acudiendo toda ella muy de gala á la boda, siendo el autor padrino, y una mujer de la comedia que hacía los primeros papeles, la madrina.

Hubo aquella tarde mucha fiesta en la posada del autor, adonde comimos aquel día. Esa noche me ensayaron en un tono; con que esotro día (que era domingo) me planté en el tablado á cantar, que á la novedad de la recién venida á la compañía hubo mucha gente. Parecí á todos bien, según dijeron, y quise revalidar las aprobaciones cantando sola en la tercera jornada, donde en un tono nuevo que yo sabía dies-

tramente hice alarde de mi buena voz y destreza, de modo que dejé admirado al auditorio, diciendo que con mi persona había el autor hecho la mejor compañía de España.

El estaba loco de contento, y mucho más mi esposo, que se juzgó con mi compañía el más feliz hombre del orbe.

A la fama de mi voz, que corrió por la ciudad, se dobló el auditorio en la comedia; y aunque ella fuese de las que atraen silbatos y castra-puercos, se salvaba por mí. Esto conocía bien el autor, y así me regalaba con grande cuidado; hacía algunos papeles pequeños, en que di muestras de que representaría bien.

Presto lo vió con claras experiencias, sucediendo caer enferma la mujer que hacía los primeros papeles de las damas, por lo cual se me dió uno de una comedia que habíamos de estrenar de allí á seis días. Para éstas hice hacerme un bizarrísimo vestido con mucha plata. Llegóse la ocasión y di tan buena cuenta de mi persona, que excedí con grandes ventajas á la compañera enferma, diciendo todos que haría el autor muy mal en quitarme los primeros papeles.

Toda la compañía quedó admirada de ver

cuán bien había representado, y que por esto había durado la comedia ocho días.

Había en Granada algunos señores que estaban pleiteando en aquella Real Chancillería; uno de ellos, caballero mozo, rico y lucido, que dió en festejarme y comenzar á hacerme regalos de dulces y de meriendas; acudía las noches á mi posada. Daba Sarabia lugar, con irse de casa, á que hablásemos á solas, cosa que yo me ofendía mucho; porque aunque en los de aquella profesión sea estilo, yo quería bien á mi esposo, y no gustaba de aquellas conversaciones que estimaran mis compañeras ver en sus casas, teniendo no poca envidia de mí.

Murió la enferma compañera, con que yo quedé heredera de sus papeles, con mucho gusto del autor. Acrecentóme el partido de suerte, que con los dos ganábamos cincuenta y cuatro reales cada día; con que lo pasáramos bien si Sarabia no se comenzara á distraer con darse al juego, de modo que cuanto ganábamos estaba jugado esotro día y se buscaba para la comida.

Al principio lo comencé á llevar con paciencia; mas después fué tanto lo que me desabrí, que no traía gusto conmigo.

Era el autor viudo, y muriósele su dama en la compañera que faltó; quiso que como le sucedí en los papeles le sucediera en el amor; yo no estaba de ese parecer, ni era como las otras, que le obligaban con sus cuerpos porque no faltase moneda en sus bolsas digo, la ración y representación cierta. Yo me tenía mi dinerillo que ocultaba de Sarabia, y no sabía de él sino Hernando, que todavía asistía en mi servicio. Con esto no había menester dar gusto al autor ni aun al príncipe aficionado mío, y así me esquivaba de todos.

Llegó la rotura de Sarabia en el juego á tanto, que comenzó á empeñarme los vestidos con que me había de lucir. Con esto no teníamos hora de paz, atreviéndoseme á ponerme las manos. Vino su desvergüenza á tales términos, que me comenzó á decir que bien podía no ser singular en la comedia, sino admitir conversaciones de quien me quería bién, que otras alzaran las manos al cielo de tener las ocasiones que yo y mayores aumentos. Finalmente, él me dió á entender que no le pesaría de verme empleada en el príncipe que me pretendía, con lo cual vía abierta permisión á toda rotu-

ra, y en él dispuesto sufrimiento para todo.

Una de las cosas que más hacen perder el amor que tienen las mujeres á los hombres es el verse desestimadas de ellos, y en particular ser tratadas como mujeres comunes y de precio. Visto lo que Sarabia me había dicho, desde aquel punto se me borró el amor que le tenía, como si no fuera mi esposo y le hubiera amado tanto.

Dióme la ocasión, y yo no la dejé pasar; así que comencé más afable á dar audiencia al príncipe, el cual comenzó á cuidar de mí por lo mayor, gastando conmigo largamente en galas, pues me daba cuantas se ofrecían al propósito de las representaciones. Podíase hacer otra historia de los papeles con que le daba los buenos días mi criado Hernando, que eran á este modo:

«De aquí á seis días estrenamos una comedia nueva, en que salgo vestida la primera jornada de labradora; la segunda, de hombre, y la tercera, de dama. V. S. se sirva que con su cuidado no desdiga de mi lucimiento: éste espero de su generosa mano, y véngaseme por acá, que se deja ver á deseo.»

Deste género tenía cada vez que había comedia nueva papeles. Queríame bien, y no

reparaba en gastar cuanto le pedía, aunque fuesen impertinencias; como tal vez se ofrecía para el vestido de ángel, ya el de mora, ya el de bandolero, ya el de india; de suerte que él era el obligado á adornar todas mis transformaciones á costa de su moneda, que gastaba conmigo sin duelo. Harto se daban al diablo sus criados; pero él hacía su gusto.

Como Sarabia me vió en el empleo que deseaba, cursó el juego con más asistencia, y traíale tan fuera de sí, que por el desvelo de jugar erraba algunos papeles, ydábase al diablo el autor no aprovechando el reñirle para que se enmendase.

Ya yo no hacía caso dél; daba cuenta de lo que me tocaba, y no me metía en más. Con todo, me pidió el autor que por orden de aquel señor que me festeaba se le diese una mano: parecióme que le sería de enmienda; y así, un día le di cuenta del distraimiento de mi marido, y cómo llegaba á tanto, que lo pagaban mis galas vendiéndomelas ó empeñándolas. Sintiólo mucho por ser contra su hacienda; pues faltándome, era cierto acudir ya á él, y así le cogió un día y le puso de vuelta y memoria, amena-

zándole que si sabía que jugaba me había de apartar de su compañía, y á él le había de hacer castigar de modo que no fuese hombre en toda su vida. Amedrentóse con esto; consideró lo que perdía y su poca seguridad si se resolvía á castigarle, y así no trató de jugar más que para sólo divertirse una cosa moderada.

Con esto volvimos á tener paz: acabó el autor sus representaciones, y así salió de Granada para Sevilla. Asistía allí el príncipe con su casa, y sintió en extremo que el pleito le embarazase de modo que no pudiese irse á Sevilla en mi seguimiento; pero consolóse en que esperaba presto la sentencia, y que luego se vendría de propósito, porque sabía que habíamos de estar allí por lo menos un año.

El día que partió la compañía se me tomó litera en que fuese sola, y un criado suyo en una mula fué á mi lado acompañándome y con dinero para regalarme por el camino y orden de asistirme en Sevilla, así para mi regalo como para mi guarda, que temía no hiciese empleo. Dióme cien escudos para cintas, y salimos con eso de Granada sin sucedernos nada.

CAPITULO XVI

De lo que le sucedió en Sevilla; cómo hizo una burla á unos médicos, que fué ocasión de enviudar.

DESDE Granada hasta Sevilla volvió el autor á darme nuevos tientos en su pretensión: mirar qué lindo para quien tenía mucho dinero y el gusto hecho á tratar con un señor pródigo y enamorado: halló en mí la misma resistencia que antes; de suerte que desistió de la pretensión algo corrido, redundando de esto querer vengarse de mí, como adelante diré.

Comenzamos en Sevilla á representar con tanta aprobación del auditorio y alabanzas suyas, que todos decían no haber tales dos personas como Sarabia y yo en toda España. Cada día acudía más gente á nuestro corral, faltándole al autor del otro, con echar cada día comedia nueva y ser buena la compañía. Mas estaba yo tan señora de mi repre-

sentación y acciones, que eso y la buena voz traía la gente á oirme de los más remotos barrios de la ciudad, estando á la una del día el teatro que no cabía de gente.

Sucedió enviarnos de Madrid una comedia escrita por tres poetas de los mejores que se conocían entonces.

Era la comedia de aparato, galas y grandes tramoyas; el papel primero parece que se había cortado para mi representación; éste me quitó el autor por vengarse de mi desprecio, y se le dió á la compañera, que hacía los segundos papeles. Sentílo con extremo; pero no me dí por entendida, sino tomé el papel que se me repartió, viendo que el autor por su tema se hacía á sí mismo la befa.

Con todo, no quise dejar de vengarme de aquel agravio que confesaba toda la compañía habérseme hecho; y así, habiendo tres días antes prevenido y convidado al pueblo con esta comedia, exagerando su bondad y las galas que se habían de sacar en ella aquella mañana que habíamos de hacer el último ensayo della para hacerse á la tarde, me fingí enferma de un grave dolor en el estómago y vientre, de que mostraba

faltarme la respiración; di parte de mi embuste á mi marido y á Hernando; vino el autor diciéndome que me animase, que bien podía ir á ensayar.

Yo le dije que mi vida la estimaba en mucho y que no podía hacer lo que mandaba ni aun hablar, quejándome con grandes gritos. Comenzó á afligirse, diciendo ser el más desgraciado del mundo en que esto le sucediese cuando toda la ciudad estaba convocada para aquella comedia, puestos carteles y compuesto uno de los mayores teatros que se habían visto en el mundo. Yo le significqué mi pesar, y que quisiera estar para representar; mas el dolor que padecía era intolerable.

Llamaron dos médicos que acertaron á pasar por la calle; entonces subieron á verme en presencia del autor, y, tomándome el pulso, dijeron me comenzaba la accesión; quisieron ver la orina, y para que la tomase, dieron lugar saliéndose otra pieza más afuera. No me hallé con disposición de tomarla; y así, Hernando en su lugar echó un poco de vino blanco en un orinal que les mostró á los doctores. Pasó plaza de orina para con ellos, que no tenían mucho de Ga-

leno, pues eran de los que se convidaban con sus personas por las calles, no de los que por su buena fama son buscados en sus casas. Vieron, como digo, la orina, sin desengañarles el olor del vino, y dijeron mil desatinos sobre ella. Acordaron que me sangrasen de los dos tudillos luego, y que á la tarde se me echase una ayuda, con que se fueron cuidadosos de volver á verme.

Costosos remedios eran para mí los recetados, no me estando bien el hacerlos. Salió Hernando fuera y trujo sangre del rastro, que pasó plaza, en cuatro escudillas, de ser mía, y el clistel dijo habérseme echado. Cuando los médicos volvieron á verme tocaron el pulso y dijeron que me hallaban aliviada, si bien no libre del todo de la calentura. Yo me quejaba menos como no estaba allí mi autor; díles ocho reales, con que fueron contentísimos, que quizá no habían ganado otro tanto en toda aquella semana, y yo quedé con escarmiento de no curarme con semejante gente.

Acudió mucha gente á la fama de la comedia; disculpóse el autor de no la hacer por mi enfermedad; conoció allí la falta que hacía, pues sin mí no hubo sosiego en

el auditorio, estando todos desazonados.

Esotro día, tampoco quise que representase, pasando con mi mal adelante, con que se desesperaba el autor. Al fin al tercero día se hizo la deseada comedia, en la cual la dama compañera erró el papel y dió que notar al auditorio y decir que se me había hecho agravio en quitármele, por lo cual no se le lució bien la comedia; contra sí hizo y á dinero pagó su tema.

No le sucedió más, aunque vió siempre en mí resistencia á su gusto. Era rectísima guarda el criado del señor conmigo; pero no por eso dejaba de admitir visitas de otros señores, si bien no le perdí la lealtad al que dejaba en Granada con esperanza de verle presto en Sevilla.

De la burla que hice á los médicos (que después supo el autor, para que se enmendase en no tomar temas conmigo) tuvo motivo Sarabia para escribir un entremés. Era pública la burla por Sevilla, y así cayó más en gracia cuando se representó, si bien al poeta y á mí nos estuvo mal. He querido ponerle aquí por divertir un rato al lector y mostrar la habilidad de mi esposo.

El entremés es éste:

LA PRUEBA DE LOS DOCTORES

FIGURAS

TRUCHADO.
GINÉS.
BRÍGIDA.
DOCTOR RIBETE.
DOCTOR MATANGA.
DOCTOR REBENQUE.
MÚSICOS.

(*Salen* GINÉS *y* TRUCHADO, *su amigo.*)

GIN. Ya os he dicho, Truchado, que es mi gusto.
TRUCH. Vuestro gusto será, mas es injusto.
GIN. He de experimentar su amor en Brígida.
TRUCH. ¿Su amor? Ved que os adora.
GIN. No confío,
que de amor de mujer siempre me río.
TRUCH. Ahora lo veréis con experiencia.
GIN. Y con ese veré la oculta ciencia
de los anti-esculapios de este tiempo,
por quien un gran poeta de retruécanos
y coplas revoltosas cobró fama,
haciendo este satírico epigrama:
«De médicos está lleno,
malos, el mundo, y por Dios,
que diera Galeno, el bueno,
heno á más de veintidós
que visten veintidoseno.»
TRUCH. Es extremado.
GIN. Va de burla, amigo;
ya me empiezo á quejar.

(*Sale* Brígida.)

Truch. Señora Brígida.
Bríg. ¿Quién llama?
Gin. Yo, mujer, que vengo malo.
Bríg. ¿Es de veras, marido, ó es regalo?
Gin. Tal regalo os dé Dios. ¡Ay, que me muero
sin remisión!
Truch. Hacedle que se acueste.
Bríg. ¿Qué tenéis?
Gin. Si os alegra, tengo peste.
Bríg. ¿Peste, señor Truchado?
Truch. No, señora;
un vahído le dió; no será nada.
Bríg. Más valiera ser peste confirmada.
Gin. Los médicos llamad, que este es mi gusto.
Truch. No os asustéis, señora.
Bríg. No me asusto.

(*Váse* Brígida.)

Truch. Brígida se lastima ya de veros.
Gin. Mejor la pongan en un fuego en cueros.
En la cama me zampo de repente,
quiero hacer del quejoso y del doliente.

(*Entrase así vestido en una cama, y sale* Brígida *con tres médicos:* Ribete, Matanga *y* Rebenque.)

Bríg. Aquí están, marido mío,
el señor doctor Ribete,
el señor doctor Matanga
y el señor doctor Rebenque.
Gin. Lleguen en buen hora todos.

RIB. Dios guarde á vuestras mercedes.
¿Qué es esto, señor enfermo?
GIN. Señor, un grave accidente
que me inquieta los sentidos.
RIB. Dios querrá que se remedie.
Deme ese pulso derecho,
y veré de qué procede.
Ya que el pulso le he tomado,
vuesas mercedes se enteren,
que él después informará
de su mal.
MAT. Bien me parece.
(Tómanle el pulso.)
TRUCH. ¿Juntar á tantos galenos
tan presto? Brígida quiere,
cansada de su marido,
las reverendas ponerse.
RIB. Pues hemos tomado el pulso,
el enfermo ahora puede
informarnos de su achaque.
GIN. De buena gana; escúchenme.
Trajéronme ayer, señores,
para fiesta de un banquete
del vino más estimado
siete frascos de Torrente.
Púselos sobre una mesa,
y una mona (que quien tiene
mona con vino es un asno)
quebrómelos todos siete.
Dióme del susto (¡ay de mí,
que el pesar me desfallece!
¡No mas monás en mi casa!)

un dolor tan vehemente,
que del fin de los zancajos,
tan ofensivo se atreve
á trepar por las canillas
como si fuera grumete.
Hace asiento en las rodillas,
y, con cólera valiente,
por las dos tablas muslares
á las hijadas se viene.
Malo fuera para atún;
nadie quisiera comerme,
mejor fuera en lo sensible
para mula de alquileres.
El punzativo contagio
hace de su daño asperges;
por la ventrícula playa
mondonguero es de mi vientre.
Al estómago se sube,
y de su alcoba se extiende
hasta escalarme el gaznate,
la boca, muelas y dientes,
narices, ojos y cejas;
aposéntase en la frente,
dominando imperioso
del colodrillo á las sienes.
Este es mi accidente en suma.

RIB. ¿Reconcéntrase en las renes
esa intención dolencial?

GIN. Y tan pulmónicamente,
que es ya mi riñonicida:
tanto me aprieta y ofende.

REB. ¿No tranquiliza el tesón?

GIN. No lo entiendo.
REB. ¿No lo entiende?
Digo, si lo vigoroso
suele estar intercadente.
GIN. Menos lo llego á entender.
MAT. Si lo sensible padece
opresión universal,
sin darle lugar al *requies*.
GIN. No puedo hacer responsión
si clara no me hablan mente.
RIB. ¿Dicen si el mal le estimula
ad invicem, ó si tiene
impírica posesión
en el cuerpo permanente?
REB. ¿Si ofende ó no á todas horas?
GIN. A todas horas me ofende.
RIB. Menester es ver la orina.
(*Sacan un orinal con vino.*)
TRUCH. Aquí está.
RIB. Galenó, *in Verrem*,
y Rasis en su *Thebaida*,
este color aborrecen.
MAT. Hipócrates, en su *Eneida*,
dice que el peligro teme
del enfermo, que esta orina
ex corpore suo expelet.
GIN. ¡Buenos andan los galenos
Y es un vinillo de Yepes
trasladado al orinal.
TRUCH. Di, ¿qué pretendes,
Ginés, con aquesta burla?
GIN. Que las cabezas se quiebren

mientras que de ellos me río.

Truch. ¿No ves á Brígida Pérez
cómo atenta les escucha
lo que entre los tres confieren?

Gin. Debe importarla que hagan
los disparates que suelen
hasta dar fin con mi vida,
que mudar de estado quiere.

Mat. Ginés, el mal es tan grave,
que retirarnos conviene
á hacer los tres una junta
sobre lo que hacer se debe;
que la orina nos indica
estar el cuerpo doliente
de grave morbo.

Gin. En buen hora;
hacerla allá fuera pueden.

Rib. Déjennos solos aquí.

Gin. Solos á los tres los dejen.
Mujer, retiráos allá.

Bríg. ¿Quién habrá que me consuele?
¡Ay, marido de mi vida,
que te mueres, que te mueres!

(*Váse.*)

Gin. Mejor te coja una tapia,
y á quien á ti te creyere.
¡Mal haya el hombre que fía
en vuestro llanto, mujeres!
Pues allá se han retirado,
quiero escuchar lo que quieren
hacer estos tres alfanjes,

ó montantes de la muerte.
(*Levántase cubierto con una manta.*)

REBEN. ¿Tiene muchos sufragáneos
el señor doctor Ribete
en quien su ciencia se ocupe?

RIB. Tendré como diez y nueve.
¿Y vuesa merced, señor?

REBEN. En mi lista doce ó trece.
¿Y en la del doctor Mortaja?

RIB. Diez y ocho, que está ausente.
¿Y vuesarcé, seor doctor?

MAT. El primer enfermo es éste
que en este mes me ha venido.

RIB. ¿Y en el pasado?

MAT. Hasta veinte
encaminé á la otra vida.

GIN. ¡Malos garfios te desuellen
hasta verse las entrañas!
¿Tú eres médico? Eres peste
y contagio universal.

RIB. Pues sin curar, ¿en qué entiende?

MAT. Tomo lecciones de esgrima.

GIN. Del fiero homicidio quiere
ser graduado *in utroque;*
él saldrá muy eminente.

RIB. ¿Qué tiempo tiene su mula?

MAT. Tendrá como treinta meses.

RIB. ¿Es mansa?

MAT. Como una onza
cuando sus cachorros pierde.

RIB. ¿Es suelta de pies y manos?

MAT. Y tan resuelta, que puede

dar á la *Tabla redonda*
más *pares* que ella se tiene.

GIN. Para tus muelas, doctor.

MAT. De las cosquillas procede
el ser algo juguetona.

GIN. Reniego de sus juguetes
si no son contra su amo.

MAT. Esa vuestra me parece
que no es del todo muy sana.

RIB. A dar mordiscones puede
apostárselas á todas.
Sabe curar diestramente
todo mal de lobanillos,
por lo diestro con que muerde.

GIN. A Genebra con la cura
y á Lucifer que la piense;
al fin, tal como su amo,
que todos resabios tienen.

RIB. La mía, á dar cabezadas
ninguna puede excederle,
que ha muerto cuatro doctores.

GIN. Y cuando al quinto le entierren,
ganará mucho la corte
con el sujeto que pierde.
Avisón, mirones míos,
quien cayere malo aceche;
que esto hacen los idiotas,
pero no los eminentes.

RIB. ¿Qué sentís de aqueste enfermo?

REBEN. Que está peligroso, y puede
darle este mal en modorra
si al pelicranio le vence.

Y para que se descargue
el humor de que procede,
he de echarle cien ventosas
fajadas.

GIN. Mejor te tuesten,
ministro de Satanás.
¿Fajadas? Este pretende
como á tafetán ó raso
escaramuzado verme.

RIB. Yo le echaré doce ayudas
de bencina y agua fuerte
para evacuarle el humor.

GIN. Mejor de un rollo te cuelguen.

MAT. Pues yo, tras los dos remedios,
le purgaré doce veces.

GIN. Purgas malas te dé Dios
que del cuerpo no las eches
y si las echaras salgan
como mangas de cohetes.

RIB. Volvamos á visitarle.
y déjenme vuesarcedes,
que yo le he entendido el mal
y haré lo que conviniere.

(*Vuélvese* GINÉS *á la cama y llegan los doctores.*)

Señor Ginés, su dolor,
que por los talones viene,
comenzó por sabañones,
intruso ya en los juanetes;
en las rodillas es gota,
hijada en la *finbria ventris*,
ceática en las caderas,

mal de que tantos tollecen.
Llamárale mal de madre
ó torzón al atreverse
al vientre, mas no es mujer
ni rocín.

TODOS. Es evidente.

RIB. Mal de estómago es en él,
garrotillo en el gollete,
mal de muelas en la boca
y jaqueca en las dos sienes.
El es mal muy peligroso;
paciencia, Ginés, apreste,
que un sacrificio le aguarda.
Llamar seis barberos pueden
con otros seis boticarios,
porque han de hacerme presente
con ayudas y ventosas
que la cura se comience,
que esto nos dice la orina.

GIN. ¡Juro á Dios que ella les miente,
ó que ellos están sin seso,
pues que de orinas no entienden!
¿Es ésta que tengo aquí?
(Muéstrasela.)

RIB. La misma.

GIN. Pues ella vuelve
al cuerpo de quien salió.

MAT. ¿Está loco?

REBEN. El se la bebe.
(Bebe el vino.)

GIN. Señores proto idiotas:
esta orina orinó en Yepes

el cuerpo de una tinaja,
y cada cuartillo puede
resucitar cuatro muertos;
yo examiné sus caletres
tan doctos, que es compasión
que á galeras no los echen.
Brígida bien deseara
que mi dolencia creciese
para ser en tierna edad
otra viuda de Gelves.

REBEN. Por Dios que me he avergonzado.
RIB. ¿Y el señor doctor Ribete
monda nísperos acaso?
REBEN. ¿Y yo?
GIN. La fiesta comienzen.
TRUCH. Las vecinas se han juntado;
todos á Ginés alegren.
GIN. Y á estos señores doctores.
que su ciencia lo merece.

(*Salieron músicos y mujeres é hicieron este baile.*)

«Legos de la medicina,
atended despacio al baile,
que contra los desaciertos
ha de servir de vejamen.
Oigan y callen
y quien mas los celebra,
dellos se guarde.
Doctores hay pistoletes
que al primer *recipe* parte
el enfermo á la otra vida,
sin que remedios le basten.
Oigan y callen, *etcétera.*

Doctores hay almaradas,
que sacando poca sangre,
al que cogen de antubión
no haya miedo que se escape.
Oigan y callen, *etcétera.*
Doctores hay carniceros
que tronchan, cortan y raen,
y éstos por lo criminal
son de la muerte montantes.
Oigan y callen, *etcétera.*
El doctor y el albéitar
siempre compiten
en quien mata más hombres
ó más rocines.
En sus recipes funda
su ciencia el doctor,
más en lo que recibe
que en lo que ordenó.
Las navajas parecen
á los doctores,
que lo agudo nos muestran
y el filo esconden.

Acabóse el entremés con este lucido baile, que fué muy celebrado de toda Sevilla, sino de los agraviados, que se la guardaron á Sarabia, sabiendo ser poeta, y con cuatro amigos le cogieron una noche y le dieron muchos talegazos, con que le pusieron tal, que en seis días le llevó Dios.

Quedé viuda, aunque bien puesta, conque

fué más fácil de llevar la pena que si quedara pobre; el señor que me asistía se quedó en Granada á aguardar la sentencia de su pleito; el criado, por orden suya, me dejó de acudir, que todo cansa, y más á él, que le iban ya á la mano en estos gastos.

Sobreviniéronle al autor dos ejecuciones de mil quinientos ducados; pusiéronle en la cárcel, cerca de Cuaresma, y con esto desbaratóse la compañía. Persuadíanme los compañeros que me fuese á Madrid á entrar en otra, y el huésped de mi posada en que me casase con él. No me había ido tan bien con Sarabia, que desease segundo matrimonio, y así quíseme quedar en Sevilla en hábito de viuda.

No faltaban galanes que me deseaban servir, aficionados á las mozas; pero yo, con mucha severidad, los despedía á todos, deseando huir de empeños y más de amor.

Salí de la posada en que estaba y puse casa en los barrios del Duque, donde, con el dinero que tenía, pude tener una criada de labor y otra para salir de casa; así me pasé más de medio año, hasta que con la venida de la flota vino á ser vecino mío un perulero.

Vióme un día en la iglesia, adonde le parecí bien, según me dijo; deseó mucho hablarme, y para eso puso todos los medios posibles. Conocí su afición, y, porque cayese el pez con más deseo del cebo, neguéle una y muchas súplicas que me hizo de quererme visitar, y asimismo dejéme ver poco en la iglesia, con lo cual andaba el buen perulero bebiendo los aires por mí.

Era hombre de cincuenta años, entrecano, enjuto de rostro, buena estatura y andaba lucido, aunque no tanto como pudiera, con más de cincuenta mil ducados que había traído de Lima. Su familia eran dos criados de espada, tres negros y una negra, que le guisaba de comer. No tenía coche, sino andaba en un macho regalado, acompañándole dos negros.

La perseverancia acaba muchas cosas y pocas son las que se le resisten. Como le vi con ella, procuré que un amigo de mi marido, letrado, le hablase como que era acaso y que le informase de mis partes, á quien yo instruí en lo que había de decirle acerca de mi persona. Acudió el tal letrado á mi casa dos ó tres días, á quien vió entrar en ella el perulero, y pareciéndole que sería

persona muy familiar mío, pues tanto frecuentaba mi casa, vióse con él y pidióle que le dijese quién era yo.

Deseaba darme gusto el jurista, y díjole ser hija de un caballero de Castilla, muy calificado, el cual había venido á Sevilla en busca de un hermano suyo que estaba en Indias y le esperaba en la pasada flota. Díjole cómo había muerto allí y dejádome en Sevilla viuda y moza, esperando á mi tío. Preguntó el indiano en qué parte de las Indias estaba; díjole que en las Filipinas, donde había pasado en compañía de don Alonso Fajardo, gobernador que fué á aquellas partes.

Dióle crédito á todo el indiano y túvome en más estima de allí adelante, informado de mi calidad, con lo cual, de allí á quince días, no sólo declaró su afición al letrado, pero le hizo su casamentero.

Púsole duda; salió con la empresa respecto de que yo no dispondría de mí menos que supiera el beneplácito de mi tío; esto le dijo por darle más deseo de efectuar el negocio.

Vino en este tiempo á Sevilla una hermana del perulero, natural de Navarra, á

quien había dejado niña y en poder de su madre cuando pasó á las Indias. Con la venida de esta dama se alegró mucho mi amante, y á cuatro días que había llegado le dió cuenta de su afición, rogándola que me fuese á ver. Hízolo con mucho gusto; acepté su visita y tuve muy buena tarde con ella, porque era doña Leonor (que este nombre tenía) muy discreta y entretenida. En el discurso de nuestra visita me trató del deseo que tenía su hermano de verme, y que si le daba licencia vendría aquella tarde allí. Parecióme que con la presencia de la hermana me estaba bien concederle lo que pedía, y así la dije:

—Muchos días ha que el señor don Alvaro (que así se llamaba mi amante) desea hacerme merced, y no he dado lugar á visitarme así por mi estado como porque no querría que con su venida mi tío hallase nuevas de poco recato en mi persona; mas ahora, con vuestra amistad, podrá favorecerme visitándome.

Gustó mucho doña Leonor de tener mi beneplácito, y así pasó un criado á avisarle que podía pasar á mi casa. Vino luego, muy cuidadoso de su persona, efectos del amor

aun en las que tienen mayor edad; en presencia de su hermana me manifestó cuánto deseaba merecerme y que yo honrase su casa. Yo me excusé con el no tener licencia de mi tío, á que él accedió, que cuando los casamientos se hacían con personas de calidad y de hacienda pocas veces se recibían mal si de por medio no había empeñada palabra. Finalmente, por no cansar al lector con las demandas y respuestas que en esto hubo, digo que yo me determiné á lo que deseaba más que el mismo don Alvaro.

Atrevimiento grande fué casarme en lugar donde había sido conocida en la comedia; pero tales ocasiones no se ofrecen cada día. Yo deseaba mi quietud y descanso, y el cielo me le había ofrecido con este consorcio. No quise dejar pasar tan buen lance y perderle, y así mis bodas se hicieron con mucha solemnidad, hallándose á ellas muchos amigos del indiano. En cuanto á galas y joyas gastó liberalmente, con no lo ser, porque era la misma miseria; plaga que traen todos los que pasan de España á ganar hacienda á las Indias; que como allá les cueste trabajo el adquirirla, así la guardan. Gastó, como he dicho, don Alvaro esplén-

didamente; que el gasto del mísero, cuando se hace, es mayor que el del liberal. Aquellos días lucí en Sevilla con mis galas, puso coche y en él me dejé ver en todas fiestas, sin haber reparado en mí los que me conocieron dama de la comedia; tales cosas encubre un gran lugar como Sevilla.

CAPITULO XVII

En que cuenta su tercero casamiento con un caballero del Pirú, y cómo enviudó brevemente dél por un extraño suceso, con otros que le sucedieron.

Ya, señor lector, me ve v. m. otra vez casada, estando bien ajena de verme la tercera en aquel estado, y así nadie diga mal del día hasta que pase. Escapé de un celoso; di en un jugador, y en el tercer empleo hallé un indiano que, si no fué jugador, era la suma miseria y los mismos celos.

A tres meses que se acabó el pan de la boda, comenzó á descubrir la hilaza de sus defectos. No me puedo persuadir que tenga amor quien es corto de ánimo; que el tal le tiene encogido en regalar y servir á quien bien le quiere. En cuanto á los celos, los hay de dos maneras: unos nacidos de la sospecha, temiendo perder la cosa amada, y otros de hallarse el que la posee con menos partes

para tener dominio en aquella posesión.

Juzgábase mi indiano ya en mayor edad, no suficiente para los deleites del consorcio, y á mí moza: y que esto me había de cansar y buscar nuevo empleo, con lo cual hizo prevenciones para guardarme y no me perder de vista, aun con mayor extremo que el primer dueño que tuve. Las ventanas habían de estar siempre cerradas; el salir había de ser siempre en el coche y corridas las cortinas dél; la asistencia de casa era casi siempre, menos desde las diez de la mañana hasta casi el medio día, que esto era en la lonja y casa de contratación; amigo ninguno no le había de entrar en casa, ni visitarme, ni tampoco lo consentía aun á mis amigas. Con todo, lo pasaba mejor que con Lupercio de Saldaña, que buen siglo goce; porque la compañía de su hermana de don Alvaro me era de grande alivio, pues con ella pasaba mejor mi clausura. No era la que menos de las dos sentía estos extremos de su hermano, y decía (indignada con él) que si supiera que tenía tal condición no la trajeran de Navarra por ningún caso.

Hubo una fiesta en Sevilla en la iglesia Mayor, templo célebre en nuestra Europa,

cuyo suntuoso edificio aventaja á muchos; para ella nos dió licencia don Alvaro á mí y á su hermana que la fuésemos á ver, cosa que pareció milagro. Madrugamos por ir, primero á la calle de Francos á comprar algunas cosas necesarias, que es allí lo que la calle Mayor de Madrid. Paró el coche en una tienda, donde nos apeamos las dos, yendo de embozo, dejando bien ocupado á don Alvaro buscando unos papeles de importancia.

Sucedió, pues, que entrando en esta tienda se llegaron á ella dos caballeros mozos; el uno, primo del Asistente, y el otro amigo suyo. Eran los dos recién venidos á Sevilla á holgarse; pues como nos viesen, comenzaron á trabar conversación, toda en orden á que nos descubriésemos y tomásemos lo que fuese de nuestro gusto en la tienda.

Una y otra excusamos por grande rato; mas fué tanta su porfía, que doña Leonor les quiso dar gusto, y así se descubrió al caballero con quien hablaba. Tenía buena cara y era entendida, con lo cual el caballero quedó muy aficionado suyo.

El que hablaba conmigo estaba deseosísimo de verme, habiéndome ya oído que

procuré en lo razonado no parecer menos que mi compañera. Pues como viese que había descubierto el rostro á su amigo, instó con más veras á que hiciese yo lo mismo, pidiéndomelo con muchas súplicas. Para conmigo alcanza mucho un término cortés; este vi en don Sancho (que así se llamaba el que me festejaba), y hube de hacer lo que doña Leonor.

No quedó menos pagado de mí que el compañero de mi cuñada; así me lo dió á entender, preguntando por mi casa.

Yo le dije que de donde la tenía me mudaba á otros barrios, que eran á la puerta de Carmona, y que por eso no se la decía. Quiso saber cuándo era mi mudanza; pero yo concluí la plática con decirle mi estado, sin nombrar á mi dueño, y que no sabía cuándo nos pasaríamos á la nueva posada. Con esto se remitió á hacer seguir el coche. Ofreciónos todo lo que fuese de nuestro gusto en la tienda; mas ninguna cosa aceptamos, no comprando nada por no obligarnos.

Con esto nos despedimos y fuimos á la fiesta de la iglesia Mayor; ellos siguieron el coche y allá nos volvieron á hablar, aunque no á su gusto, por el cuidado que tienen los

celadores de que en aquella santa iglesia no hablen los hombres con mujeres; cosa tan cuerdamente advertida como bien ejecutada, y que se había de usar en todos los templos donde hay concurso de gente.

De la plática de doña Leonor y don Diego (que este era el nombre del que la habló) quedó ella muy su aficionada: era moza y hermosa y poco cursada en tales lances; no me admiré de que se aficionase que el caballero tenía buen talle y era muy discreto. Con él se declaró más que yo con don Sancho; y así supo de ella nuestra casa, la calidad de mi esposo, y asimismo nuestro encerramiento.

Con esto, y ser acabada la fiesta, nos venimos á casa, donde don Alvaro nos hizo varias preguntas de lo que habíamos visto, y al escudero otras tantas; pero él estaba tan de nuestra parte, que no diferenció en nada de lo que nos oyó decirle.

La continuación de los dos caballeros en nuestra calle fué grande, y diera que sospechar á mi dueño si en ella no hubiera dos damas cortesanas donde entraban por dislumbrar á los curiosos, y con esto no maliciaban en lo verdadero.

Por la orden del escudero nos escribíamos, y don Sancho instaba en sus papeles mucho que le enviase un retrato mío, que éste le sería su consuelo, pues no le podía tener con mi vista. Tanto porfió, que hube en dos veces que faltó de casa don Alvaro de hacer que un pintor nos retratase á mí y á doña Leonor, con que los caballeros quedaron contentos.

No estaba yo menos aficionada de mi galán que doña Leonor del suyo, y así sentía notablemente la reclusión en que nos tenía mi esposo por carecer de su vista, pues aun á ponerme á una ventana, el tiempo que estaba en casa, no me atrevía.

Mudamos de barrio, yéndonos á vivir cerca de San Agustín y de la puerta de Carmona; supieron los dos amigos nuestra mudanza, y acudieron luego á la calle, aunque con más moderación que antes; porque en ella no había persona alguna de sospecha por quien se pudiese pensar que pasaban. Acudían á la iglesia, y allí nos víamos y tal vez había lugar de hablarnos. Sucedió, pues, que habiéndole pedido yo á don Sancho que me diese un retrato suyo, él me le llevó á la iglesia un día de fiesta que en ella está-

bamos doña Leonor y yo oyendo misa, en la cual, con disimulación, me le dió envuelto en un papel suyo; yo con la misma le metí en la manga, sin que lo pudiese notar nadie. Volvimos á casa, y acabándome de quitar el manto, se llegó mi esposo á mí á hacerme caricias, cosa poco usada dél. Con ellas, no advertí lo que debiera, y así pudo, en la una de las mangas de mi ropa, ver el papel, y como era tan celoso, luego al instante metió la mano y pudo sacármele; cosa con que quedé fuera de mí y lo echara de ver si no se ocupara en ver el retrato y leer el papel, cuya persona no conocía.

Yo, en tanto, pude cobrarme de mi susto y llegar á él, diciéndole muy despejadamente:

—¿Qué miráis, señor? Ese papel y retrato hallé en la iglesia, caído en el suelo, y no viendo por allí quién le hubiese echado menos, le guardé.

Reparó don Alvaro en mi poca turbación; pero con todo eso, me tomó de una mano y me encerró en un aposento, dejándome en él bien cuidadosa de mi vida; otro tanto hizo con su hermana, que la cerró en otro.

En tanto que él se ocupaba en esto, yo.

por una ventana que caía al patio, llamé al escudero, á quien di dos reales de á ocho, y le dije que luego al punto buscase un pregonero y le hiciese pregonar un retrato que se había perdido por toda aquella calle.

Era solícito, aunque viejo, y conoció en mí no poca aflicción; y así no fué perezoso en hacer la diligencia. Halló el pregonero; pagóle bien, y él vino en altas voces diciendo que á quien hubiese hallado un retrato perdido desde las nueve del día le daría buen hallazgo. Esto pregonó tres veces en mi calle, y fué en ocasión que habiendo don Alvaro vuelto á leer el papel y hallado en él muchas finezas y amores cortesanamente dichos, trataba de averiguar con violencia la verdad del caso. Pues como oyese las altas voces de pregonero (que como bien pagado las ponía en el cielo), se sosegó y llamó al escudero con mucha prisa, diciéndole:

—Briones, tomad este retrato con este papel y dadle á aquel pregonero, de quien cobraréis el hallazgo que promete y aprovecháos de él.

Tomó el escudero el retrato y fué á buscar al pregonero, á lo menos lo dió á entender á su celoso dueño; el cual, asegurado

con aquello de que en su esposa no había la culpa que él la imputaba, abrió el aposento donde me había encerrado, y con los brazos abiertos para abrazarme, entro diciéndome:

—Amiga y señora mía, hoy pensé que fuera el último día de vuestra vida; á tal os tenía condenada el haberos hallado aquel retrato y papel en la manga. Mas volviendo el cielo por vuestra inocencia, ha permitido sacarme de una vil sospecha y restituirme en mi sosiego. Yo os confieso, señora, que en mi pensamiento estábais culpada; y que, como á tal, os fulminaba la sentencia de vuestra muerte; del susto que os he dado con la violencia de cerraros en este aposento os pido perdón; abrazadme.

Como yo conociese cuán bien había salido de aquel aprieto, quise con enojarme dar á entender á mi esposo que por mi información debía ser creída, y que de no lo haber sido tenía justísima queja, y así le dije:

—En bien diferente opinión juzgué, señor, que estaba para con vos; pues conociendo aun antes de darme la mano èl recato con que vivía y el que he conservado hasta ahora, os había de disuadir de cualquier sospecha que en ofensa de mi reputa-

ción tuviérades. ¿Paréceos que soy tan necia, que á ser de galán mío el papel y retrato que me hallastes en la manga le había de tener á tan mal recaudo que tan fácil le pudiérades hallar para verme en la aflicción en que me habéis puesto? Sed servido de hacer más confianza de mí, pues os la merezco; y creed que los celos no sirven de otra cosa que de despertar ánimos dormidos. El mío lo está para todos, sino es para con vos; bien conocéis mi amor y la estimación que de vos hago y he hecho; pues si no la hiciera, primero viera la cara de mi ausente tío en España que os diera la mano de esposa; yo os perdono el agravio que me habéis hecho (si le puede haber entre marido y mujer), y os suplico que de aquí en adelante no os atribulen sospechas, ni os desvelen recelos, considerando la mujer que tenéis que en amaros no dará ventajas á ninguno del orbe.

Abrazóme con esto apretadamente, si bien yo con la medalla de la enojada severamente le abracé. No hallaba modos el engañado indiano con que disculparse; atajó sus razones con mandar abrir el aposento donde había hecho encerrar á su hermana,

la cual no había tenido menos temores que yo.

Parece que yo la había ensayado mi papel, y así también se le mostró ofendida y quejosa. Quiso aquella tarde deshacer las quejas con llevarnos al Alcázar, recreación que su hermana no había visto, adonde pasamos aquel día alegremente con muy buena merienda, celebrando doña Leonor y yo lo bien que me salió la traza, de todo lo cual dimos aviso á nuestros amantes, encargándoles mucho que se moderasen en pasar por nuestra calle.

En todo el tiempo que nuestros galanes habían cursado el festejo nunca habían visto á don Alvaro, cosa que parecía imposible, porque ellos le guardaban la cara y nunca tuvieron aun curiosidad para conocerle desde lejos. Sucedió, pues, que á don Sancho le vino una letra de Madrid, remitida á mi esposo; ésta le envió un grande amigo de don Alvaro, con quien había tenido en Indias estrecha amistad.

Buscóle don Sancho en la casa de la contratación, adonde se le mostraron, que aún no sabía de mí cómo se llamaba mi dueño; mostróle la letra, y aunque venía el plazo

de la paga de ella á diez días vista, él se la pagó luego sin ir á casa, cosa que estimó en mucho don Sancho, y desde allí quedaron muy grandes amigos; encomendado don Sancho por el que le envió la letra, y así pocos días se pasaban sin verse, sin haber sabido don Sancho que don Alvaro fuese mi esposo, como he dicho. Su condición era afable con todos, si bien el llevar á casa á nadie no lo hacía, que, como era hombre de mayor edad, los celos no le daban lugar á hacer tales confianzas de nadie por amigo que fuese, y así los que lo eran suyos, conociéndole su condición, le buscaban fuera de su casa, en las partes que sabían acudía y no en ella, porque lo recibía mal. Así don Sancho llevó adelante la amistad de don Alvaro, estimando tenerle por amigo para lo que se le ofreciese. Con el recato con que nos tenía mi esposo á su hermana y á mí no teníamos lugar de vernos con los dos amigos si no era en la iglesia donde acudíamos á misa, y así lo pasábamos consolándonos con escribirnos, aguardando que se ofreciese ocasión en que nos pudiésemos ver libres del temor de don Alvaro.

Tuve un día licencia suya para salir á la

calle de Francos y á la Alcaicería á comprar ciertas cosas que había menester, y así la noche antes con Briones di aviso á don Sancho, que don Diego no estaba en Sevilla. El estimó que hubiese ocasión, y aquella misma noche me escribió avisándome que me aguardaba en su posada. Llegóse la hora de ir, y mi cuñada y yo con mantos de anascote y sombreretes al uso de Sevilla nos pusimos de embozo y fuimos á la posada de don Sancho, á quien hallamos vistiéndose. Recibiónos con mucho gusto, y habiendo hecho despejar el cuarto y dado orden para que nos trujesen de almorzar, se volvió á nuestra conversación. Apenas me había tomado una mano cuando llamaron á la puerta del aposento donde estábamos. Entrámonos en una alcoba donde estaba la cama de don Sancho. Abrió la puerta; quien llamaba era un criado suyo, que le dijo le llamaban de parte del Asistente, su deudo. Estaba cerca de su casa, y por no faltar á cosa tan precisa quiso atreverse á dejarnos, con pensamiento de que el Asistente le despacharía en breve, y así nos lo dijo, con lo cual nos dejó cerradas en su aposento.

Fuése á casa del Asistente, á quien halló ocupado en un negocio grave; dijéronle cómo estaba allí don Sancho, y él le envió á decir que se aguardase, cosa que él sintió sumamente por perder la ocasión que le estaba aguardando. Dilatóse el negocio del Asistente tanto, que cuando don Sancho le entró á hablar era muy cerca del medio día; quien estaba con el Asistente era don Alvaro, al cual le había llamado para que entrase en unos asientos con otros peruleros, en razón al desempeño de la ciudad. Pues como don Alvaro saliese de estar con el Asistente y don Sancho entrase, juzgando que le detendría de modo que no pudiese gozar de la ocasión que le estaba aguardando, dijo á don Alvaro:

—Señor mío, por la verdadera amistad que entre los dos hay, os suplico me hagáis un favor sacándome de un empeño en que me hallo.

Ofrecióse don Alvaro á servirle con mucho gusto, y así le dijo:

—De vos fío una flaqueza mía que aún no ha llegado á podérsele dar este nombre porque la causa della no es persona á quien haya conocido. Ha venido cierta dama á mi

cuarto á verse conmigo, y juzgando que el señor Asistente (que me envió á llamar) me despacharía con brevedad, no ha sucedido así, con lo cual estoy desesperado, así por perder el empleo que tanto he deseado como por el disgusto con que juzgo que estará la dama por la falta que hará en su casa, que es mujer principal. Debajo de esta llave está cerrada; de vos la fío para que la saquéis de allí, ya que me ha faltado un criado mío que vino conmigo; perdonad la llaneza de amigo.

Ofrecióse don Alvaro á servirle, y así como quien había estado algunas veces en su posada, fué con presteza á ella, y entrándose en su cuarto sin haber encontrado con criado ninguno, abrió el aposento donde estábamos, tan á mal tiempo, que doña Leonor se estaba componiendo el pelo á un espejo y yo echada en la cama de don Sancho, pesarosa con el disgusto ver de la tardanza.

Con el divertimiento de doña Leonor no reparó en esconderse del que abría la puerta, juzgando también que sería el esperado don Sancho; mas sucedióle al revés, porque habiéndola visto don Alvaro sacó (indignado de verla allí) la daga y, embistiendo con

doña Leonor, la dió tres ó cuatro puñaladas, á cuyos gritos yo reparé en el daño que había hecho, y con el miedo de no verme en otro tanto me dejé caer detrás de la cama.

Bien se pensó don Alvaro que dejaba muerta á su hermana; y así, volviendo á cerrar el aposento, se fué con mucha prisa, como lo pedía el daño que dejaba hecho.

En breve, vino don Sancho, al tiempo que yo, habiendo salido de donde estaba, tenía á mi cuñada en mis faldas vertiendo sangre de las heridas y yo puesta en notable confusión, porque si daba voces era deshonrarnos, y si callaba era acabar la vida la pobre dama. Mas este pesar me alivió la venida de don Sancho, el cual, como hallase cerrada la puerta de su aposento y sintiese que dentro lloraba yo y se quejaba doña Leonor, dijo á voces que le abriésemos.

Yo le dije en breves razones el daño que estaba hecho, y cómo don Alvaro (que era mi esposo) nos dejó cerradas.

No aguardó á más don Sancho, porque tomando vuelo, de dos puntapiés derribó el pestillo de la cerradura y entró, hallando

el estrago que habéis oído, y su aposento regado con la sangre de la pobre doña Leonor.

Quedóse como difunto, ni hacer más movimiento que un mármol, y como el mismo helado. Yo le referí de nuevo el caso, culpándole no haber tenido curiosidad de haber siquiera conocido á mi esposo. Llamó de secreto á un cirujano que tomase la sangre á mi cuñada; y él, en tanto, hizo que un fiel criado que tenía fuese á mi posada y supiese si había acudido á ella don Alvaro.

En breve volvió, con respuesta de que mi esposo no había acudido á casa, con lo cual me hizo poner en su coche, y cubiertas las cortinas dél me dejó en mi casa, diciéndome que yo por mí me disculpase con don Alvaro, diciéndole haberme dejado su hermana, que él tendría gente en la calle por si volvía á casa para estar alerta de lo que sucediese; pero que presumía que no volvería á ella, según lo que dejaba hecho.

Con esto se fué, dejándome con no poca pena y en compañía de los de casa, que cada uno me preguntaba por doña Leonor.

Lo bueno que tuvo esto fué que como don

Alvaro saliese de casa antes que nosotras, no pudo saber con certeza si yo había salido ó su hermana; y así no buscó por el aposento más gente, después de haber hecho aquel cruel sacrificio en ella.

El se retiró á un convento de frailes Jerónimos, donde estuvo secretamente; yo, indignada del caso, di cuenta al Asistente dello, y él de secreto le hizo buscar por todos los conventos de la ciudad, con lo cual don Alvaro se fué á San Lúcar, donde, con la pena que llevaba, cayó enfermo, de suerte que en seis días acabó con su vida.

Era su forzosa heredera su hermana, la cual ya estaba en casa curándose. Yo, que supe esta nueva, fiándome del escudero, recogí todo el dinero que había en ella, que serían muy bien ocho mil escudos, y púselos en seguro lugar.

Supo doña Leonor la muerte de su hermano, y con la hacienda grande que dél heredaba, fué mejorando cada día hasta que se restituyó en su primera salud.

Yo, viuda ya de tres maridos, en florida edad, podía echar por el cuarto, con la buena hacienda que tenía adquirida más con fuerza de industria que por buenos medios.

Estábame en compañía de mi cuñada, que me amaba como si fuera su verdadera hermana.

Con la fama del dote que ella tenía había muchos pretendientes; pero no olvidada de la afición de don Diego, fué á él á quien guardó el primer decoro, de manera que le estuvo muy á cuento casarse con ella y entrar en su casa tanta cantidad de hacienda.

Hiciéronse las bodas con grandes banquetes, máscaras y regocijos, y acudía don Sancho á frecuentar mi festejo, si bien sólo le daba lugar á hablarme, mas no pasaba de allí; porque también me tenía mis humos de que se casaría conmigo, y estaba engañada; que de liberarse una mujer casada á hablar á un hombre soltero, cierra la puerta á que él no confíe della y la elija por mujer, haciéndose cuenta que quien se olvidó del honor de su marido para admitirle por galán, después haría lo mismo. Sea este aviso para las mujeres casadas, y no se determinen á ser livianas para perder el crédito de fieles, como yo le perdí con don Sancho. Esto mismo le obligó á don Diego para no me mirar con buenos ojos, recelándose de mí y temien-

do no diese algún dañoso consejo á doña Leonor, la cual le quería con grande extremo; y así deseaba que se ofreciese ocasión en que apartarme de su compañía.

Quiso la fortuna darle este gusto, y á mí pesar, con una ocasión que se ofreció, y fué que saliendo un día á la feria (que así llaman un puesto, donde se hace en Sevilla todos los jueves, como en otros lugares los que llaman mercados), íbamos las dos en el coche con don Diego: ofrecióse salir dél á comprar ciertas cosas, y don Diego nos seguía: en la feria acertó á estar un hombre que había sido compañero de Sarabia, mi marido, segundo en la comedia, y entonces estaba acomodado en una buena compañía que representaba en Sevilla. Este, pues, como me viese el rostro, emparejó con la parte donde estaba, y díjome:

—Guarde Dios á v. m., señora Teresa de Manzanedo.

Volví el rostro hacia él, y prosiguió diciendo:

—Al fin voarcé arrimó la farsa y hásenos retirado con buen compás de pies. Atlante debe de haber que sustenta ese cielo; no hace mal, que la comedia está tan

trabajosa con estos calamitosos tiempos, que es cuerdo el que puede vivir sin ella, aprovechando el tiempo: v. m. no le desperdicia, y así juzgo en la medra del hábito que le habrá aprovechado bien y con persona de su gusto.

Esto dijo acercándoseme mucho. Cuál yo quedé de haber visto al que tan bien me conocía, puede el lector considerar, pues hallándome en astillero de señora, viuda de un caballero, cuñada de otro, tenida por mujer principal y con otro apellido del que el farsante me daba, que era el de Mendoza (con licencia del duque del Infantado), eran cosas las que me dijo para afrentarme; y así, haciendo valor, me descubrí del todo, y le dije:

—Hidalgo, ¿conóceme por dicha, que me habla con tanta llaneza, ó parézcome á otra persona conocida suya?

—¡Bueno, por Dios! (dijo el cómico). Basta que hace vuarcé la vista gorda, habiendo comido conmigo más veces que pelos tengo en las barbas. Pues Teresa, ¿tú te me empinas con el nuevo hábito? Ea, cada uno se conozca, y si es menester callar por algún respeto, la haré.

Con esto quiso asirme de la barba; yo, viendo esto, retiré pasos y díjele:

—Descomedido y vil hombre; vos no sabéis con quién os burláis; yo pasaba por el engaño que habéis tenido pensando ser yo otra; mas ya que os afirmáis en ello, con tanta llaneza que llega á ser atrevimiento, quiero que entendáis que yo me llamo doña Teresa de Mendoza, viuda de don Alvaro Osorio.

—Y de Agustín de Sarabia, cómico (dijo el atrevido farsanse).

—En eso mentís (dije yo); y si os afirmáis en ello, sabré llamar dos lacayos que os maten á palos.

—¿Sirve de eso Hernandillo? (dijo él).

Volví en esto el rostro, y hallé á mi lado á don Diego, con cuya presencia me animé, y díjele:

—Señor mío, este hombre, engañado con mi rostro, da en decir que soy una tal Teresa que él conoce en la comedia, y porfía en ello con llanezas no usadas conmigo. Vuesa merced le desengañe y le diga mi calidad.

Con esto pasamos adelante doña Leonor y yo; ya á don Diego le habían dicho algu-

nos amigos lo que yo me parecía á la cómica que ellos habían visto lucir tanto en Sevilla, y con lo que el farsante había dicho confirmósele una sospecha de si era yo la que decía; y así quedóse con él, diciéndole:

—Señor galán, esta señora no es quien piensa; es persona principal, viuda de un caballero que murió poco ha; y así, antes de conocer á las personas, no se arroje á llanezas, que le pueden costar caro.

Era despejado el cómico, hombre de buenas manos, que no se embarazaba con nadie; y pareciéndole que en quererle deslumbrar con la verdad le engañaban, se volvió á afirmar en lo dicho, diciendo:

—No puedo negar, señor mío, que muchos rostros hay conformes á otros; pero en la estatura ó en el habla suelen tener diferencia. En esta señora lo hallo todo tan parecido (dejando la verdad en su lugar), que eso me ha hecho hablar así; y porque pienso que no se me antoja, traeré tres compañeros míos (que lo han sido suyos en la comedia, de un autor que se perdió aquí) que dirán lo mismo que yo en viéndola. Ya la advertí que si la importaba callar lo haría, que hombre soy que sé dejar mi capa

para cubrir defectos, y lo hiciera con ella mejor porque fuí muy amigo de su marido; mas hame tratado tan mal, que he querido desquitarme con decir que es ella la misma Teresica de Manzanedo, asombro de Sevilla y gala del tablado, muy conocida en esta ciudad; y porque puede ser que yo me engañe, en la mejilla izquierda tiene una señal de una bofetada que le dió su marido por haber errado un papel, y acertó á traer una sortija con un diamante, con que vino á ser bofetón y cuchillada todo de un golpe; si éste tiene habré dicho verdad, y si no me engañé.

Quiso saber don Diego los compañeros que me conocían; nombróselos, y juntamente dijo virtudes mías, que no me canonizara por ellas ningún pontífice.

Con la afirmativa del representante y las señas, se despidió dél don Diego con más viva sospecha de que yo era la que decía; esperándole á tenerla el haber sabido mi parte antes de casarme con don Alvaro y la incierta venida del tío que esperaba de las Filipinas, que todo lo atribuyó á embeleco, y el empleo de don Alvaro más á ser por afición que por calidad que yo tuviese.

Dios me libre de hombre de un negocio y que siempre trate dél, que saldrá con su intento con brevedad. Tomó don Diego tan á pechos éste, que llegando á casa las dos procuró verse conmigo, y con atención me miró la señal de la mejilla, que estaba más patente que yo quisiera; tratábamos del atrevimiento del farsante, y él decíame cómo le había puesto en razón y desengañádole.

Mientras esto me decía no quitaba los ojos de la señal de mi rostro; yo, que lo noté, le pregunté qué era lo que me miraba con tanta atención. El me dijo:

—Advierto en v. m. esa señal de la mejilla, cosa que hasta ahora no había reparado.

—Esta (dije yo, descuidada de lo que me podía decir) tengo desde niña.

—No puede ser (replicó él), porque las señales que recibimos desde pequeños se suben hacia arriba al paso que crece el rostro; y esa se está en ese lugar desde que el día que su esposo de v. m. le dió una bofetada trayendo un diamante.

No puedo negar que mi turbación fué grande; de suerte, que al responderle me faltaron concertadas razones; mas con las que

se me ofrecieron, medio balbuciente le dije:

—Don Alvaro, que esté en el cielo, nunca se me atrevió al rostro ni aun se me descompuso con la menor palabra del mundo.

—Sería el primer marido (dijo don Diego).

—Ni el primero tampoco (dije yo), que era un caballero muy honrado y que me estimaba en mucho.

—Yo me debo de engañar (dijo él); sólo veo que la señal se está ahí y que fué con diamante.

Con esto me dejó, volviendo las espaldas con una falsa risa con que me dejó abrasadas las entrañas, echando de ver que el atrevido farsante había sido quien le había revelado el suceso, y desde luego me temí ser del todo conocida. Sucedió así; porque don Diego, como estaba mal conmigo y deseaba apartarme de la compañía de su esposa, fué en busca de los comediantes y trújolos á su casa, diciéndoles ser llamados por mí.

Todos vinieron con mucho alborozo por verme. Estaba doña Leonor ocupada con ciertas conservas que se hacían y yo sola haciendo labor en el estrado, cuando entró la tropa de los cómicos. Todos me hablaron con la certidumbre de conocerme como á sí

mismos. Yo me extrañé con ellos; y ellos se ofendieron de que hiciese burla de ellos, habiéndoles enviado á llamar. Entró don Diego en este tiempo, que fué darme lanzadas, y dijo:

—Señora Teresa de Manzanedo, esposa que fué de Sarabia, el cómico, conozca á los amigos y no se extrañe con ellos, que yo he deseado este suceso para que luego me desembarace esta casa de su persona y deje la compañía de mi esposa, para que la tenga con sus iguales.

Con esto se entró allá dentro, cerrándose la puerta tras sí.

Yo me vi tan perdida, que no hallé otro alivio á mi pena sino resolverla en lágrimas; los farsantes me consolaban, y yo todavía me estaba en mis trece de decirles que no les conocía; con que se enfadaron del todo, y diciéndome cada uno su pesadumbre, se fueron, dejándome allí hecha un mar de lágrimas. Salió una dueña y dióme un recaudo de don Diego, en que me pedía que luego al punto me fuese de su casa, que allí se me entregaría la ropa que era mía y todo lo demás que allí tuviese.

Prevíneme el coche, y sin darme lugar á

que me pudiese despedir de doña Leonor (á quien ya había dado parte del negocio), me entré en él y me fuí en casa de una beata, muy grande amiga mía, con la cual busqué casa en Sevilla por un mes, pasando á ella todos mis muebles, que no eran pocos, y asimismo mi dinero, que eso era lo que me consolaba en mis trabajos.

CAPITULO XVIII

En que da cuenta cómo salió de Sevilla con su casa y llegó á Toledo, donde estando allí de asiento tuvo cierto empleo y de una burla que hizo á dos enamorados, con lo demás que sucedió.

Corrió la voz en Sevilla (aunque grande ciudad) del empleo que había hecho don Alvaro sin conocerme, cosa que alentó más mi fama; pues en lugar donde tan conocida fuí con varios papeles que había representado en sus teatros, supe hacer también el papel de la honrada, que merecí por esposa un principal hidalgo de lo mejor de Navarra sin que nadie me conociese, que no fué el menor embuste mío publicar estimación donde no la había para pescar aquel novio. No soy la primera que de esta estratagema se ha valido, ni seré la postrera; pues se debe agradecer en cualquier persona el anhelar á ser más, como vituperar el que se

abate á cosas inferiores á su calidad y nobleza.

Parecióme hacer mudanza de Sevilla y acercarme á Madrid, aunque no entrar en él; y así dispuse mi viaje á Toledo, imperial ciudad, y una jornada de la corte de España. Vendí los muebles que me podían ser de embarazo, y del dinero que hice de ellos compré dos esclavas blancas para mi servicio, mujeres en quien conocí habilidad para cualquier embuste, y, aunque no la tuvieran, yo me prometía que de mi escuela saliesen capaces para todo enredo.

Con ellas y el escudero que me servía, llamado Briones, salí de Sevilla, en una noche y en un carro que nos seguía con la ropa y ajuares de casa. No nos sucedió cosa en el camino que sea de contar, y así llegamos á Toledo un viernes por la tarde. Tomamos casa cerca de la plaza de Zocodover; era autorizada y con dos puertas que salían á dos calles.

Aquí hice alto portándome con mucha autoridad. Mudé el apellido, pareciéndome cosa importante, y el nombre, llamándome doña Laura de Cisneros. Desearon algunos vecinos conocer á la recién venida; curiosi-

dad que en cada lugar pienso que se practica en particular de la gente ociosa. Entre los que más diligencia hicieron para saberlo fué uno, un caballero de aquella ciudad, de hábito largo. Era galán y mozo, y hacía poco que vino de Roma con algunos beneficios simples, con que tenía cuatro mil ducados de renta; portábase lucidamente, tenía coche y gran familia de criados.

Este caballero (que se llamaba don Esteban) se atrevió á hacerme una visita estimulado de un criado suyo, que habiéndome visto le alabó mi rostro mucho, con lo cual quiso verme con achaque de ser vecino y ofrecérseme como tal. No pude excusar la visita, y así hube de recibirla. Entró el señor don Esteban muy oloroso de guantes, muy galán de hábito en efeto muy en ella. Recibíle en mi estrado con toda la autoridad que pude, sirviendo entonces la una esclava de dueña, encubriendo una florecilla que tenía en la frente con un parche; que la otra tenía mejor cara, y por estar sin hierros guardábala yo para alguna tramoya, que siempre me valí de prevenciones.

Habló el galán de lo de á veinticinco ducados la onza, muy meditado en sus razo-

nes, muy ceñido en los discursos y muy grande tahur del vocablo, cosa que marea á la más cursada en estos coloquios; ¿qué hará á las que no lo estuvieren? Exageró mucho la dicha de que á su calle hubiese venido á vivir y la ventura que desto se le seguía. Finalmente, las lisonjas no holgaron en aquel rato que estuvo de visita, todas en orden á favorecerme. Yo le agradecí la merced que me hacía, y por los ofrecimientos que me hizo le di las gracias, con que se acabó la visita, y él se despidió muy aficionado á la viuda, según después se vió.

Apenas había salido de casa cuando Briones subió á decirme (informado de sus criados) la renta que poseía el señor don Esteban, su liberalidad y cuál gran servidor era de damas. Parecióme buen sujeto para hacerle alguna estafa, ya que el fundamento de ella estaba hecho, que era el de ir aficionado de mi persona, según los intérpretes del alma (que son los ojos) me dijeron, que no los apartó de mi rostro en cuanto duró la visita.

No dijo don Esteban á nadie que me había visto; porque como iba con deseo de ser

mi galán, no le estaban bien compañeros en la pretensión.

No era eso lo que yo intentaba, sino ser conocida para que con la emulación lloviesen presentes en mi casa, y para que no todos penasen por la viuda me pareció poner en astillero de hermana mía, doncella, á Emerenciana, la otra esclava, que tenía muy buena cara y no poco despejo. Vestíla con los mejores vestidos que tenía, no con poca envidia de la compañera, á quien manifesté mi intento, dándola esperanzas así de su medra como de su libertad, con que se consoló de la pena que había recibido de ver á Emerenciana tan bizarra. Ensayéles los papeles que habían de hacer las dos esclavas y el escudero, con que me pude prometer una razonable conquista.

Hacíase una fiesta en la iglesia Mayor, á que acudió toda la ciudad; parecióme ser esta ocasión para mostrar el aparador de mis gracias y las de mi esclava; y así, haciéndola aliñar bien, y yo no descuidándome de mi rostro ni talle, aunque en traje de viuda de las consoladas y que desean echar lo funesto á una parte, me planté entre los dos coros de aquella celebrada igle-

sia, tan alabada, y con razón, en España.

Aunque Toledo es gran ciudad, no lo es tanto como Sevilla, y así cualquier forastero que á ella viene es notado. Yo lo fuí luego que dejé ver mi rostro con un cuidadoso descuido, y á mi imitación hizo lo mismo Emerenciana; tomamos asiento cerca de un pilar de aquellos de la iglesia, adonde acudieron luego galanes como las moscas á la miel. Dímonos con algunos ciertos toques de razonado, con que no echaron menos el buen lenguaje de sus damas que tan celebrado es en toda España. La novedad causó séquito, y así en los puestos que se nos ofreció mudar éramos luego cercadas, ya de lindos que, narcisos de sí mismos, se les pasaba el tiempo en mirar su compostura, ya de confiados que ponían su felicidad en hablar muy culto, ya de bravos que por el bizarro talle y población de mostachos pensaban allanar toda empinada hermosura.

Cuando yo considero la diferencia de hombres que por tantos caminos desean enamorar, juzgo que es como ensalada de todas hierbas un concurso de ellos, si bien cada uno se piensa que trae la sazón consi-

go, ya en su talle, ya en su habla ó ya en sus muchas acciones, que hay hasta amantes de señas que con lo mudo piensan que han de enamorar, como si las damas conociesen interioridades.

Uno entre otros caballeros fué quien más perseveró en seguirnos, inclinado á Emerenciana, cosa que yo deseaba mucho, porque con su cebo pensaba hacer alguna tramoya que redundase en provecho mío y de la esclava. Este caballero se llamaba don Leonardo de Rivera, de las nobles familias de aquella ciudad. Pues como nos fuese siguiendo cuando volvimos á casa, advirtióme de ello Briones; yo me volví á él diciéndole:

—Suplico á v. m., señor caballero, se sirva de no seguirnos los pasos, que con eso da que notar á los que lo ven.

Mudó el caballero colores, porque tenía poca experiencia de tales lances; pero lo que me dijo fué:

—Vuesa merced perdone mi afecto, pues lleva consigo la causa que me obliga á no apartarla de mis ojos pena de sentir su ausencia como se debe á tal pérdida si la aparto de ellos; y por no andar ciego á inquirir el

dichoso albergue que encierra tal beldad, la voy siguiendo: discúlpemela afición con que lo hago, que con ella no es más en mi mano.

Dijo estas razones con alguna turbación, mas con tantas muestras de que le salían del alma, que yo se lo conocí por los ojos, y ya le tenía lástima; mas con severo rostro le dije:

—Ya v. m. nos ha dicho su pensamiento; para la ejecución dél bastaba un criado, sin venir en persona, que con él no se diera nota, y así se da. Yo soy forastera y esta dama lo es, y mi sobrina, para servir á vuesa merced, no querría de primera entrada que nos tuviesen por ligeras en esta ciudad; y así, quien por su presencia da muestras de su ilustre sangre, conozcamos en su cortesía este saber, que ocasión habrá en que le recibamos en nuestra posada.

—Con esa esperanza quedo muy contento (dijo él); y así, para conocer donde vuesas mercedes posan, irá un paje mío, quedándome yo aquí, bien contra mi voluntad, porque no puedo más conmigo; pero he de sacrificarme en obedeceros, que me mandáis esto con tanta cortesía, que esa obliga á no salir de vuestro gusto.

Con eso se quedó y envió el paje tras de nosotras; el cual, después que nos vió entrar en casa, me dió en el zaguán de ella un recaudo de parte de su señor, pidiéndome que le diese licencia para verme; dísela para el siguiente día en la tarde, con que partió muy contento.

Informéme del paje cómo se llamaba su señor, y supe su nombre y ser primogénito de un caballero muy rico y heredero de un cuantioso mayorazgo. Sin esta información hizo otra Briones, y halló que era persona que manejaba dinero, cosa que me sonó bien; porque lo de hijo de familia me había helado, que sé lo mucho que prometen caballeros por heredar y lo poco que dan.

Vino esotro día y llegóse la hora tan deseada de don Leonardo para su visita. Yo previneme también (sabiendo que no había de faltar) de que Emerenciana estuviese muy bizarra; púsose un vestido mío de lana azul con mucha guarnición de plata, y con la buena cara que tenía parecía una gran señora. Hubo pomo en el estrado, compostura de dueña y puntualidad de escudero en el recibimiento, y desta suerte nos halló el aficionado don Leonardo cuando vino; es-

tuvo de visita bien dos horas, en las cuales se hablaron varias materias. Supo allí cómo veníamos de Sevilla, y yo le dije que á cierto pleito á Madrid con un caballero de las Indias, el cual era sobre una gruesa hacienda que había de heredar doña Emerenciana, y que el haber hecho alto en aquella ciudad había sido por esperar á un hermano mío y tío de aquella niña, que vendría en breve.

Todo lo creyó don Leonardo, y no era mucho, porque el desenfado con que yo mentí y asimismo el vernos con tan honrado porte en nuestra casa se le debía dar entero crédito. Sucedió, pues, que al fin de la visita, cuando don Leonardo me acababa de manifestar el amor que tenía á Emerenciana, y asimismo de hacer sus grandes ofrecimientos en lo que fuere de nuestro gusto, entró el señor don Esteban, vecino nuestro, el cual, habiendo visto desde su casa entrar en la mía á don Leonardo y estar de visita tanto tiempo, tuvo sospecha que por mí sería su venida, y con su reconcomio de celos no se le sufrió el corazón hasta pasar á verme, por certificarse de su sospecha. Hízolo así, y á los principios en

la conversación mostró inquitud (no obstante que era muy amigo de don Leonardo); mas después que conoció en sus razones y en algunas demostraciones que se inclinaba á Emerenciana, se sosegó, y pasándose á mi lado, á dos coros se dilató la visita hasta la noche, diciéndome cuánto se holgaba que don Leonardo se hubiese conocido con nosotras, sin estorbo de sus pretensiones, para que juntos la prosiguiesen; nos pidió licencia y se despidieron los dos, con la que á don Esteban le di. Comunicaron sus intentos los dos amigos, que está fácil de conocer; serían en orden á no dejar sus pretensiones sin conquistar; pero yo estaba de otro intento, que era hacerles andar embelesados y sacar de ellos cuanto pudiese sin que consiguiesen sus deseos.

Desde aquel día á porfía comenzaron á llover presentes en casa; pero yo bien quisiera que se redujeran á mayores dádivas que cosas de regalo, que se pierden cuando son en exceso y lo demás se puede guardar. Comenzó don Leonardo á entrar sirviendo con cosas de consideración, y dió un rico vestido á Emerenciana de tabí encarnado y flores de plata con grande guarnición de

alamares y pasamanos. Don Esteban no quiso ser menos que él, y por tener yo hábito que no podía dárseme lo mismo, me envió dos sortijas de diamantes que valían trescientos escudos; todo fué recibido con mucho gusto, con lo cual tenían entrada y algunos lícitos favores, no pasando desto, porque así se lo había mandado á Emerenciana, la cual la conocí picada de don Leonardo; mas con mi precepto estuvo á raya, por no perder mi gracia y el provecho que se le seguía de andar como sobrina mía, bizarra y compuesta, cosa con que la compañera se desesperaba, no obstante que tenía sus provechos de los caballeros, porque la ofrecían lindos doblones, y no menos al escudero, con lo cual pasaba, aunque mal, contenta.

Ofreciósele ir á don Esteban á un negocio á Madrid, y quisiera antes de la partida que yo le favoreciera del todo. Resistí la plática, mas no le dejé sin esperanzas de que á la vuelta se vería su negocio más en su favor, con lo cual partió, dejando á un criado suyo cuidado de que me regalase todos los días. Sólo don Leonardo quedó en la estacada muy perdido por Emerenciana,

apretando cada día la dificultad de que le diese entrada una noche. Ella (con orden mía) se resolvió á que no había de hacer cosa sin mi consentimiento, con lo cual todas las lisonjas y todos los mimos se me hacían á mí en orden á conseguir su deseo y alcanzar beneplácito mío para ello; con que pasados algunos días que anduvo en esto, se me declaró.

Yo al principio recibí la plática ásperamente; mas con una joya que él dió á Emerenciana (que valdría más de seiscientos escudos) me humané, y así le dije que en breve tendría buen despacho su pretensión, con el recato que á mi casa debía y con el silencio que esperaba tendría un caballero tan principal como él por el riesgo que corría la reputación de su casa. Así lo prometió; señaléle entrada para dentro de tres días.

Estaba el amante caballero loco de contento con la tal promesa, y no menos Emerenciana, pensando que mi consentimiento había de tener efecto, que era la moza liviana, al fin como nacida en Grecia, aunque criada en Sevilla. Ya tenía prevenido, cuando llegó la noche, lo que se había de hacer, que era lo siguiente.

Briones, mi anciano escudero, en su mocedad había sido hombre de gracioso humor, y en la que gozaba aún mostraba con él su buen gusto; entre otras habilidades que tenía era una el fingirse mortal de un repentino accidente, con mudanza de semblante, con vuelta de ojos y con traspillar los dientes. Esta habilidad quise que mostrase aquella noche á la hora que había de venir don Leonardo á casa.

Echóse en la cama, y en viendo que llamaba á la puerta, las dos esclavas y yo nos fuimos á su aposento, donde estuvimos un rato sin abrirle, y él muy asistente á la puerta llamando. Al fin Marcela, la otra esclava, le bajó á abrir á escuras; entró don Leonardo, y ella, fingiendo un funesto llanto, le dijo en el estado que teníamos al escudero y cuán desconsolada estaba yo de verle en el último término de su vida.

Entró en el aposento donde estábamos, hallándonos con los lienzos en la mano y los ojos encarnizados, más á puros pellizcos que no de llorar. Puso los ojos en el fingido enfermo, el cual hacía tan bien el papel de estarse acabando, que á cualquiera engañaba, como lo había hecho á otros más bella-

cos que don Leonardo. Allí le signifiqué con cuánta pena estábamos Emerenciana y yo por ser Briones la persona que más habíamos estimado en nuestra vida después de nuestros padres, y que él lo había sido de las dos, naciendo en sus brazos, con cuya muerte perdíamos el gobierno de la casa y un venerable compañero y buen consejero. Preguntó don Leonardo si le habían dado los Sacramentos; díjele que ya habían ido por el confesor y á avisar en la parroquia. Llegóse á Briones y díjole:

—Señor Briones, este es término á que todos hemos de llegar, tarde ó temprano; su prudencia y cordura sé que le tendrán prevenido: que de su buena vida se infiere; lo que de ella le falta aprovéchelo bien.

Aquí nuestro Briones, medio incorporado en la cama y con unos ojos que espantaba, le comenzó á hacer un sermón, con que no hubo menester más el aficionado caballero por aquella noche para dejar aparte la garzonería y deseos. Yo le dije ya vía cuán ajeno era aquel paso del que quería representar; que por aquella noche se fuese, que otras habría.

Obedecióme y fuése, considerando tener

yo razón, pues en tal aflicción como estaba no era justo tratar de sus placeres. Apenas hubo salido de los umbrales de casa, cuando Briones dió dos cabriolás sobre la cama, levantándose, y nosotras le dimos mil vítores por lo bien que había fingido su medio tránsito.

Dímosle honoríficamente de cenar, y cenamos todas con mucha risa de ver cuán atribulado se había ido don Leonardo.

Quise que pasase la burla adelante y que no llegase el plazo que él deseaba; y así, á la mañana madrugué mucho y fuíme á un hospital de los muchos que tiene Toledo, donde, hallando á un hombre que acababa de expirar, fingiendo ser mi conocido, le hice llevar á casa, breve y ocultamente, diciendo que no quería que se enterrase en el sepulcro común de los pobres, sino darle yo sepultura como merecía un hombre que se había visto en mucha honra. Todos alabaron mi intento, y el administrador mucho más, edificado de mi caridad.

Puesto el difunto en casa, le hice amortajar y que pasase plaza de ser Briones, el cual estaba escondido en unos cuartos altos de casa.

Llamóse á la clerecía de la parroquia, y hízosele al difunto un honrado entierro, á que asistió don Leonardo (que quise gastar mi dinero en él para esforzar más mi burla).

Con el sentimiento que fingí en la supuesta muerte de Briones no se me atrevió don Leonardo á decir su pensamiento, de que había quedado doblada la hoja. Mas pasados cosa de ocho días, viéndome algo consolada, tornó á su tema: vió en mí poco cariño para darle otro consentimiento como el pasado, y quiso comprarle con otra joya, dándole á Emerenciana una cadena de peso de trescientos escudos, con que fué la blandura para mi rebeldía, y así hube de señalarle hora para la futura noche, que era á las once y media.

Llegóse el término tan deseado del aficionado galán, y prevenido de su broquel, espada y cualque pistola, se fué á casa. Ya estaba Marcela avisada de lo que le había de decir; y así, luego que le abrió la puerta, le dijo en el zaguán cómo había venido aquella noche un tío mío que pasaba á Madrid esotro día, y que así tenía orden mía de tenerle allí en una sala encerrado hasta que se durmiese.

Consintió en esto don Leonardo, y dejóse llevar á la estancia, que se le señaló con mucho silencio por no hacer rumor: allí le dejó á oscuras la esclava, diciéndole que se esperase, que, aunque fuese tarde, vendría allí la señora doña Emerenciana. Sentóse nuestro caballero en una silla, y allí, fatigado de deseos y rodeado de pensamientos, oyó las doce y la una, desesperándose con la tardanza; oía asimismo que hablábamos en la sala de afuera, aunque no podía percibir lo que decíamos.

Cerca de las dos volvió á él Marcela, y le dijo que ya el tío quería reposar, que tuviese paciencia, porque luego le pondría con sus señoras. Por todo pasó el buen caballero, á trueque de gozar su deseada Emerenciana; y así se tornó á su asiento, dejándole Marcela en él; ya estaba prevenida la tramoya, y fué que vestimos á Briones con una sábana como amortajado y cubierta la cara con un barniz blanco como difunto; le rodeamos con una gruesa cadena de cárcel el cuerpo.

Adornado así, tomó una hacha en la mano, y desta suerte (habiendo crujido los hierros de la cadena gran rato antes) entró

en la sala donde aguardaba el caballero el fruto de sus pretensiones. La luz de la hacha manifestó la horrenda figura de Briones, el cual entró con lento paso, crujiendo los hierros y arrastrando parte de la cadena por el suelo á ofrecerse á la vista de don Leonardo, poniendo en él unos ojos espantables. Era Briones hombre de sesenta y cuatro años, enjuto de rostro, ojos grandes, muy calvo y con la barba larga y el barniz que ayudaba á su fealdad. Todo esto atemorizó de tal suerte á don Leonardo, que desde que entró por la puerta de la sala comenzó á temblar y á hacerse cruces, sin poder moverse, de donde estaba tan cortado le tenía el miedo.

Emparejó Briones con él, y asestándole los ojos dió un suspiro muy doloroso, y tras él le dijo:

—¡Ay de ti, pobre don Leonardo; si te atreves á infamar esta casa; qué castigo se te espera!

Con esto y otro gemido que dió más doloroso que el primero, le volvió las espaldas y se entró por donde había venido.

Quedó don Leonardo casi para expirar, porque como él tenía por muerto al viejo y

había estado en su entierro, viendo ahora su misma figura y en aquel hábito cargado de cadenas, sin duda se pensó que allí fuera el fin de sus días. No se le olvidaron las palabras del fingido difunto, que iban en orden á la conservación de la honra de aquella casa amenazándole si trataba de menoscabarla; y así, temiendo un castigo del cielo, con diferente propósito del que había traído, trataba de buscar á escuras la puerta para irse, cuando volvió Marcela á decirle que Emerenciana le aguardaba, que se viniese con ella.

—No estoy para verme en su presencia (dijo el atemorizado caballero).

—¿Por qué? (replicó Marcela).

—Porque después que me dejaste me ha dado un accidente tal, que me estorba gozar el favor que me ofrece; y así la diréis de mi parte cómo estoy, y que el verme tan afligido me priva del bien que esperaba.

Quiso darle una conserva Marcela y un trago de vino: mas él, no queriendo recibir nada, la pidió que le guiase á la puerta de la calle, que quería irse. No le replicó en nada Marcela; sólo le dijo cuánto sentiría su señora asi el no verle, como saber que

iba en aquél nuevo accidente. Casi sin palabras se despidió don Leonardo de Marcela y se fué á su posada, que no fué poco acertar á ella.

Abrió una puerta falsa; entró en su cuarto perdido el aliento; despertó á un criado y díjole que venía malo; acostóse y en toda la noche no pudo sosegar; vino el día, y sabiendo sus padres su indisposición, bajaron á su aposento, y hallaron á su hijo fatigado. Llamáronse los médicos, y tocándole los pulsos, dijeron tener una gran calentura: ésta se le continuó por algunos días, con que llegó á estar muy al cabo de sus días, sin querer decir el origen de su dolencia.

Trataron de extinguirle la calentura, y conseguido esto, se fué mejorando, aunque siempre perdido de color, y con una grande melancolía que no se le apartaba.

Vino nuestro don Esteban de Madrid, y la primera visita que hizo fué en mi casa. Recibíle con mucho gusto, y después de haber hablado en varias materias, preguntó por don Leonardo y si iba adelante con los amores de Emerenciana.

Yo le dije cómo una noche que se le había dado entrada en casa habiendo aguar-

dado sazón para gozar su empleo, salió della con un accidente, del cual le había procedido una grave enfermedad, de que (aunque estaba convaleciente) le quedó una gran melancolía. Fué de allí á verle el canónigo, sintiendo mucho haber sabido cómo estaba. Entre muchas cosas que pasaron en orden á tratar de nosotras, fué decirle don Leonardo lo que le había pasado con el difunto escudero, de lo cual hizo grande burla don Esteban, diciéndole que sería ilusión que le pasaría por la cabeza.

Afirmaba don Leonardo con solemnes juramentos ser verdad cuanto le decía, aún no perdido el temor de aquella azarosa noche; pero de todo se reía el amigo; mas por no dejar de dar crédito á don Leonardo, no quiso apretarle más en aquel caso, y así se despidió dél, yendo con alguna sospecha de que había sido miedo del joven caballero; que, como poco experimentado en tales casos, le habría parecido ser hora extraordinaria para el logro de sus deseos, y peligrosa para salir después de nuestras casas.

Vino esotro día á la mía y contóme todo el caso con mucho donaire, haciéndole de la pusilanimidad de don Leonardo. Yo le oí

con mucha atención, y después de haberme refcrido lo que don Leonardo le había contado, me mesuré un poco, y arqueando las cejas (señal de admiración), le dije:

—Verdaderamente, señor don Esteban, que ahora veo que debo dar crédito á lo que me ha dicho una dueña mía, y es que ella ha sentido cerca de su aposento ruido de cadenas todas estas noches, cosa que le había dado no pequeño susto, por lo cual ha mudado su cama á otro aposento. Yo he hecho burla dello y atribuídola á poco ánimo suyo; mas con lo que v. m. me dice, veo que debe de ser verdad; pero no creo que era el ánima de mi buen escudero Briones, porque su vida era tal, que no tendrá cargo que venir á revelar á ninguno desta casa; fuera de que mi cuidado ha sido tal en hacerle decir misas, que pienso que han sido en cantidad, pagándole con esto el amor que siempre le debí, que fué mucho; pues hago cuenta que nací en sus brazos.

Hice mi poco de sentimiento, y saqué el lienzo para que hiciese también su figura, ayudando á lo lamentable.

Dejó pasar don Esteban aquella plática, y mudando otra alegre, guió su intención

á la que le convenía, que fué á decirme qué cuándo me determinaba á favorecerle. Yo (mesurándome) le respondí que por ahora no tratase de aquellas cosas; que estaba tan lastimada de la muerte de mi Briones, que no me determinaba á tratar de cosas de divertimiento; mas él, que era cuerdo y sabía que el atajo de aquellos rodeos eran las dádivas, con achaque de que había ganado al juego una gran cantidad de dinero, la tarde siguiente me dió doscientos escudos en un bolsillo de ámbar bordado, esto por barato, y á Emerenciana cincuenta, no olvidándose de Marcela. Con esto vi que no podía negarle la entrada, pues tan liberal andaba conmigo; y así le dije que para de aquí á dos noches, á las once en punto, viniese solo, que con la seña de un silbo le abriría Marcela.

Con esto fué muy contento, esperando que se llegase el plazo que tanto se había deseado. Yo no me descuidando de lo que había de prevenir, compuse mis tramoyas en la forma que había de estar, y aguardé á mi enamorado amante, el cual con el cuidado y deseo con que estaba, en oyendo las once, tomó su espada y broquel y vino á mi

casa, donde con la seña del silbo le abrieron la puerta luego, llevándole Marcela sin luz á un aposento, y le dijo que allí había de venir yo, luego que el escudero se acostase, que estaba dándome cuenta del gasto de aquel mes. Allí aguardó don Esteban en compañía de Marcela, y mientras se llegaba el tiempo que él deseaba, la astuta esclava le entretuvo con graciosos chistes; entre ellos, vino á hacer burla del miedo de don Leonardo don Esteban, á lo cual la fingida dueña le dijo que en aquello no la hablase, porque allí le estaban temblando las carnes de pavor, porque ella había sentido el ruido cerca de su aposento más de diez noches.

—¿Es eso cierto? (dijo don Esteban).

—¿Y cómo si es cierto? (dijo ella). ¡Cuitada de la que lo oía sin dormir, en todas aquellas noches sueño, hasta que mudé la cama á otra pieza cerca de mi señora! Y aun ahora (prosiguió) no hago poco en estar aquí acompañando á v. m. en este aposento, por ser en el que murió nuestro Briones.

—¿Que aquí murió? (dijo él).

—Aquí (replicó ella) dió el alma á su

Criador y le debe de haber dado el purgatorio en esta casa.

—Reíos de eso (dijo don Esteban), que ese ruido sería en la vecindad, y vos con el temor se os antojaría ser del muerto.

—¿De muchos no se sabe (dijo ella) que han vuelto al mundo á manifestar sus deudas ó á descargar sus conciencias con sus hijos, padres ó testamentarios?

—Así es verdad (dijo él); pero quíteseos de la imaginación esa fantasía, que Briones ni tendrá cosa que le obligase á decirla ni aun que penar, que era la misma sinceridad.

—En la apariencia decía bien, que á todos engañara; pero en lo interior era el mayor bellaco del orbe.

Ellos, que estaban en esta plática, oyeron un ceceo de Emerenciana, con el cual Marcela dijo á don Esteban:

—Paréceme que me han hecho seña; voy á ver qué me quiere mi señora; sin duda sospecho que deja en quietud su gente y quiere que os lleve á su cuarto; aguardad un poco que luego vuelvo, y perdonad el dejaros sin luz, que el recato de mi señora lo pide, pues no se ha visto en estos lances

hasta ahora, cosa que debéis estimarla en mucho.

—Así lo creo (dijo él), que me favorece con extremo.

Fuese Marcela y quedóse don Esteban solo por espacio de un cuarto de hora; al cabo dél comenzaron á sonar los eslabones de la pesada cadena que tanto atribuló á don Leonardo, yéndose Briones con el mismo disfraz acercando al aposento donde el enamorado caballero estaba. El, que sintió el ruido, comenzó á pensar si sería la visión que á don Leonardo apartó del amor de Emerenciana.

Era de mayor ánimo don Esteban; y así, desnuda la espada y embrazado el broquel, aguardó á ver en qué pararía aquel ruido.

Presto salió de este cuidado, poniéndole en otro mayor el ver entrar por otra puerta de enfrente de aquella por donde había entrado, á Briones en la forma dicha y con la hacha en la mano; dió dos pasos dentro del aposento, acompañándolos con cuatro dolorosos gemidos. Paróse luego, y poniendo los ojos en don Esteban sin hablarle palabra, le llamó con la mano derecha por dos veces. Ya nuestro valiente no estaba con

tantos bríos como hasta allí, viendo aquella horrible figura en su presencia. Rehusó el ir con él, y así se estuvo quedo. De nuevo le volvió á llamar por señas Briones, mas no le obedeció quien estaba ya medio apoderado del temor.

Como vió esto Briones, dijo con voz trémula y dolorosa:

—Señor don Esteban, venid, venid conmigo, y veréis el desengaño de las cosas de este mundo.

Cobró un poco de ánimo don Esteban (cosa que le puso en cuidado al supuesto difunto), y partió prevenido de su espada y broquel adonde estaba. Por si llegaba á estos términos le tenía trazado un engaño de burla pesada, y fué que habiendo hecho desolar un pedazo del aposento que caía sobre el zaguán de la puerta falsa de casa, cubría esto una alhombra clavada con unos clavos. Pues como partiese contra el fingido difunto y pusiese los pies en la alhombra desclavándose, dió con su cuerpo en el zaguán, cayendo sobre unos colchones que estaban prevenidos; pero la caída fué tal, que quedó sin sentido como ignorante del caso.

Había avisado ya á dos conocidos míos, y aun pagádoselo muy bien; que en viendo caído al galán le tomasen en brazos y le sacasen de casa. Hízose con brevedad, dejando al pobre caballero aporreado puesto más de treinta pasos de mi puerta, adonde le dejaron al sereno y sin sentido por más de una hora que no volvió en sí. Pero cuando cobró aliento y vió en la parte que estaba fuera de mi casa, á él le pareció que aquel espíritu le había puesto allí, sacándole de mi casa porque no ofendiese mi honra con este pensamiento.

Aprehendido se fué á su posada, determinando no volver más á la mía, como lo hizo, ni aun pasar por mi puerta. Vióse con don Leonardo, á quien dió cuenta de lo que le había sucedido, y pidió perdón de haber hecho burla de lo que le había dicho. Con esto se afirmó más en su propósito de no verme, que era lo que yo quería, después de haber dejado su moneda y joyas.

Quiso mi mala suerte que Briones se descuidase en su encerramiento y fuese visto de un criado de don Esteban, el cual luego se lo fué á decir á su señor. El, admirándose, le dijo que sin duda era el espíritu de mi

escudero. Mas el criado (que era grande socarrón) le replicó que bien podía ser cierto todo lo que le decía; pero que él era de diferente parecer, teniéndole de que había sido engañado por mí.

No se podía persuadir á tal con la certificación de don Leonardo en que había visto enterrar á Briones; mas, con todo, el criado porfiaba en que Briones vivía, y en que él le había visto muy alegre y riéndose á la ventana.

Era así como lo decía; porque el escudero era muy burlón y siempre estaba de chacota con la gente de casa. Con lo que el criado instaba en que no era nuestro Briones, se determinó á saberlo con certeza; y así una noche rigurosa del invierno se disfrazó en hábito de pobre andrajoso, y tomando dos muletas, al anochecer se entró en el zaguán de mi posada.

No le conocimos ninguna de las tres; y habiéndole yo dado limosna, me pidió que por aquella noche le diese algún lugar donde durmiese, aunque fuese en la caballeriza.

Compadecíme de su desnudez y miseria, y con beneplácito mío se quedó en el zaguán, hasta que después de cena fuese acomoda-

do de cama. El, con el curioso cuidado de averiguar la muerte de Briones si era cierta, tuvo paciencia, y se aguardó al pie de una escalera, adonde estuvo hasta que cenamos. Bajóle Marcela alguna cosa que cenar, y díjole que de allí á media hora sería acomodado de cama. Venía el disfrazado pobre con dos parches en el rostro y un paño sucio por la frente, que nadie le conociera si no pusiera mucho cuidado en ello, con ser de los que más frecuentaba el visitarme de parte de su amo. Pues como se llegase la hora de recogernos, teniendo bien cerradas las puertas de casa, mandé á Briones que bajase abajo una manta y un traspontín en que acomodase al pobre por aquella noche, dándole por albergue un aposentillo bajo cerca del zaguán. Bajó el escudero con el recaudo de dormir para el pobre y con una luz; acomodó la ropa en el aposento dicho, y desde él llamó al pobre que se viniese á acostar, el cual lo hizo muy informado con la presencia de Briones de saber que fué embeleco el haberse hecho muerto.

Advirtió con cuidado el anciano en la persona del fingido pobre, y conociéndole, pesándole en extremo de verle allí, dejóle

en su cama; y para remediar esto cerróle la puerta por defuera, subiendo luego á decirme lo que pasaba, cosa que me puso en cuidado; porque averiguada la verdad de mi cuento, les había de provocar á la venganza á don Leonardo y á don Esteban, y se habían de vengar de mí. Pedíle á Briones consejo sobre lo que se haría, y el que me dió fué que aquella noche dispusiésemos de nuestra ropa, poniéndola en tercios, para que á la mañana antes de ser bien de día nos partiésemos á Madrid.

Parecióme bien su acuerdo, porque quedar en Toledo era dar motivo á que los ofendidos hiciesen suertes en mí; y así nos dispusimos el escudero, las dos esclavas y yo á no dormir en toda la noche por salir esotro día de la ciudad con toda la priesa posible. Toda la noche se nos pasó en componer la ropa, y poco antes de amanecer salí con Marcela de embozo, y á los Mesones de la Sangre hallamos un carro manchego en que poder irnos á Madrid.

El medio año de la casa estaba pasado, y no había deuda que estorbase nuestra partida; con la cual, habiendo acomodado el menaje de casa en el carro, antes de ser bien

de día ya estábamos fuera de los muros de Toledo, dejando cerrado al criado de don Esteban en el aposento, el cual creo yo que daría voces hasta ser abierto por algún vecino, y daría luego las nuevas de nuestra partida á su amo.

Ninguna destas cosas supe porque no me importaban; sólo lo que me convenía era salir de Toledo y no ser vista de los dos burlados galanes, los cuales quedaron estafados y sin alcanzar el premio de sus deseos.

CAPITULO XIX

En que cuenta la entrada en Madrid, y lo que allí le sucedió con un hurto que le hicieron, por donde se fué á Alcalá y se casó cuarta vez.

Al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solían ir, se dice comúnmente. Nací en la corte y volvíme á mi centro, con algún caudal granjeado, no puedo decir que con buenos modos, porque el lector sabe cómo han sido en el largo discurso de mi vida, de que podía temer su poca duración, pues lo mal ganado ni llega á colmo ni se conserva. Con todo mi carruaje y familia entré en aquel piélago de gentes, abismo de novedades, mar de peligrosas sirtes y, finalmente, hospicio de todas naciones.

Recibióme como madre, y yo, como hija suya, alegréme de ver sus costosos edificios, sus nuevas fábricas, ocasión para aumentar cada día más vecindad á costa de las ciuda-

des y villas de España; pues lo que aquí sobra de moradores, viene á hacer falta en ellas, despoblándose por poblar la corte, hechizo que hace con todo género de gente.

Tomé casa en los barrios de San Sebastián, alegres por su sana vivienda como por estar cerca de los dos teatros de las comedias; y porque cerca dellos viven los representantes y las damas de la corte, se llaman comúnmente los barrios del placer.

Allí alquilé una casa sola, bastante para mi corta familia, que eran dos esclavas, la una en astillero de sobrina mía y la otra de dueña; el venerable Briones, escudero y comprador, y una mozuela que sirviese en la cocina; adorné las paredes, compuse mi estrado y compré lo que me faltaba para tener una casa aseada y que pareciese de mujer principal.

Mi primera salida fué á una fiesta que se hacía en la Victoria, donde manifestándonos á la juventud, no faltaron galanes ventores de la corte; conociendo las nuevas caras, nos cercaron y comenzaron á trabar plática con las dos. Cúpome un caballero, hijo de un rico genovés, y á Emerenciana un amigo suyo de su misma edad y tierra;

no eran de los más entendidos del mundo, y así se lo conocí á pocas razones.

Parecióme el que se me inclinó que si la finca era abonada de dinero, el entendimiento era mollar y ocasionado para cualquier burla y estafa: hubo su poco de acompañamiento, y visto que carecíamos de coche, también hubo oferta dél, que no se desestimó; antes se admitió como cosa la más concerniente á nuestra autoridad. Nuestra venida á la corte quisieron saber, y se les satisfizo con la misma mentira que á don Esteban en Toledo: continuaron en visitarme, pero no en comenzar la empresa regalando, con que me comenzaron á dar temblores de frío desahuciándome de poder sacar jugo de la tal gente.

Quien hubiere ofendido guárdese; que el que ofende, escribe su daño en papel, y el que recibe la ofensa, en bronce, que tiene más duración. Así lo hicieron don Esteban y don Leonardo, que, habiendo salido el criado que dejamos cerrado de su encerramiento (siendo abierto por un vecino de pared enmedio), fué á dar cuenta á su amo de haber visto con vida á Briones y asimismo de nuestra fuga á Madrid. Picáronse los

dos, y más don Leonardo, por haberle costado el espanto una enfermedad, y conformes en vengarse de mí y de Emerenciana, se partieron á Madrid con mucho secreto, llevando ya ordenado lo que habían de hacer conmigo. El criado que encerramos tomó á su cargo el saber de nosotras, el cual, vestido de seglar (que era estudiante), se puso unos anteojos, con que se desconoció; y así, en dos días, supo nuestra casa.

Con esto se mudaron los dos amigos de la suya, que estaban á la plazuela de la Cebada, y se vinieron á nuestros barrios con todo el embozo posible. Traían para autor desta burla un conocido suyo, hombre, aunque anciano, de lindo humor: éste acudió el primero día de fiesta á San Sebastián á misa, adonde sabía que íbamos Emerenciana y yo en el coche del enamorado genovés. Procuró tomar asiento cerca de Emerenciana, y en el discurso de la misa todo se le fué en encarecerla su hermosura, mostrándose sumamente aficionado della, y asimismo en ofrecérsele por su servidor. Oí la plática, y mirando yo la persona del fingido enamorado, no me desagradó el verle de edad, que cuando en un anciano se apodera

el amor, es difícil el quitársele, porque no se sabe divertir como el joven y variar de gusto.

Acabóse la misa, llegó á hablarme y á ofrecérseme de nuevo, alabándome segunda vez las partes de mi esclava. Yo le agradecí con las mejores razones que pude el favor que la hacía, y queriendo acompañarnos, no di lugar á ello por ver que á la puerta de la iglesia estaban nuestros galanes, los cuales aún no habían visto lo que entre Emerenciana y el viejo había pasado, que á verlo fuera cierto haber celuchos y aun quejas.

Hizo el anciano su papel de fino enamorado, siguiéndonos por darnos á entender que quería saber la casa; y no se fué de la calle hasta vernos dentro.

Esa tarde me envió un criado, pidiéndome licencia para visitarme. Parecióme que la afición iba en aumento, y así se la di por saber de su boca qué porte de hombre era.

Vino el astuto viejo, y después de haber preguntado por nuestras saludes y la causa de nuestra asistencia en Madrid, me dijo estas razones:

—Yo, señora mía, antes que v. m. me pregunte quién sea, se lo quiero decir yo.

Me llamo don Jorge de Miranda, de la calificada casa de los Mirandas de Asturias. Pasé muchacho al Perú, y ha sido tal mi buena suerte, que, arrimado á un virrey que entonces lo iba á ser á Lima, fuí su favorecido de suerte, que en cuarenta años que estuve en aquellas partes he traído á España cien mil ducados en barra y pesos. Fuí casado en Indias; murió mi esposa; dejóme un hijo, que se murió cerca de la Habana, de edad de veinticinco años, el más gallardo mozo del orbe: he quedado señor de toda esta hacienda, y estoy dispuesto á casarme segunda vez, aunque en madura edad, por si el cielo se sirviese de darme sucesores que heredasen esta hacienda; trato aquí de algunos empleos, mas ninguno me satisface; he visto en mi señora doña Emerenciana partes para ser amada, y así, con vuestro gusto (que sin él no quiero nada), he de servirla y regalarla con mucho cuidado, porque su hermosura pide que todo el mundo la estime y agasaje.

A otra más astuta que yo engañaran las comedidas razones del fingido indiano, cuanto más á mí, que en sonándome Indias pensaba, con el talle y cara de la esclava, que

habían de llover reales de á ocho en mi casa. Estiméle la merced que nos hacía, y de parte de Emerenciana le agradecí los favores que había recibido dél aquella tarde, con que se remató la visita, manifestando el socarrón ir muy prendado por la moza. Continuó algunos días el vernos, sin enviar cosa alguna, si bien se disculpó en no haberle llegado la ropa de Sevilla. Era bien recibido de mí con grandes esperanzas de ser muy rica por su causa.

Emerenciana más se inclinaba al galán genovés por ser más mozo; yo, que se lo entendí, la di un jabón, de modo que tuvo por bien de seguir mi gusto.

Sucedió, pues, que un día que estábamos Emerenciana y yo en una fiesta en el coche del caballero genovés, vino aquella tarde á vernos el viejo indiano, y quiso mi mala suerte que le abriese Marcela, con quien estuvo de visita aquella tarde, y de ella supo ser Emerenciana esclava y compañera suya. Esto le dijo con el sentimiento que tenía de verla hacer papeles de señora y ella de criada, cosa que nunca la pudo digerir.

Parecióle al socarrón del fingido don Jorge que le estaba de perlas aquella moza, y

que era más conquistable siendo esclava para lograr un intento que de nuevo se le ofreció con lo que le dijo Marcela. No dijo nada desto á don Esteban ni á don Leonardo, sino trató de escribir un papel á Emerenciana, el cual le llevó un criado de don Leonardo, que le servía en cuanto duraba la burla; éste halló buena ocasión en que pudo verse á solas con Emerenciana, y así le dió el papel, y ella lo recibió con mucho gusto, el cual contenía estas razones:

«Señora mía, sabiendo vuestra calidad y partes, me aficioné á esa beldad, con intento de serviros, no con el fin que ahora determino, que es de teneros por esposa; esto sé que no será con gusto de vuestra tía, porque pretende serlo mía y quitaros á vos este empleo; si os determináis á dejar esa casa é iros conmigo á Sevilla, os doy mi palabra de dotaros de veinte mil pesos, ensayados, y teneros por mi esposa y dueño de mi alma. Si esto os pareciese á propósito, la breve resolución importa, guardándoos de que lo sepa vuestra tía; no os lo estorbe, que lo hará á saberlo.

»Sea yo avisado de todo y el cielo os guarde como deseo.—*Don Jorge de Miranda.*»

Leyó el papel Emerenciana, y entrando en consejo consigo misma, echó de ver cuán bien la estaba este empleo. Pues con él salía de esclava y era señora, gozando una gran dotación, y mientras su esposo viviese una grande hacienda; esto creyendo lo que había dicho el mentido indiano. Pues como se resolviese á elegirle por esposo á hurto de su tía, quiso no dejarla sin que se acordase della con lágrimas, y así como quien tenía debajo de su llave sus joyas y vestidos, á ellas acomodó en un pequeño envoltorio y á ellos en otro algo mayor, y con esto respondió al papel desta suerte:

«Aunque no haya partes en mí para mereceros, aceto la estimación que hacéis de mi persona con las condiciones dichas, y por no sentir el estorbo que á nuestro intento puede hacer mi tía, me determino salir de su casa é ir á la vuestra la noche que viene, no olvidándome de las joyas que en casa hay mías y suyas. Aguardaréisme á nuestra puerta al punto que anochezca, que yo lo tendré dispuesto todo; el cielo os guarde para que seáis mi dueño.—*Doña Emerenciana.*»

No deseaba el indiano otra cosa ni ende-

rezaba la proa de su cautela á otro fin, si no al de persuadir á Emerenciana que robase á su tía cuando no saliese ella á ello, pensando que era cierto lo de su riqueza; mas viendo que sin haberle dado intención para esto ella se determinaba, se alegró sumamente.

Llegóse el término señalado y, sin dar parte á nadie, el viejo aguardó á la descendiente de Agar á la puerta de nuestra posada. No se había descuidado la moza, que dejándonos á mí y á Marcela entretenidas bajó cargada con dos líos de ropa y joyas. Halló á la puerta á su enamorado viejo, y tomándole el envoltorio de los vestidos caminaron juntos á cierta casa en los barrios de Santa Bárbara, adonde el viejo tenía dispuesto llevarla.

Era la casa de otro tan grande bellaco como él, y quisieron que por aquella noche pasase la mentira del fingido indiano, llamándole siempre y con respeto el señor don Jorge de Miranda. No faltaron sirvientes que les asistieran á la cena, pasando plaza de criados del indiano. Cenóse alegremente, no lo estando menos Emerenciana, juzgándose mujer de un caballero rico y prin-

cipal. Acabada la cena, les tenían prevenida una blanda y limpia cama, donde se acostaron los dos y aunque sin bendiciones. Berenguel (que así se llamaba el viejo) gozó el fruto de sus deseos.

Aquella noche, echando menos á Emerenciana, la busqué por toda la casa, y asimismo por las de los vecinos, pero no fué hallada; acudí á mis cofres y vi faltar de ellos los vestidos que eran míos y ella traía. Eché luego menos las joyas que valían muchos ducados, y callando que me había robado la perra esclava, me quedé sin sentido tendida en un estrado; acudió Marcela á mi remedio con agua, y al cabo de un rato volví en mí bañada en lágrimas sin haber razones con que me poder consolar. Marcela me decía que yo me tenía la culpa con que estaba, pues había dado alas á la hormiga para volar; esto era haber puesto en astillero de dama á quien era esclava. Veía que tenía razón y callaba, ocupada sólo en llorar. Desta suerte se me pasó la noche. Por la mañana acudí á la justicia, dándoles cuenta del hurto y de ser esclava la que le había hecho; ofrecí dineros y mayor paga si parecía; hízose la diligencia,

pero todo fué en balde, porque el astuto viejo se puso en cobro con su compañera. Ausentóse esotro día de Madrid, y escribió una carta á don Esteban y á don Leonardo, avisándoles cómo se llevaba á Emerenciana con mis joyas.

Ellos, vista la burla, en algo vengados de mí, quisieron hacerme una visita aquel día; y sin pedir licencia se subieron á mi cuarto, encontrándose con Briones en la escalera, con cuyo encuentro quisiera antes ser muerto que habérseles ofrecido á la vista. No hicieron caso dél; antes, subiéndose á la sala, me hallaron en el estrado, que acababa de abrir un escritorio, donde estaba el dinero, por ver si le había abierto con llaves falsas, y fué dicha que no se le pusiese en la cabeza que lo hiciera, según era atrevida la Emerenciana. Con la vista de los dos caballeros confieso que me turbé mucho, y ellos me lo conocieron: tomaron sillas, y habiéndome preguntado por mi salud, les dije no la tener buena.

—En los ojos se le echa de ver á v. m. (dijo don Esteban), que parece que son los que más han padecido en el accidente, y ha sido grosero en atreverse á tanta hermosura.

Yo callé á esto, y luego don Leonardo me dijo muy falso:

—Admirárase v. m., mi señora doña Laura, de nuestra venida á Madrid juntos, y no dejará de estimarla, pues ha sido sólo á darla á v. m. la enhorabuena de la resurrección de Briones, el gobierno de esta casa; cosa que supimos en Toledo, por haber faltado el cuerpo del sepulcro, y así lo atribuimos á uno de sus milagros de v. m.; y como el de resucitar á un muerto sea tan admirable, no quisimos dejar de ver á la causa de tan extraordinario portento, que es v. m. Viva mil años para que se ocupe en actos de tanta caridad que lo fué para el escudero, sino para nuestras bolsas; pero gracias á Dios que el indiano ha dado venganza á todos, aunque nos quedemos sin lo que hemos gastado; dél hemos recibido este papel, que con su licencia de v. m. hemos de leérsele.

Yo estaba tal, que no pude responder palabra, y así di con esto lugar á que me leyese el papel del fugitivo ladrón de mi esclava y joyas, que decía así:

«El vengador de vs. ms. halló más fácil el imposible de Emerenciana que el señor don Leonardo; pues habiendo sabido ser

esclava de la que se fingía su tía, me pareció hacerla mi esposa; supliendo las sobras de su hermosura, las faltas de su limpieza, si no la hay en ella, la habrá en los cofres de mi señora doña Laura, de quien faltan las joyas que vs. ms. contribuyeron y otras que las acompañan; porque no sientan el venir solas. Con ellas nos remediamos dos, y se vengan dos á costa de una agraviada; y así, dejando á Madrid, ojos que nos vieron ir, no nos verán más en él.

Cristo con todos.»

Luego don Esteban prosiguió diciendo:

—Para estos trances es el valor, mi señora doña Laura, que, por faltarle al señor don Leonardo, con el difunto Briones, cayó enfermo.

Aquí cobró colores el picado galán, y con mayores fisgas prosiguieron el cordelejo, hasta que ya viendo que estaban pesados, les dije:

—Señores míos, basta, basta; tanto apretar á una afligida mujer; á los afligidos no se les ha de dar más aflicción. Ya vs. ms. están vengados de mí, pero no me podrán negar que valiera más tener en mi poder lo que me han llevado, que no en el de un pí-

caro y una esclava; que tiempo viniera en que vs. ms. hallaran recompensa en mí.

—No la queremos (dijo don Leonardo), ahora ni nunca, sino que v. m. tome este consejo de mí, y es que mire con quién se burla de aquí adelante, porque hallará quien no sepa llevar en risa lo que se le castiga en la bolsa por vía de engaño.

Con esto dejaron sus asientos, y despidiéndose cortésmente, me dijeron al salir:

—Pésanos que Emerenciana cobrase su libertad con tan mal empleo, que si ella se escapara, cara tenía para más de cuatro engaños. V. m. tenga paciencia, que con ella se ganó el caudal y quiso pagarse de su mano.

Fuéronse y dejáronme abrasada; llamé luego á Briones y á Marcela y quise averiguar de los dos cuál había dicho ser esclava Emerenciana, pues solos ellos lo sabían. Entrambos negaron, y porque estaba dudosa á la averiguación, quise que pagasen la pena igualmente; y así esa noche pagué á Briones y le despedí, y á Marcela la vendí esotro día en lo que me quisieron dar por ella, escarmentando á no servirme más de esclavas.

Mudando de familia quise buscar en Madrid á Teodora, en cuya casa me crié, y acudiendo á los barrios donde había habitado, supe haberse casado en Alcalá de Henares con un mercader, con razonable hacienda, el cual se había aficionado á la moza. Parecióme hacer mudanza de Madrid é irme á Alcalá, adonde estaba mi amiga, y así la dispuse brevemente; considerando que de asistir en Madrid y estar allí don Esteban y don Leonardo, mis contrarios, podría perder por ellos con la juventud de los caballeros, á quien yo había menester para usar de mis embustes.

Esto, pues, me obligó á dejar la corte y la comenzada conquista del caballero genovés, mi amante, que frecuentaba mi calle mucho. Prevenido todo el menaje de mi casa, que ocupó un carro, yo me entré en un coche y en él me fuí á Alcalá, adonde hallé á mi amiga Teodora muy contenta, y rica y con dos hijos.

Recibióme alegremente, diciéndole á su marido quien yo era, de quien en ocasiones habían tratado largamente los dos, exagerando lo mucho que me quería. Estuve en su casa cuatro días, y en tanto me buscaron

casa: el dinero que traía, que serían hasta dos mil escudos en oro y plata, puse en trato con el mercader. Súpolo esto un primo suyo, viudo, y pareciéndole que le estaba bien ser señor de aquel dinero, para aumento de su caudal, que también era mercader de sedas, trató con Teodora de que supiese de mí si quería casarme.

Ella, que deseaba tenerme siempre cerca de sí, aunque contra voluntad de su marido, por ver que le había de quitar el dinero del trato, concertó mi boda con el tal mercader.

Hubo en ella gran fiesta; pero duró poco, porque yo me empleé en el hombre más civil y miserable que crió la naturaleza.

Era hombre de cincuenta años, con dos hijos y una hija, tan míseros como su padre: al fin criados de tal escuela. Las cosas de su miseria piden nuevo volumen, que en éste sería alargarme mucho; y así, convido al señor letor, para él en mi segunda parte, diciéndole que del mercader tuve tres hijos y una hija; todos salieron al padre en las costumbres; sola la hija imitó las mías. Para la segunda parte remito contar las vidas de todos, con nombre de *La congregación de la*

miseria, libro que será de su gusto, cuyo volumen promete el autor de éste dar á luz con la historia de *Los amantes andaluces* y *Fiestas del jardín* siendo Dios servido.

Laus Deo, honor et gloria.

TABLA

DE LOS

CAPITULOS DESTE LIBRO

Págs.

NOTAS

1. *Pág. 9.*—«Tuvo su patria en Galicia, en la villa de Cacabelos.»

Hoy pertenece á la provincia de León, y se halla entre Villafranca del Vierzo (á cuyo partido corresponde) y Ponferrada. Es villa de unos 2.000 habitantes.

2. *Pág. 9.*—«Ratiños.»

Esta denominación sè daba en el siglo XVII á los que hoy se llaman más comúnmente *bercianos* y *maragatos*. Ignoramos si por acaso aún subsiste en algún pueblo de la región la antigua forma. Usóla también el licenciado López de Ubeda en su novela de *La pícara Justina* (1605), diciendo en un lugar (pág. 74 de la edic. de Rivadeneyra): «No reparó el buen padre que nos oía un caballero *ratiño* de junto á Portaalegre». Y en la página siguiente repite: «No pudimos; porque el *ratiño* de Portaalegre...» Ni Covarrubias ni el *Diccionario* de la Academia traen esta palabra.

Sobre el origen de los maragatos hay una di-

sertación del Padre Sarmiento, de poco valor, y otra mejor en los Estudios de Dozy. Parece fuera de duda que son de origen morisco.

3. *Pág. 10.*—«Era doncella *en cabello,* por falta de *albanega.*»

Juega aquí Castillo del vocablo para ponderar la pobreza de la gallega Dominga, que no tenía con que cubrirse la cabeza. *Doncella en cabellos* era, en el lenguaje y códigos de la Edad Media, la doncella en sentido recto; es decir, la mujer virgen, porque solían traer el cabello suelto ó no recogido, á diferencia de las demás, que lo llevaban anudado, aunque no se cubriesen la cabeza. La albanega (nombre de origen árabe) era una cofia ó red para recoger el pelo las mujeres.

4. *Pág. 10.*—«Calabriada.»

En sentido propio es mezcla de dos vinos diferentes; por lo común blanco y tinto. La etimología que da Covarrubias es infundada, aunque quizá procede el vocablo de la Calabria, región del Sur de Italia. Castillo lo usa en un sentido muy libre, aunque picaresco y gracioso, aludiendo á la mezcla de una *gallega* (según la geografía de entonces) con un *ratiño.*

5. *Pág. 11.*—«*Catuja*, que allá es lo que acá en Castilla Catalina.»

Y aun en otras partes; porque la palabra Catuja es castellana. En Galicia se pronuncia *Catuxa.*

6. *Pág. 13.*—«Un criado, natural de Segovia, de los refinos hijos que aquella ciudad cría.»

Debía ser famosa entonces la agudeza de los segovianos, ó Castillo recordar más de uno, porque su Bachiller Trapaza era también de allí. En tiempos de Bretón de los Herreros había decaído mucho aquella fama, á juzgar por aquel *Cisne de Segovia* que introduce en una de sus comedias.

7. *Pág. 13.*—«Con un discantillo.»

Diminutivo de *discante,* guitarrillo pequeño de voces muy agudas.

8. *Pág. 16.*—«Muy bozal en caminos.»

Graciosa aplicación de la palabra *bozal,* en sentido de nuevo, principiante ó inexperto, por analogía con la ignorancia del negro recién sacado de su país, que es el sentido recto de la palabra.

9. *Pág. 18.*—«Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos, *por no los romper* (propia prevención de las damas de su país), se puso en camino...»

Por lo que se ve, muy antigua es la fama que los gallegos tienen de preferir estropearse los pies en sus viajes á gastar la suela de los zapatos. Un siglo después de Castillo, otro escritor poeta compuso al mismo asunto la siguiente décima:

Pásmome cuando en camino
veo un gallego menguado
descalzo, cuando acá herrado
siempre anda cualquier pollino.
Pero el mayor desatino
que comete el insensato,
es que el calzado en el hato
lleva, aunque vaya á Toledo,
y dice, al romperse un dedo:
«¡Quén che levara o zapato!»

Desde entonces acá es muy frecuente entre los epigramáticos burlarse de esta singular economía de calzado.

10. *Pág. 18.*—«Cerca estaba de la *Cruz de ferro,* tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hízola oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado della.»

Aquí no resulta muy claro de qué clase era la promesa ante la célebre cruz de hierro (que quizá recordaba la muerte desgraciada de algún caminante, según costumbre en aquel país). Pero en otra novela, titulada *El Proteo de Madrid,* lo expresa con toda puntualidad, diciendo: «Ellos, que habían subido á la cumbre del áspero puerto del Rabanal, topáronse en el primer llano con la *Cruz de ferro,* tan nombrada de los que caminan por aquella tierra; y hallando buena ocasión, Marcos, que la había visto otra vez que se le ofreció ir á Astorga, dijo á su compañía:

—Dominga: esta es aquella *Cruz de ferro* tan conocida de todos los de nuestra tierra, á quien las *doncellas* de allá que pasan por aquí hacen su oración, pero no el voto que dicen de no volver *como pasaron.*

—¿Esta es, Marcos? (dijo Dominga). Huélgome de verla; mas no pienso prometer lo que malas lenguas dicen; hagamos oración, que es lo que nos importa, para que Dios nos dé buen viaje.

Hiciéronlo así, y, prosiguiendo su camino, las soledades, el trato de los dos y el acomodado albergue que buscaban las noches juntos, ocasionaron atrevimientos en Marcos y apacibilidades en Dominga para que él saliese de empacho y ella no le tuviese en darle audiencias. Esto se deslizó á más; de suerte que la oración de la doncellica gallega pareció haber sido proposición del voto, pues antes de dos jornadas le cumplió puntualísimamente.»

II. *Pág 23.*—«Llegó con su ama á la calle de Toledo, donde hay bodegones de vestidos, hallando allí siempre guisados los que pide el gusto para adorno de las sirvientas de mantellina.»

Nótese la fuerza y poder de la rutina. Aun hoy, cerca de trescientos años después de Castillo, todavía la calle de Toledo surte de lo mismo á igual casta gente. Todo lo que sigue á este pasaje es de gran curiosidad para la historia de la indumentaria y de las costumbres.

12. *Pág. 26.*—«Era imán de las raciones lacayas y motivo de los regocijos de las riberas del cristalino Manzanares.»

Todo este lugar está inspirado en la realidad. El mismo Castillo, mucho antes de idear esta novela, había reproducido las mismas ideas en una poesía de los *Donaires del Parnaso,* primera parte: «Describiendo al río Manzanares y lo que pasa junto á él entre fregonas y lacayos que las enamoran». Y queriendo acaso curarse en salud, si la Academia donde leyó sus versos sospechase, al ver la exactitud de la pintura, alguna razón personal, toda vez que su posición entonces no pasaba de ser gentilhombre del marqués del Villar, añadía:

Bien pensará quien mi discurso viere
que al río haya bajado
de alguna fregatriz enamorado;
que me lavó pañuelo
en el cristal del pobre riachuelo;
que la di colaciones
de turrón, cañamones y tostones;
que me costó dinero
el volverle la ropa esportillero;
que pagué la *colada*
dejando á la *tizona* enamorada...
Pues piensa mal, que ley de la obediencia
me ha hecho parecer con experiencia;
y es cierto que en lo cierto me ha informado
quien estas estaciones ha cursado.

(*Donaires*, p. 14.)

13. *Pág. 27.*—«Con éste salía á las siete de la mañana por el verano, y en dejándole en Palacio, había de volver por él á las diez; por la tarde acudía desde las tres á Provincia, salía á las cinco.»

Eran las horas de audiencia en el Consejo de Castilla (que estaba en el Palacio Real) donde se ventilaban los pleitos civiles, y de la Sala de Alcaldes donde se juzgaban las causas. La Sala se reunía en el edificio que llamaban *Provincia*, que lo fué el hoy Ministerio de Estado, y antes otro edificio en el mismo sitio de que aún quedan vestigios en el título de *Plaza de Provincia*, que lleva una de las cercanas de aquellos lugares. Posteriormente este Tribunal se refundió en la Audiencia. Miguel Moreno publicó en 1631 un curioso libro de *Avisos para los oficios de Provincia.*

14. *Pág. 33.*—«Calle de Majadericos.»

Hoy calle de Cádiz. El nombre de Majadericos lo recibió por residir en ella los que aderezaban el lino para tejer. Posteriormente hubo dos calles de aquel nombre, una *Ancha de Majadericos,* que es la de Cádiz, y otra *Angosta,* que era parte de la actual de Espoz y Mina.

15. *Pág. 49.*—«Como dice el antiguo *brocardico.*»

Sinónimo de refrán ó proverbio. No hallamos esta palabra en ningún vocabulario de los conocidos.

16. *Pág. 59.*—«Por temerse de perros muertos como las damas de placer.»

La frase *dar perro muerto* es muy frecuente en nuestros escritores del siglo de oro. Era entretener alguna mujer con esperanza de pago y luego no verificarlo, ó engañarla de otro modo. Usa la frase Tirso en *El burlador de Sevilla,* cuando Tenorio, para embaucar mejor al marqués de la Mota, le invita á que le ayude *dar un perro* á cierta cortesana, pero en realidad para que le deje libre la entrada en casa de doña Ana. Salas Barbadillo tituló una de sus ingeniosas novelas *La dama del perro muerto*, que es una burla de este género que hacen unos caballeros á cierta vanidosa cortesana de Barcelona. Y Miguel Moreno, en uno de sus *epigramas,* dijo:

Que tus ojos vengativos,
de mal pagados conciertos,
sentidos de *perros muertos,*
han dado en ser gatos vivos.

La frase, sin embargo, no figura en nuestro *Diccionario* de la Academia.

17. *Pág. 61.*—«Y estuvimos condenadas á rasura, castigo de las garzonias de palacio.»

Por la falta de respeto que suponía traer amores deshonestos en la casa del rey. En los hombres el castigo solía ser aún mayor, pues rara vez se libraba el galán de un largo destierro, prisión estrecha en alguna fortaleza y en al-

gún caso, como el del conde de Saldaña, hijo del duque de Lerma, en 1621, podía peligrar su vida. La dama rasurada solía ir á un convento, si el enredo no se terminaba, como ocurría casi siempre, por el matrimonio, y entonces la pena era menor.

18. *Pág. 61.*—«Yéndose á vivir á la Red de San Luis, en una casa á la malicia que tomaron sólo por no tener vecinos que las registrasen.»

Llamáronse casas *á la malicia,* ó sea construídas con malicia, las que se edificaron con sólo planta baja al exterior, á fin de evitar el gravamen que con el nombre de «derecho de aposento» satisficieron algunos años los mejores edificios de la corte. El origen de este derecho fué el esfuerzo que la villa de Madrid hizo por los años de 1605 á fin de conseguir el regreso de la corte, trasladada en 1600 á Valladolid. Entre otros beneficios y donativos ofreció al rey la villa hospedar á todos los empleados y funcionarios públicos gratuitamente y en las mejores casas particulares, ó sea las que tuviesen piso principal con balcones ó ventanas á la calle. Para librarse de tal vejación convinieron los dueños de ellas en redimirse pagando cierta cantidad anual con que los referidos funcionarios buscasen alojamiento en otra parte.

Algunos de los nuevos edificadores, para eximirse de todo tributo, dieron en levantar sus casas con sola la planta baja hacia la calle, pero

con un techo que iba elevándose hacia el interior en términos de dejar espacio bastante para un nuevo piso que tenía luces al patio, aunque no á la calle. Estas casas se llamaron «á la malicia», y tenían, en medio de su desventaja, la utilidad que recuerda Castillo, dado lo estrechas que por aquel tiempo eran las calles de la corte.

Posteriormente el Ayuntamiento cortó este abuso refundiendo el impuesto en otros de carácter general y desapareció, por tanto, la causa de aquellas edificaciones que tan mal aspecto daban á las calles de la capital de España.

Todavía en el plano de Madrid de D. Pedro Texeira (1656) se ven algunas casas dispuestas «á la malicia», demostrando lo general que había sido aquella costumbre, pues en aquella época ya no regía el odiado derecho de aposento.

19. *Pág. 64.*—«Estaban en aquella sazón diez autores de comedias en Madrid, haciendo sus compañías de nuevo, que siempre por las Cuaresmas hacen su capítulo general los representantes, como por Pentecostés las religiones.»

Tal costumbre siguió hasta bien entrado el siglo XIX. Procedía de que estando prohibida la representación de comedias en la Cuaresma daban los actores por terminado el año cómico el día de Carnaval, y dedicaban las vacaciones que seguían á reorganizarse para la nueva temporada, que comenzaba el domingo de Pascua de Resurrección.

20. *Pág. 64.*—«Esta invención (la del copete y guedejas postizos en las mujeres), nueva entonces en la corte é inventada en aquella forma por aquella mujer, era para ahorrar prolijidad en tocarse.»

Lástima que Castillo no nos diese el nombre de la inventora de un adorno que tanta importancia llegó á tener. Más adelante dice la protagonista que ella dió el nombre de *moños* á este pelo añadido. La palabra quizás haya nacido entonces, porque Covarrubias no la trae.

21. *Pág. 72.*—«Porque no metan algún paladión en su casa.»

Aquí Castillo, como otros muchos, confunde el *paladión,* que era una estatua de Minerva, con el caballo de Troya ó caballo de Simón, causa principal de la toma de aquella ciudad.

22. *Pág. 73.*—«Era el hombrecillo algo aximiado de rostro», ó *asimiado*, como escribiríamos hoy; esto es, parecido á un simio ó mono. La palabra no figura en nuestro léxico.

23. *Pág. 84.*—«Por mentir los muchos años que tenía, se escabechaba las canas de la cabeza y barba.»

El *Diccionario* de la Academia no trae esta significación del verbo *escabechar* ó *escabecharse,* muy usado por otros autores del tiempo. Pero conserva el adjetivo *escabechado* con la significación de teñirse las canas.

24. *Pág. 107.*—«Tenía el maestresala ha-

cienda; siendo en esto fénix de los maestresalas, porque parece que con tal cargo se le pega la desdicha de los poetas y astrólogos, que es no llegárseles moneda á treinta pasos.»

Este pasaje tiene valor biográfico, pues nos revela que á Castillo no le iría mejor en dicho empleo, que ocupó casi toda su vida; de lo contrario, no manifestaría estas quejas.

25. *Pág. 114.*—«Apeados que fuimos de las mulas, quitaron dellas los cojinetes y portamanteos.»

La palabra cojinete no se halla en este sentido en nuestro léxico, pues sólo se aplica á la guarnición de los caballos de tiro. Es, sin embargo, usadísima en nuestros autores de los siglos XVI y XVII.

26. *Pág. 124.*—«Tenía dos mesas de trucos, juego á que yo fuí aficionado». «Dentro de un mes ofrecióse hallarme en la casa de los trucos, al tiempo que este caballero jugaba un partido. En él hubo una duda que fué necesario tomar votos de los que estábamos mirándoles.»

Es muy curioso el artículo de Covarrubias sobre esta palabra: «TRUCO. Juego que de pocos años á esta parte se ha introducido en España, y trúxose de Italia. Es una mesa grande guarnecida de paño muy tirante é igual, sin ninguna arruga ni tropezón; está cercada de unos listones, y de trecho en trecho tiene unas ventanillas por donde pueden caber las bolas; una puente de

hierro que sirve de lo que el argolla en el juego que llaman *de la argolla*, y gran similitud con él, porque juegan del principio de la tabla y si entran por la puente ganan dos piedras; si se salió la bola por alguna de las ventanillas lo pierde todo. Tiene otras leyes particulares, que, por ser notorias, no las pongo aquí.»

Covarrubias escribía hacia 1610; pero ya en 1605 está mencionado este juego en *La pícara Justina* (lib. I, cap. III), diciendo: «Ni es mesa de trucos, que no puede haber hoyos». La introducción, pues, en España habrá sido al empezar el siglo XVII ó á fines del anterior.

27. *Pág. 148.*—«No fué posible que se descubriese, ni yo pude penetrar nada por el manto, por ser de tres suelas.»

De esta clase de mantos no se hace mención en nuestros vocabularios, no obstante ser muy citados en los antiguos escritores.

Castillo aún le vuelve á citar en esta novela, página 169: «Púseme un manto de tres suelas y mi sombrerillo; y así, sin que nadie me conociese, pude estar en el teatro». Siempre es aludiendo á un manto muy tupido ó formado de varias telas.

28. *Pág. 158.*—«Traía olorosos guantes de ámbar muciente.»

Debe de ser *ámbar gris*, por el color *rucio,* ó gris, que afecta una de las clases de aquel betún oloroso. El calificativo falta en los vocabularios.

Los guantes de ámbar eran aquellos que ya al curtir la piel se impregnaban del olor almizcleño del ámbar que persistía largo tiempo en ellos después de fabricados.

29. *Pág. 158.*—«Hábito de *gorguerán* y bien aderezado cuello.»

Más común era el nombre de *gorgorán*, aplicado á la tela de seda de algún cuerpo que servía para trajes de hombres y mujeres. El nombre y la introducción de la tela en España debían de ser recientes, pues Covarrubias no la menciona.

Sin embargo, en 1608 ya se fabricaban en Toledo gorgoranes, como se ve por la carta de dote de la hija de Cervantes que cita: «Un rebociño de *gorgorán de Toledo,* aforrado en felpa pajiza de colores con dos pasamanos angostos», apreciado en cien reales.

Después fué ya muy común su uso. En 1622 Tirso de Molina lo da como muy usado por los médicos, á quienes llama

Mulos en mula, *gorgorán* y guantes.

30. *Pág. 163.*—«No quiero yo (le dije) que v. m. tenga zalea de barba...; sola la suficiente á un hombre de su porte.»

Zalea es la piel del carnero, curtida con toda la lana, muy usada en todos tiempos. Pero aquí le da Castillo un sentido extensivo que no hay en los vocabularios castellanos.

31. *Pág. 163.*—«Dándole muy poblados bigotes y clavo.»

Esta significación (la que hoy llamamos *perilla*), de la palabra *clavo*, no se halla en nuestros vocabularios. Era, sin embargo, usual. El *Diccionario* de la Academia trae equivocada é incompleta la definición de la palabra *perilla* ó *pera*, que confunde con lo que más comúnmente se llama *mosca*.

32. *Pág. 165.*—«Cantidad de alambiques y de fornacha.»

Esta última palabra no figura en nuestros Diccionarios. Hay la forma *hornacha* como sinónimo de *hornaza*, horno pequeño de que se sirven los plateros. Pero quizá no sea lo mismo tratándose de alquimistas.

33. *Pág. 174:*

«Porque mi calva, en viéndomela todos,
es el blanco á que tiran sus apodos.»

Quizá recordaria Castillo el *Vejamen* de Pantaleón de Ribera. Antes, en la pág. 148, había ya sacado á plaza otro calvo sin aprensión, que decía: «Cayóles en gracia que yo hiciese gala del sambenito con tan buen despejo.»

34. *Pág. 207.*—«Ganando treinta reales de ración y representación cada día.»

Es lo que cobraba un primer galán en las compañías cómicas del siglo XVII, y que siguió hasta después de mediar el XVIII. La cuota por

cada uno de ambos conceptos eran 10 y 20; pero en la mayor parte de las compañías la ración estaba supeditada al hecho de la representación y no cobraban los días en que no la había.

Después se suprimieron ambas denominaciones, sustituyéndose por la genérica de *partido*, que siguió siendo 30 reales para el primer galán hasta los tiempos de Máiquez, que en esto, como en otras cosas, rompió con la vieja rutina.

Más adelante dice (pág. 212) la misma Teresa de Manzanares, hablando de su *autor* ó jefe de la compañía:

«Acrecentóme el partido de suerte, que con los dos ganábamos cincuenta y cuatro reales». Según esto, correspondían á una primera dama, en la época en que escribía Castillo, 24 reales. Esta cifra se elevó á 30 antes de acabar el siglo XVII, y siguió hasta Luna, que exigió mucho mayor partido, que en algunos años llegó á 90.000 reales cada uno.

La cifra de 24 quedó adscrita á la segunda dama y á la *graciosa* ó tercera.

35. *Pág. 210.*—«Esa noche me ensayaron *en un tono*... Parecí á todos bien, según dijeron, y quise revalidar las aprobaciones *cantando sola* en la tercera jornada, donde en *un tono nuevo* que yo sabía...»

Estos tonos se cantaban en los entreactos, y fueron el origen de las *tonadillas,* que en el si-

glo XVIII llegaron á formar pequeñas piezas dialogadas, y todas cantadas.

La pintura que en todo este capítulo hace Castillo de la vida histriónica es de grandísimo interés histórico, por referirse á época de que hay muy pocas noticias.

36. *Pág. 215.*—«Le cogió un día y le puso de vuelta y memoria.»

Lo mismo que hoy decimos: *de vuelta y media*. No hallo ninguna de estas dos formas en nuestro *Diccionario*.

37. *Pág. 252.*—«Mi cuñada y yo con mantos de anascote y sombreretes al uso de Sevilla nos pusimos de embozo». Antes (pág. 169): «Púseme un manto de tres suelas y mi sombrerillo»; y aun antes (pág. 144): «Tenía grandes conocidas, que fueron las que bastaron para hacer mi mercaduría (los copetes postizos) muy vendible, y fuéralo más si no fuera por estos mantos de anascote y sombrerete que se usan allí (en Córdoba), cosa que estorbaba mi buen despacho.

Resulta, pues, que sólo en Andalucía se usaba por encima del manto, que ya cubría la cabeza y cara, un sombrero. Extraño tocado parecería.

38. *Pág. 270.*—«Sirviendo entonces la una esclava de dueña, encubriendo *una florecilla que tenía en la frente* con un parche; que la otra tenía mejor cara, y por estar sin hierros guardábala yo para alguna tramoya.»

Alude Castillo á la horrible costumbre de mar-

car con un hierro candente á los esclavos la letra *S* y un clavo enlazados, que formarían al cabo de algún tiempo como una flor de color rojizo. Se aplicaba principalmente á los esclavos que alguna vez se habían fugado. El mismo Castillo cita otra esclava *que estaba sin hierros;* esto es, que no había sido marcada.

El lugar en que se aplicaba la señal era en la frente. Sin embargo, Covarrubias dice que se solía imprimir también en ambas mejillas.

39. *Pág. 302.*—«Y porque cerca dellos (los teatros) viven los representantes y las damas de la corte, se llaman comúnmente los *barrios del placer.*»

Según otros autores, también se llamaba el *barrio de las musas*, porque en dicho cuartel vivían muchos poetas: Lope, Quevedo, Cervantes, etc.

40. *Pág. 302.* «Mi primera salida fué á una fiesta que se hacía en la Victoria.»

Entiéndase en la iglesia del convento de la Victoria, que ocupaba un gran solar á la entrada de la Carrera de San Jerónimo, en el sitio en que aún hoy está la calle de la Victoria. El convento fué demolido en 1836.

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
LXXV	2	1560	1660
LXXX	11	XXXIV	XXXI
17	10	¡pluegue	¡plegue
18	19	dél	della.
23	5	había, bien en que	había bien en qué,
35	12	gera	gira
51	6	cuanto	cuanta
62	1	linceneiado	licenciado
63	12	rollar	mollar
70	11	devolución	devoción
71	14 y 15	divión	división
72	14	no admitió antes, dió	no admitió, antes dió
76	25	Hicimos la	Hicímosle
77	1 y 2	de aquella casa	de casa
79	8	lidertad	libertad
100	14	ligera;	ligereza;
101	8	quiere	quería
104	1	San Vicente Martín,	San Vicente, mártir,
113	6	que venía	que tenía
119	1 y 10	transpontín	traspontín
135	4	vieron	vienen
202	21 y 22	querían hacer de cuanto llevaba, hasta dejarme desnuda, el último despojo en mi honestidad;	de cuanto llevaba, hasta dejarme desnuda, querían hacer el último despojo en mi honestidad;
271	18	cuál	cuán
283	15	decía	decís
[illegible]	12, 13, 14	Este pasaje debe leerse así: «mi honra. Con este pensamiento aprehendido se fué á su posada...»	

ÍNDICE

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA IMPRENTA IBÉRICA Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE, Á LOS VEINTICUATRO DÍAS DEL MES DE MAYO DE MCMVI